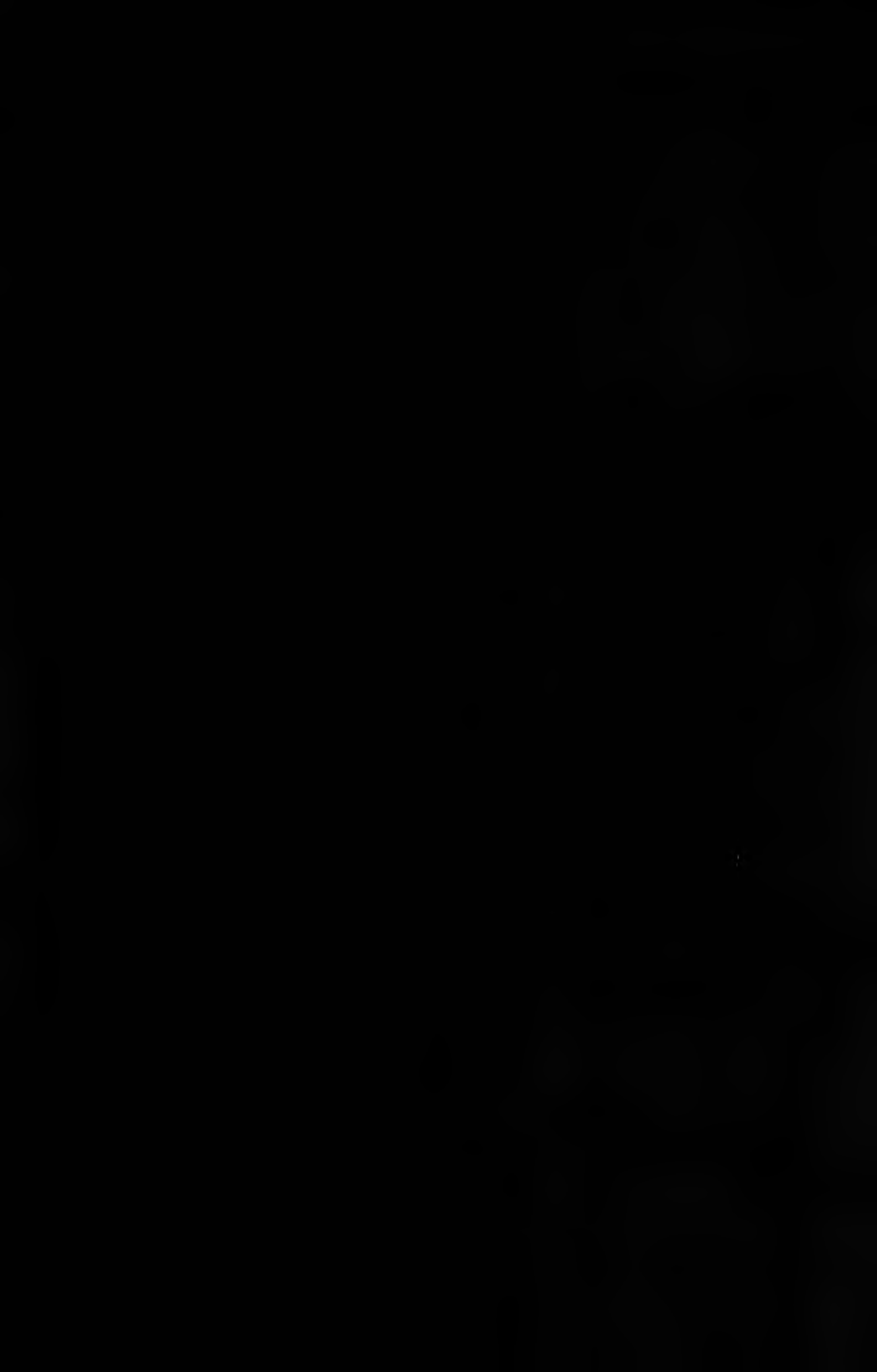


ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

(TOMO X)

ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodriguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez.

TOMO X—AURORAS Y OCASOS

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

AURORAS Y OCASOS

CARLOS GUIDO Y SPANO

RAFAEL OBLIGADO

CALIXTO OYUELA

MARTIN CORONADO

JOAQUIN CASTELLANOS

ENRIQUE E. RIVAROLA

LEOPOLDO DIAZ

LEOPOLDO LUGONES

PEDRO PALACIOS

NOTICIAS

BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

CARLOS GUIDO Y SPANO

Carlos Guido y Spano nació en Buenos Aires el 19 de Enero de 1827.

Es hijo del general Don Tomás Guido, prócer de la guerra de la Independencia; y habiendo alcanzado á ver alzarse sobre el horizonte el sol del centenario de la Revolución, representa el pasado y el presente; y es símbolo de gloria, de trabajo y de cultura. Las auras del Plata acariciarán ese día sobre su frente los laureles inmarcesibles del abolengo, entrelazados con los frescos laureles del poeta.

Sabemos por él mismo que pasó su juventud en Río Janeiro siendo entonces su padre Ministro plenipotenciario de la Argentina en la corte de Don Pedro; y que aquél fué el ambiente de sus primeras relaciones con las Musas.

Después de diez años de permanencia en Río y teniéndose noticias del mal estado de salud de su hermano Daniel, pasó Carlos á Francia para cuidarlo, encontrándose á su llegada con la triste noticia de la trágica muerte de aquel en un bosque cerca de Amiens.

La estadía de Carlos Guido en París se inició, así, en medio de la mayor congoja. Cuando su espíritu volvió á serenarse y su juventud le recordó los encantos y atractivos que hacian famosa á aquella Sirena, incitándolo á buscarlos, el rumor que llegó á sus oídos y el esplendor que hirió sus ojos, no fué el de la reina del Sena ataviada con las galas de la belleza en los templos de la ciencia, del arte y del placer, sino el grito de sus muchedumbres en las revueltas oleadas de la democracia, que paseaban por las calles de la gran Villa, la bandera de los ideales de la república.

Nuestro compatriota sintió caldearse en ánimo el aliento reivindicador de sus mayores; y confundiéndose con el pueblo, supo destacar su personalidad con los airosos prestigios de su ilustración, su cultura y su entusiasmo. Fué orador estruendosamente aplaudido en los clubs, tribuno aclamado en las asambleas, y caudillo festejado en todas partes.

Recordando él mismo aquellos sucesos, escribe: «¡Que vida aquella, amigo! Del hotel á la taberna, de la taberna á la Sorbona; de la Sorbona á oir disparatar en las cámaras á los primeros oradores del mundo, y de allí á los teatros, á las visitas, á los museos, al gabinete de lectura, á la cucaña de los placeres fáciles. Me entretenía en ver hacer suertes de equilibrio en la cuerda tirante de una situación peligrosísima, por no decir desesperada, á los grandes políticos, ó en reir presenciando las extravagantes piruetas de las

alumnas descarriadas de Terpsícore. Todo lo vi, todo lo anduve».

No sabemos si medió ó nó el oportuno llamado paterno, pero el caso fué, que, poco tiempo después de estos sucesos el joven demagogo regresaba al Brasil, al lado de los suyos. Con los prestigios de su ruidoso éxito en el extranjero fácil le fué á nuestro joven poeta entrar también triunfando en la sociedad brasilera, donde tantas afecciones había ya dejado. Pero esta vez fué triunfador vencido, admirador apasionado de las bellezas de su suelo y galan rendido á la bondad y la hermosura de sus mujeres; pues, muchos años después y ya *al descender la colina,* todavía recuerda aquellos años repitiendo la célebre estrofa del Dante:

> Nessun magior dolore
> Che ricordarsi del tempo felice
> Nella miseria.

La política vino á enturbiar el encanto de esta situación obligando á la Legación Argentina á retirarse...

Esto significaba la ruptura de las relaciones diplomáticas, pero como el motivo no era de aquellos que sublevan é indisponen entre sí á los pueblos, sino á los gobiernos; y el de la República Argentina merecía entonces la reprobación del mundo entero; Carlos decidió quedarse en Río de Janeiro, fuertemente retenido por sus vinculaciones sociales y literarias.

A pesar de tan elocuente demostración de afecto hacia el Brasil, de buenas á primeras el Gobierno le

exigió, por intermedio de la Policía, que saliera del territorio. Nuestro poeta protestó y reclamó de tan soberana injusticia, pero tuvo que acatar la orden; y dejándose guiar siempre por las Musas, se embarcó nuevamente para Europa.

Recordando este incidente dice el Señor Guido: «En conciencia, el Gobierno imperial me debería una amplia indemnización de daños y perjuicios. Atentó á mi libertad, á mi quietud, á mi felicidad, y tal vez hasta á mi porvenir. A estas horas me habría comido ya medio millón de bananas, me vería rodeado de infinidad de mulatitos, tendría vela en todas las procesiones, concluyendo al fin por vestirme de verde, ¿y quien sabe si con el tiempo no hubiera llegado á ser un *fazendeiro* acaudalado, á fuerza de roncar sobre una tierra tan fértil?»

Pero, esta vez, las Musas lo llevaron al Támesis, en vez del Sena; quizás, porque: «allí florecen las letras, las ciencias y las artes; allí la palanca de Arquímedes es manejada por el más pujante de los pueblos, teniendo por punto de apoyo el banco de Inglaterra; la igualdad ante la ley es menos quimérica que en cualquier otra parte; se lee el *Times* fresquito, y se puede contemplar el espectáculo de una gran nación que de puro orgullosa se cree la más feliz, la más bien gobernada del universo, aunque considerable número de sus habitantes perezcan de miseria, confirmándose aquello de que en la feria como en la corte: uno se tañe y otro se suena».

No fué muy larga la estadía de Guido y Spano en

la City, á pesar de lo cual supo descubrir bien pronto sus encantos y bellezas: «Sobre todas las grandezas de Londres, lo que más admiré fué las bandadas de niños rubios, sonrosados, angélicos, flores animadas, brincando por los parques, y á las bellas, novelescas inglesas. En realidad, estas me parecieron divinas, ¡qué diablos! tenía yo veinte años; aunque á pesar de los vapuleos del tiempo estoy por creer me sucedería hoy otro tanto».

La *merry Ingland* entró toda por sus ojos pero no lo atrajo. Los atractivos *baulevardiens* estaban allí, á un paso. El poeta creyó ver que la *belle France* le abría los brazos para que él le entregara sus veinte años, y volvió á pasar La Mancha, dispuesto *á hacer flamear los gallardetes de todos sus caprichos, sacudiendo los cascabeles de su alegría matinal, sin más guía que la bullente juventud.*

El inexperto soñador no había sentido venir la oleada de la monarquía que se precitaba sobre la Francia; y lo tomó la avalancha arrobado en el más poético idilio: *mientras sentado en el cesped, á la sombra de los castaños del regio parque de Versalles, se deleitaba leyendo en alta voz, rodeado de un coro de distinguidas señoritas, lindas, sonrosadas, conmovidas, los versos de algún poeta favorito.*

Casi al mismo tiempo, se hundía en la derrota y la ignominia el despotismo argentino, por lo que el joven Guido se apresuró á regresar á su hogar en Buenos Aires. Y como él no ha amado nunca la política, sino la belleza, la gracia y el arte, en medio de

los apasionados sucesos de la Confederación se mantuvo siempre *á igual distancia de la demagogia que de la autocracia revestida con el resplandor de la victoria ó con el aparato de la ley.*

Cuando el doctor Derqui ocupó la presidencia de la Confederación, el señor Guido y Spano fué nombrado Subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores, y desempeñó este cargo *hasta poco antes de derrumbarse la administración* que gobernaba la República, excepto Buenos Aires, temporalmente segregada.

Aprovechando el arreglo de la cuestión con Buenos Aires á que dió lugar el tratado del año 54, Guido y Spano vino á visitar á su familia; y entonces se casó, regresando al Paraná con su joven esposa.

El año 61 dimitió el cargo, y poco tiempo después fué nombrado Subsecretario del Ministerio del Interior; pero no aceptó el nombramiento, y el Gobierno admitió su excusación, por decreto de fecha 26 de Octubre de 1861, en términos muy honrosos para él.

Dirijióse entonces á Montevideo, donde se hallaba su padre el general Guido; y después de algún tiempo, pasado con bastante estrechez de recursos, trabajando como corrector de pruebas de una imprenta, se embarcó nuestro poeta para Río Janeiro, llevando la esperanza de realizar un negocio de tasajo cuya comisión le habían dado. El mismo señor Guido nos dice cual fué el resultado de su prosaica embajada: *fué por lana y volvió trasquilado.*

Por las alusiones que contienen sobre la política de la República que trajo las batallas de *Cepeda* y

de *Pavón*, la guerra con el Paraguay y la discordia con la República del Uruguay, transcribimos los siguientes párrafos de la autobiografía del señor Guido: «Parapetado en mis libros leía mucho y aprendía poco. Sin elementos para echar raíces en la tierra, me refugié en las nubes. Otros, entretanto, con su ignorancia á cuestas, tenían las propiedades de las plantas trepadoras; enredábanse al gran árbol de la libertad que llamaban, siendo solo acaso un ombú carcomido; echaban vástagos, desparramábanse pomposos, y subían, subían, hasta encaramarse, ahogando el árbol susodicho, á las áridas cumbres de la política en acción. Trepados allí se transformaban como por ensalmo en gobernadores, en ministros, en éforos y arcontes, conservando una seriedad admirable, lo que no les impedía hacer cada barbaridad de espantar. ¿A cuántos, á partir del día en que se segregó esta Provincia de la Nación constituida, no ví pasar desde mi montaña desolada, cual sobre un lienzo de figurones de una linterna mágica?—turba de nulidades, precipitándose imbécilmente una tras otra de las alturas á que no soñaron encumbrarse, en las más profundas simas del olvido.

Por dicha nuestra, al lado y en frente de esas entidades postizas, raquítico engendro de la demagogía delirante, no faltaron nunca hombres de pró en Buenos Aires, en la República Argentina, que sostuviesen los principios de la libertad en el orden, del derecho en los límites amplios de la Constitución. Sus esfuerzos, empero, no alcanzaron á evitar los estragos de la

guerra civil, ni la guerra del Paraguay de tan desastrosas consecuencias, ni los manejos sombríos que sembraron la discordia y la ruina en la República Oriental. Momentos hubo en que la opinión parecía anonadada ante el éxito, vanaglorioso en presencia de los escombros de las Repúblicas hermanas. Entonces la voz de ningún argentino osaba protestar todavía en nuestra Capital, sometida *arbitrariamente* al duro régimen del estado de sitio, contra los desmanes del poder sostenido por una prensa desorientada y frenética.

En tales circunstancias quise salvar mi voto de ciudadano libre. Lo hice pública y vigorosamente. Algunos días de arresto mal pudieron sofocar los dictados de mi conciencia sublevada. Uniendo la acción á la palabra, agitado por la necesidad del sacrificio, fuí á reunirme á los defensores de Paisandú, condenados de antemano á la derrota, encontrando solo á mi llegada las ruinas humeantes de la noble ciudad, y los cadáveres mutilados de sus héroes. Amenazado Montevideo de inminente catástrofe, corrí en seguida á pedir un lugar en las filas de los que se mostraban dispuestos á imitar la hazaña de sus compatriotas inmolados. Antes me había concertado con el Dr. Carreras, Ministro de Gobierno, personaje el más prestigioso de la situación, sobre un proyecto, que á haber sido apoyado según lo convenido, habría tal vez cambiado la faz de los negocios. Los orientales reconocidos generosamente á mi decisión en su favor, me acogieron con manifestaciones honrosas, anunciándose

mi llegada hasta en la orden general del ejército. No era acreedor á tanto; pero merecía, sí, haber tenido la ocasión de batirme defendiendo su causa tan indignamente hostilizada. No pudo ser. Montevideo traicionado cayó sin combatir. Lleno de ira y de vergüenza cual si fuese cómplice en la vil trama que entregó aquella plaza, me retiré de ese campo de oprobio á vivir de nuevo en mi aislamiento.»

Después de regresar á Buenos Aires sufrió Guido y Spano duros contrastes de familia, perdiendo á sus venerados padres y á su esposa.

Constristado su ánimo por tan rudos golpes se encerró en su casa y se entregó á la literatura y al estudio: «Forzado á vivir contemplando los astros, sin encontrar ocupación adecuada á mis escasas aptitudes, yo no descubrí ninguna ley, pero pude observar el desparpajo con que se infringen las improvisadas por los hombres, y visitado de las Musas tan amigas de callejear en Buenos Aires, lancé también mis canciones al viento.»

Con este motivo y hablando el Sr. Guido y Spano de las observaciones que se hicieran á sus poesías, nos dá su opinión sobre la tendencia romántica que tanto sedujo á algunos, diciendo:

«Y luego, decían, mi susodicho numen gozaba de una salud chocante, en medio de tantas almas doloridas, que ora de un revuelo se plantifican en lo más azul del empíreo buscando aire respirable, ora se arrojan llorando á mares en los abismos del desencanto y de la duda. ¿Habrá nada más grande, pen-

saban, fija la mente en los modelos de la escuela resonante con los acordes extraños de la danza Macabra, mansión suntuosa de alaridos y llantos, que esos pelícanos de la literatura destrozándose las entrañas para alimentar con ellos á los pálidos mortales, sus hijos adoptivos, sus hermanos de leche? ¿Puede un poeta que se respete á sí mismo, que tenga el más leve barrunto de su misión en la tierra, dejar de vivir desesperado? ¿Y cómo consideraría un vate de los de á folio, los tormentos de nuestra vil especie, sin mesarse las greñas, sin lanzar rasgueando las bordonas de su arpa funeraria, un par de reniegos por minuto, capaces de hacer estornudar á Lucifer? En esa disposición de ánimo, las imprecaciones se juntan con los ayes, y los ayes con las blasfemias, muy disculpables en el *delirium tremens* de la inspiración, y solloza el verso, y se retuerce la estrofa, produciendo precipitaciones de cadencias tartáreas, mientras el estro se levanta fulgurente á las nubes, creando á destajo en su ascensión ficciones, imágenes, tipos sorprendentes, enormes, llenos de esas bellas contorsiones y escorzos de las figuras del « Juicio Final » de Miguel Angel, tan admiradas en los cuadros divinamente espantosos trazados por la mano convulsiva del genio. Eso es poesía, lo demás no pasa de dibujos simétricos calcados de lo antiguo sobre papel chinesco. »

En 1872 el Ministro Dr. Nicolás de Avellaneda nombró á Guido y Spano Secretario del Departamento Nacional de Agricultura; y después de la Revolución

del 74 pasó á la Dirección del Archivo General de la Provincia.

Los años de servicio le dieron derecho para acogerse á la ley de Jubilaciones, y se retiró de la vida pública á gozar del cariño de los suyos y de la consideración y simpatía de todos sus compatriotas.

Guido y Spano tiene publicada su colección de versos, con el título de *Hojas al viento* y sus artículos en prosa, con el título de *Ráfagas.*

Hojas al viento. Buenos Aires, 1871, es un volumen en 8º. de 286 páginas.

Ráfagas son dos volúmenes, en 8º. ed. 1879.

RAFAEL OBLIGADO

En la revista ilustrada el *Sud Americano,* (1) el año 1889, aparecieron un día cuatro cartas suscritas respectivamente por los notables poetas españoles D. Gaspar Nuñez de Arce, D. Antonio Cánovas del Castillo y D. Marcelino Menendez y Pelayo, y por el célebre novelista D. José María Pereda.

Las cuatro cartas se refieren á un mismo asunto, al volumen de poesías publicado en 1885 por D. Ra-

(1) Año I. no. 12. Buenos Aires 5 de Enero de 1889.

fael Obligado, y todas ellas son á cual más elogiosas de los versos de nuestro compatriota, á quien llaman meritísimo é inspirado poeta.

El voto de tan selecto tribunal hubiera bastado para su fama si ya no la hubiera tenido, de mucho antes, no solo entre nosotros sino también en los países sudamericanos de habla castellana, donde, el *cantor del Paraná,* vinculaba el estro de los poetas argentinos al entusiasmo del pensamiento, la grandeza y la belleza de todo lo que fuera americano.

Porque las estrofas del señor Obligado llevaban en sus versos el mejor encanto de la belleza, que es la naturalidad; el mejor halago para las almas, que es el sentimiento; y el mejor atractivo para la voluntad que es la armonía. Y abrasando con los fuegos de su entusiasmo el inmenso panorama conquistado á la libertad y á la gloria, bajo el irís de paz de sus amores, sus versos volcaban sobre el espíritu del pueblo el torrente de las dulces armonías del terruño, el hogar y la familia.

Mientras, cediendo á influencias extrañas, la mayor parte de los poetas argentinos de su época, sacrificaban el brillo de su propia inspiración para vestir las galas de intelectos agenos, él dejó correr en libertad á su Musa por las orillas del majestuoso río, las dilatadas pampas del desierto ó las tupidas árboledas de los huertos, y la permitió que se entretuviera libremente en admirar una flor del *seibo* ó una *flor del aire;* un *camalote* ó un *nido de boyeros;* el *canto de las olas,* ó el del sauzal *en la ribera;* y siguién-

dola, se encontró en la cumbre del Himeto mientras los demás vagaban por las laderas.

Y para que el contraste fuera más notable y el mérito más sobresaliente, cuando el romanticismo dominaba más en nuestra literatura, en el momento en que el *Victorhuguismo* resonaba en las arpas de los triunfadores del día con los cantos de los poetas más vehementes é inspirados de nuestro Parnaso, él se abrazó más estrechamente que nunca con su Diosa, é internándose en los campos de la leyenda fué á buscar entre sus pampas el alma de *Santos Vega.*

Su tendencia hacia el americanismo racional y bien entendido, del que ama la belleza de su ambiente y viéndola y sintiéndola aspira á reproducirla, imitarla ó transparentarla con la sublime sensillez de líneas y colores de la verdad natural, y su refinado buen gusto artístico y literario, que lo ha excluído de las fáciles complacencias del patrioterismo en el *género gauchesco,* ahorrándole el sacrificio de las ideas á su mente y de sus galas al lenguaje para la expresión de su entusiasmo artístico, destacan la personalidad del señor Obligado entre las de los primeros poetas de nuestro Parnaso.

Rafael Obligado nació en Buenos Aires el 27 de Enero de 1851. Fueron sus padres D. Luis Obligado y Dª. María Ortiz y Urien, ambos miembros de antiguas familias porteñas.

Hizo sus estudios secundarios en el Colegio Nacional de Buenos Aires y en la Universidad; pero

como la Fortuna ha derogado en su caso su ley de repudio á los poetas, ha podido darse el placer de cultivar su entendimiento con absoluta libertad de planes de estudio y programas oficiales,

El señor Obligado es miembro de diversas corporaciones literarias extrangeras y Académico correspondiente de la Real Academia Española.

Al crearse nuestra Facultad de Filosofía y Letras, en 1896, fué designado miembro de su primer consejo directivo, y pocos años después la Universidad de Buenos Aires le discernió «honoris causa» el título de Doctor en Filosoeía y Letras, teniendo en cuenta «el sitio que ocupa entre los poetas y escritores argentinos».

Dr. CALIXTO OYUELA

Entre los hombres que más se han distinguido en estos últimos tiempos por su amor á las gayas letras y por su vasta ilustración literaria, figura en primera línea el Dr. D. Calixto Oyuela.

A su indiscutible mérito como poeta de inspiración y de buen gusto, reune la nada común condición de ser un erudito en cuestiones de letras. Su amor por

los clásicos y las polémicas agrias y dulces que ha sostenido en su defensa, destacan su personalidad con lineamientos de maestro, dándole sello propio y autoridad incuestionable en medio del desacierto y la desorientación en que se presentan las producciones de los poetas modernos.

El Dr. Oyuela es poeta de conceptuosas ideas y de hondos sentimientos, muy castizo, muy sobrio y elegante en sus frases. Su versificación es fluída y muy correcta, mostrándose siempre artista conocedor de los secretos del verbo, y de los de la retórica.

Se ha distinguido sobre todo en el género elegíaco, que es la composición más difícil por lo mismo que es la menos ostentosa en la forma y la más sentida en la expresión.

Ha escrito mucho y en sus dos volúmenes de versos, hay poesías de verdadero mérito.

Tiene renombre adquirido dentro y fuera del país, habiendo sido juzgado muy elogiosamente por autoridades de parcialidad insospechable.

D. Marcelino Menendez y Pelayo lo cita á Oyuela en varias partes de su Antología de poetas Hispano-Americanos y hasta transcribe algunos de sus juicios.

El P. Blanco García (1) también lo elogia mucho; pero quien se muestra francamente entusiasmado con las poesías de nuestro distinguido compatriota es el célebre autor de Pepita Giménez (2) que se expresa

(1) *La Literatura española en el siglo XIX.* Tomo 3, pág. 381.
(2) *Juicio de Juan Valera.* Oyuela. *Nuevos Cantos* pág. 271.

en los siguientes términos: «Pero volvamos á los *Cantos* de Oyuela, de que apenas hemos hablado, y que merecen toda atención y encomio. En ellos se ve que Oyuela es excelente poeta por naturaleza, y se ve, asi mismo, al humorista, al crítico, al hombre de gusto acendrado y depurado por el estudio. La más sana y elevada filosofía, el más noble concepto del arte, las más puras aspiraciones del espíritu, están expresadas en los versos de Oyuela con elegante y nítida sencillez. La oda á Fray Luis de León, con que empieza el tomo, es un verdadero dechado de estilo y de sentida poesía, y muestra bien la idea que tiene el autor de la poesía y de la misión del poeta.

«Todo, en las composiciones que el volumen encierra, me parece bien; pero sino fuera porque relativamente se dirá que rebajo algo otras composiciones, yo recomendaré *La vuelta al campo, El Titán, Eros* y *Al arte*».

Encabezamos las composiciones del Dr. Oyuela con su *Canto á la Patria en su primer centenario,* oda inédita, que su autor ha tenido la gentileza de permitirnos incluir en esta Antología.

En nuestra opinión, esta es una de las mejores poesías del Sr. Oyuela. Encontramos en ella grandeza, nobleza y entusiasmo poético verdadero.

La visión es clara y magnífica; y el sentimiento es hondo, palpitante y digno. Por eso al recorrer las páginas de la historia argentina en el primer siglo de vida independiente, su Musa se recrea en la be-

lleza de los hechos sin caer en las vulgares exaltaciones del denuesto ni de la injuria.

Al contrario, para ensalzar la gloria del triunfo y el mérito de la campaña libertadora, coloca á la Argentina al lado de la España, y solamente con la gloria de aquella la compara:

Hija de la Victoria,
Émula digna de la hispana gloria,
Por montes y por llanos
Lanzó sus fulminantes batallones,
En combatir, leones,
Y en el instante de vencer, hermanos.

Y no es que no tenga nervio para anatematizar lo que su patriotismo abomina y condena, pues las estrofas más enérgicas, las más llenas y vehementes, donde el poeta levanta más la entonación y agolpa con más nerviosidad las ideas, son aquellas en que excecra al despotismo y á la anarquía.

Pero como el arrebato es siempre lírico, su gesto es siempre apacible, noble y sereno; y puede con toda galanura juntar los extremos más opuestos para gozarse en el contraste y hacer resaltar más las distintas situaciones. Por eso dice:

El Execrado
Huyó á esconderse tras los vastos mares.
Roto el muro sombrío
Que muertas estancó bravas corrientes,
Rugiente olaje sacudió el navío;
Pero el rosal de las excelsas mentes,
Entre lumbres de aurora,

Descollar vió al Patricio soberano
A quien en duelo aún la Patria llora,
Y que, piloto en la borrasca experto,
Supo con fuerte mano
Llevarla en triunfo á jubiloso puerto.

Nada hay más fácil, al parecer, que las composiciones cuyo tema se relaciona con la Patria, porque la riqueza de los sentimientos que despierta y de puntos de vista que ofrece á la inspiración dan al poeta abundante material de ideas para entretener su arte. Pero también, nada es tan común como la vulgaridad de estas poesías.

Es que es muy dificil escapar al atractivo de tanto lugar comun como en estos casos se hallan, que á veces se presentan disfrazados por la imaginación y engalanados por la fantasía como verdaderas creaciones de la mente y variados espejismos de sus ideas. Y de esto ha salvado incólume el distinguido vate.

Con ello demuestra su cultura y su gusto exquisito, el conocimiento que tiene de la materia calológica y su dominio sobre la métrica y la rima.

Véase sino la descripción que hace del futuro entrevisto por los libertadores. ¡Todo un poema, compendiado en 16 versos!

Nuestros héroes así la vislumbraron
En sus sueños de amor y de ventura,
Rica en clara hermosura,
Cuajado el vasto suelo en mieses de oro.
Asi Moreno, espléndido meteoro,
Belgrano, el noble y puro,

Á quien el alma floreció en la mente
Y de astros recamó su cielo obscuro;
Rivadavia el vidente.
Y aquel grande entre grandes,
Que sobre su corcel saltó los Andes,
Y en tromba al Ecuador, pueblos redime;
Y consintiendo en que el supremo lauro
Al glorioso rival la sien corone
Como en solemne ocaso el sol se pone,
Callado se hunde en soledad sublime.

¿Y que decir del madrigal engarzado en estos cinco versos?

¡Cuál le enjuga el amor la húmeda frente,
Mientras pace el rebaño en la pradera,
Y ríe la esperanza en los trigales,
Donde, al soplo del viento, brotar siente
Como un fresco rumor de primavera!

Y para que nada falte á esta joya tan artísticamente cincelada por el inspirado cantor de Eros para la literatura nacional, el pensamiento cristiano resplandece en sus ideas como brillante aureola sobre la frente gloriosa de la patria:

Y no olvides que nada hay noble y grande
Sin la velada voz de lo Infinito,
Y que el eterno grito
De la angustia mortal, en Él se expande.
Reinen en tí serenas la Fe augusta,
Y la espada leal, la ley severa:
Doquier su voz no impera,
Desata el crimen su furor salvaje
Y vil codicia, delirante encono,

Corrupción ó pillaje,
Aullando suben á infamante trono.

Seguramente esto se debe á que, como dice el ilustrado prologuista de *Nuevos cantos*: «Oyuela sigue, con la curiosidad de su espíritu culto, todos los progresos de la ciencia; se interesa en las investigaciones de carácter sociológico; cree en el progreso; ama las instituciones de su patria; pero es lo que nació: creyente, conservador y clásico».

Calixto Oyuela nació en Buenos Aires el 3 de Febrero de 1857. Hizo los primeros estudios en colegios particulares y siguió los cursos del bachillerato en la Universidad, doctorándose en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales en 1888.

Su vocación literaria, sentida desde muy joven, tuvo á mal traer la constancia en sus estudios jurídicos; pero el juicio y la serenidad de que siempre ha dado pruebas su carácter, y la influencia atrayente y estimuladora de la espiritual hada que inspiró sus primeros versos y las poesías *Eros* é *Iris*, lo llevaron al ansiado término desde las gradas del altar en que consagró con lazo indisoluble su matrimonio con ella.

Empezó á ser conocido y á destacarse en nuestro mundo literario por un artículo que publicó en respuesta á algunos ataques inconsiderados de que fuera blanco el ilustre crítico y literato español Don Marcelino Menéndez y Pelayo. Sostuvo luego, en el espa-

cio de varios años, una série de polémicas bastante apasionadas, en defensa de sus gustos libremente clásicos y de las glorias de la literatura española que aquí era entonces hábito deprimir. En este sentido puede decirse que el ha sido el iniciador de la reacción en favor de las tradiciones de raza, que sin perjuicio de los nuevos elementos aportados por el progreso y la civilización general, pueden y deben siempre considerarse como fuentes naturales y fecundas del verdadero espíritu argentino.

En 1881 obtuvo con su canto *Al arte* el primer premio del tema, en los Juegos Florales en que Dn. Olegario Andrade mereció el premio de honor por su *Atlántida;* y al año siguiente Oyuela obtuvo este mismo premio por su poesía *Eros.*

En 1884, cuando se creó la cátedra de Literatura española y teoría literaria, el Gobierno confió al Dr. Oyuela su enseñanza; y posteriormente fué nombrado Profesor de Filosofía en la Escuela Normal de Profesores.

En 1889 fué nombrado Secretario de la Delegación Argentina al Congreso Pan-Americano de Washington, realizando entonces un vasto viaje de estudio por Europa y Estados Unidos.

El Dr. Oyuela fué el iniciador y el primer presidente del Ateneo, asociación de nuestros hombres de letras que pareció nacer con lozanía de planta que arraiga en suelo propicio, y que estaba llamada á desempeñar una gran función estimuladora en nuestro ambiente literario; pero que fué de duración muy

efímera y de ningún resultado práctico, sin duda por falta de protección oficial. Fué también el iniciador del proyecto de Instituto independiente de enseñanza secundaria, que se fundó en 1892, con el nombre de «Instituto Libre de segunda enseñanza», y allí dicta la cátedra de Literatura.

El Dr. Oyuela dirige desde su fundación, en 1906, el Conservatorio Labarden, y es miembro correspondiente de la real Academia Española.

Sus obras publicadas son:

Cantos. Buenos Aires 1891. 1 vol. en 6°, 331 págs.

Nuevos cantos. Buenos Aires 1905. 1 vol. en 8°, 317 páginas.

Estudios y artículos literarios. Buenos Aires, 1889. vol. en 4°, 600 págs.

Elementos de teoría literaria. 1 vol. (tres ediciones).

Opúsculos varios.

MARTÍN CORONADO

Nació en Buenos Aires el 4 de Julio de 1850. Hizo sus primeros estudios en la escuela de don Juan Sustaita, que era su padrino, pasando después al Colegio del Uruguay (que estaba entonces bajo la dirección de don Alberto Larroque) para estudiar Humanidades. Allí cursó hasta el 1er año de latín, viniendo después á la Universidad de Buenos Aires para continuar hasta

el 2° año de Derecho, después de lo cual abandonó la carrera de abogado para dedicarse á sus estudios favoritos: las letras.

Empezó por ser cronista de «La Prensa» en los primeros tiempos de su fundación; y en 1886, con el único propósito de optar á un puesto en las Oficinas del Registro Civil, se recibió de Escribano público.

El señor Coronado ha sido Jefe del Registro Civil durante más de once años.

Su verdadera vocación han sido las letras, y en ellas ha llegado á distinguirse y á ocupar puesto de primera fila entre los literatos argentinos, como poeta, dramaturgo y novelista.

En 1873 publicó la primera edición de sus poesías, que fueron muy bien recibidas por la opinión general y merecieron calurosos elogios de nuestros críticos más notables.

La edición que con el mismo título de «Poesías» publicó en 1904 es un tomo en 8° de 274 págs., bien nutrido de composiciones, en el cual ha incluído también el poema dramático «La rosa blanca», que fué su primer obra para el teatro. (1).

Coronado es poeta de mucho sentimiento que sabe aprovechar su vena sin violentar la inspiración ni sacrificar las armonías de sus cantos. Pero él ha dado preferente atención á sus obras para el teatro siendo en la actualidad uno de los autores más fecundos y de más éxito.

Se han representado las siguientes:

Luz de luna y luz de incendio, Labrador, Cortar por

(1) Fué estrenada en el teatro de la Opera el 16 de Junio de 1877, por la compañía de Hernán Cortés.

lo más delgado, Un soñador, Justicias de antaño, La piedra del escándalo, Culpas agenas, Flor del aire, Tormenta de verano, Parientes pobres, La vanguardia, Sebastian, El sargento Palma y Via libre.

El éxito de algunas de ellas ha sido verdaderamente notable, siendo la más aplaudida: *La piedra del escándalo*, que se ha dado más de 500 veces.

El señor Coronado ha escrito también una novela titulada *La bandera,* que fué premiada con una mención honorífica en un certámen particular, auspiciado por un fuerte comerciante de esta plaza.

Dr. JOAQUIN CASTELLANOS

Nació en San Lorenzo, Provincia de Salta en el mes de Octubre de 1860. En 1870 vino al Colegio Nacional del Rosario de Santa Fé, donde terminó los estudios secundarios.

Cinco años más tarde, en 1875, fué nombrado profesor del Colegio Nacional de Jujuy, y en 1879 pasó á ocupar el puesto de Vice-rector del Colegio Nacional de Catamarca.

El Doctor Castellanos ha tenido brillante y accidentada actuación política en el país, figurando siempre en las filas de aquellos cuyos entusiasmos se mantienen con los ideales del patriotismo y no con las concupisencias del poder.

Ha sido diputado al Congreso Nacional que hizo

honor á la representación de la Provincia de Buenos Aires de la cual formaba parte, conquistando reputación de ilustrado, hábil y valeroso orador parlamentario.

Sus relaciones con las Musas han sido apasionadas pero no constantes; sin embargo, creemos que, en los últimos años, el ha tratado de ocultarlas.

Actualmente anda en viaje de placer por Europa, y allí ha publicado sus trabajos sueltos en prosa, reuniéndolos en un volumen titulado *Labor dispersa;* pero no sabemos que el poeta haya tenido análoga complacencia con sus versos.

Dr. ENRIQUE E. RIVAROLA

El nombre del Dr. Rivarola es bien conocido en nuestro mundo literario y goza con justo título de la fama y renombre de poeta.

Es que este distinguido santafecino ha sido desde muy joven un apasionado cultor de la belleza y la armonía.

En 1881, cuando aún no contaba veinte años, publicó su primer volumen de versos, verdaderas flores «Primaverales» de su alma y de su vida, que tuvo el placer de prologar otro amante de lo bello, de lo noble y de lo grande, nuestro ilustre literato y hombre de estado, el Dr. Dn. Nicolás de Avellaneda.

Posteriormente, en 1883, publicó otro volumen titulado *Nuevas Hojas;* y son muchas las composiciones

con que ha contribuído á enriquecer nuestro Parnaso en las Revistas y Periódicos. Entre las principales conocemos: *Los héroes* (dedicada al Gral. Dn. Bartolomé Mitre), *Sor María* (poema), *Cuento de Otoño*, y *Ritmos.*

La precipitación y la embarazosa situación en que he debido concluir este trabajo para poderlo presentar terminado el día del centenario de nuestra independencia me han impedido completarlo debidamente.

Salvo, en parte, esta deficiencia transcribiendo aquí los dos sonetos siguientes, que son muy buenos.

SARMIENTO

Al Dr. Adolfo Saldías.

Duerme el atleta. Bajo el mármol sueña
Que no descansa, el luchador valiente;
Y plegada sobre él, madre doliente,
Cubre su cuerpo la argentina enseña.

Duerme el atleta. El ideal diseña
Inmarcesibles glorias en su frente;
Sueña, y se ve, tranquilo, omnipotente,
Cóndor andino, sobre abrupta peña.

¡Allá arriba!... ¡más alto todavía!...
¡Donde tan solo llegue el pensamiento!
¡En la cumbre más áspera y bravía!

Glorifique la Patria sus hazañas.
¡Que para alzar la estatua de Sarmiento
Hay que hacer pedestal con las montañas!

1908.

EL AGUA

En una gota de agua convertida
El alma universal al mundo asoma:

Savia en el árbol, en la flor aroma,
Ala en el ave, en el hombre vida.

Brilla el agua en la nube enrojecida
Que extrañas formas en el aire toma,
Y en fecundante riego se desploma,
O pasa por los vientos impelida.

Si consumida la robusta arteria
Del río y de la mar, abandonara
La última gota de agua el duro suelo,

Masa informe de rígida materia,
Peñón sombrío y sin calor, rodara
Muda la tierra por el ancho cielo.

1903.

Este último soneto sirve también para, mostrar la influencia del estilo del insigne autor de los «Gritos del combate» sobre el de nuestro distinguido compatriota, pues la forma en que desarrolla su pensamiento es la misma en que aquel presenta la idea engarzada en el precioso soneto titulado «El Dolor».

Enrique E. Rivarola nació en el Rosario de Santa Fé el 15 de Febrero de 1862. Estudió en los colegios nacionales del Rosario y Buenos Aires, pasando luego á la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, donde recibió su título de Doctor el año 1887.

Descollando con notoriedad en la falange de intelectuales de su generación, forma parte del profesorado nacional desde hace muchos años. Ha dictado la cátedra de castellano en el Colegio Nacional de Buenos Aires y actualmente es profesor de Psicología en la

Escuela Normal de La Plata, y de Derecho Civil en la Universidad de aquella misma capital.

Su actuación política lo llevó á las bancas de la Legislatura de Buenos Aires, en la Cámara de Diputados, de la cual mereció ser designado vicepresidente 1°.

Actualmente es Presidente del Tribunal de Cuentas de la Provincia.

LEOPOLDO DIAZ

Leopoldo Diaz nació en Chivilcoy (Provincia de Buenos Aires) el 11 de Agosto de 1862. Hizo sus estudios primarios en las escuelas del pueblo y vino á cursar Humanidades en el Colegio Nacional de Buenos Aires, terminándolos en el Colegio Nacional de Mendoza.

Mostrando desde muy joven la vocación literaria que después lo ha dominado, fundó entonces, (junto con su hermano Don Benigno C. Diaz,) el diario *La Palabra.*

Y ya, después, su verdadera ocupación no ha sido otra que la de escribir para el diario, la revista ó el libro.

El año 84 fué nombrado Secretario de la Legación Argentina en la Asunción del Paraguay, empezando su carrera diplomática.

Fué nombrado Cónsul General en Suiza, en 1906, residiendo en Ginebra hasta el año 1909, en que pasó

con igual cargo á Cristianía (Noruega), donde actualmente reside.

El Señor Diaz tiene publicados varios volúmenes de poesías. El año 1896 publicó la colección titulada *Sonetos*, y durante su permanencia en Ginebra, en 1902, publicó otro volumen de Sonetos titulado *Las sombras de Hellas*, con traducción francesa de F. Raisin y con prefacio de Remy de Gourmont.

Su último libro es *La Atlántida conquistada*, poema en sonetos, traducido también al francés por el mismo Fredéric Raisin.

El Señor Díaz está condecorado por el Gobierno Francés con las *Palmas Académicas*.

LEOPOLDO LUGONES

Pocas personalidades tienen hoy entre nosotros contornos tan sobresalientes y relieve tan pronunciado como este distinguido periodista, publicista y poeta.

Su talento y su fecunda labor en el campo de las letras, donde se ha dado á la ímproba tarea de intentar (yendo á campo traviesa) el abrir nuevos caminos para llegar á las alturas del Pindo, no solo con prescindencia sino también con desdén y menosprecio de lo que su escuela llama viejos formulismos académicos, derrumbando metros, rimas, reglas y artes consagrados, lo ha expuesto á los golpes más violentos de la crítica, pero lo ha exhibido con todo el brillo de los entendimientos privilegiados.

No es esta la ocasión de discutir el éxito que se puede esperar de esta campaña; pero como leales cronistas del pensamiento poético en la República Argentina y como amantes de todo esfuerzo intelectual y anhelo superior de artista, en el ritmo, el color ó la forma, reconocemos el esfuerzo de nuestro compatriota y dejamos aquí constancia de su intento y de su obra.

Leopoldo Lugones nació en Río Seco (Prov. de Córdoba) el 13 de Junio de 1874. Cursó primeras letras en las escuelas del estado, pero ántes de ingresar á los Colegios Nacionales ya había él empezado su vida intelectual independiente, apartándose en sus lecturas de los programas y planes de estudios oficiales.

Se ha ilustrado á sí mismo, estudiando solo y á su gusto cuánto ha querido saber. Y en la prensa diaria, en el libro y al frente de los puestos públicos que ha desempeñado, ha hecho gala de su vasta erudición, y ha mostrado siempre tener completo conocimiento de las cuestiones que trataba.

Tendría 16 años cuando se inició en la carrera del periodismo. Pidió un puesto de reporter en un diario de Córdoba, que dirigía Don Evaristo Carriego; y su comprovinciano, sin más trámite, lo autorizó á echarse á la calle en busca de noticias. Hoy es subdirector del *Diario*, de Buenos Aires.

El periodismo ha sido la labor más continuada del señor Lugones, pues creemos que solamente la ha interrumpido durante el tiempo que estuvo al frente de

la Inspección General de Enseñanza Secundaria, Normal y Especial.

A este puesto fué llevado por el Doctor Joaquín V. González, Ministro de Justicia é Instrucción Pública.

Después de un viaje por Europa y habiéndose recien fundado la Universidad de la Plata y el Instituto secundario á ella incorporado, el Gobierno ofreció al señor Lugones el rectorado de este último establecimiento; pero él declinó el honor, y volvió á su vida de periodista.

El señor Lugones lleva ya publicados varios volúmenes en prosa y verso.

Su primer libro de versos fué *Los crepúsculos del Jardín* (1905); pero su primer éxito de librería lo obtuvo con *Las montañas del oro* (1907).

El año pasado publicó otro volumen de versos con el título de *Lunario Sentimental.*

Sus obras en prosa son: *La reforma educacional, El imperio Jesuítico, La guerra gaucha, y Las fuerzas extrañas.*

PEDRO B. PALACIOS

Nació en San Justo (Provincia de Buenos Aires) el 13 de Mayo de 1854.

Ha estudiado y se ha ilustrado solo, habiendo estado varios años al frente de algunas escuelas comunes de la Provincia de Buenos Aires.

Su primer biógrafo, el Señor P. Groussac dice sobre él lo siguiente:

«Bajo el pseudónimo de *Alma fuerte*, el señor Palacios ha publicado en *La Nación* varios poemas (*Olímpicas, Cristianas, La sombra de la patria*, etc., de remedo becqueriano, pero todos ellos intensamente escritos. No creo que sea ninguno superior, por la idea ó la factura, al que aparece hoy y es una glosa rutilante del pensamiento de Schopenhauer: *el Universo es un fenómeno cerebral.* Por cierto que el Señor Palacios es un antodidacta, y carece de gusto seguro y virtuosidad verbal (lo que llamaba Sainte-Beuve «una buena retórica»). Pero también á ratos deja entrever y oir lo que no se adquiere con ninguna retórica: hay algo por allá arriba! Acaso una crisálida que el largo invierno aprisionara y que, criadas las alas al sol amigo, volverá mañana en plena luz».

ANTOLOGIA

(TOMO X)

CARLOS GUIDO Y SPANO

VICTOR HUGO

¿Veis esas rocas negras, escarpadas,
Que la onda brava rebramando azota?
¿Por qué el nauta al pasar larga la escota,
Y en su esquife, de pie, tristes miradas
Las dirige, y surcando su faz ruda
Una lágrima acaso, las saluda?
Allí el viento, las alas espaciosas
De vapores salinos impregnadas,
Muge doliente en funeral tristeza;
Estallan con estruendo pavorosas
Las tormentas; la niebla fría y baja,
Velando de las sirtes la aspereza,
Pende á modo de pálida mortaja;
Turba el silencio de las playas solas
El eterno tumulto de las olas.
Invisibles clarines convocando
A oscuras guerras, bárbaras, extrañas,
Suenan del mar los mostruos sublevando,
Y las aves acuáticas, hurañas
Voltejéan con ásperos graznidos
Sobre el piélago enorme, ó zahareñas
Cruzan buscando los ocultos nidos
En las grietas musgosas de las peñas.

Vosotros, hombres libres, que sombríos
En vuestra romería dura, austera,
Teneis solo una fe y una bandera—
Ante esos agrios riscos ¡descubríos!
¡Es *Kidormur,* es Guernesey!... ¡Bendita
La hospitalaria tierra
De la vieja Inglaterra!
Allá mora un Titán, Hugo allí habita,
Hugo de cuya frente majestuosa
Brotan vivas centellas, y que luego
De vencido á traición, no en los combates,
Logró salvar ¡empresa gloriosa!
Con su acendrado honor y sus penates,
De la alma libertad el sacro fuego,
Cuando en su ilustre patria perseguida
Tan solo en la conciencia halló guarida.

De la llama inmortal firme custodio,
La espada del arcángel esgrimiera
Más poderosa que el puñal de Harmódio.
Con ella el fallo bíblico escribiera
En caracteres ígneos, consagrados,
Que al opresor condena y á sus huestes;
Mientras sus labios que en mejores días
Supieron entonar himnos celestes
A la inocencia y al amor—tocados
De los carbones rojos de Isaías,
Los oráculos lanzan inspirados
Del porvenir, en graves armonías.
El águila sintiéndose acosada

Remontó hasta el Olimpo, y al Tonante,
  Soberbia, fiera, osada,
El rayo arrebató que fulminante,
  Con bríos soberanos
A la frente vibró de los tiranos.
Como aquel fabuloso personaje
De la tragedia antigua, Filocteto,
Que de Hércules las flechas poseía,
Y de vencer con ellas el secreto,
De Lemmos confinado en la salvaje,
Agreste soledad, cuando su ultraje
Vengar ansiando de dolor rugía:
¡Así el grande proscripto de la Francia,
  Con sublime arrogancia
A los nuevos Atridas desafía;
Llámalos á juicio, y humillados
Fueron en medio de su orgullo necio,
  De sus triunfos robados,
Por su profundo y colosal desprecio!

En el tiempo fijando la radiosa
Mente audaz, que su arcano nos alumbra—
En procesión solemne, portentosa,
Pasan ante él los siglos, y la Muerte
Al verle en la árdua cima á que se encumbra,
Cometa inmenso de la inmensa historia,
Que allí no alcanza con asombro advierte,
Y se postra vencida, deslumbrada
  Por la auréola sagrada
De su virtud egregia y de su gloria.

Galo de raza, de la heróica tierra
Que defendió Vercingetorix bravo
Contra el poder de César, en la guerra
En que el libre luchó contra el esclavo;
Del destino fatal en la balanza
Donde de aquel bastardos descendientes,
Ministros de odio, seides de venganzas
Arrojaron la espada, rudo emblema;
Él, revestido de grandeza suma,
Ciñendo de su genio la diadema,
Arrojó en contrapeso la áurea pluma;
¡A las sagradas musas se propicia;
　Prorrumpe en noble canto
　Y constelan su manto,
La libertad, la paz y la justicia!
Del hogar de sus padres desterrado,
　Como hijo predilecto
　El mundo le ha adoptado,
Y en la alta frente del varón perfecto
Que es égida á sus dioses, exultante
La estirpe en él al recordar de Atlante,
Del pontífice magno colocara
Sobre el fresco laurel la excelsa tiara.
¡Honrad ¡pueblos! al ínclito poeta
Que cantara el amor en su arpa de oro;
　Al augusto profeta
Que enjugó en su pendón el tierno lloro,
Y al tremolarle al viento en sacro rito,
Del ideal señala el horizonte,
Mientras trepando audaz de monte en monte

Nos guía victorioso al infinito!
El tiempo raudo pasa,
Y cuando el ala fúnebre despliega,
Así la flor doblega
Como las cumbres gélidas arrasa.
A la inmortalidad anticipaos;
Al genio que se cierne en las alturas
Llevad ofrendas puras—
A sus aras brillantes acercaos;
Rosas allí enlazad con verde palma,
Y los fuertes, honrados corazones,
Que siempre hallara la verdad propicios,
Con la esperanza al recobrar la calma
La ofrezcan abundantes libaciones,
Y nobles y gloriosos sacrificios.

Cuando caiga el coloso, (aleje el cielo
El terrible momento), que su alma,
Desplegando su vuelo,
Y confundirse en la armonía vuelva
De la naturaleza,—¡triste y viuda
De su númen la tierra á quien escuda,
Bramará el mar, suspirará la selva;
Y como antorchas dignas solamente
De sus grandes exequias, sus volcanes,
En su dolor vehemente,
Y en honor de sus manes,
Por el creador espíritu agitada
Que en sus entrañas vívido fermenta,
Encenderá algún día en sus misterios:

Entonces en entrambos hemisferios,
Ya de sufrir cansada,
Hundirá en sus cenizas los imperios
De su trágica historia torpe afrenta;
Y en su vasta rüina,
De la justicia eterna en luz bañada,
Levantará gloriosa y opulenta,
Navegando la esfera cristalina,
Al hombre libre en la ciudad divina!

MÉXICO *

«Ya del robusto cuerpo las heridas
Agotaron su brío y fortaleza;
Ya busca en su flaqueza
Por la voz de su gentes esparcidas,
El firme apoyo de mi brazo fuerte.
Con la discordia quebrantado, inerte,
México fácil se presenta al yugo:
Tendrá en mí su verdugo;
¡Castigo sea á su dolor la muerte!
Sus campos talaremos; sus vencidas
Ciudades derrumbadas de su alteza
Caerán con fiero estrago, y fulminantes
Las imperiales águilas triunfantes,

* El nombre de México es de origen indio. En la lengua azteca significa «la habitación del Dios de la guerra» llamado Mexitli ó Hultzilopochtli.

Desde Anáhuac (1) el vuelo soberano
Desplegarán por uno y otro oceano».
Dijo el perjuro y las soberbias haces
Apresta y los navíos, y provoca
Con vil pretexto y fementida boca
A segundarle audaces,
Al bretón recio, al español bizarro
De Cortés descendiente y de Pizarro.

Acuden, y con ellos los traidores,
Digno cortejo á la feroz empresa.
¡Reyes y emperadores
En estrecha alianza
Con la mesnada ruin!... ¡Qué! ¿tanto os pesa
Movidos de ambición y de venganza,
El ver cómo patente
Pende de la justicia la balanza
En favor de la América esplendente?
Ayer no más se alzó—sonriola el mundo;
El hombre fué mas libre; ilustres hechos
Levantaron su fama y sus derechos,
De su grandeza manantial fecundo;
¡Libertad! dijo, y los valientes pechos
De sus hijos la amaron, repitiendo
¡Libertad! y profética y tonante
La alta voz resonando
Por dilatadas zonas,
Al grito portentoso y retronante

(1) La palabra Anáhuac significa «cerca del agua».
Clavijero.

Que cruzaba veloz por los espacios,
Sentisteis vacilar vuestras coronas
Y tembló el despotismo en sus palacios.
Temblasteis, sí, y á reparar la afrenta
Venís—¿mas qué buscais? ¿qué cosa intenta
Vuestra aleve ambición? ¡mengua y desdoro!
Lo está diciendo el bronce que retumba
Allá de Puebla en el torreón alzado,
Con furia contrastado;
Quereis que la República sucumba,
Y avaros y rapaces,
Al cavarle la tumba
De América explotar el gran tesoro;
Sembrar la guerra proclamando paces;
Tapar la infamia con montones de oro.
Tarde acudisteis por fortuna, tarde;
Que la amazona airada,
Al intento cobarde,
Se apercibe, se irrita, se estremece,
Y rechaza indignada
Las razones sutiles
Que solo entienden los gobiernos viles
De no acorrer donde el peligro crece.
La india de que Europa enamorada
Por su belleza está; la que se sienta
A ver rodar al margen de sus ríos
Las piedras preciosas
Con que vuestra codicia se apacienta;
La que alarga las manos generosas
Al extrangero huesped á quien ama

Y á quien hermano llama;
Que tendida en su hamaca, rumïando
Sus nobles esperanzas, el perfume
De la selva aspira;—al torpe asecho,
Insultada en su fe y en su derecho,
El águila imperial dejará implume,
Brava saltando del flotante lecho.

Siéntelo así el bretón y retrocede,
Y con noble civismo,
El que á ninguno en el valor le cede,
Renuncia al triunfo y se venció á sí mismo
También el claro capitán hispano,
Prim magnánimo digo, no queriendo
Mancillar de sus armas la limpieza,
Que la prez del valor no alcanzó en vano,
Ve el robo, y la traición y la mentira
Y el brioso pecho rebosando en ira
De México se aleja y lleva á España
Trocada en amistad la ardiente saña.
Así tu repitiendo,
Gran conde, la hazaña
Que ha llenado la historia con su estruendo,
¿Qué importa si el traidor tu acción impreca?
La dulce patria del antiguo azteca
Venció Cortés entrando y tú saliendo.

Quedó solo el francés, mas no sus naves
A incendiar se atrevió, como aquel grande
Y fiero castellano que en un tiempo

Se abrió á Tenochtitlan ancho camino.
Con más prudencia, espera que cargadas
De espléndido botín serán en breve,
O guarida á sus haces destrozadas.
César ordena que acometan ¡César!
Parodia del romano
En quien llegar era vencer; aqueste
Huelga y triunfa en París, y sus legiones
Del suelo mexicano,
Mientras él se harta, muerden los terrones.
Pesándole la espada de la Francia,
La trueca por la pluma, y borronea
Del héroe de Farsalia,
De aquel rayo de Italia,
En ocio blando la tremenda historia,
Porque le alumbre en el rincón oscuro
Que tendrá en el panteón de lo futuro,
El sangriento esplendor de su memoria.
Mas no del porvenir las áureas puertas
Al crimen coronado están abiertas:
¡Empínate pigmeo,
Pues por más que te busco no te veo!
Obediente á su voz su hueste avanza
De su marcial orgullo haciendo alarde,
Soltando á su altivez las flojas riendas,
Al triunfo cierto en júbilo rebosa:
«Voy á México, dice, á alzar mis tiendas,
Y en su sepulcro á colocar la losa».
¡Crueles! seguid y encontrareis el vuestro.
México está de pie, Lázaro vive;

La libertad tocole con su vara;
Desde los altos cielos
La bendición recibe,
De Guerrero, de Hidalgo, de Morelos,
Y á defender sus lares se prepara.
Con denuedo el inválido, la furia
Del invasor y el ímpetu sujeta;
Del profanado hogar sabrá arrojarle
A golpes de muleta.

Y tú el primero, ínclito joven fuiste,
Zaragoza inmortal, quien contuviste
Su ira embravecida, que á tu nombre
Que despierta un recuerdo sobrehumano,
Sintió la sangre helada; y magno, y triste,
Gimió en la tumba el tío del tirano.
Como el viento impetuoso
Barre las ondas fieras
Del golfo proceloso,
O esparce las espigas en las eras,
Los contrarios huyeron
A tu terrible empuje, diligentes,
Y el Dios de majestad «quebró los dientes
A los que el freno de su ley mordieron».
¡Zaragoza! ¡oh ilustre y alto mozo,
Segado en flor á la brillante gloria
De tu insigne victoria!
Tú caíste, mas vive entero, ardiente,
Tu espíritu sublime en tus hermanos.
Juarez, Ortega, Comonfort, cien otros
Cuya fama voló de gente en gente,
Blanden la espada que vibró en tus manos,
Y porque al mundo asombre,

Cual presagio feliz, Puebla eminente,
Se hizo heredera de tu excelso nombre.
Ya la hueste imperial pávida y rota,
Repuesta del espanto en largo plazo,
Vuelve al combate y vuelve á la derrota.
   Del libre en la muralla
La muchedumbre indómita se estrella
Del bando usurpador; rudo la embiste
Y ceja y cía rechazado; en tanto
La América á sus mártires incensa,
   Y de México asiste
Con el alma anhelante á la defensá,
Dando lauro á los unos y á otros llanto.

¿Qué haces tú mientras, Francia, vieja leona,
Cubierta de gloriosas cicatrices
De que tu genio militar blasona,
Soportando una mosca en tus narices?
   ¿Cuando pues estornudas?
¿Cuando rompes la red con que te amarras,
Y despedazan tus potentes garras,
De tu acendrado honor los torpes Judas?
¿Acaso es tu bandera
La que se oculta en el combate? ¿acaso
De la ciega soberbia participas
Del déspota grotesco que en tí impera
   Cuando sueña iracundo,
De Zaragoza, rota en los escombros,
   Puedas llevar un mundo
Como el manto real sobre tus hombros?

¡Ea vieja leona,
Sardanápalo al circo te condena,
Contigo se divierte
Víctimas arrojándote á la suerte,
Y devoradas, riendo te aprisiona;
¡Ea, pardiéz, sacude la melena,
Y entiérrale en las sienes la corona!

América te envía
Su consejo de paz: si en son de guerra
Vienes, entonces se alzará bravía
Y en su pujanza asombrará la tierra.
Triunfará Anáhuac; las dolientes almas
De los impíos que mueven sus trastornos
Por Mixitli, Dios fuerte, confundidos,
Del Popocatepetl en las cavernas,
Rebramarán en los mugientes hornos
Derribadas á angustias sempiternas.
La República al fin verá cumplidos
Sus destinos egrégios: Zaragoza
De un mundo colosal primer baluarte,
Del derecho elevando el estandarte
No puede ya caer—caerán sus muros,
Y transformada en noble monumento
Que recuerde su gloria y su tormento,
Será eterno baldón á los perjuros.
¡Cualquiera de sus piedras calcinadas
Servirá á lapidarles, arrojadas
Por manos libres á su frente adusta,
Y la que Puebla fué, de heroismo ejemplo,
En su triste augusta,
Podrá no ser ciudad, más será templo!

EN LOS GUINDOS

Tenía yo diez y ocho años—ella
Apenas diez y seis; rubia, rosada,
No es por cierto más fresca la alborada.
Ni más viva una fúlgida centella.
¡Un día Adriana bella
Conmigo fué al verjel á coger fruta,
Y así como emprendimos nuestra ruta,
Absorto me fijé por vez primera,
Cuan atractiva y cuan hermosa era!
Llevaba un sombrerillo
De paja, festoneado, con adornos
De flores de canela y de tomillo,
Y realzando sus mórbidos contornos,
Un corpiño ajustado,
Saya corta, abultada, de distintas
Labores, hácia el uno y otro lado
Recogida con lazos de albas cintas.
Como nuestro paseo se alargaba,
Le ofrecí el brazo; me arrobé al sentirla.
Que en él lánguidamente se apoyaba.
Confuso y sin saber el qué decirla,
Me desasí—Trepéme á un alto guindo,
Desde cuyo ramaje de esmeralda
El bello fruto ya en sazón la brindo,
Que ella con gracia recogió en la falda,



¡Oh delicioso instante!
¡Oh secretos de amor! ¿cuál mi ventura
Podré pintar, mi sangre llameante,
Al ver desde la altura,
Su seno palpitante,
Su voluptuosa y cándida hermosura?
¿Acaso Adriana adivinó en mis ojos
El fuego interno que en mi alma ardía?
¿Esa la causa fué de sus sonrojos?
—«Aquella guinda alcanza, «me decía,
«Que está en la copa; agárrate á las ramas
No vayas á caer». «¿Y tú si me amas,
Qué me darás?»—Bermeja cual las pomas
Que madura el estío en las laderas,
Contestó apercibiendo dos palomas
Blancas, ébrias de amor:—«¡Lo que tú quieras!»

LAS HORAS

Queriendo coronar lo más hermoso
En torno al sol las Horas se juntaron,
Y allí en danza genial se armonizaron
Del almo día el sonrosado albor;
Mal envueltas en gasas transparentes
En el éter azul, todas son bellas;
¡Mas fué reina elegida al fin por ellas,
La dulce hora del primer amor!

Desde entonces el alma está á su imperio
Con misteriosos vínculos unida;
Se confunde á la esencia de la vida
Rica en tiernas promesas al pasar,
Y deja en pos dulcísimas memorias
Al perderse en el tiempo en casto vuelo,
Como brillan los astros en el cielo
Cuando en la tarde el sol se hunde en la mar.

A UNA JOVEN RUSA

En mi huerta hay pocas flores,
Niña rubia,
Mas de inocentes olores;
No han ajado sus colores
Sol ni lluvia.

Simples flores campesinas
Oreadas
Por las auras vespertinas,
De mi vida en las rüinas
Abrigadas.

Al cabello de áureas ondas
Prende alguna,
Por si danzas en las rondas
De las leves wilas blondas
A la luna.

Un mi amigo me ha mostrado
Tu semblanza,
El amigo afortunado
De quien has acariciado
La esperanza

¡Oh qué linda! coronada
De esplendores
De la juventud rosada,
Semejas la reina amada
De las flores.

¡Fuente sellada, manante
De consuelos;
Espejo limpio y flamante,
Que pinta el azul brillante
De los cielos!

Tu boca al amor convida,
Deliciosa,
Fresca granada partida;
En tí desborda la vida
Harmonïosa

Mas aunque el sentido adules,
Tu alma bella
Brilla en tus ojos azules,
Como entre diáfanos tules
Una estrella.

Sobre tu blanco vestido
Tu rosario
Del cinturón suspendido,
Pareces haber salido
Del santuario.

Quizás en el templo estenso,
Palpitante,
Toda impregnada de incienso,
Implorabas al Inmenso
Por tu amante.

El te recuerda y derrama
Tierno llanto,
Diciéndome: «la reclama,
«Mi corazón la reclama,
¡La amo tanto!

Y agrega— «muero en su ausencia,
Sin su amor,
¿Qué me importa la existencia?
Es un ángel de inocencia,
Luz y flor;

La deidad de la armonía
Soñadora,
Que en sus himnos se extasía,
Y en dulce melancolía
Canta y llora».

Tu prestigio así he sentido
        Desde lejos,
Como el lago adormecido
De algún astro ya escondido
        Los reflejos.

¡Y que no te conociera
        Flor discreta!
Mas sin verse en primavera
Se adivina en la pradera
        La violeta.

¡Casta flor de la alba veste,
        Solitaria,
Que cual un perfume agreste
Suba hasta el trono celeste
        Tu plegaria!

Dios tu sueño de ventura
        Rëalice;
Que tu vida fresca y pura,
Como el agua en la espesura
        Se deslice!

¡NUNCA!

Fría como la aurora se refleja
En mi alma tu cándida hermosura,
Y emana suave un esplendor sereno
De mi esperanza efímera en la tumba.

Sobre ella pasas sin saberlo acaso,
Pues un dulce misterio la circunda,
Cuando, de gracia plena, te diriges
Bella y triunfante al templo de las musas.

No te detengas, nó, si al sauce triste
Ves allí suspendida una harpa muda,
Si del aura el espíritu flotante
Tu dulce nombre en derredor pronuncia.

Cual una virgen druida que se interna
De la sagrada selva en la espesura,
Así te vi pasar en mis ensueños
Al rayo azul de la argentada luna.

A tu presencia una ilusión celeste
La lobreguez de mi destino alumbra:
Enagenado derramé á tus plantas
De ámbar y nardo mis colmadas urnas.

En el cielo fijaste la mirada
Sublime— y tierna y pálida y confusa,
Extendiendo hacia mi la nívea mano,
Con voz sentida me dijiste:—¡Nunca!...

¡Nunca!... la noche oscureció mi alma,
La noche del dolor y de la culpa,
Y el armonioso genio de mi vida
Se perdió sollozando entre la bruma.

En las espinas del camino agreste
En jirones rasgó la blanca túnica;
Al viento deshojose la guirnalda
Con que al verte ciñó su frente augusta.

Hosca la suerte en mi existencia estéril
Esparció afan; un cántico es la tuya
Que las flores brillantes del Olimpo
Con esencias suavísimas perfuman.

Límpida mana y virginal la fuente
De sus días azules; allí arrullan
Los cándidos amores y en sus aguas
Bañan risueños sus doradas plumas.

Sigue pues, esquivándote á mi afecto,
Soñadora vestal tu fácil ruta,
Y que el pesar á cuya sombra vivo
Las rosas de tu sien no agoste *nunca!*

CONTESTACIÓN Á UN AMIGO HELENISTA

¡No conoce el amor mi casta musa!
¡Ay! y al viento flotando el manto griego
Sube al Olimpo, de su sed el fuego
A apagar en la fuente de Aretusa! (1)

---

(1) Aretusa: ninfa de Elida, bañándose un día en el Alfeo, inspiró amor al dios del río. Para escapar á su persecución imploró el socorro de Diana que la transformó en una fuente.

¡No conoce el amor! y el arpa usa
Tierna y vibrante el amoroso ruego,
En tanto que ya náufrago navego
Corriendo en pos de mi esperanza ilusa!

Tú que cantando surcas del Iliso (1)
Las ondas de cristal, llega sin susto
Al puerto en que soñaste un paraíso.

Y allí mientras invoco al Dios de Claros (2)
Feliz, á Vénus alza un templo augusto
De mármol fino de la blanca Paros.

NENIA

Llora, llora urutaú (3)

En idioma guaraní
Una joven paraguaya,
Tiernas endechas ensaya
Cantando en el arpa así,
En idioma guaraní:

¡Llora, llora urutaú
En las ramas del yatay (4)

(1) Iliso: arroyo que nace en el Himeto y va á expirar cerca de Atenas en el golfo de Egina.

(2) Claros: ciudad de Lidia en la embocadura del Aleso, cerca de Colophon. Célebre en la más remota antigüedad por su templo de Apolo.

(3) Urutaú—ave de dulcísimo canto.

(4) Yatay—palmera.

Ya no existe el Paraguay
Donde nací como tú—
Llora, llora urutaú!

En el dulce Lambaré
Feliz era en mi cabaña;
Vino la guerra y su saña
No ha dejado nada en pie
En el dulce Lambaré!

Padre, madre, hermanos ¡ay!
Todo el mundo he perdido;
En mi corazón partido
Solo amargas penas hay—
Padre, madre, hermanos ¡ay!

De un verde ubirapitá,
Mi novió que combatió
Como un héroe en el Timbó,
Al pie sepultado está
De un verde ubirapitá!

Rasgado el blanco tipoy (1)
Tengo en señal de mi duelo,
Y en aquel sagrado suelo
De rodillas siempre estoy,
Rasgado el blanco tipoy.

Lo mataron los *cambá* (2)
No pudiéndolo rendir;

---

(3) **Tipoy—saya blanca que usan las paraguayas.**
(2) **Cambá—los negros.**

El fué el último en salir
De Curucú y Humaitá—
¡Lo mataron los cambá!

¿Por qué, cielos, no morí
Cuando me estrechó triunfante
Entre sus brazos mi amante
Después de Curupaití?
¿Por qué cielos no morí?...

¡Llora, llora urutaú
En las ramas del yatay;
Ya no existe el Paraguay
Donde nací como tu—
Llora, llora urutaú!

AL PASAR

Abbeville (Francia).

Sola en el campo, en la arruinada ermita,
A la trémula sombra de un almez,
Hermosa como Ruth la moabita,
Recuerdo que la ví la última vez.

Vestía el traje villanesco, saya
Corta, listada, un delantal
Festoneado con cintas, de anafaya,
Y una toca plegada, de percal.

¡En pocos años qué mudanza! apenas
Si pude conocerla ¡cuán gentil!
Más frescas que las níveas azucenas
En las mañanas límpidas de Abril.

Tenía la cintura como un mimbre
Flexible y fina, el rostro angelical;
Su voz, su dulce voz, era de un timbre
Mas süave que el canto del turpial.

¡Y sus ojos turquíes! la brillaban
Con tan profundo y blando resplandor,
Que al parecer serenos reflejaban
Del cielo azul el nítido color.

¡Cuántas veces, de niña, las ramillas
Para el fuego juntando la encontré,
Y cuántas en las mieses amarillas
Sus cabellos de oro acaricié!

Al volverse hacia atrás y dar conmigo
No atinó á recordarme, se turbó;
Más luego que la hablé, mi acento amigo
Sus recuerdos de infancia despertó.

—«¡Cómo! ¿sois vos? me dijo conmovida,
¡Vos aquí en la comarca!... ¿La salud
Sentís de nueva acaso enflaquecida,
Y en procura volveis de aire y quietud?»

—«No, Blanca, á otro país voy de camino;
No cual en otro tiempo vuelvo aquí,

Enfermo y fatigado peregrino
En busca de la calma que perdí.

Y bien lo siento á fé...¡ah, quién me diera
Habitar otra vez el romeral
Perderme entre la viña en la pradera,
Beber el agua virgen del raudal!»

No era ese el deseo caprichoso
Del que aspira á una efímera merced;
De olvido, de silencio, de reposo,
Sentía el alma la profunda sed.

Pregunté luego á la aldeana bella'
Por su padre, que un día me acogió
Bajo su techo hospitalario, y ella
Contestó suspirando—«¡Ya murió!»

—«¡Murió! ¿Cuándo murió?»—Cumplirá un año
Cuando empiecen las uvas á pintar;
Dios alejó al pastor de su rebaño,
¡Ah! si vierais, desierto está el hogar!»

Yo estimaba á aquel hombre franco, honrado,
De corazón ingénuo, sin doblez,
Allá en su juventud bravo soldado,
Vaquero y labrador en su vejez.

«¿De qué murió?« le dije.—«Estaba fuerte
Como el tronco que veis de ese abenuz;
Un día entre la mies le halló la muerte
En el sitio en que se alza aquella cruz!»

—«¿Y os dejó alguna hacienda?—«Lo bastante
Para vivir, la casa, y más aquel
Molino que se vé blanquear distante,
Los bueyes, el sembrado y el verjel».

—« Pobre! ¿y tú madre?»—Llora el día entero,
Si quereis verla os llevaré, venid,
Está allá abajo al canto del otero
A la sombra tejiendo de la vid.»

—«Es tarde ya,» la contesté «y aún queda
Lejos la aldea adonde voy, á más
Temo afligirla; el cielo la conceda
El consuelo á sus penas, la dirás».

—«Más al menos» repuso, los colores
Animándola el rostro, «aceptareis
Del jardin de mi padre algunas flores
Plantadas por su mano «¿os negareis?»

¡Y cómo resistir su voz tan pura,
Aquel dulce mirar, tanto candor!
Seguila, pues, dejando mi montura
Atada al tronco de un almendro en flor.

Al punto en que á estrecharse el valle empieza.
Hallábase la casa, al pie el jardín,
Donde entre ásperos brezos y maleza
Se enredaba á los mirtos el jazmin.

Ya en su recinto, Blanca, más ligera
Que una corza, con gracioso afán

A esas flores juntó la enredadera,
La violeta silvestre al arrayan.

Hízome un ramillete; sonrojada
Con infantil sonrisa me le dió;
Luego por una senda sombreada,
Del arroyo á la margen me llevó.

Sentámonos allí de la corriente
Al grato son; el céfiro fugaz
Murmuraba en los sauces; blandamente
Gemía en la hojarasca la torcaz.

Fué en aquel sitio y bajo de aquel cielo
Que en esa alma limpia pude leer,
La vaga agitación, el tierno anhelo,
Que despierta el amor en la mujer.

Como de miel dorada rebosante
De las vivas abejas el panal,
Derramaba su aroma refrescante
La flor de su inocencia virginal.

—«Quisiera ir á donde vais, quisiera
Conocer otras tierras», exclamó—
Vino aquí vez pasada una extranjera,
¡Oh, cuántas maravillas me contó!»

Sombras de sueños vagos, el reflejo
De una esperanza indefinida ví
Sobre su frente, cristalino espejo
De un pensamiento ardiente y baladí.

—«Blanca», la dije al levantarme—«habita
Aquí la paz, consérvate fiel
Al hogar de tus padres y bendita
Corra tu vida y venturosa en él.

—«¿Nó volvereis?«—«¡Quién sabe! voy muy lejos.
¡Adios! cuida á tu madre, que el amor
De los hijos la savia es de los viejos,
De la vida que muere último albor».

A tomar mi caballo juntos fuimos...
Lo que por mí pasó decir no sé,
Cuando una y otra vez nos despedimos
Y que en la casta frente la besé.

Alejéme al galope; yá distante
La vista volví atrás...estaba allí!
Su vestido de listas ondulante
A través del follaje distinguí.

Aquél fresco recuerdo de otros días,
Su imagen que jamás podré olvidar,
Se mezcla á esas vagas armonías
Que la vida acarician al pasar!

BUENOS AIRES

Fué aquí, en las playas que fecunda el Plata,
Peregrina región que cual ninguna
El estro á las estrellas arrebata,
Donde en honrado hogar se alzó mi cuna.

¡Salve al gran río cuya faz retrata
La argéntea luz de la esplendente luna,
Ora arrastre sereno, ora combata
El esquife en que voy con mi fortuna!

Buenos Aires ¡oh patria! aunque me olvidas,
Mi esperanza en tu olvido sumergiendo,
Tuyo es mi corazón, tuyo es mi brazo.

Cuando ya no den sangre mis heridas,
Al cielo un postrer voto alzar pretendo:
Domir mi último sueño en tu regazo.

RÍO JANEIRO

¿Qué podré yo decir en tu alabanza
Tierra de luz, de paz, de poesía,
En que se abrió la flor de mi esperanza,
Que hoy su perfume lánguido te envía?

Quizá ya nunca, pues el tiempo avanza,
Volveré á ver tu cielo, tu bahía,
Ni á soñar vagabundo en muelle holganza
Perdido entre tus selvas cual solía!

¡Oh princesa del valle florecido
Cuyos pies besa el mar, que la alta cima
Refleja de tus montes seculares!

¡Aunque ausente de tí, jamás te olvido,
Pues de mi alma el amoroso clima
Está donde susurran tus palmares!

AT HOME

Bella es la vida que á la sombra pasa
Del heredado hogar; el hombre fuerte
Contra el áspero embate de la suerte
Puede allí abroquelarse en su virtud;
Si es duro el tiempo y la fortuna escasa,
Si el aéreo castillo viene abajo,
Queda la noble lucha del trabajo,
La esperanza, el amor, la juventud.

Hijos venid en derredor; acuda
Vuestra madre también ¡fiel compañera!
Y levantad á Dios con fe sincera
Vuestra ferviente, cándida oración;
El es quien nos reune y nos escuda,
Quien puso en vuestros labios la sonrisa,
Da su aroma á la flor, vuelo á la brisa,
Luz á los astros, paz al corazón.

Después de la fatiga y del naufragio,
Ansío rodearme de cariño;
La serena inocencia de los niños,
De la herida mortal calma el dolor.

Es para el porvenir dulce presagio
Que al hombre con el mundo reconcilia,
El ver crecer en torno la familia
Bajo las santas leyes del amor.

El vano orgullo, la ambición insana,
Aspiren á las pampas de la tierra;
Su nombre ilustre en la sangrienta guerra
Lleno de encono el bárbaro adalid;—
Nuestra misión es, hijos, más cristiana:
Amar la caridad, amar la ciencia;
Puras las manos, pura la conciencia,
Dar el licor á quien nos dió la vid.

El sol de cada día nos alumbre
El sendero del bien; nada amedrente
Al varón justo, al ánimo valiente
Que fecundiza el suelo en que nació;
La libertad amemos por costumbre,
Por convicción y por deber; en ella
El despotismo estúpido se estrella:
¡La patria esclavizada redimió!

¡Honra y prez á sus padres denodados!
Entre ellos se encontraba vuestro abuelo;
Hoy descansa su espíritu en el cielo,
Noble atleta vencido por la edad.
¡Venid en sus recuerdos impregnados,
Y llena el alma de filial ternura,
Su venerada, humilde sepultura,
Con flores y con lágrimas regad!

Tomad ejemplo de él, y cuando un día
Emprenda yo mi viaje sin retorno,
Erigidme una cruz y de ella en torno,
Sin una mancha en la tranquila sien,
Llenos de paz, radiantes de armonía,
Podaís decir de vuestro padre amado:
«Latió en su pecho un corazón honrado;
No fué un prócer,—fué más—hombre de bien!»

¡ADELANTE!!

¡Ea, muchachos, es la aurora! ¡arriba!
Tomad el hacha y el martillo, y vamos;
Si como ayer tenaces trabajamos,
El monte derribado caerá.
Alcemos con sus troncos nuestras casas
Asilo de la enérgica pobreza;
Donde creció el jaral y la maleza,
La viña lujuriante medrará.

Que el muelle cortesano la fortuna
Busque adulando á su señor adusto,
El torpe corazón siempre con susto
De perder de su afán el fruto vil.
Mientras él siembra el odio y la cizaña,
Nuestras robustas manos siembren trigo;
Mientras ve en cada hombre un enemigo,
Amémonos con pecho varonil.

El vínculo sagrado que nos une,
Se apretará con la honradez probada;
¡Sás, al combate! á la conquista ansiada
Del trabajo fecundo en la legión.
¡Victoria al más intrépido! bizarro,
Sus pensamientos en la patria fijos,
Ese llegue á tener hermosos hijos,
Hombres libres, de limpio corazón!

La gran naturaleza nos invita
A su festín suntuoso; seamos parcos,
Y al repasar por sus triunfales arcos
La libertad nos guíe con su luz;
Bajo su influjo bienhechor, la dicha,
La paz y la abundancia nos esperan:
¡A los valientes que en la lucha mueran,
Un recuerdo, una palma y una cruz!

No desmayeis conscriptos del progreso;
Rasgue el arado el seno de la tierra,
Guerra á la incuria, á la ignorancia guerra,
Amor á Dios, respeto por la ley;
Diques al mar pongamos, freno al vicio,
Allanemos la ríspida montaña,
Y sea nuestro orgullo y noble hazaña
En cada ciudadano ver un rey.

Así avancemos como un haz; la ruta
Nos la haga más liviana el noble canto
Del poeta; las artes con su encanto

A nuestro rudo afán den galardón;
Busquemos la gran patria en que los hombres
Se reconozcan prósperos y hermanos,
Invitando á los pueblos soberanos
A seguir de los libres el pendón.

¡Y dulce será el ver en nuestros lares
De la jornada al fin, todos reunidos,
A los seres amables y queridos
Que ennobleció el trabajo y la virtud,—
Recordando los triunfos del pasado
En las largas veladas del invierno,
O elevando sus preces al Eterno
Que nos da la esperanza y la salud!

A.....

¿Si tu no te ofendes? ¿Porque no decirlo?
Escucha en la vega montuosa, del mirlo
Que gime, el reclamo.
¡Mi voz á tu oído, más blanda resuene
Y el arpa vibrante sus cuerdas estrene
Diciendo te amo!

Te amo, sí, adoro tu augusta hermosura;
En tí no hallo mancha, tu frente es más pura
Que el velo que labras;

En ella reflejan los nobles instintos;
Tus manos colmadas están de jacintos,
De miel tus palabras.

¡Por qué no me es dado decirte, mi vida
No fué de pasiones jamás combatida,
Tu imagen que adoro
Fué en mi alma el origen de un culto sentido,
Sin que haya otro nombre robado al olvido
La musa que imploro!

Mas ¡ah! que gastada mi loca existencia
Perdió en sus delirios la paz, la inocencia
Que hoy llora anhelante.
¡Perfume del alma serena y sencilla!
¡Dulcísimo vino, que el vaso de arcilla
Derrama espumante!

Guirnaldas que ornaron mi pálida frente
Ya están deshojadas, nublose mi oriente
De sombra importuna;
Tú sola fulguras en medio á sus nieblas,
Cual brilla en el ara de un templo en tinieblas
Filtrando la luna.

Ingenua, modesta, más tierna que un niño,
Lo sé, no merezco tu dulce cariño,
Tus castos favores;
La fuente sellada que cerca el ganado
Y el mirto, no es mío, ni el huerto cerrado
De místicas flores.

¡Que dicha la vida beber en su aroma!...
Mas huye las sirtes la blanca paloma
Que arrulla en las palmas;
Al menos mis ojos contemplen su vuelo,
Y un día sus alas encumbren al cielo
Un ángel—dos almas.

Apareció en «La Tribuna» del 29 de Mayo de 1862.

RAFAEL OBLIGADO

AMÉRICA

I

Para cantar de América la bella
La fe profunda y el amor que inspira,
Para volcar el alma en vibraciones
Como la vuelca en sus torrentes ella,
No hay notas en la lira,
Ni férvidas canciones
En sus cuerdas, mojadas
Con el llanto de cien generaciones.

El trueno del torrente,
Del huracán el rápido estallido,
La tempestad enérgica y ardiente,
Esconden en su entraña
El mágico sonido
Que el alma busca, y en el aire siente,
Para arrullar de América el oído.

Todo es gigante en su fecundo seno:
Su pasado, que vierte en la memoria
El rojizo esplendor de la centella,
O produce en el ánimo sereno
Esa sed de admirar, que apenas sacia

En raudales de luz su misma gloria.
Todo es gigante en ella:
Los héroes y la historia
¡Y la sublime eterna democracia!

¡Ah! ¡miradla pasar! Esa bandera
Que muestra sobre el polvo del camino
Su regia pompa y majestad guerrera,
¡Ondula el soplo del amor divino!
¡El porvenir la llama!
¡El porvenir, que abiertas
Dejó á su marcha las doradas puertas
Que injusto un día le cerró el destino!

Para animar su paso
Y templar su valor en la batalla,
En la selva, en el monte,
Y en el círculo azul del horizonte,
¡El himno inmenso de la vida estalla!

¡Ah! por eso, en la arena,
Como un león en su salvaje lecho,
¡El Plata tiende su robusto pecho
Y sacude bramando su melena!

Y por eso su espuma,
Como rizada pluma,
Agita el blando y sonoroso Rímac,
El Niágara convulso se derrama,
Y en tanto que susurra el Apurímac,
¡Se despeña tronando el Tequendama!

II

Allá, yérguese altivo en su regazo
El viejo audaz de corazón de piedra,
A cuya cima ni la astuta hiedra
Ha podido trepar.—¡El Chimborazo!
Su frente de granito
Donde el sol de los trópicos chispea,
Por cima de las nubes centellea
¡Y parece horadar el infinito!

A solas con el cielo,
Mira á sus plantas dilatarse un mundo;
Hervir los pueblos; reposar los mares;
Tenderse por el suelo,
Alfombra digna de sus pies, las selvas;
Rodar por las montañas
De los torrentes los raudales fríos;
Y desplegarse entre flexibles cañas,
La franja azul de los serenos ríos.

En derredor de la nevada cumbre,
Fragancias tropicales
Volando esparce el aromado viento;
En las eternas nieves
Refresca ansioso su abrasado aliento,
Y las cuestas vecinas
Bajando con sonoro movimiento,
Se derrama por valles y colinas.

Sobre la altiva frente esplendorosa
Del augusto titán americano,
Viva aureola que en la sien gloriosa
De América se enciende,
Es fama que del cielo ecuatoriano
El Sol del Inca á reposar desciende.
Un día... sólo un día,
Se conmovió en su base sempiterna,
Echó el manto de nubes á la espalda,
Y tendió en la llanura de esmeralda
Su mirada sombría.

Rivales de su gloria,
Y midiendo su talla por su talla,
Frente á frente tenía
Á Bolívar, de fuego en la victoria,
Y á San Martín, de bronce en la batalla,

III

¡Un gigante de pie, y otro caído!...
Mensajero eternal de la grandeza
Con que Dios nuestra América ha vestido,
Por las cálidas zonas,
Radiante de belleza,
¡Se tiende y se dilata el Amazonas!

Guirnalda de sus húmedas riberas,
Cargadas de rumores,
Las selvas que los siglos no marchitan,
Destrozando sus verdes cabelleras,
Le arrojan al pasar todas sus flores.

En el vasto paisaje
Por sus rápidas ondas sacudido,
Y del ave en el mágico plumaje,
El trópico derrama,
En soberbia explosión de colorido,
Los mil cambiantes de su eterna llama.

El himno de las aves; de las flores
El beso soñoliento;
La palmera, que tiembla enamorada
Bajo el ala del viento;
Cuanto encuentra en su marcha dilatada,
Cuanto guarda el edén de sus delicias,
Al gigante enamora;
Pero él sabe arrancarse á sus caricias,
Lanzándose al oriente
Como si fuera en busca de la aurora
Para atarla al cristal de su corriente.

IV

¡Silencio y soledad, misterio y calma!...
Lo infinito en la tierra y en el cielo;
La presencia de Dios dentro del alma;
¡La plenitud del vuelo!
La extensión y la paz del oceano
En inmóviles ondas de verdura...
¡He ahí la llanura,
Orgullo de la patria de Belgrano!

Amada del pampero,
Ella guarda para él todas sus galas,
¡Y él arrulla el silencio de sus horas
Con la música eterna de sus alas
Vibrantes y sonoras!

Al rayo de la luna,
Sobre la verde y dilatada alfombra,
Surgiendo del vapor de la laguna,
Cruzar parece la doliente sombra
De *Brián* y de *María*...
¡Dulce amor del desierto!

¡Infinito del alma en lo infinito
De su imponente majestad sombría!
¡Cómo su vago resplandor incierto,
Al corazón revela
Que el espíritu aún de Echeverría
De loma en loma sollozando vuela!...

Los siglos, en su paso por el mundo,
No vertieron las fuentes de la vida
En el seno fecundo
De la Pampa dormida:
La hollaron en silencio... y en silencio,
Al amparo de Dios, yace tendida.

¿Qué mano bienhechora
La arrancará al letargo de su sueño?
¿El rayo de qué aurora
Disipará las sombras que la envuelven

Y humillan con su peso?
La mano de sus hijos;
¡La aurora germinante del progreso!

Ella duerme y espera
Del pueblo de su amor sentir la planta,
Que á través del desierto se adelanta
Por lomas y ribazos
Para abrirse á la luz de la existencia,
Para erguirse gigante en su presencia
¡Para alzarlo también entre sus brazos!

V

¡Escuchad! ¡escuchad! ¡Largos rugidos
Pasan, del aire sacudiendo el vuelo,
Cual si allí se arrastrara por el suelo
Extraña catarata de sonidos!
¿Por qué tiemblan en torno los pinares?
¿Que horror sublime los espacios puebla?
¿Por qué el iris de paz, gloria del cielo,
Ríe atado al abismo entre la niebla?
¡Es que vuelca sus ondas seculares
El Niágara esplendente!
¡El Niágara! ¡la fuente
Inexhausta y soberbia de los mares!

Mil ondas encrespadas,
Como salvaje tropa de leones
Al borde del abismo arrebatadas,

Exhalan en rugidos
Sonoras pulsaciones,
Que vibran como un canto en los oídos.

¡Poema sin segundo,
En los peñascos del raudal impreso,
Que, con solemne entonación homérica,
Parece que cantara sobre el mundo
El himno del progreso
En la lira gigante de la América!

¡De Wáshington el pueblo,
Despertando á su voz, honda y valiente,
Aprendió el heroísmo
En la lucha tenaz bajo la bruma
Del raudal y el abismo,
De la roca y la espuma!
Y luchando también, hundió las naves
De la adusta Inglaterra;
¡Y á su empuje viril, el despotismo,
Que derriba las frentes á balazos,
Largo trecho rodó sobre la tierra
Como rueda un cañón hecho pedazos!

¡Escuchad! ¡escuchad! El torbellino
Hierve airado otra vez, airado truena;
¡Y es que el nombre de Cuba,
La mártir del destino,
En el arpa de América resuena!

¡Sí, que otra lira hermana,
Amarrada á la sirte procelosa,

Rugiendo en las espumas
Apostrofa á la tierra americana!
¡Ay! ¡La sonante lira
A cuyo acento el corazón se espande
Y, heroico en su dolor, estalla en ira,
De Heredia el inmortal, de Heredia el grande!

VI

Así, en medio de músicas extrañas,
Por inmensas llanuras
Y ríos y torrentes y montañas,
Eva de un mundo y del Edén señora,
Siguiendo va del porvenir la huella
América la bella,
América, la virgen soñadora.

De la pálida luna
No lleva el tibio y misterioso rayo
Sobre la sien ardiente,
Que el Dios del Inca lacentó su cuna,
Se alzó en la tierra al esplendor de Mayo,
Y al sol de Julio coronó su frente.

Allá, dos mares á su talle airoso
El tul suspenden de su parda bruma,
Y el Guaira proceloso
Y el Niágara, á su espalda
El manto arrojan de su hirviente espuma
Y van rodando á acariciar su falda;

Allí, como un trofeo
Que el viento encima de los Andes bate,
Como un jirón á la montaña asido
Del humo del combate,
Dejando el cóndor su riscoso nido,
Un punto inmoble la contempla... ¡Y luego,
Enamorado y ciego,
Abriendo su plumaje,
En el azul purísimo resbala
Y siente bajo el ala
Chispear el rayo del amor salvaje.

¡Ah! como él, el poeta americano,
Cóndor de los espacios de la idea,
El monte humilla, reconcentra el llano,
Y entre ambos polos la extensión pasea;
Como él, en medio de la tierra amada,
El alma pensativa
Suspende en el fulgor de una mirada;
Y desde el foco de su sien altiva,
¡Como él, difunde enamorado, ciego,
La llama convulsiva
De su potente inspiración de fuego!

1879.

ECHEVERRIA

I

Era esa pampa dilatada y sola,
Sin otra vida que la vida aquella
Que hace rodar la ola
Y girar en los cielos una estrella;
Sin más palabra que la voz vibrante
Del buitre carnicero,
El alarido de la tribu errante
Y el soplo del pampero.

Faltaba el alma á la extensión vacía;
A los vientos del llano,
Un rumor cadencioso, una armonía
Que sólo brota el corazón humano.

Su lumbre derramaba
El sol, siguiendo su fatal camino;
La luna, su destello soñoliento;
Pero al cielo faltaba
Un astro, el astro del amor divino,
Y á la tierra el fulgor del pensamiento.

Sentir, pensar... Suprema, única vida;
Para la sed del alma, ¡única fuente!
Sobre la tierra, que á vivir convida,
¿Bastarnos puede, acaso,

Un astro que se eleva del oriente
Y se oculta en silencio en el ocaso?

Nada dice al espíritu
La noche taciturna,
Encorvando su bóveda sombría
Como una inmensa ürna
Sobre la tierra desmayada y fría,
Si en la sombra lejana
De sus antros sin nombre
No destella la mente soberana
Y no palpita el corazón del hombre.

El vuelo de las aves,
De la laguna el musical rüido,
Las mil voces suaves
Que el viento imprime al pajonal dormido...
¡Ah! todo ese concierto
En vano resonaba,
Porque allá, sin un eco, se apagaba
¡En los profundos senos del desierto!

II

Llegó por fin el memorable día
En que la patria despertó á los sones
De mágica armonía;
En que todos sus himnos se juntaron
Y súbito estallaron
En la lira inmortal de Echeverría.

Como surgiendo de silente abismo,
El mundo americano
Alborozado se escuchó á sí mismo:
El Plata oyó su trueno;
La Pampa, sus rumores;
Y el verjel tucumano,
Prestando oído á su agitado seno,
Sobre el poeta derramó sus flores.

Desde la hierba humilde,
Hasta el ombú de copa gigantea;
Desde el ave rastrera que no alcanza
De los cielos la altura,
Hasta el chajá que allí se balancea
Y, á cada nube oscura,
A grito herido sus alertas lanza;
Todo tiene un acento
En su estrofa divina,
Pues no hay soplo, latido, movimiento,
Que no traiga á sus versos el aliento
De la tierra argentina.

III

Una tarde sintió dentro del pecho
Esa fuerza expansiva
Que hace parezca el horizonte estrecho
De la ciudad nativa;
Y tendido en el lomo rozagante
Del potro pampeano,
Campos y campos devoró anhelante,
Y allá en la sombra se perdió del llano.

La noche era tranquila;
En la faz del desierto
Clavaban las estrellas la pupila,
Con esa mezcla de ansiedad y pena
Con que miramos en la tierra á un muerto.

¿Qué hablaron al poeta
Esos murmullos de la noche en calma
Del carrizal nacidos,
Que cantan al pasar en los oídos
Y lloran en el alma?
¿Qué historia le contaron?
¿Qué dolorosa y fúnebre quimera,
Que sus ojos en llanto se empañaron
Y detuvo del potro la carrera?

¡Era que oyó el gemido
De un pecho desgarrado,
Un grito por tres siglos repetido
Y de nadie escuchado!
¡Era que de su lira generosa
Cayó en la cuerda viva,
Como gota de lluvia, luminosa,
La lágrima infeliz de *la cautiva!*

IV

En vano entre sus toldos el salvaje
Esclavizó á *María:*
En sus sueños geniales el poeta,

En el distante aduar, la presentía.
Para él nació; para su gloria fueron
Aquellas formas armoniosas, bellas;
Esos ojos que lágrimas vertieron
Hasta empaparle el corazón con ellas.

El reflejó en su espíritu doliente
Su historia sin ventura;
El la siguió, como paterna sombra,
Por la vasta llanura;
El hizo que las gotas de su llanto
En las almas sensibles se volcaran,
Y los ojos enjutos
De todo un pueblo á humedecer llegaran.

Rosa temprana en una erial caída,
El recogió sus hojas una á una.
Entregadas ¡oh Dios! por la fortuna
A todas las tormentas de la vida;
Y en las cadencias de su verso alado,
Dulce, insinuante, musical, sereno,
Vino y vertió su aroma delicado
De nuestra patria en el materno seno.

Desde entonces hay cantos de ternura,
Rumor de besos en la pampa inmensa;
Hay un alma que piensa,
Una fibra que late á cada paso;
Y derrama su lumbre perdurable
El astro hermoso que la vida encierra,

El astro del amor, puro, inefable,
Que no rueda al ocaso,
Que no empañan tormentas de la tierra.

V

¡República Argentina, madre mía!
¡Felices ¡ah! los que tu sien miraron
De frescos lauros coronarse un día!
¡Los que tu suelo estéril fecundaron
Con sangre de sus venas,
Y anillo por anillo, las cadenas
De la oprobiosa esclavitud trozaron!

Para aquellos heroicos corazones
Era música grata,
Del Pacífico al Plata,
El solemne tronar de tus cañones.
Solo á ellos fué dado
Contemplar esa mágica belleza
Con que, rotas las brumas del pasado,
Se levantó tu juvenil cabeza;
Sólo á ellos, beber en el reguero
De viva luz, que derramó en tu frente,
De Moreno, la mente,
De San Martín el inflexible acero.

¡Con qué íntimo gozo,
Tus hijos, fuertes en su amor profundo,
Te colocaron en excelso asiento

Para mostrarte independiente al mundo,
Independiente y libre...
Libre no, que era esclavo el pensamiento!

El filo de la espada
Cortar puede los lazos
Que á un pueblo oprimen de otro pueblo en brazos;
Más aquellos que inerte
El alma dejan á merced extraña,
Que hasta el rayo de sol en que se baña
Le dan quebrado por ajeno prisma,
Como el diamante con su propio polvo,
Sólo se cortan con el alma misma.

Y Echeverría los cortó. Su mente
Hirió como una espada,
De resplandores acerados llena,
Las viejas ligaduras
Que de la patria la conciencia atada
Tuvieron ¡ay á la conciencia ajena!

¡Y fué la libertad! ¡Y el pensamiento,
Tomó las alas del nativo cóndor
Para escalar audaz el firmamento;
Para arrojar de la región del rayo,
En páginas de fuego,
El *Dogma* excelso que, inspirado en Mayo,
Fué norma y guía de la patria luego!

VI

Profundas melodías
Vagaban en la atmósfera serena,
Como el fúnebre acento de la quema
Que sollozaba en los antiguos días:
Dulces cantos de amor, que eran el alma
Claridad y rocío:
El triste desengaño, el negro hastío,
La esperanza risueña...
¡Ah! ¡todo ese universo
Revivió en los *Consuelos*, y su verso
Se apoderó de la mujer porteña!

Él les dijo al oído
Tantos sueños de amor, que el alma encienden;
Tanto vago secreto,
De esos que ellas aprenden
Como las aves á construir su nido,
Que aún su nombre es amado
Como recuerdo de amorosa historia,
Cuya doliente evocación consuela;
Y aún llevan, en ofrenda á su memoria,
Ornando sus hechizos,
La cándida *diamela*
Que él, con sus manos, enlazó á sus rizos.

VII

Llegó el tiempo fatal, llegó la hora
En que de nubes se cubrió y de duelo
La faz tranquila del hermoso cielo
Que vió de Mayo la primera aurora.
Como fiera traidora
Que avanza oculta en tempestad sombría,
La libertad rasgando y el derecho,
¡La garra de la infame tiranía
De Buenos Aires se clavó en el pecho! . . .

¡Adiós, sueños de amor! ¡adiós, hermosas
Que á la sien del poeta
Ofrenda hicisteis de tejidas rosas!
Él todavía, la mirada inquieta,
Vuelve á vosotras, de la nave ingrata
Que lo lleva al destierro y á la muerte
Sobre las olas del airado Plata.

¡Se ausentó para siempre! Solitario
Quedó su corazón, pues no cabía
En su íntimo santuario,
Otro amor que su patria, ni otro cielo
Que aquel sublime y grande,
Que se dilata del platino estuario,
En arco inmenso, hasta la sien del Ande.

Brotó de su alma, en su postrera noche,
Una lágrima ardiente,
De bendición para la patria ausente;
Para el tirano, de viril reproche;
Y herido al fin por la implacable saña
Del destino, se hundió como los astros,
Dejando en torno luminosos rastros,
En el sepulcro de la tierra extraña!

¡Oh injusticia! ¡oh dolor!... Patria de Mayo
¿Dónde están del poeta los despojos?
¿Brilla en su tumba de tu sol el rayo?
¿La misma luz que acarició sus ojos?
¿Duerme, madre, en tu seno
El hijo tuyo, el corazón valiente,
El que ni en llanto humedeció ni en sangre
El vivo lauro que ciño á tu frente?

¡No, que el cantor de la llanura, yace
De su pueblo olvidado!...
Ayer no más, trayendo las cenizas
Del héroe invicto, del primer soldado,
Llena de pompa y luz y movimiento,
Rozando aquella tumba solitaria
Pasó la nave; y su estertor profundo,
Hizo temblar la copa funeraria
De los cipreses, en dolientes coros,
Al huir gallarda á la natal ribera,
Revolviendo las hélices sonoras
Y suelta al aire la triunfal bandera!

¡Quedó esa tumba abandonada! . . . Empero,
El fué también libertador; ¡guerrero
De la lucha más noble!—*La Cautiva.*
Que el sentimiento nacional exalta
Y su estandarte victorioso ondea,
Es como Maypo y Ayacucho y Salta,
¡El triunfo de una idea!

¡Poetas! De la patria es nuestra lira,
La inspiración sagrada
Que en sed de gloria, ¡al ideal aspira!
Y si queremos de los hijos nuestros
Tan solo una mirada,
No de frío desdén, de noble orgullo,
Venid, y entrelazadas nuestras manos,
¡Sigamos esa estrella que nos guía!
¡Lancémonos nosotros, sus hermanos
Por la senda inmortal de Echeverría!

Buenos Aires, 1881.

SANTOS VEGA

Santos Vega el payador,
Aquel de la larga fama,
Murió cantando su amor
Como el pájaro en la rama.

Cantar popular.

I

EL ALMA DEL PAYADOR *

Cuando la tarde se inclina
Sollozando al occidente,
Corre una sombra doliente
Sobre la pampa argentina.
Y cuando el sol ilumina
Con luz brillante y serena
Del ancho campo la escena,
La melancólica sombra
Huye besando su alfombra
Con el afan de la pena.

Cuentan los criollos del suelo
Que, en tibia noche de luna,
En solitaria laguna,
Pára la sombra su vuelo;
Que allí se ensancha, y un velo

* Payador: trovador.

Va sobre el agua formando,
Mientras se goza escuchando
Por singular beneficio
El incesante bullicio
Que hacen las olas rodando.

Dicen que, en noche nublada,
Si su guitarra algún mozo
En el crucero del pozo
Deja de intento colgada,
Llega la sombra callada
Y, al envolverla en su manto,
Suena el preludio de un canto
Entre las cuerdas dormidas,
Cuerdas que vibran heridas
Como por gotas de llanto.

Cuentan que, en noche de aquellas
En que la pampa se abisma
En la extensión de sí misma
Sin su corona de estrellas,
Sobre las lomas más bellas,
Donde hay más trébol risueño,
Luce una antorcha sin dueño
Entre una niebla indecisa,
Para que temple la brisa
Las blandas alas del sueño.

Mas, si trocado el desmayo
En tempestad de su seno,

Estalla el cóncavo trueno,
Que es la palabra del rayo,
Hiere al ombú de soslayo
Rojiza sierpe de llamas,
Que, calcinando sus ramas,
Serpea, corre y asciende,
Y en la alta copa desprende
Brillante lluvia de escamas.

Cuando, en las siestas de estío,
Las brillazones remedan (1)
Vastos oleajes que ruedan
Sobre fantástico río;
Mudo, abismado y sombrío,
Baja un jinete la falda
Tinta de bella esmeralda,
Llega á las márgenes solas...
¡Y hunde su potro en las olas,
Con la guitarra á la espalda!

Si entonces cruza á lo lejos,
Galopando sobre el llano
Solitario algún paisano,
Viendo al otro en los reflejos
De aquel abismo de espejos,
Siente indecibles quebrantos,
Y, alzando en vez de sus cantos
Una oración de ternura,
Al persignarse murmura:
«¡El alma del viejo Santos!»

(1) Espejismo.

Yo, que en la tierra he nacido
Donde ese genio ha cantado,
Y el pampero ha respirado
Que el payador ha nutrido,
Beso este suelo querido
Que á mis caricias se entrega,
Mientras de orgullo me anega,
La convicción de que es mía
¡La patria de Echeverría,
La tierra de Santos Vega!

II

LA PRENDA DEL PAYADOR

El sol se oculta: inflamado
El horizonte fulgura,
Y se extiende en la llanura
Ligero estambre dorado.
Sopla el viento sosegado,
Y del inmenso circuito
No llega al alma otro grito
Ni al corazón otro arrullo,
Que un monótono murmullo,
Que es la voz de lo infinito.

Santos Vega cruza el llano,
Alta el ala del sombrero,
Levantada del pampero
Al impulso soberano.

Viste poncho americano,
Suelto en ondas de su cuello,
Y chispeando en su cabello
Y en el bronce de su frente,
Lo cincela el sol poniente
Con el último destello.

¿Donde va? Vese distante
De un ombú la copa erguida,
Como espiando la partida
De la luz agonizante.
Bajo la sombra gigante
De aquel árbol bienhechor,
Su techo, que es un primor
De reluciente totora,
Alza el rancho donde mora
La prenda del payador.

Ella, en el tronco sentada,
Meditabunda le espera,
Y en su negra cabellera,
Hunde la mano rosada.
Le ve venir: su mirada,
Más que la tarde, serena,
Se cierra entonces sin pena,
Porque es todo un embeleso
Que él la despierte de un beso
Dado en su frente morena.

No bien llega, el labio amado
Toca la frente querida,

Y vuela un soplo de vida
Por el ramaje callado...
Un ¡ay! apenas lanzado,
Como susurro de palma
Gira en la atmósfera en calma;
Y ella, fingiéndole enojos,
Alza á su dueño unos ojos
Que son dos besos del alma.

Cerró la noche. Un momento
Quedó la Pampa en reposo,
Cuando un rasgueo armonioso
Pobló de notas el viento.
Luego en el dulce instrumento
Vibró una endecha de amor,
Y, en el hombro del cantor,
Llena de amante tristeza,
Ella dobló la cabeza
Para escucharlo mejor.

«Yo soy la nube lejana
(Vega en su canto decía),
Que con la noche sombría
Huye al venir la mañana;
Soy la luz que en tu ventana
Filtra en manojos la luna;
La que de niña, en la cuna,
Abrió tus ojos risueños;
La que dibuja tus sueños
En la desierta laguna.

«Yo soy la música vaga
Que en los confines se escucha,
Esa armonía que lucha
Con el silencio, y se apaga;
El aire tibio que halaga
Con su incesante volar,
Que del ombú, vacilar
Hace la copa bizarra;
¡Y la doliente guitarra
Que suele hacerte llorar!...

Leve rumor de un gemido,
De una caricia llorosa,
Hendió la sombra medrosa,
Crujió en el árbol dormido.
Después, el ronco estallido
De rotas cuerdas se oyó;
Un remolino pasó
Batiendo el rancho cercano;
Y en el circuito del llano
Todo en silencio quedó.

Luego, inflamando el vacío,
Se levantó la alborada,
Con esa blanca mirada
Que hace chispear el rocío,
Y cuando el sol en el río
Vertió su lumbre primera,
Se vió una sombra lijera
En occidente ocultarse,

Y el alto ombú balancearse
Sobre una antigua tapera (1).

III

EL HIMNO DEL PAYADOR

En pos del alba azulada,
Ya por los campos rutila
Del sol la grande, tranquila
Y victoriosa mirada,
Sobre la curva lomada,
Que asalta el cardo bravío,
Y allá en el bajo sombrío
Donde el arroyo serpea,
De cada hierba gotea
La viva luz del rocío.

De los opuestos confines
De la Pampa, uno tras otro,
Sobre el indómito potro
Que vuelca y bate las crines,
Abandonando fortines,
Estancias, rancho, mujer,
Vienen mil gauchos á ver
Si en otro pago distante,
Hay quien se ponga delante,
Cuando se grita: ¡A vencer

(1) Tapera: ruina.

Sobre el inmenso escenario
Vanse formando en dos alas,
Y el sol reluce en las galas,
De cada bando contrario;
Puéblase el aire del vario
Rumor que en torno desata
La brillante cabalgata
Que hace sonar, de luz llenas,
Las espuelas nazarenas
Y las virolas de plata.

De entre ellos el más anciano
Divide el campo después,
Señalando de través,
Larga huella por el llano;
Y alzando luego en su mano
Una pelota de cuero
Con dos manijas, certero
La arroga al aire, gritando:
—«¡Vuela el *pato!*... ¡Va buscando
Un valiente verdadero!»

Y cada bando á correr
Suelta el potro vigoroso,
Y aquel sale victorioso
Que logra asirlo al caer.
Puesto el que supo vencer
En medio, la turba calla,
Y á ambos lados de la valla
De nuevo parten el llano,

Esperando del anciano
La alta señal de batalla.

Dala al fin. Hondo clamor
Ronco truena en el circuito,
Y el caballo salta al grito
De su impávido señor;
Y vencido y vencedor,
Del noble triunfo sedientos,
Se atropellan turbulentos
En largas filas cerradas,
Cual dos olas encrespadas
Que azotan contrarios vientos.

Alza en alto la presea
Su feliz conquistador,
Y su bando en derredor
Le defiende y clamorea.
Uno y otro aguijonea
El ágil bruto, y chocando
Entre sí, corren dejando
Por los inciertos caminos,
Polvorosos remolinos
Sobre las pampas rodando.

Vuela el símbolo del juego
Por el campo arrebatado,
De los unos conquistado,
De los otros presa luego;
Vense, entre hálitos de fuego,

Varios jinetes rodar,
Otros súbito avanzar
Pisoteando los caídos;
Y en el aire sacudidos,
Rojos ponchos ondear.

Huyen en tanto, azoradas,
De las lagunas vecinas,
Como vivientes neblinas,
Estrepitosas bandadas;
Las grandes plumas cansadas
Tiende el chajá corpulento;
Y con veloz movimiento
Y con silbido de balas,
Bate el carancho las alas
Hiriendo á hachazos el viento.

Con fuerte brazo les quita
Robusto joven la prenda,
Y tendido, á toda rienda;
—«¡Yo solo me basto!» grita,
En pos de él se precipita,
La tierra y cielos asorda,
Lanzada á escape la horda
Tras el audaz desafío,
Con la pujanza de un río
Que anchuroso se desborda.

Y allá van, todos unidos,
Y él los azuza y provoca,

Golpeándose la boca,
Con salvajes alaridos,
Danle caza, y confundidos,
Todos el cuerpo inclinado
Sobre el arzón del recado,
Temen que el triunfo les roben,
Cuando, volviéndose, el joven,
Echa al tropel su tostado...

El sol ya la hermosa frente
Abatía, y silencioso,
Su abanico luminoso
Desplegaba en occidente,
Cuando un grito de repente
Llenó el campo, y al clamor,
Cesó la lucha, en honor
De un solo nombre bendito,
Que aquel grito era este grito:
«¡Santos Vega, el payador!»

Mudos ante él se volvieron,
Y, ya la rienda sujeta,
En derredor del poeta,
Un vasto círculo hicieron.
Todos el alma pusieron
En los atentos oídos,
Porque los labios queridos
De Santos Vega cantaban
Y en su guitarra zumbaban,
Esos vibrantes sonidos:

«Los que tengan corazón,
Los que el alma libre tengan,
Los valientes, esos vengan,
A escuchar esta canción:
Nuestro dueño es la nación
Que en el mar vence la ola,
Que en los montes reina sola,
Que en los campos nos domina,
Y que en la tierra argentina
Clavó la enseña española.

«Hoy mi guitarra, en los llanos,
Cuerda por cuerda, así vibre:
¡Hasta el chimango es más libre
En nuestra tierra, paisanos!
Mujeres, niños, ancianos,
El rancho aquel que primero
Llenó con solo un ¡te quiero!
La dulce prenda querida,
¡Todo!... ¡el amor y la vida,
Es de un monarca extranjero!

«Ya Buenos Aires, que encierra
Como las nubes el rayo,
El veinte y cinco de Mayo,
Clamó de súbito: ¡guerra!
¡Hijos del llano y la sierra.
Pueblo argentino! ¿que haremos?
¿Menos valientes seremos
Que los que libres se aclaman?

¡De Buenos Aires nos llaman,
A Buenos Aires volemos!

«¡Ah! ¡Si es mi voz impotente
Para arrojar, con vosotros,
Nuestra lanza y nuestros potros
Por el vasto continente;
Si jamás independiente.
Veo el suelo en que he cantado,
No me entierren en sagrado
Donde una cruz me recuerde
Entiérrenme en campo verde
Donde me pise el ganado!»

Cuando cesó esta armonía
Que los conmueve y asombra
Era ya Vega una sombra
Que allá en la noche se hundía...
¡Patria! á sus almas decía
El cielo, de astros cubierto,
¡Patria! el sonoro concierto
De las lagunas de plata,
¡Patria! la trémula mata
Del pajonal del desierto.

Y á Buenos Aires volaron,
Y el himno audaz repitieron,
Cuando á Belgrano siguieron,
Cuando con Güemes lucharon,
Cuando por fin se lanzaron

Tras el Andes colosal,
Hasta aquel día inmortal
En que un grande americano
Batió al sol ecuatoriano
Nuestra enseña nacional.

IV

LA MUERTE DEL PAYADOR

Bajo el ombú corpulento,
De las tórtolas amado,
Porque su nido han labrado
Allí al amparo del viento;
En el amplísimo asiento
Que la raíz desparrama,
Donde en las siestas la llama
De nuestro sol no se allega,
Dormido está Santos Vega,
Aquel de la larga fama.

En los ramajes vecinos
Ha colgado, silenciosa,
La guitarra melodiosa
De los cantos argentinos.
Al pasar los campesinos
Ante Vega se detienen;
En silencio se convienen
A guardarle allí dormido;

Y hacen señas no hagan ruido
Los que están á los que vienen.

El más viejo se adelanta
Del grupo inmóvil, y llega
A palpar á Santos Vega,
Moviendo apenas la planta.
Una morocha que encanta
Por su aire suelto y travieso,
Causa eléctrico embeleso
Porque, gentil y bizarra,
Se aproxima á la guitarra
Y en las cuerdas pone un beso.

Turba entonces el sagrado
Silencio que á Vega cerca,
Un jinete que se acerca
A la carrera lanzado;
Retumba el desierto hollado
Por el casco volador;
Y aunque el grupo, en su estupor,
Contenerlo pretendía,
Llega, salta, lo desvía,
Y sacude al payador.

No bien el rostro sombrío
De aquel hombre mudos vieron,
Horrorizados, sintieron
Temblar las carnes de frío,
Miró en torno con bravío

Y desenvuelto ademán,
Y dijo: « Entre los que están
No tengo ningún amigo,
Pero, al fin, para testigo
Lo mismo es Pedro que Juan ».

Alzó Vega la alta frente,
Y la contempló un instante,
Enseñando en el semblante
Cierto hastío indiferente.
— « Por fin, dijo fríamente
El recién llegado, estamos
Juntos los dos, y encontramos
La ocasión, que estos provocan,
De saber como se chocan
Las canciones que cantamos. »

Así, diciendo, enseñó
Una guitarra en sus manos,
Y en los raigones cercanos,
Preludiando se sentó.
Vega entonces sonrió,
Y al volverse al instrumento,
La morocha hasta su asiento
Ya su guitarra traía,
Con un gesto que decía:
« La he besado hace un momento. »

Juan Sin Ropa «se llamaba
Juan Sin Ropa el forastero)

Comenzó por un ligero
Dulce acorde que encantaba.
Y con voz que modulaba
Blandamente los sonidos,
Cantó *tristes* nunca oídos,
Cantó *cielos* no escuchados,
Que llevaban, derramados,
La embriaguez á los sentidos.

Santos Vega oyó suspenso
Al cantor; y toda inquieta,
Sintió su alma de poeta
Con un aleteo inmenso.
Luego en un preludio intenso,
Hirió las cuerdas sonoras,
Y cantó de las auroras
Y las tardes pampëanas,
Endechas americanas
Más dulces que aquellas horas.

Al dar Vega fin al canto,
Ya una triste noche oscura,
Desplegaba en la llanura
Las tinieblas de su manto.
Juan Sin Ropa se alzó en tanto,
Bajo el árbol se empinó,
Un verde gajo tocó,
Y tembló la muchedumbre,
Porque, echando roja lumbre,
Aquel gajo se inflamó.

Chispearon sus miradas,
Y torciendo el talle esbelto,
Fué á sentarse, medio envuelto,
Por las rojas llamaradas.
¡Oh, qué voces levantadas
Las que entonces se escucharon!
¡Cuantos ecos despertaron
En la Pampa misteriosa,
A esa música grandiosa
Que los vientos se llevaron!

Era aquella esa canción
Que en el alma sólo vibra,
Modulada en cada fibra
Secreta del corazón;
El orgullo, la ambición,
Los más íntimos anhelos,
Los desmayos y los vuelos
Del espíritu genial,
Que va, en pos del ideal,
Como el cóndor á los cielos.

Era el grito poderoso
Del progreso, dado al viento;
El solemne llamamiento
Al combate más glorioso.
Era, en medio del reposo
De la Pampa ayer dormida,
La visión ennoblecida
Del trabajo, antes no honrado;

La promesa del arado
Que abre cauces á la vida.

Como en mágico espejismo,
Al compás de ese concierto,
Mil ciudades el desierto
Levantaba de sí mismo.
Y á la par que en el abismo
Una edad se desmorona,
Al conjuro, en la ancha zona
Derramábase la Europa,
Que sin duda Juan Sin Ropa
Era la ciencia en persona.

Oyó Vega embebecido
Aquel himno prodigioso,
É inclinando el rostro hermoso,
Dijo: « Sé que me has vencido. »
El semblante humedecido
Por nobles gotas de llanto,
Volvió á la joven, su encanto,
Y en los ojos de su amada
Clavó una larga mirada,
Y entonó su primer canto:

—«Adios, luz del alma mía,
Adios, flor de mis llanuras,
Manantial de las dulzuras
Que mi espíritu bebía;
Adios, mi única alegría,

Dulce afán de mi existir;
Santos Vega se va á hundir
En lo inmenso de esos llanos . . .
¡Lo han vencido! ¡Llegó hermanos,
El momento de morir!»

Aun sus lágrimas cayeron
En la guitarra copiosas
Y las cuerdas temblorosas
A cada gota gimieron;
Pero súbito cundieron
Del gajo ardiente las llamas,
Y trocado entre las ramas
En serpiente, Juan Sin Ropa,
Arrojó de la alta copa
Brillante lluvia de escamas.

Ni aun cenizas en el suelo
De Santos Vega quedaron,
Y los años dispersaron
Los testigos de aquel duelo;
Pero un viejo y noble abuelo,
Así el cuento terminó:
— « Y si cantando murió
Aquel que vivió cantando,
Fué, decía suspirando,
Porque el diablo lo venció.»

LA PAMPA

I

¿Qué voz suave, qué sonoro acento
Para cantarte ¡oh Pampa! me demandas?
¿Será el rugido atronador del viento?
¿Será el susurro de las auras blandas?

Te veo y me estremezco: mi alma siente
Que tu misma grandeza la aniquila,
Y súbito después alzo la frente
Para encerrarte entre mi audaz pupila.

Entonces algo tuyo me levanta
Y libre como el viento correr quiero...
¡Bate el caballo su orgullosa planta
Y vuela con impulso de pampero!

Fácil el llano á su vigor se tiende;
Huyendo lejos se adivina el monte;
¡No hay límite!...la niebla se desprende,
Y á su paso se aleja el horizonte.

«¡Más rápido! ¡más rápido! Entreabierto
Allí está el porvenir en su camino;
¡Salta! ¡vuela ¡devora ese desierto
¡Y arráncale el secreto del destino!»

Y el caballo se lanza, ya sediento
De espacio, de huracán y de frescura;
Se desata y se aleja el pensamiento
Como un ave extraviada en la llanura.

El alma sobre el llano se difunde,
Lo abarca como lo sol al mar distante,
Lo huella, lo limita, lo confunde,
Lo empapa de su espíritu gigante.

¡Sí! que del potro la veloz carrera
Precipita al abismo los sentidos;
¡El vértigo del alma se apodera
Y se sienten los nervios sacudidos!

El pecho se electriza; se acrecienta;
Se oye golpear un corazón de acero;
Allí el pulmón no vive si no alienta
El soplo poderoso del pampero.

Allí, lejos del hombre, sobre el llano,
Descompuesto el cabello, roto el traje,
Tengo orgullo de ser americano
Y de gozar de libertad salvaje.

Se enardece mi alma; delirante
Arrancó el velo al porvenir, ¡cuán bella
La imagen de la patria deslumbrante,
Amor y gloria y juventud destella!

Siento el rumor y el incesante coro
De un pueblo egregio que el progreso guía
Y alzando el alma á Dios, ¡me postro y oro
Ante la imagen de la patria mía!

Entonces quema mi ardorosa mano,
Mi corazón es fuego, mi frente arde...
¡Qué placer si desciende sobre el llano
El ala refrescante de la tarde!

II

La aurora es la belleza que deslumbra,
La juventud, el canto, la armonia;
La tarde es un sueño en la penumbra,
El beso de la noche con el día.

La tarde de la Pampa misteriosa
No es la tarde del bosque ni del prado:
Es más triste, más bella, más grandiosa,
Más dulce muere bajo el sol dorado.

Ni un rumor escucháis, ningún ruido
En la vasta planicie solitaria,
Solo un vago y dulcísimo gemido
Como el ruego postrer de una plegaria.

Cual el perfume de la flor, abierta
A los besos del céfiro que gira,
El alma se desprende, flota incierta,
Y con las ondas de la luz expira.

El cuerpo desfallece; la mirada,
Como el ave en la mar, sin rumbo vuela,
Sigue la nube errante y fatigada
La paz profunda de la noche anhela.

Aspiráis de ese cuadro misterioso
Una dulce ideal melancolía;
El corazón, latiendo silencioso,
Parece que desmaya con el día.

Sentís volar á la memoria errantes
Recuerdos de un dolor que no se nombra,
Fantasmas y quimeras vacilantes
Que corren á ocultarse entre la sombra.

Veis surgir, con el alma estremecida,
Los seres que en el mundo habéis amado,
Su sonrisa, su voz querida,
Como un largo sollozo del pasado.

Llega la hora sublime. . .aquel instante
En que la luz entre la sombra oscila,
En que el mundo desmaya suspirante
Y el alma vuela á su Creador tranquila.

¡A ese instante de unción, no hay quien resista!
Eleva al ignorante, eleva al sabio;
Estático quedáis, fija la vista,
Con el nombre de Dios sellado el labio. . .

III

Esperáis un momento... Ya la sombra
Sobre el llano sin luz rápida avanza,
Y se agrupan y ruedan en su alfombra
Las nubes de la noche, en lontananza.

Entonce el trueno, retumbando lejos,
Hiere las brisas que en silencio vagan;
Y súbitos y pálidos reflejos
Plomizos velos descubrir amagan.

Esperáis un momento... ¡Centellea
La tempestad que se alza á vuestro paso!
¡El ala del relámpago chispea
Sobre el tétrico fondo del ocaso!

Y rodando mil nubes agrupadas,
Empujan otras y otras de soslayo,
Rasgan su seno, y túrbidas y airadas
Vivaz arrojan á la tierra el rayo.

Los relámpagos rápidos, vibrantes,
Difundidos en ráfagas violentas,
Parecen las miradas centelleantes
Del Genio colosal de las tormentas.

Sentís hervir la sangre, y os parece
Que, rota nuestra vida, endeble palma,
En las alas del viento se estremece
Libre y audaz y en plenitud vuestra alma.

¡Oh, que placer!...El pecho, palpitante;
Entreabre vuestra boca...¡dais un grito!
¡Lo prolongan los ecos al instante!
¡Lo contesta tronando el infinito!

Imágenes soberbias, atrevidas,
El alma llenan de visiones grandes:
Se sueña, tras las nubes encendidas,
¡El Dios del Sinaí sobre los Andes!

O, rasgando los velos del santuario,
Se descubre de súbito á la mente,
La fecunda tragedia del Calvario,
Eterna lumbre del remoto Oriente.

Y envuelto en una atmósfera sin nombre
Se quiebra el trueno en vuestra frente erguida.....
Así concibo en mi delirio al hombre,
¡Figura colosal!...¡rey de la vida!

¡Dadme la Pampa así! ¡Súbito el rayo
Centellee en mi frente y zumbe luego!
La tempestad no es sueño, no es desmayo:
¡Es vida, es trueno, es luz, es fiebre, es fuego!

1872.

A BALCARCE

«¡No todos, no todos se olviden de mi!»
Balcarce.

No has muerto, poeta: tu acento querido
Vibrando en el alma del pueblo quedó
Y un eco perenne nos dice al oido:
¡Adios, Buenos Aires; amigos adiós!

De cuantos cantores honraron su historia,
Ninguno más dulce, más tierno que tú.
Ninguno ha dejado más blanca memoria,
Ni lleva en la frente más cándida luz.

El mismo sepulcro no tiene tinieblas
Que basten á hurtarnos tu vivo fulgor,
Pues tú las divides y apartas y pueblas,
Con sólo tu nombre, de rayos de sol.

Tu sueño se cumple: la patria adelanta,
Sus frutos opimos nos brinda la paz;
Los granos de polvo que el viento levanta
Cayeron un día...tú, nunca caerás.

Profeta inconsciente, cual todo profeta,
Tiranos y errores miraste caer;
Y amigos yo he visto del niño poeta
Con frentes ya calvas dictando la ley.

Durante la infancia, tu «adios» me decía
Las ansías secretas del próximo fin,
Y tu alma volcaba, llenando la mía,
Tristezas que nunca se fueron de mí.

Por eso en tu estrofa que amé desde niño,
Tus dos ó tres hojas de tierno laurel,
Ha puesto mi mano, con hondo cariño,
En esta guirnalda que enlazo á tu sien.

1882.

LOS HORNEROS

A Felicia Dorrego del Solar.

I

¿Es prosaico este título, Felicia?
Te diré la verdad:
Cuando canta un poeta, donde quiera
Brota del arte el límpido raudal.

¿Has visto desde ayer cómo las jóvenes
Más rosadas están,
Cómo hay algo en sus faldas armoniosas
Del revuelo gentil de la torcaz?

Pues con esto, Felicia, ya sabemos
Quien anda por acá:
¡La ardiente, infatigable tejedora
De nupciales guirnaldas de azahar!

La dulce Primavera, que desdeña
La estéril soledad,
Y entre el alma del joven y la niña
Entreteje las flores del rosal.

—Se cuida de nosotros, no de pájaros,
Sin duda me dirás;
Pero así que la sienten los horneros,
¡También revuelan con inmenso afán!

En torno giran del ombú, que empieza
Sus ojas á mostrar,
Y estremeciendo las rojizas plumas,
De rama en rama tropezando van.

Arrójanse de lo alto, como heridos
De congoja mortal;
El rocío, á los golpes de sus alas,
Salta en gotas de luz del trebolar;

Y después, en la noche, se reposan
En dulce intimidad,
La cabeza adormida bajo el ala
Con los santos ensueños del hogar.

II

Era horrible aquel año la sequía:
Un soplo abrasador
De la tierra argentina calcinada
La fecunda y magnífica región.

Mugian en los campos los ganados,
Ya trémula la voz,
Y los pacientes bueyes escarbaban
La tierra estéril, sorda á su clamor.

El potro de las pampas, que otro tiempo,
Nervioso y vencedor,
A Chile y al Perú, nuestros hermanos,
Con San Martín la libertad llevó.

Sobre el inmenso llano, que á sus cascos
Era breve extensión,
Hasta del vil chimango presa inerme,
Con fúnebres relinchos, ¡expiró!

Implacable, entre cárdenos vapores,
Su fuego arroja el sol,
Y en errantes columnas, lanza el viento
Remolinos de polvo abrasador.

Ya no entonan alegres los horneros,
Su vibrante canción:
Pasan mustios, callados, largos días
A la sombra del árbol protector.

Ven, en sueños, nidadas de polluelos,
Y, en paterna ilusión,
Sienten ya bajo el ala cariñosa
De sus hijos el grupo bullidor.

No padecen de sed, porque el rocío
Que en la noche cayó
Entre las hojas del ombú, les brinda
Refrescante y purísimo licor;

Ni víctimas del hambre desfallecen,
Porque en toda estación,
Ya en el suelo aprisionan, ya en los aires,
Las alas del insecto volador:

Están tristes y mudos los horneros,
No entonan su canción,
Porque son arquitectos, y no hay barro
Para hacer el palacio de su amor.

III

¡Gloria á Dios en la tierra y en el cielo!
¡De occidente se ve
Avanzar densa nube color plomo,
Ceñida de relámpagos la sien!

Vuela el polvo batido por las gotas
Que empiezan á caer,
Y el olor desabrido de la lluvia
Es fragancia al espíritu otra vez.

Con frenético impulso, los ganados
Descienden en tropel
Al polvoroso lecho del arroyo,
Donde tantos murieron hasta ayer.

A manera de elásticas neblinas,
Las aves, cien á cien,
Sobre cada laguna se dispersan
Y se abaten de súbito después.

Las cercetas, los ánades azules,
Difunden, á la vez,
El chasquido de bronce de sus alas,
Barriendo el agua para hallar sostén.

Entretanto, redobla el aguacero,
Y hasta el rayo crüel,
Al herir la llanura á latigazos,
¡Parece que la hiere por su bien!

Llovió mucho, muchísimo, y al cabo
Volvió el sol á verter
Su luz sobre las charcas y lagunas,
Que en tersa plata relucir se ven.

Irradiaba el ombú luces metálicas
De la copa hasta el pie,
Y volaron al campo los horneros
Batiendo el ala con vivaz placer.

IV

El anhelo; el afán que los domina,
¡Quién pudiera decir!
¡Quién pintar de sus baños, en los charcos,
El veloz aleteo, el frenesí!

¡Y sus cantos vibrantes, repetidos
Que resuenan al fin,
Cual si niños, robustos y felices
Se echaran como locos á reir!

Dan principio después á la tarea
Con ansiedad febril,
A la dulce tarea de ir alzando
Los recios muros de un hogar feliz.

Van y vienen, trayendo entre sus picos
Ora paja, ora crin,
Que amasada con barro, en un cemento
Mejor que el portland se convierte allí.

Luego suelen un poste, una cumbrera,
Un árbol elegir
Para alzar el palacio, cuyos planos
Saben ya de memoria porque sí.

El pico, convertido en ingeniosa
Cuchara de albañil,
Que hasta el mismo Palladio envidiaría
Si hubiera estado alguna vez aquí,

El cimiento comienzan de la fábrica
En círculo á construir:
Una puerta, un pasillo y una alcoba...
¡Cuán poco basta para ser feliz!

Los muros, encorvándose, terminan
En bóveda gentil,
Y ni lluvias alcanzan ni huracanes
El flamante palacio á destrüir.

Poco tiempo después, ambos esposos
Dan caza al aguacil,
A la abeja, á la oruga, y en la alcoba
Se oye un grato incesante rebullir.

Al ceñirse una aurora del estío
Su nimbo carmesí,
Vió á la puerta agrupados los polluelos,
Y á sus padres, llamarlos á vivir;

Lüego, abiertas las alas inseguras
Bajo el cielo turquí,
Arrojarse á los campos de la patria
La familia inmortal del albañil.

V

¡Ah, cuán triste, Felicia, es ver que todo
Lo argentino se va!
¡La antigua sencillez de la familia!
¡La sombra de la casa paternal!

¡Que la fe de los héroes y las madres
Apagándose está!
¡Que no irán nuestros hijos desgraciados
De nuestros templos al divino altar!

¡Que todo cuanto existe, cuanto amamos
Mañana olvidarán,
Porque es ley antipática del hombre
Echar por tierra lo que adora más!

Con el rancho argentino, los ombúes
Van cayendo, en verdad,
Y polvo vendrá á ser cuanto recuerda
Nuestra antigua grandeza nacional;

¡Más, por siempre, la choza del hornero
En símbolo será
El rancho de la raza vencedora
De Salta y San Lorenzo y Tucumán!

Eres madre, Felicia, y eres nieta
De un patriota inmortal...
¡Dios bendiga á tus hijos! ¡Dios los llene
De las virtudes del paterno hogar!

1889.

LA FLOR DEL AIRE

Aquel que en el pecho del ave inocente
Pusiera una cuerda del arpa divina,
Rumor en el árbol
Y espuma en la linfa,

Formó para el mundo las flores del aire
De llanto de amores y de alas de brisas.

Jamás en su blanco purísimo seno
El sol ha clavado su ardiente pupila:
        De tanta frescura
        Sus rayos desvía;
Y sólo en las noches de amor y misterio,
La luna en secreto las besa y las mima.

En torno á su cáliz el húmedo aroma
Del beso de un niño volando palpita;
        Sus hojas plegadas
        En leves sonrisas,
Avivan del alma los sueños hermosos,
Demandan suspiros y ofrecen caricias.

Pendiente del flanco de la árida roca,
Su cándido aspecto de estrella dormida
        Devuelve al presente
        Las horas perdidas,
Y abriéndose al soplo de tanto recuerdo,
Posada en sus hojas el alma vacila.

Su dulce fragancia difunde en el aire
Promesas de vagas, celestes delicias...
        El pecho se ensancha,
        La frente se inclina,
Y el alma, batiendo las alas del ángel,
Escapa del mundo sedienta de vida.

1878.

EL NIDO DE BOYEROS

Á MERCEDES OBLIGADO

Yo conozco en las islas un arroyo
Eternamente límpido y sereno,
Que parece, tendido entre los sauces,
Larga cinta de acero.

Sonríen al pasar todas sus aguas
Del camalote azul bajo el reflejo,
Y del rosal silvestre se iluminan
Al cárdeno destello.

En la vecina estancia hay una niña
De trece años lo más, quizá de menos,
Muy dada á pasear por el arroyo
Tranquilo de mi cuento.

Se le ve en la canoa (una canoa
Pequeña y blanca con filetes negros),
Reclinada en la popa, y con la pala
Que le sirve de remo.

Unas veces, bogando lentamente
Por la margen, la lleva su deseo
A elegir una flor, y va regando
Las aguas con sus pétalos;

Otras, impulsa con vigor la pala,
Quedan detrás girando mil hoyuelos,
Y al aire se desatan en manojos,
Sus lúcidos cabellos.

Perturban el silencio de las islas
Sus gritos y sus risas, que los ecos
Con musical cadencia desparraman
Vibrantes á lo lejos.

Fatigada abandona, destilando,
Sobre la falda atravesado el remo;
Y tal, semeja un cisne que dispone
Las alas para el vuelo.

Suele verme al pasar, y me amenaza,
Fingiéndose enojada, con el dedo;
Del recodo inmediato, vuelve el rostro
Y me grita: «¡hasta luego!»

Pero ayer sucedió que mientras iba
Buscando sombras para el sol de enero
Vió colgado á un laurel, sobre las aguas,
Un nido de boyeros.

Era hermoso, en verdad: resplandecían
Las fibras del cardón en largo cesto,
Y al rumor del laurel se columpiaba
Con la igualdad de un péndulo.

La niña, puesta en pie sobre la popa,
Tendió los brazos á bajarlo en ellos,

Pero desvióle el nido una imprevista
Trepidación del viento.

Ya las mangas caídas, los desnudos
Mórbidos brazos levantó de nuevo,
Y, balanceada entonces la canoa,
La derribó en su asiento.

Irguióse al punto, en actitud airada,
Golpeóla fuerte el corazón el pecho,
Y alzó la pala á derribar el nido,
Con implacable ceño.

Sobre la copa del laurel, un ave,
Negra y brillante, reposó su vuelo;
Y por todas las islas resonaron
Los cantos del boyero.

Llevó la joven al cantor los ojos,
Bajó la pala y escuchó en silencio...
¡Qué intensas van las armoniosas notas
De las niñas al seno!

Oyó después, cuando callada el ave,
Embebecida se quedó un momento,
Salir del nido un delicioso y blando
Susurro de polluelos.

—«¡Ah, no duermen!» se dijo, y con la pala
Ingenuamente se entregó á mecerlos...
Pero vióme de pronto y encendida
Abandonó su empeño.

Sucede desde ayer que mi vecina,
Al volver lentamente de regreso,
No me quiere mirar, ni me amenaza
Como antes, con el dedo.

Es inútil negarme tus miradas,
Valiente remadora de ojos negros,
No dormirás ya en paz, porque conoces
El nido de boyeros.

LA FLOR DEL CEIBO

AL POETA CALIXTO OYUELA

Quiero realce su gentil figura.
La túnica sencilla y elegante
Con que se adora y viste la hermosura.

C. Oyuela.

Tu »Flor de la caña»,
O Plácido amigo,
No tuvo unos ojos
Más negros y lindos,
Que cierta morocha
Del suelo argentino
Llamada... Su nombre
Jamás lo he sabido;
Mas, tiene unos labios
De un rojo tan vivo,

Difúndese de ella
Tal fuego escondido,
Que aquí, en la comarca,
Le dan los vecinos
Por único nombre,
La flor del ceibo.

Un día, una tarde
Serena de estío,—
Pasó por la puerta
Del rancho que habito.
Vestía una falda
Ligera de lino;
Cubríala el seno,
Velando el corpiño,
Un chal tucumano
De mallas tejido;
Y el negro cabello,
Sin moños ni rizos,
Cayendo abundoso,
Brillaba ceñido
Con una guirnalda
De flor de ceíbo.

Miréla, y sus ojos
Buscaron los mios...
Tal vez un secreto
Los dos nos dijimos,
Por que ella, turbada,
Quizá por descuido

Su blanco pañuelo
Perdió en el camino.
Corrí á levantarlo,
Y al tiempo de asirlo,
El alma inundóme
Su olor á tomillo,
Al dárselo, «¡gracias,
Mil gracias!»— me dijo,
Poniéndose roja
Cual flor de seíbo.

Ignoro si entonces
Pequé de atrevido,
Pero ello es lo cierto,
Que juntos seguimos
La senda, cubierta
De sauces dormidos;
Y mientras sus ojos,
Modestos y esquivos,
Fijaba en sus breves
Zapatos pulidos,
Con moños de raso
Color de jacinto,
Mi amor de poeta
La dije al oído;
¡Mi amor, más hermoso
Que flor de seíbo!

La frente inclinada
Y el paso furtivo,

Guardó aquel silencio
Que vale un suspiro.
Mas, viendo en la arena
La sombra de un nido
Que al soplo temblaba
Del aire tranquilo,
—«Allí se columpian
Dos aves, me dijo;
Dos aves que se aman
Y juntas he visto
Bebiendo las gotas
De fresco rocío
Que absorbe en la noche
La flor del seíbo».

Oyendo embriagado
Su acento divino,
También, como ella,
Quedé pensativo.
Mas, como en un claro
Del bosque sombrío,
Se alzara, ya cerca,
Su hogar campesino:
Detuvo sus pasos,
Y llena de hechizos,
En pago y en prenda
De nuestro cariño,
Hurtando á las sienes
Su adorno sencillo,
Me dió, sonrojada,
La flor del seíbo.

1876.

LAS QUINTAS DE MI TIEMPO

Estos, *Fabio ¡ay dolor! que ves ahora*
Jardines sabiamente dibujados,
Fueron un tiempo rústicos cercados
De enhiesta pita y suculenta mora.

Y aquellos que allí ves altas mansiones
De mil primores llenas, antes fueron
Modestas granjas donde en paz latieron
Más nobles y sencillos corazones.

Naturaleza entonce á sus anchuras
Por estos sus dominios discurría,
Y como es dada á la labor, tejía
Mil suertes de galanas vestiduras.

Aquí, rastreando la humedad del suelo,
Las violetas silvestres agrupaba,
Y por todas las quintas derramaba
Un fresco aroma que llegaba al cielo.

Pródiga aquí de sus mejores galas,
Prendía á las ventanas de una hermosa,

De mosqueta y jazmin red olorosa
Que desflocaba el aire con sus alas.

Por cima de los cándidos rebaños
Que agrupaba el pastor en los oteros,
Derramaban en flor los durazneros
Una alegre sonrisa de quince años.

Y no bien tapizaba la pradera
Y en los verdes naranjos florecía,
De sus maternas manos recibía
Su corona nupcial la primavera.

Más tú dirás, amigo, que al presente,
Aquella nuestra madre, de igual modo
Sustenta, anima y embellece todo,
Y quien dijere lo contrario, miente.

¡Infeliz! ¡cuál te engañas! Tú no sabes
Lo que eran estos sitios, cuanta escena
De amor y paz y venturanza llena
Huyó con las violetas y las aves.

Figúrate: es domingo; el aire en calma;
Mucho sol, mucha luz, mucha alegría;
Una de esas mañanas en que ansía
Verse trocada en golondrina el alma.

Verás aquí y allá, por los senderos,
Confundidos los pobres y los ricos,

La madre, las amigas y los chicos
Con sus lucientes trajes domingueros.

Dan al viento los niños infinitas
Pandorgas, con navaja, y en batallas,
Y á cada triunfo un clamoreo estalla
En el hueco inmortal de Cabecitas.

Se oye el rumor del biznagal que abrasa
El adobe en los hornos; el ligero
Grato sonar de tarros del lechero
Que á largo trote por las quintas pasa.

Y allá van, salpicando las veredas,
Guiadas por un criollo ó un navarro,
Las carretas de pasto, que en el barro
Vuelven crujiendo las pesadas ruedas.

Torna ahora los ojos, Fabio, y mira
Aquel grupo de un árbol á la sombra,
Que tiene el césped por mullida alfombra,
Y la guitarra nacional por lira.

¿Qué ves allí? De un asador pendiente,
Asándose el cordero apetitoso,
Y circular el mate generoso
En vez de la botella de aguardiente.

¡Oh campestres paseos! ¡oh manjares
Jamás llorados cual se debe ahora!
¡Oh sencillez antigua y bienhechora,
Salud un tiempo de los patrios lares!...

Mas calle, amigo, nuestra queja vana,
Que si un remedio á nuestras ansias veo,
Es quedar como Lope ante el Liceo
Llorando la vejez de su sotana.

Juro, Fabio, por todos los poetas,
Que no hay porteñas hoy más regaladas
Que aquellas que acudian en bandadas
A nuestras quintas á juntar violetas.

¡Las vieras, preparándose al asedio,
Cuando aquellos piecitos voladores
No podían llegar hasta las flores
Porque estaba una zanja de por medio!

¡Cuanto ardid para asirse del ramaje
Y traspasar el cenagoso abismo,
Alzando con angélico heroísmo
La muselina del sencillo traje!

Mas no faltaba un vástago de mora,
Cual un brazo flexible, que de intento
Para ayudar las inclinaba el viento...
Que tanto puede una mujer que llora.

Las veo aun con las mejillas rojas
Como granadas de Engadí partidas,
Y las húmedas manos florecidas
Mariposeando entre las verdes hojas;

Y correr, y chillar. y ser más bellas
Cuando, lanzada como rauda fija (1),
Cruzada una medrosa lagartija
Con grave susto disparando de ellas;

Y, ya en violetas rebozando el seno,
Búcaro ardiente que las flores aman,
Como por los senderos se derraman
Dejando el aire de perfumes lleno.

¡Oh mi dulce porteña, amada mía!
¡Ya no hay violetas ni silvestres moras;
Huyeron ya de la niñez las horas
Dulces y alegres cuando Dios quería!...

Buenos Aires, 1884.

AYOHUMA

Á CARLOS VEGA BELGRANO

Esas músicas que están
Resonando de tal suerte,
Son la voz perenne y fuerte
Del clarín de Tucumán;
Y aquellas que al aire van
Veloces, rumbo á la gloria,

(1) Fija: arpón, fisga.

Son el eco que en la historia
Nos conmueve y nos exalta,
De las campanas de Salta
Que están gritando: ¡Victoria!

¡Belgrano! ¡Libertador!
¡Nuestro primer ciudadano!
¿Quién dice *Manuel Belgrano*
Sin que se sienta mejor?...
Pudo el destino traidor
Que á tanta virtud abruma,
Arrojar la densa bruma
De Vilcapugio á tu frente,
Y hasta hundirte en la inclemente
Noche inmensa de Ayohuma;

Pero no pudo, en su afán,
Dejar muda la voz alta
De las campanas de Salta,
Del clarín de Tucumán...
Y allá suenan, allá van
Veloces, rumbo á la gloria,
Desbordando de la historia
Sobre el Andes, sobre el llano,
Diciendo á todos: ¡Belgrano!
Clamando á gritos: ¡victoria!

Voz que alienta, himno que suma
Nuestras glorias, y aún dormidos
Oyen los muertos queridos

De la pampa de Ayohuma;
Voz que animadas exhuma
Y entrega á nuestras visiones
Aquellas santas legiones
De la patria y su bandera,
En cuyo sol reverbera,
Siempre fuego de cañones.

¡Ayohuma! ¡Ingrato día
En que, rasgada la entraña,
Sola, en áspera montaña,
La dulce patria moría!
Exangüe ya, se batía
Por las áridas mesetas,
Y las columnas inquietas
Del ejército español
La envolvían, bajo el sol,
En chispear de bayonetas.

Tras la carga resistida,
Su misma sangre pisando,
Iba la Patria arrojando
A borbotones la vida.
Zelaya, suelta la brida,
Con sus jinetes se avanza,
Y á limpio bote de lanza
Hace en las filas rëales
Callar las dianas triunfales,
Rugir la adusta venganza.

Superi rueda al abismo
Y los infantes de Cano;
Solo atraviesa aquel llano,
Solo, confiado en sí mismo,
El que en su heroico idealismo
Se goza hendiendo lëones,
Y que no cuenta legiones
Y es personal en la lid:
¡Solo se va La Madrid
A acuchillar los cañones!

Mas, ¡ay! en vano irradiaron
Luz esplendente sus hechos:
En pelotones, deshechos,
De cuesta en cuesta rodaron...
Pero en Zelaya vibraron
Los arrebatos postreros:
Vuelve á trepar los senderos
Que el español desaloja,
Y á contenerlo se arroja
Con su turbión de lanceros...

En la profunda quebrada,
Al pie del cerro vecino,
Suena el clarín argentino
Tocando inmensa llamada.
Sereno el pecho, la espada
A mal guardar, la visera
Alta en la frente guerrera,
Marcial y firme la planta,

Manuel Belgrano levanta
Con muda fe su bandera

Al gran clamor obedientes,
Van los dispersos llegando,
Unos, bravíos, alzando
Las armas resplandecientes;
Aquellos mustios, dolientes,
Llenos de afán y sonrrojos;
Otros, más que hombres, despojos,
Que, arrastrando su desmayo,
En la bandera de Mayo
Ponen el alma y los ojos.

Firmes, en cuadro formaron,
Y, á un breve toque marcial,
Se arrodilló el general...
Y todos se arrodillaron.
Como en Tucumán, alzaron
La oración que el alma exhala,
Y que fué, tendida el ala,
Hacia las místicas redes
De la Vírgen de Mercedes,
Su radiante generala.

Del cuadro, en fúnebre son,
Se difunde en ese instante,
Un hervor de agonizante
Que estremece el corazón.
Perturbando la oración,

Jura, impío, un veterano,
Otro al hijo llama en vano,
Aquel se alza á una descarga,
Y, delirando: «¡á la carga!»
Ruega á los pies de Belgrano.

Un silencio va cundiendo
Grave, triste, religioso,
Que á veces rompe, rabioso,
De un fusilazo el estruendo.
Suelta el sol, que está muriendo,
Su corona rota al mar,
Y se oye al lejos sonar
Como estertor de aquel día,
Vagarosa melodía
Que va llorando al pasar...

1892.

AUTOBIOGRAFÍA

1856-1885

Á MARIA IGNACIA ARGERICH

I

¿Versos me pides? Te comprendo, hermosa;
En mis secretos á iniciarte voy:
Como toda mujer, eres curiosa,
Y quieres que te muestre el corazón.

Pondré en la empresa mi mayor empeño,
De los recuerdos abriré el raudal,
Y, fugitiva tórtola sin dueño,
El alma mía posaré en tu hogar.

¡Oh tiempo aquel de la niñez primera
En que nos gusta que nos queme el sol,
Y olvidados cual música ligera
Hasta los besos de la madre son!

De aquellos tiempos los recuerdos míos,
Desparramados por el cielo azul,
Los campos cruzan y los anchos ríos
Girando envueltos en rosada luz.

Allá, en el seno de los bosques solos,
No hubo jamás un gavilán cual yo,
Gran cazador de urracas y chingolos,
Enorme crimen que perdona Dios.

Fué por entonces mi corcel primero,
No el piafador romántico alazán:
Un lanudo y magnífico carnero,
De grandes cuernos y apostura audaz.

El arrastró, por tardes y mañanas,
Nuestro coche de mimbres, donde, al sol,
Con mi futura novia mis hermanas
Formaban, juntas, un rosal en flor.

Empuñaba yo el látigo y las riendas,
Y con resuelto paso varonil,

Del trebolar por las angostas sendas,
Iba haciendo mi látigo crujir.

¡Y lo que es la inocencia! Me gustaba
Ver de mi novia el rostro angelical,
Cuando el coche de mimbres se volcaba,
Hacer pucheros, ¡y después llorar!

—«¿Porqué lloras, mi vida»? le decía
Gravemente, besándole la sien...
Y mi dulce pequeña sonreía
Con un cierto abandono de mujer.

II

Mas, como el tiempo, aunque en silencio, vuela
Y unos siete años contaría ya,
¡Ay! me encerraron en horrible escuela
Y en los campos quedó mi libertad.

Tuve un odio feroz á la cartilla,
Eran los libros mudos para mí;
Más mis ansias sacáronme á la orilla
Y supe leer y comencé á escribir.

Cuando en la Vuelta de Obligado un día
Trás larga ausencia me dejó un vapor,
En torrente vivaz la poesía
Ciega, imperiosa, por mi ser cundió.

Abierta el alma á la inmortal belleza
Y dominado por extraña sed,
En la eterna y veraz naturaleza
De la hermosura el esplendor busqué.

De nuestras selvas escuché el arrullo,
De nuestras pampas contemplé la faz,
Y el grande río, de la patria orgullo,
Que derramado por sus islas va.

En tanto en selvas, pampas y raudales,
Dejaba libre el corazón latir,
El estro de los cantos nacionales
Se despertaba poderoso en mí.

Y amé la patria con u › de fuego,
Y supe entonces, para amarla más,
Porque se eleva, cual perenne ruego,
La solitaria cruz de ñandubay.

III

—Pero ¿Y la novia?—me dirás, María.
¿Mi novia? ¡Es cierto! la olvidaba ya;
Pues bien: la niña á la sazón tendría
Unos catorce...sin mentir la edad.

Joven, hermosa, enamorada y buena,
Negro el cabello y en la fresca tez
Ese pálido albor de la azucena
Que al sol parece comenzar á arder.

Con grande empeño simular quería
Algunos años más... siquiera dos,
Y sin causa formal me recibía
Con un gestito que adoraba yo.

Mas, pasaba una errante mariposa,
Y, adiós grave matrona, adiós mujer:
Era entonces la niña bulliciosa
Que nunca acierta á refrenar los pies.

¡Y que manera de correr girando,
De replegarse, de mostrar allí
La rumorosa falda revolando
Por todos los extremos del jardín!

Como yo la siguiera con los ojos,
Se avergonzaba de su loco afán,
Y la sangre vivaz de los sonrojos
Saltaba ardiendo á iluminar su faz.

Al volverse hacia mí, como al descuido,
Ya el jazmin arrancaba, ya el clavel,
Detrás de cada arbusto contenido
El vacilante y dominado pie.

Luego, recta, de súbito venía,
Y, segura en su imperio juvenil,
Con un golpe de audacia me decía:
« Iba en busca de flores para tí.»

«¡Tómalas, tómalas!»...y le temblaba
El alma entera en la vibrante voz,

Y después lentamente se alejaba
Con el gestito que adoraba yo..

IV

¡Cariñoso recuerdo de otros días,
Melancólico arrullo, tierno son
De esas vagas errantes melodías
Que van quedando de la vida en pos!

¡Os sienta aún, en presuroso vuelo,
Venir sonoras á calmar mi afán,
Á henchir como antes, bajo el mismo cielo,
De ritmo y vida mi paterno hogar!...

Sólo un asilo al corazón conviene,
Y yo, María, le conservo aún:
Mi santa madre á acariciarme viene
Y es de sus ojos para mí la luz.

Aun goza en ver mi libertad sujeta,
Y, expresión de cariño y altivez,
Aún me abraza y me dice «mi poeta»
Bañada en gloria la serena sien.

CALIXTO OYUELA

CANTO À LA PATRIA

EN SU PRIMER CENTENARIO

Sobre la Patria un siglo
Rodó, en un fluctüar de sombra y lampos;
En las almas y campos
La Paz serena su fulgor derrama.
Ya á la joven nación el mundo aclama;
Y viendo hervir en torno
Feliz y palpitante muchedumbre,
La generosa mano al mundo tiende,
Y ágil y fuerte, asciende
De su destino á la eminente cumbre.

La fecha redentora
Relumbra como un sol en nuestra mente,
Y en nuestro corazón brota sonora
Onda de amor en férvida corriente.
Hoy que la Patria en mi cantar se mira,
Sólo el oro del alma hasta ella eleve:
Cuando en lengua ideal le habla la Lira,
No vano incienso, la Verdad le debe.

Cien años há que á larga lid gloriosa
Esta alma tierra se arrojó valiente,

Y surgió de ella soberana, hermosa,
Tremulante el laurel sobre la frente.
Hija de la Victoria,
Émula digna de la hispana gloria,
Por montes y por llanos
Lanzó sus fulminantes batallones,
En combatir, leones,
Y en el instante de vencer, hermanos.
Y Dios besó su frente;
Y un himno inmenso resonó en la esfera;
Y el cielo hondo y sereno
Desprendió de su seno
Ráfaga azul, de sol resplandeciente,
Para tejer su virginal bandera.

Luego en internas luchas encendida,
Enhiesta ó abatida,
La selva atravesó, áspera y fuerte,
Que á hombres y naciones
Desvía en el camino de la vida,
Con bramidos de muerte
Cerrado por panteras y leones.
Respirando ya ambiente más sereno,
Abrió hondo surco á la labor fecunda,
Y con presagio de venturas lleno,
Que en la verdad y en el amor se funda,
Hoy á los hombres muestra,
Brindándoles su seno,
Más noble espada en la robusta diestra.

Nuestros héroes así la vislumbraron
En sus sueños de amor y de ventura,
Rica en clara hermosura,
Cuajado el vasto suelo en mieses de oro.
Así Moreno, espléndido meteoro,
Belgrano, el noble y puro,
Á quien el alma floreció en la mente
Y de astros recamó su cielo obscuro;
Rivadavia el vidente,
Y aquel grande entre grandes,
Que sobre su corcel saltó los Andes,
Y en tromba al Ecuador, pueblos redime;
Y consintiendo en que el supremo lauro
Al glorioso rival la sien corone,
Como en solemne ocaso el sol se pone,
Callado se hunde en soledad sublime.

Pero ¡cuántos dolores, Patria mía,
Despedazaron tu materna entraña!
¡Cuánta pérfida saña,
Y furia devorante,
Nublar hicieron tu gentil semblante!
Sobre todos Facundo se alzaría,
Tigre de sangre sin cesar sediento,
Si no hubiese uno solo, aun más cruento,
Nacido en negro instante
Para manchar el esplendor del día.

Sobre el potro las pampas le abortaron
Al ulular de la anarquía obscura:
Alma más torva y dura
Nunca allá los abismos engendraron!
Entre muerte y traición feroz se agita;
La luz, lo azul le irrita,

Cual si en espasmos de funesto olvido,
Fundiera en él natura
Al bufón, al demente y al bandido.

Helado el pensamiento
Vaga por esos tenebrosos días,
Cual por calles desiertas y sombrías,
Do con voces de muerte zumba el viento.
Volcóse en ruina inmensa
Cuanto es del mundo salvador tesoro;
Puñal blandió el Poder en vez de espada;
Vióse en duelo el amor, roto el decoro,
Y la virtud proscrita ó degollada.
En desborde feroz la humana escoria,
Muda la escuela, profanado el templo,
Fué aquella edad el más siniestro ejemplo
De la orgía del crimen en la historia!

Mas al fin huracanes vengadores
Limpiaron nuestro cielo
De ese asfixiante nubarrón de horrores
Que al sol de Mayo obscureció en su velo.
Y cuando en lid hirviente
El bronce de Caseros tronó airado,
Y nos volvió los dioses tutelares,
Pálido y tembloroso, el Execrado
Huyó á esconderse tras los vastos mares.
Roto el muro sombrío
Que muertas estancó bravas corrientes,
Rugiente olaje sacudió el navío;
Pero el rosal de las excelsas mentes,
Entre lumbres de aurora,
Descollar vió al Patricio soberano

Á quien en duelo aun la Patria llora,
Y que, piloto en la borrasca experto,
Supo con fuerte mano
Llevarla en triunfo á jubiloso puerto.

Ya en cimiento granítico asentada,
¡Oh Patria! enamorada
Te besa el aura pura
Que con las orlas de tu manto juega,
Y en ti volcando toda su hermosura,
Naturaleza de esplendor te riega!
Sombra te dan tus bosques seculares,
Fragancia tus jardines,
Y cantan en tu seno y tus confines
Tus grandes ríos, los solemnes mares.
La pampa, inmensidad que un mundo espera,
Símbolo de infinito, en ti se tiende;
El Andes te corona;
Y la celeste esfera,
Ebria de azul, para mirarte enciende
Todo el fulgor de su radiante zona!

En tu ascensión dichosa,
Honda sed de progreso tu alma inflama,
Y en tus costas, de gente varia y briosa
Un aluvión sonoro se derrama.
Ya con creciente estruendo oírse dejas
Un rumor incesante de talleres,
Y se mezcla á la espiga áurea de Ceres,
Rico vellón de innúmeras ovejas.
Tierra de redención, el inmigrante,
Que en su terruño escueto
Vivía, ya olvidado de ser hombre,

Á misérrimo afán siempre sujeto,
De nuevo empuje armado,
Halla en tu suelo libertad, respeto,
Y pan, y hogar, y un porvenir y un nombre,
En los revueltos surcos de su arado.
Y ya dueño de sí, fuerte y tranquilo
En el modesto asilo
Que levantó con manos paternales,
¡Cuál le enjuga el amor la húmeda frente,
Mientras pace el rebaño en la pradera,
Y ríe la esperanza en los trigales,
Donde, al soplo del viento, brotar siente
Como un fresco rumor de primavera!

Oculto, empero, entre infinitos dones
Cruel peligro te acecha:
Ver tu gran tradición caer deshecha,
Decoro señorial de tus blasones.
La savia que da al árbol su esmeralda,
Y su armoniosa copa al cielo eléva,
Y entre sus ramas prende
El sazonado fruto y la flor nueva,
De la raíz asciende.
Tu cuño y verbo victorioso imprime
En el viviente enjambre que hoy te estrecha
En abrazo fecundo,
Y en ti afirmando tu gloriosa raza,
Tu propio íntimo sér salva y redime,
Y tus armas embraza
Para avanzar á recibir al mundo!
No dañarás á tu genial riqueza,
Á una visión más alta de la vida:
Cinta de agua nacida

En la montaña, se acrecienta en río;
En dilatado curso copia ufano
Nuevos cielos y campos, nuevo ambiente;
Mas una misma es la veloz corriente
Que va desde la fuente al oceáno.

Ni con sórdido anhelo
Conviertas en mercado tu palacio;
Flote allá en los abismos del espacio
De lo ideal el transparente velo.
La vulgar opulencia
Que los trofeos de la vida ignora,
Secos y tristes ídolos levanta,
Y con estéril pompa los adora.
Depura el común zumo en rica esencia,
Guarda la sacra llama en ti encendida,
Y despliega en los siglos tu existencia
Fructificando en trascendente Vida!

Y no olvides que nada hay noble y grande
Sin la velada voz de lo Infinito,
Y que el eterno grito
De la angustia mortal, en Él se expande.
Reinen en ti serenas la Fe augusta,
Y la espada leal, la ley severa:
Doquier su voz no impera,
Desata el crimen su furor salvaje,
Y vil codicia, delirante encono,
Corrupción ó pillaje,
Aullando suben á infamante trono.

Al trabajo, al saber, tus magnas puertas
De par en par abiertas,

Giren severas en su fuerte quicio,
Cuando impudente vicio,
Ó las violencias de la humana fiera,
Que responde con muerte al beneficio,
Hacia ti tiendan su ominoso vuelo,
Negra en sierpes la hirsuta cabellera,
Para manchar y envenenar tu suelo!

¡Salve, oh Madre, en tus sagrados días!
De tus hijos acepta la áurea ofrenda;
Tu magnífica senda
Pueblen sin fin venturas y armonías!
Reverentes postrados á tus aras,
Nuestro inefable amor te consagramos,
Y aclamarte anhelamos
Templo de la Belleza y de la Idea,
En donde el himno de su fe se eleve;
Y que al ungirte, eterna, la Victoria,
La Justicia, que en Dios los orbes mueve,
Te inspire siempre, y sea
La irradiación suprema de tu gloria!

1910.

Á FRAY LUIS DE LEÓN

> But when the intervals of
> darkness come, as come they must;
> when the sun is hid and the stars
> withdraw their shining, we repair
> to the lamps which were kindled
> by their ray, to guide our steps
> to the East again, where the dawn is.
>
> *Emerson.*

Como celeste canto
Resuena tu inspirada poesía,
Y asciende en vuelo santo,

Y su alta melodía
Limpias ondas de amor al alma envía.

Vibra tu grande acento,
No en el hervor de popular tumulto,
Do el que hoy oye el concento
De fervoroso culto
Blanco es mañana de candente insulto;

Sino en la sacra esfera
Donde gloriosa la virtud fulgura,
Y en tibia primavera
Aura de virtud pura
Besa y abre la flor de la hermosura.

Tu voz, sin pompa vana,
Adulación sonora del sentido,
Se lanza dulce y llana
En el alma, sin ruido,
Cual ave amante en el oculto nido.

Rompió en un nuevo oriente
La hermosa lumbre de la edad pagana,
Y aquel ritmo potente,
Aquella gracia arcana
Se derramó en tu mente soberana.

Mas la antigua hermosura
En tu sublime fe, en tu ardiente celo
Fundió su esencia pura,
Y con místico anhelo
Voló, serena y encendida, al cielo;

Cual urna primorosa,
De nítido alabastro construída,

Se ostenta más hermosa,
Con más luciente vida,
Si de interno fulgor brilla encendida.

Tu numen vivifica
Naturaleza toda, y la levanta,
De nuevas gracias rica,
Á ser la lira santa
Donde el Eterno sus grandezas canta.

Sus plácidos rumores,
Su mudo acento, su menor rüido,
Sus rayos tronadores,
Con profundo sentido,
Como divino són hieren tu oído.

Y el oloroso huerto
Que cultivas *del monte en la ladera*,
De bella flor cubierto, (1)
Por secreta manera
Tu mente eleva á la celeste esfera.

Como aquel que vagando
Por hondo valle, más amigas siente
Las voces con que hablando
Está perennemente
Naturaleza en su callado ambiente;

Y la vista tendiendo
Á la imperial dominadora cumbre,
Volar quiere, venciendo

(1) La vida retirada.

La mortal pesadumbre,
Allá donde entrevé ríos de lumbre:

Tú así, en ansia constante
Por arrancarte á la terrena arcilla,
Ardes por la distante
Esfera sin mancilla
Donde la patria de las almas brilla.

¡Cuál de júbilo y pena
Sublime confusión te embebecía,
Cuando *noche serena*
Por la bóveda umbría
Resplandecientes lumbres extendía!

¡Oh cómo desplegaba
Tu purísima fe sus alas de oro!
¡Cómo en busca volaba
Del místico tesoro
De amor, que inflama el centellante coro!

Allí, en visión dichosa,
Celebra la región en que florece,
Perenne nardo y rosa;
Y el himno que la ofrece
Con blanca luz de gloria resplandece. (1)

¡Mortal á quien fué dada
Alta contemplación de la ventura
Al mundo real velada;
Y ver, tras niebla obscura,
Limpia y radiante la sublime altura!

---

(1) Morada del cielo.

Huella el suelo tu planta,
Y la tierra te manda sus rüidos;
Mas tu alma se levanta,
Y pasea encendidos
Por entre eternos soles sus sentidos.

¡Oh, ven á mí, ven! Lleno
Me siento de tu amor, grande agustino:
Yo amo el fulgor sereno,
El raudal cristalino
De tu sencilla fe y candor divino.

Henchido de alto anhelo,
Hijo de una región joven y hermosa,
Á quien romper el hielo
De la materia odiosa
Le falta sólo para ser dichosa;

Á ti, que eres creencia,
Poesía, ideal, mi lengua aclama;
Y ansiando por la esencia
Que tu espíritu inflama,
Pongo mi corazón sobre tu llama.

1886.

EL TITÁN

«Vencido está el error: la falsa lumbre
Que en necios sueños y en fatal delirio
Sumergió á la razón; la férrea mano

Que en tétrica mazmorra
De vil superstición y hondo silencio
Aherrojó un día al pensamiento humano,
Fueron: y en vez de la inflamada tea
Que el implacable inquisidor blandía,
Emblema de armonía,
Su esplendorosa luz manda la idea.
No es ya la tierra inhabitable abismo
Do unidos ruedan el dolor y el llanto:
Bello es el mundo; el sol de nuevo encanto
Lanza su ardiente claridad vestida,
Y al són del yunque y del Progreso al grito
Despierta en fin la humanidad dormida».

Así clamó el coloso
Al alzarse potente,
De resplandor sangriento coronado,
Y su acento grandioso,
Repercutiendo en las edades muertas,
De tumba en tumba resonó imponente.
Enérgico y valiente
Se arroja á la labor, vencer ansiando
Cuanto misterio el Universo esconde:
Hierve la fragua, cruje retemblando
Bajo el Comercio el opulento muelle,
Y al estruendo tenaz de hacha y martillo,
El silbo agudo del vapor responde.
Todo es acción, y movimiento, y vida,
Y entre el rumor de la fecunda lucha,
Que de incruenta gloria
La humana frente ciñe,
Se eleva un grito universal: ¡VICTORIA!

Victoria, sí: que donde quier se advierte
La invención peregrina,
Cuyo poder incontrastable y fuerte
Al mundo material vence y domina.
Rompe el hombre la valla que separa
Un mar del otro mar; el duro seno
Con fuerte mano hiende
De la madre inmortal, que guarda avara
La huella de los tiempos, y su historia
Al noble imperio de la luz asciende;
Senda al ígneo fulgor traza en el viento;
El libre pensamiento
Lanza veloz por la tendida esfera;
Al sonido fugaz rinde el espacio,
Ó aun con mayor brío
Le ata y retiene en reclusión severa;
Y surcando sereno
En móvil barca las etéreas ondas,
Mira á sus plantas la región del trueno.

¡Salve, labor fecunda,
Que por doquier derramas
Germen de rica y esplendente vida!
Todo cobra á tu impulso
Nuevo aliento y vigor; tu brazo fuerte
En regio alcázar la infernal guarida
Y en verde pompa el lodazal convierte.
Tú haces que el hombre sea
De su suerte señor; que si hoy hambriento
Esconde, y macilento,
Del mundo su vergüenza y desventura,
El nuevo sol contemplará trocado

Su feo harapo en áurea vestidura.
¡Loor á aquel que al tumultuoso seno
Del mar, ó á la honda entraña
Que del rico metal la vena cría,
Por el que el hombre audaz los montes hiende,
Impávido y sereno,
Ardiendo en sed de libertad desciende!
¡De lauro el canto adorne
La noble sien del artesano honrado,
Que en obscuro combate
Revuélvese esforzado,
Sin que más gloria ó recompensa espere,
Que la dulce costumbre
De ver en torno de él sus tiernos hijos
Al brillo alegre de amorosa lumbre!
¡Gloria al que heroico en la demanda muere!

Mas no mi altivo canto
Con vano incienso tu favor ruidoso
Comprará ¡oh siglo, cuyo fuerte empuje,
Alzado pensamiento,
Sed de verdad y empeño generoso
Mi ardiente corazón ama y venera!
¡Resuene y vibre fiera,
Virgen de vil adulación, la estrofa!
Rechazo ¡oh siglo! el profanado lauro
Que á la lisonja y no al valer se brinda;
Y aunque mi audacia al condenar, violento
Hundas mi nombre en perdurable olvido,
Te he de decir con varonil acento
Que eres Titán, pero Titán caído.

La luz que arrojan tus candentes fraguas,
No es la que al alma inunda
De vívido fulgor y anhelo eterno,
Y en ella el inefable
Germen celeste del amor fecunda;
No la que aquieta y calma
El ansia del que siente,
En magnífico giro,
Rodar la idea en su inspirada mente.
En tu soberbia frente
Pesa el numen del mal, que troncha y hunde
Cuanto envolverte en esplendor debiera:
De Gutenberg el prodigioso invento
Más el error que la verdad difunde;
El raudo tren cuyo rodar sonoro
Entre humo y polvo, de su sueño estéril
Levanta al ocio inerte,
Lleva también en su inflamada entraña
Gritos de rabia y estertor de muerte.
¡Y tú, tú mismo que con alto brío
Rompiste el largo imperio
Que en lo más santo la conciencia hollaba,
La insultas, la escarneces,
Y la haces hoy de la materia esclava!

Por cima del estruendo
Que tu arrogante turbulencia mueve,
Clamor de interna lucha,
Fatídico y tremendo,
De polo á polo resonar se escucha.

Rota en la mente el ara soberana,
La duda suspicaz, la duda aleve
Silba y se enrosca en la conciencia humana.
Tú en ella esparces confusión y espanto;
Tú vuelcas y sacudes,
Con arrebato ardiente,
Las que el hombre adoró creencias divinas,
Y cuando, virgen de maldad y crimen,
Se levante en el tiempo una edad nueva,
Contemplará tu ingente
Trono imperando sobre inmensas ruinas.

Ruinas ¡ay! que hacinadas
Guarda en la sombra la conciencia atea,
Donde, cual sierpe en su caverna inmunda,
Retuércese infecunda,
Sin el fulgor de lo inmortal, la idea.
¡No, no hallarás reparadora calma,
Oh siglo inquieto, si con mano impía
Agostas ó corrompes
La excelsa fuente donde bebe el alma!
¡No ascenderás á la anhelada cumbre,
Si entre el vano estruendoso clamoreo
En que tu lepra y tu delirio anegas,
Torpe maldices ó á mirar te niegas
Los resplandores de la eterna lumbre!

1883.

EROS

Hoy vengo, dulce dueño,
Á arrojar á tus plantas
Flores del corazón. Si aroma esparcen,
Es porque al riego de tu amor brotaron.
¿Cómo no amarte con amor del alma,
Si tú eres para mí la fuente viva
De donde manan en raudal perenne
Las claras ondas de sin par ventura?
¿Cómo no amarte, si al sentir concordes
Tu espíritu y el mío,
Algo de eterno dentro el alma siento,
Y aun me parece, en solitarias horas,
Recibir en la frente
Tenues caricias de invisibles alas?

No soy de aquellos que al surgir al mundo
Las dulces musas con amor besaron,
Difundiendo en su sér esa armonía,
Esa oculta virtud que doma y rinde
Lo intangible y real, y en lazo de oro
Los liga, alzando la creada imagen
Coronada de luz y de hermosura;
Mas lo que no hizo la deidad sagrada
Que holló del Pindo la radiante cima,
Lo realizó tu amor, la eterna Musa
Que derrama en mis cantos

El suave aroma que en tu sér se encierra.
Lo hiciste tú con tu mirar sereno,
Limpio reflejo de la luz que enciende
Tu corazón de virgen;
Con tus palabras para mí más gratas
Que esa vaga armonía con que el viento
Suena en las ramas, al morir la tarde.

Entonces escuché brotar sonora
La voz, antes no oída,
De la inmortal Naturaleza; entonces
De la alta estrella, y de la errátil nube
Y del clamor con que en el ancho Plata
Suelen las olas avanzar rugiendo
Su ira á estrellar en mi natal ribera,
Un mundo desprendiose de armonías,
Donde línea y color y ritmo unidos
A férvido sentir, á excelsa idea,
En hermandad sublime
La presencia de un Dios me revelaban,

Tu tierno amor cual generosa y amplia
Onda de luz se derramó en mi mente,
Y fué mi corazón acorde lira
Donde eco y forma halló el eterno ritmo.
¡Inefable emoción, engendradora
De briosa virtud y alto deseo!
Rica de savia nueva
El hombre siente rebullir la vida,
Y, lleno el pecho de viril constancia,
Al mundanal combate se apercibe,

Y ni duro revés, ni arduos afanes,
Ni sirtes mil su intrepidez doblegan,
Que, vencedor, una mirada ardiente
De su amada feliz le aguarda en premio.

¡Cómo anhelé que tu adorada planta
El lauro hollara á mi laúd ceñido!
Y ¡oh cuántas, cuántas veces
Vino mi oído á regalar süave,
En ondas vibradoras
De alto loor y de ruidoso aplauso,
Tu dulce nombre entrelazado al mío!
¡Engañosa ilusión! Al ave humilde
De corto y débil vuelo,
Nunca el cóndor audaz prestó sus alas,
Ni alcanzó á la orgullosa
Copa del roble el vacilante junco.
Mas si dado no me es los ricos dones
Aumentar, que Fortuna
Con mano avara y desigual reparte,
Amor es vena irrestañable, y siempre
Rueda sonoro derramando aromas.
¡Feliz si puedo de tu amante labio
Verle perenne desprenderse, y lejos
De cuanto el mundo en su delirio ensalza,
Mi corona tejer con tus sonrisas!

Todo me habla de tí. La flor que entreabre
Su vívida corola; el aura leve
Que en torno gira; la onda rumorosa

Que entre menudos céspedes resbala,
Y aquella de la tarde
Voz íntima y profunda,
Que de un vago anhelar llena la mente,
Cuando el último beso
Naturaleza de la luz recibe:
Tráenme, envuelto en delicado aroma,
Tu nombre y tu recuerdo.
En la alta noche,
Cuando, huésped benigno,
Sobre el mundo infeliz vela el silencio,
Y derramado ejército de estrellas
Relumbra en chispas por el éter vago,
Yo siento que tu imagen
Llena todo mi ser; radiante y viva
Ella aparece en cuanto objeto hermoso
Mis ojos ven, y en ondas de ternura
Inundándome el alma, en ella, rica,
La flor de luz de mis ensueños brota.

Otros en pos de fútiles quimeras
A la arena del mundo
Enderecen sus férvidos corceles;
Sorprender quieran con tenaz porfía
La verdad insondable,
Que de ellos huye cual las frescas aguas
De la boca de Tántalo sediento;
Y, en ansia ardiente de ligeros goces,
Viles arrojen su mejor diadema
A las plantas de estólido magnate:

Yo anhelo ver la generosa lumbre
Del sol, que el mundo y tus cabellos dora,
Y aquella, aún más pura,
De tu amante mirar, á cuyo influjo
Mi espíritu se impregna
De olor de rosas y armoniosos cantos.

¡Todo está en tí mi corazón, que al ritmo
Late ¡oh amada que tu mente rige!
Y cuando vago de tu luz distante,
Tus recuerdos en él vivos fulguran,
Como, al hundirse el sol, bordan los astros
El manto obscuro del tendido cielo.
¡Tuya mi lira es! Tuyo su limpio
Aunque modesto son; y cuando envuelta
En velos funerarios,
Orne en silencio mi olvidada tumba,
Aún al herirla gemebundo el viento
Entre sus cuerdas vagará tu nombre.

1882.

ODA Á ESPAÑA

AL DECLARARSE LA GUERRA CON LOS ESTADOS UNIDOS EN 1898

¡Vuelve á ceñir el casco refulgente,
Matrona egregia, y la invencible espada
Con que trazaste un día por el mundo
Surco inmenso de gloria!

¡Levanta en ira ya el potente brazo
Con que arrancaste un orbe de los mares,
Genial sembrando en soledades bárbaras
Mil pueblos florecientes!

Y la que, inerme, en ímpetu sublime,
Supo humillar al Capitán del siglo,
¡Castigue ahora la codicia infame
Del Mercader de América!

¡Tu honda de David parta la frente
Del grotesco Goliath americano,
Y caiga con estruendo, envuelto en sangre,
Para ejemplo del mundo!

¡Clava tu garra en el ingente pecho
De quien, inícuo, sin razón ni agravio,
Te reta á mortal duelo, en nombre solo
De sus hambrientas fauces!

¡Ve cual tiende rapaz la mano trémula,
Para robar de tu imperial corona
La rica perla que en ofrenda alzaron
Los mares á tu genio!

¡Fulmínale! ¡Escarmiéntale!; bramando
Torne á su inmensa cueva, y, como siempre,
Sus indios despedace, y sus catervas
De negros infelices!

Pueblo sin tradición, allegadiza
Turba de traficantes sudorosos,
Que á ruin medida y cálculo sujetan
Los impulsos del alma;

Los hijos son de la materia, ciega,
Fuerte, inmensa, brutal. En sus regiones
Asientan su insolente poderío,
Escarnio al universo.

¡Mas tú, adalid de la hidalguía antigua,
Viril y noble España, tu derecho
Contra todos defiendes, y no cuentas
Tu honra en esterlinas!

¡Un resplandor de lo ideal eterno
Orla tu frente, en triunfo ó desventura,
Y te muestra más grande y más hermosa
Que los pueblos más grandes!

¡Era fatal, ineluctable el choque
Entre el ladrón de California y Tejas,
Y quien la Cristiandad salvó en Lepanto,
Y dió un mundo á la Historia!

Más que dos pueblos que á la lid se arrojan,
Dos fuerzas son, terribles y contrarias,
Que se disputan desde el negro Caos
El imperio del orbe.

Una clama: *¡Interés!*; la otra *¡Justicia!*
Y en razas enemigas encarnadas,
Una lleva á magnánimas empresas;
Otra, á robos audaces...

Sobrecogida de emoción la tierra
Ve aproximarse la tremenda lucha,
¡Y te aclama, al mirar que ardiendo en ira
Das la melena al viento!

Toda alma, todo pueblo bien nacido,
Rinde homenaje á tu heroísmo, y vierte,
Como lluvia de flores, á tu paso
Votos y simpatías.

Con alma fuerte y grande ¡oh generosa!
Te lanzas á la gloria, ó al martirio,
Y te bendicen desde excelsa esfera
Tus legendarios héroes.

Las naciones de América, tus hijas,
Miran con llanto, palpitante el seno,
Como á jugarse van en lid horrenda
Tus sagrados destinos;

Y por vínculo eterno á tí enlazadas,
Al entrever tus triunfos, con orgullo
Sienten cruzar por sus erguidas frentes
Ráfagas de tu gloria.

¡Oh España! ¡Oh Madre! ¡Yo, que por mis venas
Siento correr tu sangre generosa,
Y nunca, hijo espurio, ó descastado,
Negué mi ilustre estirpe;

Yo, que á la faz del universo, altivo,
Por madre te confieso, veneranda,
En esta hora trágica y solemne
Beso tu frente augusta!

Y con el alma en tí, anhelante espero,
Enamorado augur de tu ventura,
Que el gran clamor en los espacios truene:
¡Por ESPAÑA, VICTORIA!

Abril de 1898.

ELEGIA

EN LA MUERTE DE LEÓN XIII

La cristiandad, velada
En duelo universal, la frente inclina
Ante la tumba del glorioso padre
Que ya al Puerto de Luz no la encamina.
De la más alta cima de la tierra
Descendiendo lumbroso al occidente,
Rodó á la eternidad. No pudo el siglo
A la muerte rendir mayor tributo
De grandeza y virtud. Con honda herida,
De rodillas, y en ruego y llanto, y luto,
Tiembla el orbe cristiano,
Cual si se helara en él aliento y vida
Al desprenderse de su augusta mano.

Aún contemplarle creo,
Encarnación de un ideal deseo,
En su nívea luciente vestidura,
La visión de lo eterno en la mirada,
Y vagando en sus labios dulce y pura,
Como santa divisa,
Aquella luz de su inmortal sonrisa,
De amor é inteligencia al par formada.
Al verle, parecía
Que de mística esfera

Un resplandor celeste descendía
Sobre esta tierra que el dolor impera.
Él orlaba su frente,
Él inspiraba su palabra santa,
Y semejaba, al escuchar su acento,
Que iba á arder en gloria el firmamento,
Y el suelo á florecer bajo su planta.

Fué para el mundo aroma y armonía,
Y fuerza fué también: la más hermosa,
La que en la idea y la virtud reposa,
La que es del infeliz sostén y amparo,
La que en la vida es eminente faro
Que al Sumo Bien entre tormentas guía.
El sol de su elevado pensamiento
Regó de claridad los vastos campos
Donde entre sombra y lampos
Combate hoy la humana inteligencia
Con ímpetu violento.
A lo más hondo su mirada alcanza,
Es al error inquebrantable roca,
Y vuelan de su boca,
Alondras, la Verdad y la Esperanza.
Potentes de la tierra,
Reyes y emperadores,
Encienden su corona en los fulgores
De la alta luz que el vaticano encierra.
Y algo más grande: la vital corriente
Que de todos los ámbitos del mundo
En incesante curso se dilata,

Su sagrado poder sumisa acata,
Y con profunda fe y amor profundo
Va á prosternarse en Roma reverente.

¡Oh Italia, de la gente
Latina, oriente y luz! ¡Genial señora,
De toda noble mente educadora,
Reina del sentimiento y la armonía!
Contigo el orbe llora
Tu excelso hijo, á quien por Padre aclama,
Y venturosa en tu dolor te llama,
Que en esta edad mezquina y sin alteza,
Con brío soberano
Aún sabes engendrar tanta grandeza,
Divino sello del linaje humano.
Y si hoy, rica de savia, hermosa y fuerte,
En tus soberbios lindes seculares
Celebras nueva alianza con la suerte,
Y te fecunda el beso de tus mares;
Por Roma Eterna y la Sagrada Silla,
¡De León por el grave ministerio,
De región en región tu nombre brilla,
Y aún riges en el mundo un grande imperio!

Sonó la fatal hora
En la que al peso de alta edad rendido,
León depuso el terrenal vestido,
Y rompió para él la eterna aurora.
¡Qué majestad en su serena muerte!
¡Y cómo quiso, en el momento extremo,

Tornar una vez más al canto amigo,
Cual solo digno intérprete y testigo
De su esperanza, y de su adiós supremo!
¡Unión grande y feliz! ¡Sublime abrazo
De santidad, de genio y poesía,
De la severa muerte en el regazo,
Y ante la eternidad, que se entreabría!
Clavó su vista de águila en el cielo,
Vibró solemne entre sus labios de oro
El cántico sonoro,
Y desplegó hacia Dios su inmenso vuelo!...

¡Padre! Tu sombra amada
Habitará perenne en la memoria
De la humana familia,
Viuda de tu grandeza y de tu gloria.
De la eternal morada
Que hoy te acoge con himnos de victoria,
Cual triunfador en la mundana guerra,
Vuelve á nosotros tu mirada amante,
Traiga tu bendición celeste brisa,
Y flote y brille siempre tu sonrisa
Cual símbolo de paz sobre la tierra!

Julio de 1903.

GLORIA

EN LA MUERTE DE BARTOLOMÉ MITRE

Cayó con gran sonido
El hombre excelso, y con dolor profundo
Exhala el corazón largo gemido.
¡Algo grande ha perdido
La Argentina y América y el Mundo!

Su poderosa mano
Quedó inerte, mostrando la derrota.
De su vida la muerte triunfa en vano:
¡Su aliento soberano
Sobre las cumbres de la patria flota!

Su vida está incrustada
En la patria inmortal que en turbia hora
Él forjó con su idea y con su espada;
¡En su tumba sagrada,
En el alma del pueblo que le adora!

No una vez, por ventura,
La gloria vertió aquí su lumbre clara;
Mas nunca, al remontarse á tanta altura,
Supo tan suave y pura
En cada corazón labrarse un ara.

En su triunfal camino
Rodó el amor en torno á su persona;
Y siempre, en fausto ó en adverso sino,
Tuvo todo argentino
Para su noble frente una corona.

En los tremendos días
En que imperando un bárbaro sangriento,
Larva infernal de anárquicas orgías,
Con hondas elejías
De infamia y muerte retumbaba el viento,

Surgió á la acción fecunda
El gran varón que la Argentina llora;
¡Arma el brazo viril; viva y profunda
La fé su alma inunda,
Y asalta á la barbarie vencedora!

De entonces, proceloso
Campo de inmensa lucha fué su vida,
Sin que en su vasto curso generoso
La viese aún el reposo
Ni un solo instante para el bien dormida.

La esperanza ilusoria,
La proscripción, el popular tumulto,
La amarga lid con la mundana escoria,
La rota y la victoria,
La aclamación, el rencoroso insulto,

La fé del civil bando,
El fulminante verbo tribunicio,

De tres naciones el marcial comando,
El soberano mando,
Y la aureola augusta del patricio:

¡Todo lo tuvo! Ajeno
De egoísta ambición, sigue su estrella,
Y de la imagen de la Patria lleno,
Su espíritu sereno
Por sobre todo en plenitud descuella.

No perdió en la pelea
La amplia visión tranquila su mirada,
¡Y viose siempre cual perenne tea
Resplandecer la idea
Aun en lá punta misma de su espada!

Del belicoso estruendo
Toda convulsa la nación salía,
La vista á cimas de esplendor tendiendo:
Él la encarnó, fundiendo
Acción y mente en próvida armonía.

Caudillo, amó el reposo
De la meditación reveladora,
Y de la Inteligencia el templo hermoso,
Rindiendo fervoroso
Culto al saber, que la abrillanta y dora.

Y el escritor-soldado
Recorrió con erguido pensamiento
Las tumultuosas sendas do el Pasado

Rueda en sombra velado,
Y alzó á la patria historia un monumento.

Más alto todavía,
En pos de lo ideal, la mente eleva,
Cuando á tus sacras aras, Poesía,
Sediento de armonía
La noble ofrenda palpitante lleva.

¡Y creció sin ribera,
Como viviente mar que inmenso avanza,
La fe, el amor de la nación entera,
Que puso en él certera
Su admiración, su orgullo y su esperanza!

¡Cómo á su hogar sereno,
El Genio nacional vibrando iba
A llevarle perfumes de su seno,
De reverencia lleno,
Cual si se alzara en él la Patria viva!

Por oculta corriente
Se derramaba su moral fragancia,
Y los hervores del rencor rugiente
Transformaba elocuente
En elevada y rica consonancia.

Así en su edad extrema
Fué numen tutelar de la Argentina,
Faro providencial, mágico emblema,
Cuya virtud suprema
Trueca en ventura la inminente ruina.

Y en su encumbrada altura
La afable sencillez fué su divisa;
No fué su alma, generosa y pura,
Ajena á la dulzura,
Ni rebelde su labio á la sonrisa.

¡Feliz quien por tal suerte
En curva enorme la existencia abarca,
Y un tiempo de su patria el héroe fuerte,
Le acoge, al fin, la muerte
Siendo su Protector y su Patriarca!

Y al doblar la cabeza
Sobre el eterno tenebroso arcano,
Fué supremo esplendor de su grandeza
La plácida entereza
Y la fe redentora del cristiano.

¡General!... ¡Desde el templo
De luz que ocupas en ignota esfera,
Donde, al soltar el canto, te contemplo,
Serás, en paz, ejemplo,
Y en las contiendas bélicas, bandera!

En tí radiosa mira
La patria un servidor honesto y grande;
Por tí segura en libertad respira,
Y victoriosa gira
Hacia el fulgor que la Justicia expande.

Ceñido el negro manto,
Muda y temblando á tus despojos llega:

«¡Adios!»...te dice en su mortal quebranto,
Besa tu frente en llanto,
Y á eterno culto tu memoria entrega.

¡No queda con tu ausencia
Esta tierra que amaste, viuda y sola!
¡Toda frente argentina, en rica herencia,
Tendrá la refulgencia
De un rayo de tu espléndida aureola!

Con religioso celo
Ya tu nombre inmortal guarda la Historia,
¡Rasgue la Muerte el funerario velo,
Y vuele sobre el duelo
De todo un pueblo, el cántico de gloria!

Enero de 1906.

AL NIÁGARA

¡Salve, estupendo Niágara! Hijo errante
De las comarcas argentinas, donde,
Emulo tuyo, se abalanza el Guaira,
Ante tu esplendidez vibrante llego,
Y mi suprema admiración te rindo.
Limpio, sereno, hermoso,
Brilla en su trono el día, y me recibe
La risa azul de estos radiantes cielos.

¡Oh cuánta vez, en mi lejana patria,
Al seductor prestigio de tu nombre,
Soñé con tu grandeza
Y con hallarme en tu presencia augusta!
Y no, no es sueño ya, que al fin te miro
Y te contemplo en delicioso asombro
En tu pasmosa realidad, y esplenden
Esclavos de mis ojos tus encantos.

Rugientes, espumantes, clamorosas,
Y por región vastísima extendidas,
Corriendo vienen tus inmensas aguas
A desplomarse de las altas rocas
Que las cierran y oprimen
En herradura colosal. Ya en saltos
Ebrias se arrojan al tremendo abismo;
Ya se arrebatan ciegas, impelidas
De irrevocable decisión; ya en trenzas
Y en encajes de perlas y diamantes
Se desgranan y ríen. Vigorosas
Resurgentes columnas
Por las que bajan en trepar se afanan,
Y sin descanso su corriente impelen,
Mas al tocar la cima
Pesadamente al fondo se derrumban.
Al golpe horrendo, que sentirse debe
En las entrañas de la tierra, suena
Allá adentro, incesante,
Vivo redoble de grandiosos truenos,

Y los repite el eco, y su estampido
Con alto estruendo la comarca asorda.

Blanca, opulenta y vaporosa niebla
Oblícuamente desde lo hondo sube,
Y blanda flota, y gira, y se derrama
Como á semi-velar tanta hermosura.
En ella el sol sus rayos
Engarza y teje, y sus ardientes besos
La encienden toda en el fulgor glorioso
De abundantes arco-iris. Unos nacen
De las ondas serenas,
Y allá en los aires á perderse ascienden,
Y en las cascadas con temblor se copian;
Otros, dando al espacio
Cúpula excelsa, de colores rica,
Sumergen en el agua ambos extremos;
Ora en franjas se tienden largamente
Sobre las ondas, y en la fresca hierba
Y árboles de las márgenes se esfuman;
Ya en sueltos trozos esparcidos brillan;
Ya uniéndose dos de ellos, soberano
Resplandeciente círculo despliegan.
Parece entonces que entreabierta en haces
¡Oh Niágara! la esfera cristalina,
Rayos desprende la increada lumbre
Sobre tu frente, y su eternal diadema
De albo-celeste resplandor te inunda.

Ni faltan á tu gloria los hechizos
Con que el humano ingenio,
En misterioso efluvio,
Toda belleza natural consagra
Prestándole alma y voz. Y si aún el Leman
Con su onda azul los perdurables ritmos
De Byron canta y Lamartine, y el genio
De Shelley pasa en la inconstante nube,
Y el sauce se hermosea
Por magia de Musset, y entre los astros,
Que en la nocturna obscuridad relumbran,
El alma de León plácida vaga:
Aquí del grande Heredia
Suena el himno inmortal, y en tus torrentes
Se precipita audaz, luce en tus iris,
Y entre los pliegues de tu niebla envuelto,
Hermoso y triunfador se alza en los aires;
Mientras en lo profundo,
Y en el fragor de tu rugiente abismo,
Se oye de Pombo el desolado acento.

No á mí me impulsa, en mí modesta ofrenda,
El temerario empeño
De unir mi voz á tantas armonías,
Y en tu oleaje perpetuar mi nombre;
Que no se desplegó á las altas cumbres
El de la abeja susurrante vuelo.
Empero, más dichoso
Que el cubano cantor, miro á mi lado
A la que há tiempo mi existencia aroma

Con afecto inmutable, y verla pude,
Ante tu salto aterrador, violento,
Pálida sonreír, y con los ojos
Seguirme ansiosa, mientras yo avanzaba
A gozarme en tus ásperas caricias
Entre tu niebla y tumultuoso estruendo.
Y al pie de tus cascadas,
Hundido ya en impenetrable sombra,
Aún contemplé en la altura,
Como visión radiante,
Su dulce faz y tu encrespada cima
Al sol brillando con reflejos de oro.

¡Sublime imagen del poder perenne
De la creación, á nuestra mente brindas!
Siglos sin fin sobre tu frente ruedan,
Y tú en su curso, instante por instante,
Un mar derramas de impetuosas aguas
En los abismos, sin cansarte nunca.
Mas sobre el gran sonido,
Fuerza, abundancia, agitación, tumulto,
Que en tí palpita y hierve, excelso sello
Corona tu hermosura
De alta, serena, espléndida armonía.

¡Adiós, Niágara, adiós! Quizá la suerte
En un remoto porvenir te aguarda,
Que es ley común de cuanto el orbe encierra,
Si trueca un cataclismo en blando lecho
Tus ingentes peñascos, y no hallando

Reparo alguno tu corriente inmensa,
En sosegado curso amplia se extiende.
Con el traidor anzuelo apercibido,
Pescador indolente, en frágil barca,
Por donde hoy lanzas fulminantes ondas
Tranquilo entonces pasará cantando.

Niágara-Falls, 1889.

FUEGO SAGRADO

¡Lámpara misteriosa, que encendida
En el alma gentil perpetuamente,
Tornas en flor, y aroma, y rica fuente
La vibración inmensa de la vida!

Brilla pura, serena y escondida,
Regando de ideal la humana mente,
Y abrasa y funde en tu esplendor ardiente
Toda la escoria que en el mundo anida.

Brilla en la lid, en el taller, en la onda
De alta armonía que el poeta crea,
En la verdad que el pensador revele;

Y el corazón al corazón responda;
Y toda actividad trascienda, y sea
Flecha de amor que hacia lo eterno vuele.

1909.

FANTASIA

A la señora Delfina Mitre de Drago

Era una noche azul, diáfana y pura,
La luna conducía
Su albo bajel por la extensión serena,
Y vertiendo el encanto
Que de místico ensueño el alma llena,
Envolver á la tierra parecía,
Con su onda de luz, en níveo manto.
Salí sin rumbo, y me sentí ascendido,
Tras rápida y fantástica jornada,
A una región ignota
En altísima cumbre. La mirada
Lancé á través de la insondable esfera;
De mi orgánico sér perdí el sentido,
Y, toda valla ante mis ojos rota,
Fué inmensa mi visión, cual si estuviera
Entre el cielo y la tierra suspendido.
Contemplaba allí extático los astros,
Rasgado del espacio el negro velo,
Seguir, dejando en pos fulgentes rastros,
Su giro eterno en portentoso vuelo.
Empero, en el profundo
Silencio de esa gloria soberana,
Sólo hasta mí llegaba, desde el mundo,
El gran rumor de la colmena humana.

Y el alma me agitó, bien como suele
Hacer la luz lejana
De la región nativa,
Que, divisada apenas, de dulzura
Nos colma el corazón... Pero ¡cuán viva
Surgió ante mí su eterna desventura!

La esencia y ley de todo lo creado
Sujeta el mundo á imperfección y ruina,
Y si al ser singular, víctima inerme
De la desdicha á que el vivir condena,
Es la Muerte brutal libertadora,
Para el mísero mundo,
Siempre amarrado á su vital cadena,
Mientras no le dé paz la eterna mano,
Es noche sin aurora,
De duelo y de terror tremendo arcano.
Mas bien que en sus anillos la invencible
Necesidad al hombre envuelva y ciña,
El mal sin fin que su morada infama
Más copioso y pujante aun se derrama
De su torcida voluntad, su dura
Desafección del bien. La torpe riña,
El salvaje salteo
Que «lucha por la vida» hinchado llama,
En su conciencia obscura
De lo justo ideal borra el deseo.
Y con la luz que espléndida recibe
De «aquella su porción alta y divina»,
Sólo sus bajas sendas ilumina,
Y á bastarda ambición la circunscribe.

¡Cuánto pomposo término sonoro
Arroja sobre el hórrido esqueleto
De su designio sórdido y secreto,
Cual regio manto de oro!
El engaño, la astucia, el egoísmo,
Son los reyes potentes de la tierra,
Y con armas más viles
Que espadas y fusiles
El hombre al hombre va en perenne guerra.
Con la salud ó el bien del desgraciado
Acuñan sus monedas afanosos
La «industria seria y el comercio honrado»;
Y el gobierno que libre más se ostenta,
Porque ya no le afrenta
El dogal de la antigua «tiranía»,
Es casi siempre pérfido ejercicio,
Donde en medio de triunfos y reveses,
Con falsa vocería
Labran sus personales intereses
Catervas de políticos de oficio.
Y aunque en la interna esfera
De cada sociedad, tú, ley de vida,
Orden al fin, aunque inferior, impones,
¡Cómo de pueblo á pueblo
La insolente ambición, la fuerza impera!
¡Qué anárquica impudencia en las naciones!
Indignamente hundida
Fué la patria del boer: ¡deslumbrante,
Fascinó al invasor su oro y diamante!
El coloso del Norte,

Viendo sólo en España una rüina,
De un inícuo atentado se hizo reo;
Y con negra cohorte
De bárbara matanza y vil saqueo
Europa fué á civilizar la China.
¡Oh civilización!... ¡Soberbia altura
De una colonia de dorados vicios!
¡En vano la Riqueza esparce el oro,
Y va hollando el Saber sendas triunfales,
Si no alza el corazón sus edificios,
Y en la frente del hombre no fulgura
El resplandor de incendios inmortales!...

Mientras así en tristeza meditaba
La muda inmensidad se obscurecía,
Y la tiniebla en los espacios era
Tan honda al fin, como si no debiera
Volver ya en ellos á reír el día.
De pronto, sobre el mundo ví á lo lejos
Posarse misteriosos los reflejos
De un invisible sol, de ignoto oriente,
Y prodigiosamente
Hacer saltar, cuando sus flancos toca,
De la gigante roca
De nuestros males, límpida corriente.
Entonces comprendí por qué se elevan
Tal vez en los desiertos de la vida
Los vergeles del bien, donde auras puras
Brío y consuelo á nuestras almas llevan.
A esa luz que estremece las honduras

Del corazón, la tierra se corona
De almas heroicas, de pasión llameante,
Y centellean en su obscura zona
Moisés, Newton, Colón, Teresa y Dante.
Entonces los humanos sentimientos
No son fuego pintado:
El amor, tantas veces profanado
Por la inconstancia frívola, ó la triste
Aridez de almas de su culto indignas,
Es comunión dulcísima, que alientos
Da á toda una existencia,
Y con perenne esencia
Aun á la muerte en su fervor resiste.
Entonces sube á su sagrado solio
El amor maternal... ¡Oh madre mía,
Memoria santa que en mi pecho vive
Como divino talismán! Más noble
Se hace, al pensar en tí, mi pensamiento,
Cual si esparciendo su hálito fecundo
La santa abnegación de tu cariño,
En mí tornara á retoñar el niño,
Y se impregnase de virtud el mundo!...

De la celeste cima
Donde á solas mi espíritu flotaba,
Sediento de expansión libre y serena,
Por oculta atracción, casi inconsciente,
Comencé á descender, y al fin rendido,
Con el alma en pesar, baja la frente,
Próximo estuve á la mansión terrena.

Ví, al penetrar en ella, abrupto alcázar
En medio de medrosas soledades,
Y en su ronco rodar le estremecían,
Y á sus torres altísimas ponían
Cimera colosal las tempestades.
De su seno una voz vaga, errabunda,
Surgía, hasta quebrarse en un gemido;
Y por encima de su vasta mole,
Allá en un mar de obscuridad profunda,
Resplandecía escrito en rayos de oro:
«Esta mezquina tierra,
De dolor y egoísmo inmenso imperio,
Sólo una cosa encierra
Digna de almas excelsas: el *Misterio.*»

Marzo de 1909.

ESTROFAS

Hoy que al ocaso, de vapor cubierta,
Mi existencia declina,
Y con la luz crepuscular, incierta,
Melancólicamente se ilumina;

Y al descender de la luciente cumbre,
En el tenaz recuerdo
De cuanto fuí y amé, tiniebla ó lumbre,
Meditabundo con afán me pierdo:

A tí, dulce y divina Poesía,
Con más vivo embeleso
Consagro mi ferviente idolatría,
Y aun sueño recibir tu augusto beso.

No en tí me halaga el primoroso manto,
Ni las pomposas galas,
Que ofrecen, no vigor, sino quebranto,
Al soberano impulso de tus alas.

¡A mí la ardiente voz, íntimo acento
Con que sueñas, ó lloras;
El vuelo que te eleva al firmamento,
La luz triunfal con que las cumbres doras!

¡Yo amo la inspiración celeste y pura,
De rayos coronada,
Que derramó en el mundo la hermosura,
Reflejo de tu olímpica mirada!

Es tu raudal emanación gloriosa,
Corriente siempre nueva,
Que rodando serena ó tempestuosa,
Sonido de alma entre sus ondas lleva.

¡No desdeñosa del mortal te alejes!
Sus míseros empeños
Huyen del áureo estambre con que tejes
El misterioso encaje de tus sueños.

¡Benigna acoge mi modesta ofrenda,
Y los hondos anhelos
Con que contemplo arder desde mi tienda
Las mil constelaciones de tus cielos!

Y cuando llegue al término prescrito,
Y del mundo me ausente,
Oyendo en tí el rumor de lo infinito,
Brille la eternidad sobre mi frente.

1904.

LA VUELTA AL CAMPO

I

¡Héme otra vez en el risueño albergue
Donde las limpias horas
De mi niñez tranquila
Bordadas de inocencia transcurrieron!
¡Cuánto sangriento y férvido combate
Reñido desde entonces
En lo íntimo del alma ¡ay! trocaron
En hondo hervor su virginal reposo!
¡Qué de afanes, congojas y dolores
La trama de mi vida
Con largo hilo de hierro entretejieron!
¡Cuántos goces también, cuántos vivaces
Afectos, encendidos
Al recio golpe en mundanales yunques!
Allí el amor, anhelo de hermosura,
Lanzó á mi corazón dardo süave,
E hizo que en él brotaran,
En vez de sangre, inmarcesibles flores.
El envió á iniciarme en sus misterios,
No á sensual Safo, ni á Diotima docta,
Mas á cándida virgen, sin más ciencia
Que la de alzarme á la mansión celeste
Con la amorosa lumbre de sus ojos,
Y la abundante miel de sus palabras.

Allí, en largas vigilias, devorado
Del ansia de saber, vi derrumbarse
Del tiempo en los abismos,
En honda convulsión, siglos é imperios;
Tremenda sobre el mundo
De Dios la eterna maldición sonando;
Y la virtud serena
Pasar cual lampo entre siniestras sombras.
Vi lanzar á la espada del guerrero
Sangriento resplandor, y oí el heroico
Clamor de la victoria,
Que en lamentos los ecos devolvían.
¡Y cuál fué mi embeleso, cuál mi encanto,
Al ver á algún mortal semi-divino
Seguir, bañada en luz la augusta frente,
La oculta y nemorosa
Senda por donde fueron
Los pocos sabios que en el mundo han sido!

Entonces vi también surgir del polvo
De las antiguas ruinas,
Siempre armónico y simple, siempre joven,
Radiante de hermosura, el mundo griego.
¡Encarnación vivísima y profunda
Del arte y la belleza;
Potente vibración, himno perenne,
Pueblo de héroes y dioses, yo te adoro!
Tú hiciste resonar entre mi alma
La majestuosa voz del grande Hómero,
La rápida y suave

Armonía de Píndaro, el rugiente
Arranque de Demóstenes, el claro
Acento de Platón, noble y sublime.
Y amé lo que tú amabas,
Y viví de tu vida, y tomé parte
En la hazaña inmortal de los trescientos,
Y vi á Jerjes huir torvo y sombrío,
Y contemplé extasiado
Tus rudos juegos y graciosas danzas,
Y creí en tus bellísimas ficciones,
Y escuché á tus sofistas, y sencillo
A Sócrates decir en el Liceo
Una nueva y sin par filosofía;
Y de sacro terror fuí conturbado
Al visitar tu Partenón luciente.
Mas cuando vi al tirano Macedonio
Acercarse ominoso á Queronea,
Quise encender la cólera terrible
De tus dioses ¡oh Grecia!, porque, airados,
Con mano formidable
En polvo hundiesen su ambiciosa frente...

Caíste en hondo abismo,
Mas tu aliento inmortal vive é impera,
Y al extenderse en generosas ondas,
Engendra nueva vida en nuestras almas,
Vida de luz y plácida armonía.
Yo también, encendido
Con una chispa de tu excelsa hoguera,

Adoré la belleza, en tí encarnada,
Y aun soñé alguna vez que hasta mi frente
En giros luminosos
La inspiración celeste descendía.
¡Horas de soledad, coloquios dulces
Con la Venus Urania!
Hoy al volver á esta mansión dichosa,
Y al contar con dolor los eslabones
Que de mi infancia por jamás me alejan,
Alzáis aún en mi arrobada mente
Un deleitoso y vívido recuerdo.

II

Aún lo son más, empero, los que surgen
De esa edad infantil, cuya memoria
Guarda todo mortal, y á la que siempre
Torna en sus duelos con amor los ojos,
Como si viera en ella
De frescura y de paz fuente escondida.
¡Y cuántos brotan para mí, radiantes,
Al llevar otra vez mi incierto paso
Por entre estas sombrías arboledas,
Y estas movibles y sonantes cañas!
Aún veo aquí la huella inextinguible
Del tiempo aquel que en inocentes juegos
Y en dulce y blanda placidez corría.
¡Cuánto estrépito alegre, cuánto agudo
Grito infantil, de estos agrestes troncos

En torno resonó, cuando en fingidos
Raudos corceles, la ruidosa turba
En desorden triunfal los invadía!
Quién, echando pie á tierra,
Agil trepaba por las verdes ramas,
E iba á turbar gozoso
La dulce calma del caliente nido;
Quién en viva carrera aventajando
A los demás, con grande clamoreo
Enaltecía su sin par victoria.
Y era de ver cuál la caterva, armada
De largas cañas y torcidos palos,
Con marcial ademán, obedeciendo
A la estentórea voz del más robusto,
En tumultuoso batallón marchaba.
¡Días hermosos, por jamás huídos!
¿Quién podrá ver sin indecible encanto
Los límpidos raudales
Que por el alma de la infancia ruedan?
¿Qué es lo que sabe de la horrenda lucha
Que la entraña del mundo
Día por día con furor sacude?
Nada. Tan sólo advierte
Que vive y goza, y que tras blando sueño
Por Dios mismo sobre ella derramado,
Naciendo el día, tornará entre risas
A gozar y á vivir. ¡Oh incomparable
Edad! ¡Oh dulce infancia! ¡Y tú nos huyes!
¡Y tú pasas también, no eres eterna!

Por la noche, reunidos
En torno de un inculto
Trabajador, oíamos pasmados
De sus labios brotar mil maravillas,
Largas leyendas, peregrinos cuentos,
Do en vértigo sin fin se entremezclaban
Palacios encantados, portentosos
Jardines, centellantes lagos de oro,
Lindos mancebos y terribles viejos.
¡Cuántas preguntas cándidas lanzadas
Por el atento corro,
El sabroso relato interrumpían!
¡Qué honda ansiedad nos embargaba, cuando
Feroz gigante de nervudos miembros
Lanzaba por los aires
A la amante infeliz del héroe invicto!
¡Qué férvida alegría al verlos, libres,
Gozar después de sin igual ventura!
Jamás esas creaciones soberanas,
Que del ingenio humano
Son timbre y esplendor, y que más tarde
Extático admiré, tan honda huella
Imprimieron en mí, cual los pasmosos
Y absurdos lances que en la infancia oía.

Mas de cuantos recuerdos
Aquí me asaltan por doquier, ninguno
Mayor dulzura á mis afectos brinda
Que el que es imagen del alegre bando
En que á encontrar volábamos el coche

Que nos traía á nuestro anciano padre.
¡Qué gozo al columbrarle; qué algazara
A su alrededor formábamos; qué ansioso
Cada cual pretendía
Ser antes que los otros divisado!
Uno al angosto estribo,
Otro al pescante, intrépido saltaba;
En tanto que un tercero, penetrando
En lo interior, en su tostada frente
El codiciado beso recibía.
¡Padre: hoy que ya exento
De mortal velo, gozas la sublime
Serenidad de las celestes auras,
Yo siento penetrarme
De acerba pena é íntima dulzura,
Recordando la plácida sonrisa
Que todo tu semblante iluminaba,
Al contemplarte víctima dichosa
De nuestro alegre y cariñoso asalto!

III

Ya todo huyó. Mas al volver con ansia
A tu seno, inmortal Naturaleza,
Y al respirar tus revolantes brisas,
Aun tal vez imagino
Que aquellos días deliciosos vuelven.
¿Cómo no fuera así, si hoy te contemplo
Cual de niño te amé? Desde esta loma,
Risueña y ondulante

Miro extenderse la feraz llanura;
En un declive, en desiguales grupos,
Punzantes ñapindás, rústicos talas;
Al lado opuesto, esbeltos
Álamos solitarios, semejantes
A solemnes columnas
De antiguo monumento destruído,
Al cielo elevan sus soberbias copas;
Por la suave hondonada
Blancas ovejas, bueyes y caballos
En grata variedad vagan paciendo;
Y allá en lejana altura, medio oculto
Entre verde arboleda, se divisa
Nutrido y caprichoso caserío,
Do en lazo extraño alternan la europea
Choza del labrador y el rancho humilde.
Blanca humareda en espiral asciende
Súbito de su seno; es la triunfante
Locomotora que silbando rueda,
Imagen fiel del siglo, hirviente y rauda.
Ante estos amplios llanos,
Que una apacible vaguedad envuelve,
Y sobre cuya faz, allá en la altura,
Ilimitado el firmamento brilla,
Mi espíritu anhelante
Se mece en lo infinito, y confundido
Con la madre inmortal, en giro inmenso
Por la tierra y los cielos se difunde.

IV

¡Madre Naturaleza! ¡Cuánto gozo
Siento al mirar el variado manto
Con que las horas al pasar te cubren!
Al nacer la mañana
Todo de amor en tí palpita inquieto;
Y el breve y repetido
Gorjear de las aves; los rumores
Que por tu seno tímidos circulan;
Y el blanco velo que en tu frente ondea,
Anunciarnos parecen que en tu regio
Tálamo, ansiosa la venida aguardas
Del monarca del día.
Rompe, por fin, magnífico, encendiendo
En rósea lumbre las cercanas nubes,
Y tú el primero y suave
Beso al sentir de sus tendidos rayos,
De pudoroso tinte te coloras.
Más tarde, ya ascendido
Al solio del cenit, toda te abrasa
En tu candente fragua, y por tus venas
Savia de fuego rápida discurre.
Y al declinar en occidente.... ¡oh triste
Hora crepuscular, triste y solemne!
Hora llena de unción, en que se agolpan
En tropel á la mente los recuerdos,
Y aun nos parece que en lucientes nimbos
En el pardo horizonte lentos vagan,

Y con voz misteriosa
Nos hablan de los días que pasaron,
De otra luz, de otros mundos y otros cielos.
Semejas ¡oh Natura!
La imagen de la eterna despedida,
Cual si al hundirse el sol entre arreboles
No ya á ceñirte de esplendor volviera.

¡Oh Noche! ¡Almo sosiego! ¡Cuánto adoro
Tu silencio elocuente!
Sólo se escucha el canto
Tenaz del grillo, entre la hierba oculto;
El mugir de algún toro; el vigilante
Ladrido del mastín; y en altas horas,
Allá lejos, el áspero chirrío
De larga hilera de pesados carros,
Que el viento trae unido al quejumbroso
Melancólico son de los cencerros.
No turban tu sosiego estos rumores
¡Oh Noche!, antes te tornan
Más íntimo y solemne. En él yo escucho
Mil secretos acentos
Que en efluvios suavísimos despides;
Y al levantar los ojos
Á la bóveda inmensa y estrellada,
No el grito puedo reprimir, ferviente,
Que desde el fondo de mi alma brota;
¡Aquí de Dios, exclamo,
Está en orbes de luz el nombre escrito!
¡Aquí en la muda inmensidad impera!

Todo, Natura, en tí resurge á vida
Vestido de hermosura;
Y al tibio beso de las blandas auras,
La creación, de tu incansable seno
Revienta y rueda en infinitas ondas;
Mas no por ello turbas tu sencilla
Solemnidad, tu majestuosa calma.
¡Y he de dejarte, por correr á hundirme
Allá donde los hombres
Fabrican sus pestíferas ciudades;
Donde á vil precio la amistad se alquila;
Donde los odios que en el alma hierven
Falsa é infame la sonrisa oculta!
¡Do en los hondos abismos
Del corazón, con timidez cobarde,
Los más tiernos afectos
Es fuerza encadenar, para arrancarlos
Al necio escarnio, á la insultante mofa!
¡Sea! Empero, no en balde
Me habré bañado en tu sereno ambiente,
Y en tus puros aromas: así acopio
Para el mortal combate alientos nuevos...
Mas ¡ay! ¡quién en tus brazos
Plácidamente reposar me diera!

Lomas de Zamora, 1883.

REMINISCENCIAS

¡Divino sentimiento,
Que en cascadas de luz el orbe inundas,
Impetuoso y violento!
¡Hoguera inmensa, en cuya ardiente llama
El corazón depúrase, y la mente
En rutilante claridad se inflama!
Habla la hoja en su temblor; la onda
Salta y revienta en hervorosa espuma;
Del bosque en las entrañas
Salvaje vida palpitar se siente;
La estrella mira, fúndese la bruma,
Y hasta del sol el rayo esplendoroso
Baja más limpio á iluminar la frente.

¡Yo te bendigo, Amor; yo que á tí debo
Los únicos instantes
Por que la vida vale el ser vivida!
¡Yo que hoy por ti de nuevo siento erguirse,
Convulsas, palpitantes,
Las ondas de mi alma, ayer dormida!
¡Libre, por fin, á la sublime altura
Dirige el vuelo, do la vida esplende,

Y ya otra vez se enciende
En amor, y entusiasmo, y hermosura!

Hoy encuentro de nuevo en mi camino
La virgen dulce y tierna
Que yo tanto adoré. La trenza obscura
Por su elegante espalda resbalaba,
Y á la áurea sencillez de su figura
Gracia y realce singular prestaba.
¡Qué enjambres de memorias
De un tiempo que pasó, bello y radiante,
A su fresca visión de primavera,
En vuelo fulgurante
Me transportaron á mi edad primera!
¡Oh hermosa, única edad, en que la vida
Lanza en lava encendida
Afectos mil del corazón bullente,
En que se ama sin fin, y aun los dolores
Exhalan el perfume
De la espina que crece entre las flores!
Mas ¡ay, que el tiempo sin piedad consume
Este encanto feliz! Quedas tú sola,
Honda melancolía,
Brillando en la existencia
Cual triste luz de moribundo día.

Mas ya el pasado torna
Por magia del amor. Él en tus ojos,
¡Oh mi llorado dueño!
Aún arde por mí, que duro, ingrato,
En mi orgullo insensato,

El nido hollé de tu amoroso ensueño.
¡Cuánta secreta pena
En tu infausta pasión! Tu alma serena,
Antes en sueño virginal mecida,
Se abrió, rosa encendida,
Al rayo de mi amor, de aromas llena.
Y la esencia amorosa,
De sus ocultas fuentes derramada,
Resplandeció en la luz de tu mirada
Y te envolvió en su efluvio victoriosa.

¡Cuántas veces, vencida dulcemente,
Tu abrillantada frente
En mí posabas, y en la inquieta calma
De nuestro arrobamiento, yo sentía
Que tu cuerpo gentil se estremecía,
Y que allá adentro te temblaba el alma!
En esas de pasión solemnes horas,
Candentes, bullidoras,
Que aun al morir, en el azul profundo
Dejan, flotando, del espacio, un mundo,
Fué para mí placer nunca excedido
El templar en tu aliento,
Y tender á tus plantas,
Como león dormido,
Mi altivo y generoso pensamiento.
Cuanto germen fecundo
Brotaba en él; cuanta ambición vehemente
Entre sus rojos círculos oprime
La voluntad; cuanta visión serpea

Del sueño vago en la región obscura,
Anhelo de hermosura
Que á más sublime esfera alza la mente,
Y en el fulgor de lo inmortal la baña;
El alma, en fin, con cuanto siente y crea,
En corrientes de amor á ti fluía,
Y en ti acendrada, al mundanal tumulto,
Que siempre por asalto al hombre toma,
Serena descendía
Con nueva savia y penetrante aroma.

Después... todo ya fué. Las frescas galas
De juventud y amor se marchitaron,
Y el tiempo inexorable
Pasó cerniendo sobre tanta hoguera
La nieve de sus alas.
En las vulgares redes de la vida
Presas quedaron á morir las aves
Que en libre y gentil vuelo
Sus deliciosos cantos derramaron
Por los azules ámbitos del cielo.
Mas si la férrea mano del destino
Por opuesto camino
Impelió nuestros pasos, y hoy tan sólo
Como en lampo fugaz á mí te ofrece,
Siempre tu dulce imagen,
Doquier mi afecto ó pensamiento mueva,
En mi cansado espíritu se eleva,
Y sobre sus abismos resplandece.
Así, tras impetuoso torbellino,

Que robustas encinas
É ingentes monumentos anonada,
La luna, en blanco resplandor bañada,
Surge, y alumbra la silentes ruinas.

ELEGIA

Á LA MEMORIA DE MI HIJA CARMENCITA

¡Tú, que mi sér con tu recuerdo llenas,
Y, muerta, eterna en mi memoria vives,
Y con tus breves días circunscribes
Mis horas venturosas y serenas!
Suspenso un punto apenas
El vivo curso de mi acerbo llanto,
Que toda el alma en su raudal desprende,
A ti en efluvios íntimos asciende,
Roto en gemidos, mi doliente canto.

¡Cuán desierto mi hogar! ¡Qué densas brumas,
Reparo eterno al sol de la alegría,
Sobre su cielo derramó tu ausencia!
¿Dónde aquella opulencia
De su triunfante lumbre, inmenso día,
Que allá en el fondo de mi sér reía,
Y ciñó de esplendores mi existencia?

¡Contigo se extinguió! Sola y obscura,
Testigo de mi enorme desventura,
Quedó ya para siempre esta morada
De que tú eras encanto y alegría.
Sus ámbitos vacíos
Sólo el lamento de tu nombre llena,
Que exhalan sin cesar los labios míos,
Al sentir sobre el alma desolada
La ausencia de tu límpida mirada,
La sensación de que tu voz no suena.

¡Oh! Cuando, absorto en mi dolor inmenso,
Mi mente evoca tu infantil figura,
Tu dulce hablar, tu timidez graciosa,
Y entre el cabello de oro y fresca rosa,
El resplandor de tu pupila obscura;
Y surge en mi recuerdo,
Región de angustia en que infeliz me pierdo,
El tiempo en que dejarte Dios quería
A mi lado crecer, besarme, ufana
Gorjear por la mañana,
Y lanzar de tus ojos mi alegría:
Siento me invade un estupor profundo,
Una ansia horrenda, un bárbaro tormento,
Una amargura interminable; siento
Que está en mi alma agonizando un mundo.

¡Todo aquí te recuerda hora por hora,
Todo en el culto de tu amor se inflama,
Todo en silencio con dolor te llama,

Todo tu ausencia inconsolable llora!
¡Aquí entre risas de tu edad gozabas,
Alegre y bulliciosa aquí corrías,
Y á mí tus ojos cándidos volvías,
Y todo el corazón me iluminabas!
Si se entreabre una puerta,
Si mueve el viento una cortina acaso,
Parece darte paso,
Y que á favor de la penumbra incierta,
Surges como evocada,
Trayendo en brazos tu muñeca amada.
Mas ¡ay, que así, anheloso y febriciente,
Con recobrar su dulce soberano
Soñando siempre en vano,
Te aguardará mi hogar eternamente!

Desde el día fatal de tu partida
Mi lento paso por el mundo llevo
A modo de sonámbulo, y la vida
A la región del sacrificio elevo.
Tal vez un punto mi dolor refrena
La varia voz del mundo, y excitado
Por su estruendo y bullicio, hablo y sonrío;
Mas es tregua fugaz, que, desolado,
Siempre que vuelvo á mí, vuelvo á mi pena;
Que tornando infecunda
Mi alma á toda dicha honda y serena,
A todo alegre brío,
Rodando va con ímpetu bravío
La ola amarga que en dolor me inunda.

¡Con qué empeño tenaz mi pensamiento,
Renovando sin fin las ansias mías,
Torna al lugar de tus postreros días,
Do se apagó tu vida y mi contento!
¡Solitaria mansión, donde en la infancia
Aspiré la fragancia
De los frescos efluvios campesinos,
Donde crecí feliz, y la inocencia
Me bañó en la azulada transparencia
De sus mansos raudales cristalinos!
¿Quién me dijera entonces, hija mía,
Que en esta misma patriarcal morada,
Do tantas veces resonó vibrante
Mi júbilo infantil, un torvo día
La Desventura helada
Te pondría en mis brazos expirante?
En ella aún algo al sentimiento mío
Le queda de tu sér, como la estela
De luz que deja tras de si el navío
Cuando en el seno de las ondas vuela.
Tráenme el eco de tu voz las brisas,
Las flores dan tu delicado aroma,
Y en las estrellas tu mirada asoma,
Y brillan en los aires tus sonrisas.

El tiempo, en tanto, seguirá su curso
Con serena indolencia,
Haciéndome entrever siempre más lejos
Los pálidos reflejos
De la adorada luz de tu existencia.

Empero, aunque la suerte
Cruel se goce en prolongar mi vida
En una edad remota, aún en ella
Te llevaré cual luminosa estrella
En el cielo del alma suspendida.
¡Eternamente el pensamiento mío
Verá en mi triste mesa
Un asiento vacío!
Y á través de la muerte y la distancia,
En blando sueño y en tenaz vigilia,
Siempre irá á ti nuestro doliente anhelo,
Y tu recuerdo, en silencioso vuelo,
A completar vendrá nuestra familia.

¡Ah, si al menos pudiese en mis canciones
Darte vida otra vez! ¡Y respiraras,
Y con lumbre inmortal triunfante entraras
En todos los ardientes corazones!
¡Que si la mente mía no concibe
Consuelo alguno á mi mortal quebranto,
Dulce tributo en mi delirio creo
A tu memoria dar, cuando deseo
Que al ver tu tierna imagen en mi llanto,
Todos en su recuerdo te atesoren,
Todos, sensibles, con mi amor te quieran,
Todos sin fin con mi dolor te lloren!

1891.

NOCHE DE LUNA

EN EL SEPULCRO DE MI HIJA

Ya la luna su disco á etérea cumbre
Sobre el silencio universal levanta,
Y con la voz de su nevada lumbre
Muda elegía en los espacios canta.

¡Cómo un día en su albor mi pensamiento
Quedaba dulcemente adormecido,
Resbalando en mi ser un fresco aliento
De regiones celestes desprendido!

Mas hoy, cuando en mi alma calla el mundo,
¡Oh luna! al contemplar tu faz errante,
A henchirla toda, con clamor profundo,
Resurge en ella mi dolor vibrante.

Tus rayos, siempre de mi alma dueños,
A ella bajan, rompiendo sus neblinas,
No ya á alumbrar mis encantados sueños,
Sino un montón de solitarias ruinas.

Mi mente entonces, desalada y vaga
A la mansión de los extintos vuela,
Do el mundanal rumor sordo se apaga,
Donde la muerte sus arcanos cela.

Y donde yace allí muerta mi vida,
Junto al sepulcro en que mi hija mora,
Sin voz, inmensamente dolorida,
Mi alma entera se arrodilla y llora.

¡Cómo tu luz, oh luna, triste baña
La blanca tumba en que mi amor se estrella,
Y la besa, y la halaga, y la acompaña,
Cual si quisiera conversar con ella!

Ya su sepulcro, alucinado, veo
Resplandecer con místicos fulgores,
Y se entreabre radioso á mi deseo,
Y vuela de él un ángel entre flores...

¡Hija adorada! Ante tu losa fría
Gime y se encoge el corazón temblando,
Que ya no hay luz, ni aromas, ni armonía,
Donde no va tu júbilo sonando.

¡Señor! ¡Señor! Pues tu justicia ordena
Que caiga en mí tan honda desventura,
De respeto y de amor el alma llena,
Alzo á ti en holocausto mi amargura.

Mas no, Dios mío, bienhechor consuelo,
Ni olvido infiel de tu bondad imploro:
¡Pues es por ella mi profundo duelo,
Yo adoro mi dolor, mi llanto adoro!

Del ángel mío la infantil belleza
Trocó en ceniza un huracán de fuego...
En vano el día brillará... ¡Oh tristeza,
Esencia de la vida, á ti me entrego!

1891.

MARTIN CORONADO

SIEMPREVIVA

Cuando partí, su corazón, ya mío
Lanzó su vida de mi planta en pos:
Aquel nido de amor quedó sombrío
Como tumba sin lágrimas... vacío
Como el alma sin Dios.

¿Por qué mi paso errante en su camino
No se desvió del rancho de su hogar,
Cuando triste, y doliente, y peregrino,
El martirio de amor de mi destino
Arrastraba al azar?

¡Fuí tan cruel! Mis ojos con empeño
La envolvían en rayos de pasión,
Para arrancar á la quietud del sueño
Su ternura de tórtola sin dueño
Dormida en su prisión.

Tenía la inocencia, esa fortuna
Reservada á los pobres del saber;
Y á quince años, hermana de la luna,
Guardaba aún el sello de la cuna
Su alma de mujer.

Me amó por fin: con lánguida mirada
Buscó la mía su pupila azul;
Como el sol que corona una alborada,
El amor en la frente inmaculada
Tendió su rojo tul.

Por las tardes vagábamos unidos,
Rozando mi tostado á su alazán:
Ella, trémula siempre ante los nidos,
Con tumultuoso oleaje de latidos
Revelaba su afán.

Muchas veces á mí me adelantaba
Lanzando á la carrera su corcel,
Y una rama á los molles arrancaba:
—¿La quieres para ti? me preguntaba,
¡Se parece al laurel!

O si no, con las flores de los tolas,
Miniaturas de nácar del jazmín,
Que en racimos abrían sus corolas,
Tachonaban sus trenzas, dueñas solas
Del agreste jardín;

Y radiante de júbilo venía
Su victoria en mis ojos á buscar:
—¿No es verdad que estoy bella,—me decía,—
Que soy tu sueño, que tu lira es mía,
Que me vas á cantar?

Otras veces las cuestas empinadas
Ascendía, siguiendo el caracol

De la senda tortuosa en las quebradas,
Cubiertas con las alas desplegadas
De su gorra de sol.

El vaivén de su cuerpo en la montura
Revelaba abandono y languidez:
Se doblaba su mórbida cintura
Como rama de sauce que asegura
Dos nidos á la vez.

Yo entonces la seguía, y orgullosa
De guïarme en la marcha:—¡ Por aquí!—
Repetía mil veces afanosa,
Y murmuraba á intérvalos quejosa:
—¡No tan lejos de mí!

Pensativa otras veces, como inquieta
Del abismo sin luz del porvenir,
Parecía á mis sueños de poeta
Estrella de crepúsculo, sujeta
A temblar...y á morir.

Entonces de las manos me tomaba,
Me atraía hacia ella, y, sin querer,
Su secreto en mi oído abandonaba:
—Esa pampa tan verde,—murmuraba—
¡Qué hermosa debe ser!

¡Y qué tierna¡ Y que bella! No colora
Al cielo el sol como el amor su faz;
Su sonrisa era el beso de una aurora,
Su palabra caricia tembladora,
Arrullo de torcaz.

Todo pasó: la arena del camino
Marcó otra vez la huella de mi pie,
Y triste, y solitario, y peregrino,
Con la sombra inmortal de mi destino
Del valle me alejé.

¡Fuí cruel, muy cruel! Alma perdida
En la noche sin astros del dolor,
Al amor sollozante de mi vida
La inmolé sobre el ara conmovida
Por mi eterno clamor.

¡Ah! pero en vano amuralló la ausencia
De mi memoria el enlutado altar:
¡Mártir de mi delirio y tu inocencia,
Dios te ató en aquel día á mi conciencia,
No te puedo olvidar!

Tu adiós, tu último adiós, vibra en mi oído
Como el eco tenaz de la expiación;
Y triunfante del tiempo y del olvido
Tu blanca imagen arrullando el nido
Es mi eterna visión.

Córdoba—1877.

LA CAUTIVA

De la tierra extranjera
Vendrá el gigante de las patrias glorias,
Al pie de la bandera
Que tiene su alma y guardará altanera
Su urna azul su polvo de victorias.

Proscripto del destino,
Vendrá en la muerte á levantar su tienda
Bajo el sol argentino,
Y en cada ola que alzará el camino
La libertad la llevará una ofrenda.

¡La América al soldado
Dará las palmas de la tierra toda
Donde lloró el pasado,
Donde á la sombra del pendón sagrado
Paseó el cadalso la conquista goda!

La proa del navío
Por el laurel se sentirá sujeta,
Y allí hasta el mar bravío
Irán las ondas del Platino río
Con la caricia de la patria inquieta.

Con extraño murmullo,
Sobre los flancos del bajel severo

Pondrán amor y orgullo,
Y harán oir, á San Martín su arrullo,
Y al ronco mar los gritos del pampero.

El gigante caído
De aquellas olas guardará el lamento,
Porque ellas habrán ido
Sobre el abismo á conmover su oído,
Con esta endecha que les dijo el viento:

« Allá, tras la neblina
En que parece que á tocar sus brumas
El cielo al mar se inclina,
Hay una tierra que nació argentina
Y en la borrasca se ciñó de espumas.

« A aquella tierra un día
El sol de Mayo la besó en la frente,
Y hoy llora todavía,
Perdida y sola en la extensión vacía,
Con el recuerdo de su amor ausente.

« Hija del Nuevo Mundo,
La llama triste á consolar su pena,
Y oye solo, iracundo,
Del Oceano el estertor profundo
Que en el confín del horizonte suena.

« Cual víctima expiatoria,
A su cadena la amarró el pirata
De aventurera historia,

Para olvidar la tempestad de gloria
Que á sus milanos desbandó en el Plata.

«Y allá gime cautiva,
Luchando en vano por romper sus lazos
Con ira convulsiva,
Con el rubor de la romana altiva
Cuando el esclavo la estrechó en sus brazos.

«Su clamoroso alerta,
Todos los ecos que el abismo esconde
Alza en la mar desierta,
Pero jamás la soledad despierta,
Pero jamás el vengador responde!

«¡Ay! el ave marina
Sabe no mas lo que se queja á solas
La cautiva argentina,
Cuando le grita el huracán: *¡Malvina!*
Y dicen: *¡Fatkland!* las sombrías olas.

«Ella, la compañera
De sus peñascos descarnados, sabe,
Que inerme y prisionera,
En la ansiedad del abandono espera,
Como encallada y solitaria nave;

«Que eterna sombra arroja
Sobre las cumbres donde rueda el trueno,
Una bandera roja
Que en el delirio de mortal congoja
Como una garra se clavó en su seno;

« Que el sueño del rescate
La hace vibrar como gigante lira
Templada en el combate,
Cuando sus alas la tormenta bate
Y en soplo audaz la libertad respira;

« Que la soberbia azota
Del opresor la miserable esclava,
Cantando su derrota,
Y donde quiera que su enseña flota,
El estandarte de la patria clava;

« Y que ora en explosiones
De orgullo airado, su penacho agita
De niebla hecha girones,
Llamando al viento á desatar turbiones,
Y dando al rayo vengadora cita;

» Y ora pide doliente
Su inmensa tumba, su grandeza entera,
Al hondo mar rugiente
¡Para perderse en el oleaje hirviente
Con el sudario de la azul bandera!»

Así dirán airadas
Las anchas olas del Platino río,
De espumas coronadas,
Volcando flores, de la patria enviadas,
Sobre los flancos del triunfal navío.

¡Ay! En la urna muda
Como un recuerdo dormirá el atleta

Que América saluda;
Pero el secreto de la mar ceñuda
En cada oído lo dirá el poeta.

¡De su lira sonora
Saldrá perenne la canción guerrera
Que marcha voladora,
Como la luz, á despertar la aurora,
Como la chispa, á reventar la hoguera!

1879.

UNA HISTORIA

COMPOSICIÓN LEIDA EN LA CONFERENCIA DADA EN MERCEDES, POR LA SOCIEDAD «PORVENIR LITERARIO» EL 24 DE SETIEMBRE DE 1870.

I

Laura la casta doncella
De peregrino semblante,
Era tan tierna y amante
Como candorosa y bella.

Y Carlos, el solo dueño
De aquel corazón en flor,
La amaba con ese amor
Que hace de la vida un sueño.

Esto bastaba á llenar
El anhelo de los dos,
Por que amar es creer en Dios,
Es ser bueno y es gozar.

¡Y pasaban sin dolor
Las horas de su existencia,
Sin más sombra en su conciencia
Que la imagen de su amor;

Sin más recuerdo que aquel
Que traía á su memoria,
En ella á Carlos su gloria,
Y á Laura, su encanto, en él!

Y sin más afán sentido
Que el afán de la avecilla
Que busca entre la gramilla
La paja para su nido.

II

Así en dulce languidez
Iban los días corriendo,
Cuando resonó tremendo
El grito del año diez.

Carlos, patriota entusiasta,
Tomó el fusil en sus manos,

Y dijo con sus hermanos
A los opresores: « ¡Basta! »

Y dando el adiós postrero
A Laura su bien querido,
Cambió su humilde vestido
Por el traje del guerrero.

III

Laura lloró, no ese llanto
Que enrrojece las mejillas:
Laura lloró de rodillas,
Con una especie de encanto.

Sus labios no se entreabrieron
Para exhalar un gemido:
Ante el martirio sentido
Temblaron y enmudecieron.

¡Parecía aquella calma
La calma del moribundo,
Que mira radiante el mundo
Cuando se le escapa el alma! . .

¡Oh! no hay dolor en la vida
Para la mujer que ama,

Como el que en ella derrama,
Un adiós de despedida.

La flor bella y perfumada
Que pasara en un instante
De los labios de su amante
A su boca enamorada;

El beso lleno de fuego,
De lágrimas y de amor;
El recuerdo seductor
De una promesa y un ruego;

La última frase que oyera,
Y la huella que él dejara,
Y el paso que se alejara,
Y el rumor que se perdiera;

Son ¡ay! para la mujer
Que en vano á su ídolo llama,
Algo extraño, una amalgama
De amargura y de placer.

La ansiedad de la agonía
Y el goce del bien logrado....
¡Un sollozo entrelazado
Con un canto de alegría!

IV

Pasó la tarde galana,
Y la noche silenciosa,
Y cándida y vaporosa
Volvió á lucir la mañana.

Y Laura, siempre de hinojos,
Inmóvil se mantenía,
Absorta, pálida, fría,
Enjuto el llanto en los ojos.

¿Cómo pudo padecer
Su martirio hora por hora?
¿Por qué la luz de la aurora
No la halló muerta al nacer?

¿Qué palabras de consuelo
Escuchó? ¿quién la sostuvo?
Dios, que en sus labios estuvo,
Guardó el secreto en el cielo.

V

Era una noche: la luna
Lanzaba su luz postrera
Sobre el pueblo que meciera
De Laura y Carlos la cuna.

Un silencio sepulcral
Reinaba: solo una puerta

Permanecía entreabierta:
La puerta de un hospital;

¡De un hogar de bendición
Para el infeliz soldado
Que caía denodado
Al pie de su pabellón!...

Vertida la última gota
De sangre, en humilde lecho
A la sombra de aquel techo
Iba á morir un patriota.

Contra la hueste extranjera
Fué el primero en batallar,
Y el primero en empapar
Con su sangre su bandera.

¡Y ahora noble piedad
La ofrece aquel lecho blando,
Para que espire cantando
Un himno á la libertad!

VI

Mas no morirá el soldado
Solo y triste; una figura
Blanca, llena de ternura,
Corre anhelante á su lado.

Es el ángel de bondad
Que llaman en derredor

«Hermana» por el amor,
«Madre» por la caridad.

Y ella sòlícita avanza
Y llega junto al herido
Para decirle al oído
Una frase de esperanza.

Una frase toda calma,
Melodiosa, arrobadora...
¡Frase de una alma que llora
Para que no llore otra alma!

Y se inclina vacilante
Hacia él, y cariñosa,
Su dulce mirada posa
En su pálido semblante.

Entonces desgarrador
Gemido lanza su pecho,
Y se arroja sobre el lecho
Loca de angustia y de amor.

¡Carlos! grita... el moribundo
Se estremece: en un instante
Se alza ébrio y delirante,
Que aquel grito encierra un mundo.

¡Laura! con pena murmura,
Viviendo para su amada,

Y su sombría mirada
Un relámpago fulgura.

En tanto la muerte cruel
A Carlos llama ligera...
Y cuando su amado muera,
¿Laura vivirá sin él?

VII

La noche huye: los dos
Inmóviles todavía,
Pueden ver con alegría
En la mañana á su Dios.

¡Una hora mas!... entreabiertos
Ríen sus labios unidos...
¿Duermen?... sí... están dormidos
Con el sueño de los muertos.

VIII

Hace algún tiempo, esta historia
Por vez primera escuché,
Y de entonces la guardé
Con cariño en mi memoria.

Y al oír de un hospital
Solo el nombre, nuevamente
Traigo á los dos á mi mente
Desde su lecho nupcial.

Y hoy que miro conmovido
Reunirse el pueblo afanoso,
Para brindar el reposo
Y el alivio al desvalido,

Esa historia de otra edad,
Con su triste y dulce encanto
Llega hasta mí bajo el manto
De la tierna caridad.

De esa caridad divina
Que llena el alma de amor,
Y alza templos al dolor
Sobre la tierra argentina.

Setiembre 22 de 1870.

LOS POETAS

Á CARLOS GUIDO Y SPANO

I

Pasaron ya los tiempos
De la fuerza brutal divinizada;
Crepúsculo del alma y de la historia
En que todas las sendas del progreso
Se abrían con empuje de victoria
Sobre el rastro sangriento de la espada.

Hoy es del pensamiento
El imperio del orbe. En las serenas
Regiones de la luz, cima de escombros
Es el conquistador, héroe ó verdugo:
El gran Napoleón hoy puede apenas
Servir de pedestal á un Victor Hugo.

II

Ya no ciñen el casco de la guerra,
Ni la tiara del César, como otrora,
Los dioses de la tierra.
Los héroes de la estirpe soberana,
Los astros del eterno centelleo,
Nacen hoy de la raza soñadora
Que dió á Franklin las nubes por peana,
Y el cielo por dosel á Galileo.
Ellos van, en la marcha redentora,
Al frente de la inmensa caravana;
Ellos tienen el cetro de la aurora
Para guiar á la conciencia humana.

III

Llamadles sabios ó poetas: nunca
Sombras ni tempestades
Podrán borrar la estela luminosa
De su paso á través de las edades.

Ni morirán jamás, mientras se vea
Una estrella en los cielos encendida,
Y el alma sienta y crea,
Y flote la ilusión sobre la vida;
Mientras el fuego del amor fecundo
Guarde en un corazón, en uno solo,
La juventud y el porvenir del mundo.

IV

De pie sobre las tumbas del pasado,
Vencedor de la muerte y del olvido,
El trovador errante
Canta aún en las almas la grandeza
Del eterno ideal desconocido;
Y en la lejana soledad vibrante,
Con su laúd de mágico sonido
Despierta las leyendas misteriosas
Que el mundo antiguo le contó al oído.

Asilado en añejos torreones
Surge aún de las ruinas del castillo
El sollozo inmortal de sus canciones;
Y en la noche á los rayos de la luna,
En medio de armaduras y trofeos,
Le vemos todavía
Vagar con sus brillantes devaneos
Sin nombre, sin hogar y sin fortuna,
Sonámbulo de amores y torneos.

V

En el ara del Cristo condenada
A eterna proscripción y eterno duelo,
La raza de Judá cruza la vida,
Maldita y perseguida,
Sin patria ni en la tierra ni en el cielo.
Pero en vano los siglos á los siglos
Transmitirán el bárbaro anatema,
Para extinguir su nombre en la memoria
Y arrancar de su frente la diadema
Que en la cuna del mundo
Tejió el Señor con rayos de su gloria.

Los salmos del Profeta,
Serán siempre la voz de la esperanza,
Alzada sobre todos los dolores;
Y en el beso de todos los amores,
Y al compás del balance de las cunas
En el fondo de todos los hogares,
Resonará esa música del cielo
Que se llama «El cantar de los cantares».

VI

Mucho pueden los nobles soñadores
De anhelos inmortales;
Los del altivo espíritu encendido
Por la fe de los grandes ideales.

Es el clamor de *Plácido* (1) y Zenea
Lo que nos ata al corazón cubano,
Y del Plata hasta el golfo mexicano,
La maldición de Mármol centellea
En el cerebro insomne del tirano.

VII

Mucho pueden los nobles soñadores:
Ora llenen de insólitos rüidos
La quietud de la pampa solitaria,
Para abrir al amor y á la plegaria
De los lejanos pueblos oprimidos:
Ora canten con Nenia la grandeza
Y el glorioso dolor de los vencidos:
Ora vuelquen en versos centelleantes
Los himnos de victoria,
Que empujan á los pueblos delirantes
Al martirio, á la muerte y á la gloria;
Ora suban con alas de entusiasmo
Sobre abismos, torrentes y neblinas,
A sonar el clarín de Chacabuco,
En las cumbres andinas.

VIII

Amemos á los poetas que levantan
El alma con su lira;

(1) La casa Maucci hermanos é hijos, ha editado la colección completa de las poesías del insigne cubano.

Son ellos los que animan y agigantan
Las viejas tradiciones;
Los que sueñan y cantan
El destino inmortal de las naciones.

Y cuando llega el día
Del dolor y la sombra—eternamente
Lo dice Mármol en la patria mía;—
Para agitar en plena servidumbre
Con soplos de huracán el alma inquieta
De la trova y postrada muchedumbre
La diosa Libertad tiene su cumbre:
¡La frente del poeta!

CANTO Á JESÚS

¡Salve á tu nombre, redentor del mundo,
Rayo y sostén de la conciencia humana,
A quien se vuelven en las horas todas
Los ojos llenos de tristeza y lágrimas!
¡Salve á tu nombre
Víctima santa,
Mártir sublime, que tu sangre diste
A los errores de la edad pasada!

El hombre antiguo, como el cuerpo inerte,
Que oculto empuje en el espacio lanza,
En su carrera de egoísmo, nunca

Miró la huella que al pasar dejara:
Nunca detuvo
Su errante marcha,
Para mojar los labios del sediento,
Para borrar el surco de una lágrima.

Nunca de hermano el cariñoso nombre
Llegó hasta el corazón con la palabra;
Nunca al gemido respondió el consuelo;
Nunca el amor convulsionó las almas,
Si una caía,
Se le apartaba,
Como á inútil estorbo, del camino
Donde la muerte su cabeza helara.

Mas tú, en un día de inmortal recuerdo,
Elevaste tu voz de aliento y gracia,
Para llamar á ti los desvalidos,
Los huérfanos de dicha y de esperanza;
Los que comían
El pan de lágrimas;
Los que á sus padres y á sus hijos vieron
Tocar la tierra con la frente esclava.

Del porvenir el misterioso libro
En el templo judaico se encerraba,
Y ellos, los pobres, los hambrientos, ellos,
Nunca salvaron la primera grada...
¡Ah tú arrancaste
Su última página,
Y la arrojaste palpitante, viva,
A aquellas muchedumbres desoladas!

No ya Israel con insolente orgullo
Señor se dijo de la extirpe humana;
No ya Dios tuvo en su recinto sólo
El ruego del altar y la plegaria:
Todos los pueblos,
Todas las razas,
En torno suyo y con placer de niño
Tomaron parte en el festín del alma.

La caridad, la caridad bendita,
Marchó sobre la huella de tu planta,
Y el amor y la fe se difundieron
En los giros de luz de tu palabra;
La tierra toda
Batió las palmas,
Y bajo el polvo de cuarenta siglos
Adán se estremeció: te adivinaba.

Tu obra concluía...tu reinado, empero
No era del mundo, y la postrer mirada
Que de la cruz sobre tu grey lanzaste
En la hora de augustia de tu alma,
Nos prometía,
Nos revelaba,
Tras el límite negro de la tumba,
La eterna aurora de la eterna patria.

¡Bendito seas, redentor divino,
Rayo y sostén de la conciencia humana,
A quien se vuelven en las horas todas

Los ojos llenos de tristeza y lágrimas!
En donde quiera
Que un dolor haya,
¡Siempre á tu nombre irradiará el consuelo
Sobre la nube de la queja amarga!

Siempre en la frente de los hombres todos,
Como una estrella misteriosa y pálida,
El infinito brillará en su rayo
De la vida inmortal, de la esperanza;
Tendiendo siempre
Irán las almas,
Desde el suelo sin paz de su destierro
A la región de luz de tu morada!

LA TARDE

Bajo la influencia del velado rayo,
Semeja el llano vaporosa alfombra...
¡Melancólico y dulce es el desmayo
De la luz en el seno de la sombra!

¡Oh! yo amo la tarde, con su calma,
Sus brumas, su misterio, su grandeza:
A ella tengo vinculada el alma
Por el lazo de amor de la tristeza.

No sé por qué paréceme más puro
A la luz del crepúsculo ese cielo...
La tarde es la expansión: el claro-obscuro
Respira la poesía del consuelo.

Cuando dejo, rendido de fatiga,
La labor cuotidiana,—silencioso,
En el misterio de la tarde amiga
Embellezco mis horas de reposo.

Sumérjome en el éxtasis: la nube
Que flota en el espacio, solitaria,
Me parece que á Dios lánguida sube
Llevándole en sus alas mi plegaria.

Y cuando el sol magnífico desciende
Entre el verdor de la lejana cumbre,
Y en haces rojos sobre el llano extiende
Los postreros destellos de su lumbre;

Su último rayo, que me lanza esquivo,
Se ofrece á los ensueños de mi mente,
Como el beso que un ángel fugitivo
Depusiera al pasar sobre mi frente.

Á LA LUNA

I

No hay alma que tus rayos no busque suspirante
Diadema que coronas las noches del amor,
Ni ensueño de poeta que á ti no se levante,
Siguiendo por el cielo tu blanco resplandor.

¿Qué guardas en tu seno? ¿qué vínculo divino
Enlaza á los espíritus tu dulce claridad?
Tú llenas de bellezas las zarzas del camino,
Tú pueblas de sonrisas la azul inmensidad.

Todos te aman, todos: cuando en el cielo avanzas,
Risueña y vaporosa, la noche es un Edén;
Cuando tu lumbre ocultas, las bellas esperanzas
Parece que contigo veláranse también.

Mil veces de este sitio, de soledad cercado,
Mis ojos han seguido tu lánguida ascensión:
¡Qué dulce y bella eres! tu disco en luz bañado,
Como un asilo eterno se ofrece á la ilusión.

II

¡Oh, luna melancólica! ¿no has visto en tu carrera
Al ángel de las dichas que guarda el porvenir,
Flotante en el espacio la undosa cabellera,
La oliva entre las manos, errante discurrir?

¿No has visto si buscaba, sedienta la mirada,
Las blancas espirales del humo de mi hogar,
Las rosas que lo cercan, los sauces, la enramada,
Donde modula el viento su eterno suspirar?

¡Oh luna! ¿no le has visto? ¿jamás de tus destellos
Su pálida figura fantástica surgió?
¿Jamás estremecida besaste sus cabellos?
¿Jamás bajo tus alas su frente cobijó?

¡Secreto impenetrable! ni al eco del reproche,
Ni al eco del suspiro, que suben hacia ti,
Te agitas y respondes...la misma cada noche,
Hermosa, pero muda, te elevas al cenit.

Tu luz, toda consuelo, colora la esperanza,
Sonríe á los dolores, arrulla el corazón;
¡Mas, ¡ay! pálida siempre, jamás un rayo lanza
Al fondo misterioso de la inmortal región!

ORACIÓN

Coronada la frente de azahares,
Enlazadas las manos sobre el seno,
En los labios la última sonrisa,
En los ojos el último destello;
Voló su alma
Como un ensueño:
¡Que las alas del angel la cobijen;
Que la arrulle el amor de los recuerdos!

SUEÑO DE AMOR

Como dulce paloma sorprendida
En su nido de paz por la alborada,
Yo la soñé en mis brazos reclinada,
Por mis cantos de amor estremecida.

Al buscar su mirada, toda el alma
Se anegaba en la luz de su pupila;
¡Atracción melancólica y tranquila,
Cual la del cielo azul y el mar en calma!

Era bella sin par, blanca belleza,
Con tintes de crepúsculo vestida;
Y algo como una luz desvanecida
Flotaba en derredor de su cabeza.

Yo sentía su aliento perfumado
Acariciar mi frente y mis cabellos,
Y en sus ojos, en tímidos destellos,
Recogía su amor embelesado.

Aureolada su frente de inocencia,
Palpitante en sus labios la ternura,
¡Qué hermosa estaba así lánguida y pura,
Respirando candor de adolescencia!

¡ASÍ!

Joven el corazón, el alma ardiente,
Un solo bien en la creación siguiendo,
La estrella de la fe sobre la frente,
Incólume el candor de adolescente...
Así la vida y el amor comprendo.

MADRE

¡Madre! feliz el que en su seno exhala
El primero y el último suspiro,
El que llora y sonríe bajo el ala
De aquel inmenso amor.
¡Triste el que evoca su bendita sombra
En cada hora en que el dolor consagra,
El que en eterna soledad la nombra,
Sin que nadie responda á su clamor!

Recuerdos de la infancia placentera,
Ella os presta su cándida poesía,
Ella os viste de luz, de primavera,
De belleza inmortal.
La cuna que á su lado no la mira,
Como un ángel de paz, risueña y tierna,
Es una hoja pálida que gira
Al soplo de un helado vendaval.

La dicha que á su nombre se eslabona
Es la única hermosa de la vida:
La gloria sólo es grande si corona
    Su frente y nuestra sien.
Donde quiera que brilla su mirada,
Las nobles ambiciones se despiertan:
El alma de su amor desamparada
Languidece á la sombra del Edén.

. . . .

¡Madre!... la mía en el sepulcro mora,
Bajo los sauces de dolientes ramas,
Que el sueño de la noche redentora
    Arrullan sin cesar.
Há muchos años que su voz no suena
Y en torno mío la esperanza agita,
Há muchos años que el recuerdo llena
El sitio predilecto de mi hogar.

¡Ah! pero vive al corazón asida
Su dulce imagen, que robé á la muerte,
Ultimo rayo de la fe sentida
    Que llevo al porvenir;
Y como el iris de la eterna alianza,
Ella me alienta en mis amargas horas,
Y me enseña que el ángel de esperanza
También sabe en la sombra sonreir.

BAJO LOS SAUCES

La sombra de los sauces oscilaba,
Sobre la cuna rústica extendida;
A su lado, la madre contemplaba
Del ángel de su amor la faz dormida.

Dormía el inocente al eco blando
De las hojas que el viento estremecía,
Hermoso, sin afán, tal vez soñando
Que un ala misteriosa le cubría.

De una cascada el lánguido murmullo
Llenaba la arboleda de rumores,
Y lejos, dos palomas, en su arrullo
Decían á las selvas sus amores.

Aquella soledad en dulce calma,
Despertaba un anhelo indefinido;
La sed de la ternura henchía el alma...
La sombra era el misterio; el bosque, el nido.

La madre, suspirante, enamorada,
Se inclinó sobre el niño de repente,
Con un dedo en los labios, la mirada
De orgullo y de pasión resplandeciente.

Y trémula, feliz, casi de hinojos,
Absorbiendo su aliento con delicia,

No pudo más, y le besó en los ojos,
Con todo el corazón en la caricia.

Estremeciose el niño, arrebatado
A la región azul; y confundiendo
Pena y placer en su inocente enfado,
Rompió á llorar, pero lloró sonriendo.

EN EL SALÓN

Brillante está el salón: en los espejos
Se retratan las luces á porfía,
Llenando los contornos de reflejos
Y haciendo chispëar la pedrería.

Mujeres tentadoras, vaporosas,
En fantástica danza confundidas,
Van y vienen, cual bellas mariposas,
De blanca gasa y de ilusión vestidas.

Brillante está el salón: ¡cuánto descuella
La dulce Alicia, de la fiesta gala!
Llevando los espíritus tras ella,
Sobre la alfombra rápida resbala.

Su ser respira deliciosa calma...
¡Dentro tal vez el huracán domina!
Alma de sacrificio es aquella alma
Que á través de su lujo se adivina.

Acaso del amor sintió en un día
Subirle al corazón la ardiente llama,
Y con su ídolo huyó su lozanía...
¡Y hoy, sólo un nombre y un recuerdo ama!

La danza bulliciosa la arrebata,
El vértigo de su alma se apodera,
Ondula su vestido, se desata
Su abundante y dorada cabellera.

Parece que la fiebre la domina,
La fiebre del recuerdo, que devora,
Y á otro mundo el espíritu encamina
Por la huella de rosas de la aurora.

¡Qué triste debe ser en el instante
En que los sueños cantan la esperanza,
Sentirse sobre el mundo vacilante
Y contemplar un bien que no se alcanza!

Alicia gira en tanto arrebatada,
Agitado el aliento y comprimido,
El seno borrascoso, la mirada
Sedienta de la sombra y del olvido.

Gira, y gira sin tregua, y á lo lejos,
Parece que el espíritu vislumbra,
Que al morir de la luz y sus reflejos,
Se hundirá para siempre en la penumbra.

REVELACIÓN

Ayer no lo sabía,
¡Oh, no! por vez primera
De largo se vestía,
Y aturdida, sonriente, y hechicera,
A la par de las blancas mariposas
Viajeras del jardín, giraba inquieta
En torno de los lirios y las rosas,
Como el eterno ensueño del poeta.

Pero ya no lo ignora,
Porque dejando insomne esta mañana
El lecho con la aurora,
Tras la danza brillante que engalana
Su último recuerdo y lo colora,
Halló la senda del jardín cubierta
De flores deshojadas:
¡De flores á su paso derramadas
Por una mano experta
En alfombrar la ruta de las hadas!

—¡Ah! ¿quién será?—se dijo de repente,
Recogida en los labios la sonrisa,
Una mano en la frente,
Y otra en el corazón, que se lo avisa.

¡Y recordé que anoche la miraron
Con tan ávidos ojos!
¡Que tantos á su lado suspiraron,
Cuando tímida y llena de sonrojos
En los giros del vals la arrebataron!

¡Que desprendió una mano misteriosa
La flor de su cabello,
Que como nunca se sintió dichosa,
Qué no quería que cesara aquello!

Su lindo pie, para marchar tendido,
Esquivó entonces el bordado suelo
Y se quedó en el aire suspendido...
Semejante á esas aves, que en su anhelo
De luz y libertad, el primer vuelo
Van á ensayar del borde de su nido.

Brilló sobre su frente sonrojada
Algo como la luz de una aureola,
Y murmuró bajando la mirada:
—¡Qué miedo tengo de venir tan sola!

CARAPACHAY

Alzada la esbelta proa,
El agua en sus flancos riza,
Y rápida se desliza
Como un cisne mi canoa.

Los sauces, la cabellera
Sumergida entre las ondas,
Alzan murallas de frondas
En una y otra ribera.

En lecho de algas mecidos
Por una brisa indolente,
Al paso de la corriente
Tiemblan los juncos dormidos.

Hojas, flores, abandona
El árbol al lado mío,
Porque ha empezado el estío
A deshojar su corona;

Y esas hojas, y esas flores,
De la corriente cautivas,
Van pasando fugitivas
Como recuerdos de amores.

A veces furtiva lanza
Un destello á la pupila,
Una luz que tiembla, oscila,
Y se extingue en lontananza.

Y á veces lejano suena
Un rumor que hasta el oído
Llega claro, difundido
En la atmósfera serena.

Ya es el golpe acompasado
De algún remo que voltea,

Ya es el ave que aletea
Entre el ramaje callado.

La noche está transparente,
Tibia, vestida de gala,
Y mi canoa resbala
Sobre la tersa corriente.

Y en tanto, con el desvelo
De la madre ante la cuna,
Está mirando la luna
El paisaje desde el cielo.

VISIÓN DE ENSUEÑO

Te soñé cuando niño: en torno mío
Agitabas tus alas de paloma,
Como el ángel risueño de las cunas
Que envuelve á la inocencia en su auréola.

Eras pálida entonces como el alba
Cuando en la frente de la noche flota,
Y etérea como el rayo de la luna,
Y blanca como el velo de las novias.

Al despuntar mi dulce adolescencia,
Otra vez te soñé: tierna y piadosa,
Surgías á mi paso como un astro,
Girando entre mi espíritu y la sombra.

¿Dónde no estabas tú? yo te veía,
Hada de mis ensueños protectora,
Ya viajera en el ala de las nubes,
Ya flotante en la espuma de las olas.

No eras pálida ya: te coloreaba
Ese tinte indeciso que eslabona
La nítida blancura de las nieves
Y el esplendor de llama de las rosas.

Después, mi juventud lanzó en relámpagos
La luz primaveral: brilló la antorcha
De los sueños de amor sobre mi frente,
Y un nuevo sol precipitó las horas.

Mi alma de poeta sintió el vértigo
Del abismo de luz; la sed de pompa
Del cielo tropical, cuando despierta
Palpitante en los brazos de la aurora.

¡Y te volví á soñar! visión del nido
Que tiembla bajo el manto de las hojas;
Destello del amor de una mirada,
Poema del arrullo de las tórtolas.

¡Creación de la esperanza, que resume
El Edén de la vida y su corona,
En un vestido blanco ondeando al aire
Sobre un tapiz de margaritas rojas!

Eso eras tú cuando golpeó mi lira
A la puerta del templo de la gloria;

Eso eras tú cuando busqué en el cielo
El alma hermana de mi alma sola.

Hoy todavía, tu inmortal sonrisa
Entre mis labios el suspiro ahoga;
Hoy todavía, misteriosa estrella,
Sobre la noche de mi vida flotas.

EL CANTAR DE LOS CANTARES

Lleva la nave, viajadora inquieta,
Un Edén escondido:
Son dos novios de ayer, que han hecho el nido
Donde lo haría el sueño de un poeta.

Ellos quisieron, para amarse á solas,
La errante soledad del camarote,
Y el nido, puesto á flote,
Con alas de vapor hiende las olas.

Allí está la pareja, cuyo anhelo
Unió la tierra al cielo
Con invisibles lazos,
Cuando en nombre del Dios que abre las flores
El dulce amor la aprisionó en sus brazos.

Ella, la hermosa frente
Al peso del rubor tiene doblada,
Y ha entornado los ojos, porque siente
El miedo de la luz en la mirada.

Él, se ha puesto de hinojos
Para tomar y acariciar sus manos,
Para sentir, espiándole los ojos,
Que es suya, toda suya,
La virgen de los ruegos soberanos.

Allí están, en profundo
Extásis de pasión, sabiendo apenas
Que pueda haber más gloria en este mundo
Que el beso forjador de sus cadenas.

Y en tanto que ella esconde,
Huyendo del rubor, sin saber dónde,
Sobre su pecho el rostro enrojecido,
Él traduce los besos en palabras,
Y el poema inmortal canta en su oido:

«Acuérdate, mi amada,
Del día aquel que nos unió el destino,
Cuando puso el Señor en mi camino
La promesa del cielo en tu mirada.

«Aquel hermoso día
Era un arrullo la creación entera,
Y al través de tu alma y de la mía,
Como un enjambre de alas rumorosas,
Pasó la primavera.

Yo no sé cómo fué que nos sentimos
Con sed de luz de cantos y de aromas;
Nos amamos mirándonos,

Como brotan las flores en racimos
Y nacen en casales las palomas.

«Desde entonces, la vida,
Sonrojada en los dos, tuvo colores,
Y ofreció á la ilusión, embellecida,
Regazo azul para soñar de amores.

«¡Quién tuviera la voz de la inocencia
Para encantar las almas, evocando
De nuestro idilio la inefable historia!
¡Tanta dulce memoria
Que á nuestro corazón se está asomando!

«El tiempo aquel—acuérdate alma mía!
Cuando en las tardes tu beldad galana
En vaporoso traje se envolvía,
Y á mi me parecía
Que era marco del cielo tu ventana;

«Cuando en el templo lleno
De luz crepuscular, al lado tuyo
Iba á sentirme generoso y bueno,
Y á orar por mis quimeras, con el alma
Mecida por las ondas de tu seno!

Acuérdate mi encanto,
De aquella noche de las dulces horas
Por cuya sombra suspiramos tanto!

«Cuando por vez primera
Atravesó el dintel de tu morada

Mi tímida ternura,
Que envidiaba á tus rosas la ventura
De acariciar tu negra cabellera!

«Ni en la voz de pasión con que embelesas
Mi existencia cautiva,
Hay más gritos de amor que en el relámpago
Con que me dijo ruegos y promesas
Tu mirada furtiva.

«Cuánto ideal risueño
Con sus visiones de brillantes galas,
Aquella noche acarició mi sueño,
Cuando tu imagen me cerró los ojos
Y el alma insomne desplegó las alas!

«Como soñar contigo era mi vida,
Soñé que eras de Dios hija mimada,
Un Dios tan justo y bueno,
Que tan sólo á mis besos consagrada
Te guardaba en los cielos escondida!

«En la hora nupcial del Paraíso,
La estrella del amor brilló en tu frente,
Y, porque Dios lo quiso,
Un ángel puro abandonó en mis brazos
Tu belleza inocente.

«Y eras, mi bien, tan bella,
Que no había en mi espíritu adormido
Otro rayo de sol que el de tu huella;

Y el cielo, y Dios, y el ángel, y la estrella,
Tenían el color de tu vestido!

«Acuérdate, mi gloria,
De tanta imagen dulce y sonriente,
Que despertar se siente,
Como una aurora eterna, en la memoria.

«Aquel cambio de flores á hurtadillas,
Sin que nadie nos viera;
Y aquel hallarse siempre y donde quiera
Unidas por *milagro* nuestras sillas;

«Y aquel pensar los dos la misma cosa,
Que parece mentira,
Como si fuera el alma luminosa,
Cuando el amor la mira:

«Y aquellos celos míos, que llenaban
Mi alma de relámpagos, y luego,
Vencidos por la pena de tu ruego,
En tus hermosos ojos se apagaban!

«Nunca estará lejana
De nuestro corazón, en hora alguna,
Esa bandada inquieta de recuerdos,
Que en derredor de la inocente cuna
Sus alas blancas batirán mañana.

«Hora que estoy de hinojos,
Alza tus negros ojos

Para ver el abismo de los cielos;
Alza, para mirar si son más rojos
Tus labios ó mis celos.

«Todo en torno respira
El amor y la luz: voces extrañas
Arrullan en el aire que suspira,
Y el rio, como el cielo que nos mira,
Tienen besos de sol en las entrañas.

«Bésame tú también en nuestro nido:
Quiero, de encanto lleno,
Contar sobre tu labio estremecido,
Desde el primero al último latido
De ese mi corazón que está en tu seno!

«Alza, mi bien, la frente coronada
De lánguidos rubores,
Más bellos todavía que las flores
Con que teje la virgen desposada
Su diadema de amores.

«Flota en el aire tibio
El perfume de todas las corolas:
La luz en el espacio centelléa;
Y en el blando regazo de las olas
Nuestro lecho nupcial se balancéa.

«Escóndete en mis brazos, alma mía,
Y bésame en secreto,
Que hay un rayo de sol que nos espía,
Para contarlo al olëaje inquieto.

«Bésame eternamente,
Arrullando las horas de mi vida
Con tu dulce caricia enamorada,
Y te amaré rendida
Más que te amaba un tiempo suspirada.

«Sueños y desvaríos
De la dicha serena,
En ese beso eterno, mi morena,
Pasarán de tus labios á los míos.

«Y hoy, y mañana, y siempre, al lado tuyo,
Con miedo de la noche abrumadora,
Veré el día que parte,
Y entre tus brazos soñaré la aurora
Con ansia de la luz para mirarte!»

Así canta el amor, en el oído
De la novia agitada y suspirante,
El poema del nido,
Mientras la nave, errante
En alas del vapor, tiende su estela
Sobre el camino del Edén perdido.

GERVASIO MÉNDEZ

En larga noche de duelo
Cruzó el poeta la vida,
Con la fe jamás vencida
De las visiones del cielo.

Sintióse alado, y el vuelo
Tendió sobre sus dolores;
Cantó glorias, cantó amores,
Amarrado á su cadena,
Y fué la muerte serena
Su primer lecho de flores.

EL VOTO

(Fragmentos de un poema)

FRAGMENTO PRIMERO

I

En la agreste región de San Lorenzo,
Allá, donde la espada
Del guerrero inmortal abrió el camino
De la inmortal cruzada;
Donde apartando montes y riberas
El Paraná, tendido,
En amplia curva el horizonte ensancha,
Y agita envanecido
Sus turbias olas en soberbia cancha;

A la margen del río suspendida
Sobre la alta barranca,
Como garza dormida,

Asomaba entre talas y algarrobos
Una casita blanca
Por el ramaje á medias escondida.
Allí vivía con sus tiernos hijos
Y la tristeza de un pesar profundo,
Una mujer que otrora
Feliz y hermosa se llamó en el mundo.

Esposa y madre, le robó la suerte
Al compañero amado,
Que en la defensa heroica del pasado
Halló en el campo de Pavón la muerte,
Y á aquel rincón aislado,
De amor y llanto el corazón repleto,
La viuda del soldado,
Diciendo adiós al porvenir soñado,
Se llevó su dolor como un secreto.

Allí, con Dios á solas,
Del pasado feliz lloró la ausencia,
Y al arrullo del viento y de las olas
Dejó correr la mísera existencia,
Hasta que al fin la dominó la calma
De la llanura plácida y tranquila,
Y de la roja y húmeda pupila
El llanto del dolor tornóse al alma.

II

En su triste aislamiento
Sólo dos goces para ahogar tenía

De la dicha perdida el sentimiento;
Saber que allí, vigor y lozanía
A sus pálidos niños prometía
Del aire puro el generoso aliento,
Y sentir que hasta ella se extendía,
Como un ala invisible y protectora,
La sombra de la cruz que coronaba
La solitaria torre del convento.

Si en otros tiempos, de su dicha ufana,
Fué para ella apenas
La dulce religión, cumbre lejana
Perdida entre las nieblas luminosas
De la esperanza humana;
En medio de su duelo
Se dió á ella fanática, encendida
La tibia fe por insaciable anhelo;
Y es que toda ilusión desvanecida,
Proscripta de la tierra, busca el cielo.

Despierta con el alba cada día,
La luz del sol naciente
Postrada ante el altar la sorprendía,
Y era el dulce rumor de su plegaria
El primer cuchicheo misterioso
De la iglesia vacía.

Orar, orar sin tregua, era su encanto;
Orar, hasta que Dios compadecido
La uniera á aquel que la quería tanto,
Y borrando el dolor de su memoria,

La dejara otra vez hacer su nido,
Humilde y escondido
En algún rinconcito de su gloria.

Después que la oración la consolaba,
De vuelta en el hogar, en cada lecho
Con un beso á los niños despertaba;
Y al contemplar las cabecitas rubias
Que entreabriendo los ojos deslumbrados
La espiaban con sonrisa juguetona,
El alma sin querer se le volvía
Al templo, y suspiraba,
Pensando en los hogares desolados
Donde baja la muerte
A robar á las madres su corona.

III

¡Fatal presentimiento!
Honda visión del maternal cariño,
Que ante la cuna plácida del niño
Descorre el porvenir al pensamiento!

Un día ¡eterno día!
En vano al templo la llamó en el viento
La voz de la campana;
Que la madre infeliz, puesta de hinojos
Junto al lecho del niño, no la oía,
Y la risueña luz de la mañana
Le sorprendió en los ojos
Insomnio y llanto y vaguedad sombría.

¡El niño estaba enfermo!
¡El niño iba á morir!—Con soplo ardiente
La fiebre abrumadora
Sus alas rojas le batió en la frente,
Y apagó vencedora
Cuantas sonrisas ensayó la aurora
En la pálida faz del inocente.

Plegado el vuelo en la quietud del nido,
Como un pájaro herido;
Secos los labios, jadeante el pecho,
Postrado, inerme, en el revuelto lecho,
Bajo el dosel de las cortinas blancas,
Por largas horas se quejó dormido;
Y cuando el sol de la serena tarde
Hundió el inmenso disco enrojecido
Tras de la verde loma,
El niño, sin afán y sin tristeza,
Entregó con dulcísima entereza
A la muerte su cuello de paloma.

IV

¡Tremenda fué la prueba!
¡Mudo el dolor sin lágrimas!
Para el materno corazón desierto,
Hasta el consuelo de llorar se lleva
Consigo el hijo muerto!

Tremenda fué... Dudaba todavía
Ante el abismo de repente abierto

Donde cayó su última esperanza,
Y ya el segundo niño, el que tenía
La inquietud de los verdes picaflores,
Galanes del jazmín de la ventana,
Sobre el lecho fatal mustio yacía
Con los azules ojos brilladores
Cerrados á la luz de la mañana.

Era la misma fiebre abrasadora,
La misma postración desesperante,
La misma queja en el sopor del sueño;
Y en la tarde también, en esa hora
En que baja del cielo á la llanura
La sombra suspirante,
Tranquilo, sin dolor, casi risueño,
Se durmió para siempre; y la ternura
De la madre angustiada,
Y las flores silvestres, y los nidos,
Se quedaron sin dueño.

V

Cuando el tercero, el último pedazo
De cielo azul que le quedó en el mundo
Desmayado á su vez en el regazo
De la fiebre traidora,
Se entregó á la caricia embriagadora
De aquel sueño profundo
Que era como el dintel de la partida,
La madre, enloquecida

De dolor y de espanto bajo el peso
De tanta desventura,
Huyendo del hogar, sola y perdida,
Se echó á vagar sin rumbo en la llanura.

Andaba, y no sabía
Por qué ni para qué: con vano intento
Desgarrar pretendía
La torva lobreguez del pensamiento;
Que toda el alma suya parecía
Nube de tempestad que arrastra el viento.
Vibrante el corazón, con ansia loca
De arrojar á la calma del espacio
Sollozos y gemidos,
Sentía alzarse en la agitada mente,
Como viejos rencores escondidos,
La ira por la luz indiferente,
Y el odio por los campos florecidos.

Así, marchando siempre á la ventura,
Llegó como atraída
Por extraña visión del alma obscura
Al templo del convento;
A aquel templo, guardián de sus tristezas,
Donde asiló sus horas de amargura,
Y en las notas del órgano sonoro
Oyó la inmensa voz del firmamento.

Bajo la nave, llena
De fresca paz y soledad serena,

Sintióse de repente
Devuelta á la razón; en su memoria
Surgió, roto el encanto,
El cuadro horrible del hogar vacío,
Sin él, sin ellos, sin amor, sin gloria,
Sin nada mas que su dolor sombrío!

Y el llanto, el dulce llanto,
Del alma enferma bienhechor rocío,
Cayó sobre las sombras de su duelo,
Como una de esas lluvias del estío
Que funden á su paso las tormentas,
Y que en hebras de luz bajan del cielo.

En su labio, febril y tumultuosa,
Estalló la plegaria enmudecida;
Un no sé qué de santa confianza
Abrió ante ella la sènda luminosa
De la eterna piedad en lontananza,
Y de altar en altar, desfallecida,
Arrastró de rodillas la esperanza.

VI

Lloró, rogó; la solitaria nave
Se llenó del clamor de su lamento,
Y con la fe que mueve las montañas
Como un soplo divino,
Al dolor, á la muerte y al destino,
Opuso la humildad de un juramento.

Juró, si el hijo de su amor vivía,
Que á Dios consagraría
Del niño enfermo la existencia entera,
Y en el ara del templo inmolaría
Los sueños de la loca fantasía,
Y del amor la espléndida quimera.

Juró más todavía:
Juró llevar en hábitos de duelo
Amortajada siempre su hermosura;
Y juró que si un día en su camino
Algún hijo sin madre abandonaba
La voluntad del cielo,
Hijo suyo también se llamaría
Aquel hijo sin madre y sin ventura,
Y en la cuna del huérfano pondría
Tanto dulce calor de sus entrañas,
Que le haría olvidar que eran extrañas
La ternura perdida y su ternura.

VII

Cuando volvió al hogar desamparado,
Era la tarde ya: triste y serena,
Como el recuerdo del dolor pasado,
Velaba al pie de las cortinas blancas
La muda soledad de sombras llena.

La pobre madre, en el silencio horrible,
Sintió á la muerte en derredor del lecho,

Y con las manos oprimió hasta ahogarle
El corazón que le golpeaba el pecho.

Creyó morir; terrores de agonía
Agolparon sollozos y tinieblas
En aquel corazón hecho pedazos;
Pero la fe con súbita energía
La levantó en sus brazos,
Y apartó las cortinas de repente
Con fiebre de ilusión.—Allá en el fondo,
La desmayada luz besó una frente
De rizos coronada;
Y vió, loca de encanto y de alegría,
Que el niño la buscaba y sonreía
Con lágrimas de ausencia en la mirada.

FRAGMENTO SEGUNDO

I

Bajo el azul de un cielo transparente
Brillada la mañana,
Húmeda de rocío
Y chispeante de luz, sonriendo ufana
A la inquietud del río,
Y quebrando en la trémula corriente
Dos rayos de su sol, un sol de estío.

Flotaban sobre el tímido oleaje
En las aguas del *Tigre* los vapores,

Como girones de rasgado encaje,
Y en alas de la brisa pasajera,
Columpio de las flores,
Huían, mojando el paso en la ribera
El lánguido follaje
De los sedientos sauces cimbradores.

Cual lejano rumor de catarata
Dispersado en el viento,
La ronca voz del Plata
Como un redoble en el confín se oía;
Esa voz del abismo soñoliento
Que despierta á las olas cada día.
Efluvios de perfume, desprendidos
De toda la amplitud del horizonte,
Pasaban en el aire, confundidos
Con la música eterna de los nidos
Ocultos en el monte.

La vida, desbordante
De juventud y brillo y primavera,
Circulaba en redor, engalanada
Como una novia errante.
En la atmósfera pura,
¡Cuánta luz inflamada!
En la verde ribera,
Por el viejo sauzal amurallada,
¡Cuánto alegre rumor, cuánta frescura!

Surgiendo del paisaje sonrïente,
Blandos susurros, mágicos sonidos,

Poblaban de caricias el ambiente,
Como el eco de arrullos escondidos
A la sombra del monte, en los ribazos,
Donde besaba el junco á la corriente
Desmayada en sus brazos.

II

El *Cisne* iba á partir: su casco entero
Con el ronco estertor se estremecía
Del vapor prisionero,
Que inquieto y jadeante,
En la cárcel estrecha comprimía
Su aliento de gigante

Súbito en silbo ardiente
Arrojó al aire un grito,
El grito de su cólera impaciente,
Y salvando la válvula, que abría
Paso á la libertad y al infinito,
Con un salto de fiera
Se lanzó sobre el émbolo indolente,
Y lo arrastró rugiente
En el vértigo audaz de su carrera.

El *Cisne*, con nerviosa sacudida,
Se desprendió del viejo fondeadero,
Balanceando su mole conmovida;

Batió las rojas palas;
Y ceñido de espumas bullidoras,
Hendió las ondas y partió ligero,
Semejantes á esas aves pescadoras
Que vuelan empapándose las alas.

III

Cubría la toldilla
Inquieta muchedumbre de viajeros,
Que miraban, en grupos placenteros,
Cómo huían los sauces con la orilla,
Dejando á trechos asomar, esquivo,
Tras el verdor risueño de sus hojas
Como un breve relámpago furtivo,
Un ramo encantador de flores rojas
Sobre la oscura copa de un seíbo.

Todos, con sed de luz en la mirada,
Contemplaban los juncos, que abatían
Al paso de la ola desbordada
Sus tallos tembladores;
Las aguas tumultuosas, que subían
Con empuje de asalto á la ribera,
Y luego descendían
En cascadas henchidas de rumores.

Las deshechas espuman que azotaban
Los flancos de la nave,
Y girando en la estela se alejaban

Cautivas del hirviente remolino;
El vuelo tarde y grave
De alguna blanca garza soñolienta;
El humo negro, en fin, que en torbellino
Corría sobre el agua y sobre el monte,
Y remedaba nubes de tormenta
En el vago confín del horizonte.

IV

Al pie de la bandera
Que oscilaba en la popa, y parecía
Un ala fatigada,
Movida por la ráfaga postrera
Del huracán que la azotó en la altura,
Un sacerdote había
De negra vestidura,
Recogido en la sombra, la mirada
Vaga é inmovil, contemplando á solas
La cinta de la estela desplegada
Sobre el tumulto de las turbias olas.

Cual la noche y la aurora,
Se tocaban la luz y la tristeza
En su desnuda frente pensadora,
Llena de majestad y de grandeza;
Una frente encendida
Por implacable anhelo,
Como si allí asomara,
Con su clamor de juventud, la vida,
Cautiva eterna en la prisión del cielo.

Ni un rumor ni un acento,
De los que en torno resonar hacía,
Inquieta como enjambre en movimiento,
La alegre multitud, le conmovía;
La sola voz que oía
Estaba allá, en su insomne pensamiento,
Y en actitud de soñadora calma,
Refugiado en el fondo de si mismo,
Diríase que balanceaba el alma,
Con goce extraño, sobre el hondo abismo.

A veces en su frente,
Jugando con el aire, se plegaba
La bandera indolente;
Y aquella frente entonces se animaba,
Y súbito se erguía
Nerviosa y altanera,
Cual si la estremeciera,
El beso de la gloria que pasaba.

Otras veces, del monte desprendido
Un arrullo salvaje de palomas
Llegaba con la brisa susurrante
A cantar el amor junto á su oído;
Y entonces la mirada
Del pobre soñador, entre las olas
Se hundía desolada,
Cual si buscara en la corriente el nido.

V

El fúnebre ropaje,
La doliente actitud, el aislamiento
De aquella melancólica figura,
Que cortaba el azul del firmamento,
Proyectando su sombra en el paisaje,
Al fin se apoderaron
De cada pensamiento
Con absorta fijeza,
Y los ojos de todos se clavaron,
Inundados de luz, en su tristeza.

En las almas vulgares
La alegria es crüel: ella no tiene
Esa penumbre azul de los altares
Con que vela la dicha ruborosa
Su Edén al infortunio;
Ella no se detiene,
Tímida y silenciosa,
Como un ángel de paz y de consuelo,
Ante el dolor que á entristecerla viene
Con su eterno reproche;
Ni tiende, como el cielo,
Los brazos del crepúsculo á la noche.

La nube que limita
Su horizonte de luz desencadena
Su cólera infantil, y en risa estalla,
Y pasa sobre el duelo que la irrita,
Como en los viejos tiempos de la historia,
Después de la batalla,

Cruzaban, de oro y púrpura cubiertos,
Los carros de victoria,
Sobre la sangre tibia de los muertos.

VI

Curiosidad primero,
Y cólera después, en torno suyo
Despertó el solitario,
¿Por qué estaba sombrío,
En medio de la luz que en cada hoja
Inflamaba la gota de rocío?
¿Quién era ese agorero
De desgracia ignorada,
Esa ave negra que miraba al río
Como una tempestad encadenada?

¡Un fraile! era un presagio;
¡Y allí, sobre la borda suspendido,
Como lúgubre heraldo del naufragio!
Murmullos de amenaza
Dejó escapar un labio enardecido,
Y le siguieron otros, y en tumulto,
Cada vez más hiriente, más acerbo,
Entre sonrisas se elevó el insulto,
Hasta que alguno le azotó el oído
Con un grito brutal: «Al agua el cuervo!»
Volvióse el soñador: Paseó iracundo,
Como león que el látigo despierta,
Una mirada de estupor profundo
Sobre la turba hostil; buscó el ultraje
En los labios risueños, en los ojos

Fijos en él con avidez salvaje,
Y bajo el soplo ardiente
De aquella tempestad, tornó á la calma,
Cruzó los brazos y esperó de frente.

EL ÚLTIMO SUEÑO

Sobre una tumba olvidada
Hay un árbol florecido,
Y sobre el árbol un nido,
Y en el nido una pollada
Inquieta y mal emplumada,
Que sin respeto á los muertos,
Tan pronto ensaya conciertos
De música discordante,
Como tiende al caminante
Los anchos picos abiertos.

Nadie sabe quien reposa
Debajo de aquella tierra,
El olvido cuando entierra
Cava muy honda la fosa.
Pero una madre dichosa
Sostiene con mucho empeño,
Que es una novia sin dueño
Que se ha quedado dormida
Soñando... y, en la otra vida
Realiza su último sueño.

JOAQUIN CASTELLANOS

EL VIAJE ETERNO

Á MI AMIGO QUERIDO DOCTOR J. H. MARTINEZ CASTRO

El hombre es el sacerdote de la creación.
Lamartine.

Como la fuente de los grandes ríos
La cuna está del pensamiento humano
En los bosques sombríos;
El también vá á perderse en otro Oceano,
Es un río también ancho y profundo
Que ora apacible se desliza y lento,
Ora se precipita turbulento
Como un mar desbordado sobre el mundo!

Es el río inmortal de las ideas,
Que por el cauce inmenso de la vida
Corre á desembocar al infinito,
Y con el limo universal que encierra
Pasa á través de arenas y de hielos,
Fecundando la tierra
Y reflejando en su cristal los cielos!

Habitador del bosque primitivo,
Fiera errante en la lóbrega espesura,
El hombre en la Natura

Antes de ser su rey, fué su cautivo;
Cautivo de los ciegos elementos,
Siervo infeliz de la materia bruta,
Su vida es una presa que la muerte
Al infortunio sin cesar disputa!

Con misterioso anhelo
En su cerebro apenas aletea,
Sin fuerza aún para tender el vuelo,
El ave de la idea!
No tiene patria aún, hogar, ni calma,
Y apenas si en sus sendas escabrosas
Lo guía un vago instinto de las cosas
Especie de crepúsculo del alma!

Crepúsculo que anuncia
El día para el mundo del espíritu;
Vaga y confusa irradiación de un astro
Que allá en su oriente misterioso espera
Un mandato de Dios para lanzarse
A iluminar la esfera!
Alborada indecisa que precede
Con vagos arreboles
Al sol del pensamiento,
Rey invisible de los otros soles!

Como una jóven madre cuando siente
El fruto de su amor dentro su seno,
Así la tierra toda
Se estremece con júbilo sagrado,

Y hasta el cielo sonrie alborozado
Con la sonriza del azul sereno!

Ya tiembla la montaña amenazada
Por un audaz dominador de cumbres;
Ya siente casi hollada
La nieve vírgen de su intacta cima
Oyendo á la distancia en la espesura
Los pasos de un titán que se aproxima
Con firme intento de escalar la altura!

De aquel mísero ser abandonado
Que cruzaba el desierto desvalido,
¿Qué luz sobre su frente ha descendido?
¿Qué diadema inmortal le ha coronado?
¿Porqué las selvas vírgenes y hermosas
Inclinan su ramaje
Y ante su planta deshojando rosas
Le rinden homenaje,
Y le ofrecen los árboles sus flores,
Las flores sus perfumes más süaves
Los campos sus vistosos atavíos,
Su más sonoro cántico las aves,
Y su más blando murmurar los ríos?

Es que ya lanza el fuerte Prometeo
Su grito audaz de rebelión y guerra,
Henchido de recónditos anhelos
Ya se apercibe un hijo de la tierra
Para el rapto del fuego de los cielos!

Es que el ave de luz, que en otros días,
En el cerebro de la bestia humana,
Dormitaba sin voz y sin aliento,
Ha batido con ímpetu sus alas
Pronta á lanzarse á desafiar el viento!
El huésped peregrino de las selvas,
Huérfano morador de la espesura,
Oye en el aire extrañas armonías.
Misteriosos llamados de la altura!
Sale de su guarida, avista el llano,
Y el rayo en su mirada centellea!
¡Es que ha brotado la primer idea!
¡Es que ha nacido el pensamiento humano!
Es que con pasmo siente,
Que de su sér entre el caos profundo,
Ya se elabora en aparente calma
El misterioso génesis del alma
Más sublime que el génesis del mundo!

Salvaje aún, soberbio ya se muestra,
Y al ir al monte por la agreste falda
Suena el carcaj de flechas á su espalda,
Y el arco de Nemrod vibra en su diestra!

Vencedor de las fieras en el bosque,
Cuando regresa en busca de sosiego
Con los despojos de la res herida,
¿Quién ha encendido fuego
Al umbral de su rústica guarida?
¿Quién le sale al encuentro á su llegada?

¿Quién lo espera de júbilo sonriente
Con guirnaldas de flores en la frente
Y caricias de amor en la mirada?

¿Quien? La mujer, su eterna compañera,
La que su rostro sudoroso enjuga,
La que con llanto sus heridas lava,
La que en hechizos y en ternura hermosa,
Entonces era la sumisa esclava
Para más tarde ser la noble esposa!
Y la madre bendita,
Y la madre fecunda, en cuyo seno
La venidera humanidad palpita!

Magnético poder, fuerza gigante
Latir hacía á la creación entera;
Y la tierra en su infancia
Bajo un cálido sol de primavera
Tibia exhalaba matinal fragancia!

El mundo ebrio de gozo,
Se estremeció en presencia del sagrado
Misterio del amor; la exhuberante
Virgen naturaleza primitiva
Sintió arder y agitarse en ese instante
Todo el torrente de su savia viva!
Vencida por la mágia de un influjo
Desconocido y de un placer sin nombre
Pródiga desplegó todo su lujo
Para las bodas de su rey; el hombre!

En la hora feliz de sus amores
Brindóle allí en las selvas tropicales
Un tálamo de céspedes y flores!
Por antorchas nupciales
Le dió los astros vívidos que alumbran
Las noches de los climas orientales!

Cuando dos séres por su bien perdieron
Esa inocencia estúpida, esa calma
Estéril de la bestia;
Allá en la vasta soledad sintieron
Con la del cuerpo, la atracción del alma!
Cuando el rumor del agua cadencioso,
Y á los vagos murmullos del ramaje
Mezcló su eco armonioso
El verbo humano en un edén salvaje,
La voz de la palabra modulada
Reveló al mundo incógnitas delicias,
La selva obscura se pobló de encantos;
El aura fresca suspiró caricias
Y aprendieron las aves nuevos cantos!

Suspiros de pasión, vagos acentos,
Voces por vez primera articuladas,
Notas nunca escuchadas
Volaron sobre el ala de los vientos;

Y á la vista de Dios en los desiertos,
Sintiendo en noche cálida y hermosa
El impulso de un éxtasis sin nombre,

Unos labios de rosa
Con sus labios de fuego tocó el hombre!
Los deleites del cielo
Gustó la tierra por la vez primera;
Los campos florecieron de improviso;
De ese ósculo brotó la primavera;
Donde nació el amor, fué el paraíso!

Así su vida en trabajosa senda
Del aislamiento á la familia pasa
Forma la tribu en fin y alza la tienda
Ese rústico esbozo de la casa!

Con el cuerpo robusto ya cubierto
Por la piel de una fiera
Doma al bruto y se lanza á la carrera
Por el ámbito inmenso del desierto!
Y el desierto le atrae y habla á su mente
Con la voz de las roncas tempestades,
Y allí su alma confundir se siente
Al alma de las vastas soledades!
Allí en sus obras Dios se le revela,
Y su infinita majestad admira;
No en las biblias humanas
Donde la imagen del Creador se vela
Con celajes de fábula y mentira
Que empequeñecen su inmortal grandeza,
Sino en tu libro eterno
¡Oh, santa y colosal naturaleza!

Poeta y sacerdote de lo creado
Mezclaba el nombre en los primeros días,
El himno y la plegaria
Del mundo á las primeras armonías!
Sus holocaustos ofreció en el templo
Grandioso de las selvas seculares,
A la luz de los ámplios horizontes,
Sirviéndole de altares
La enhiesta cima de los altos montes!

Como fuente en su origen, clara y pura,
El alma humana virgen todavía,
Llena de fuerza y de candor vivía
En contacto filial con la natura
Y en relación con Dios. Era su culto
El culto espiritual de los que oraban
Al aire libre en el espacio abierto;
Sencilla religión que profesaban
Los antiguos patriarcas del desierto!

Aún las nubes del error no eclipsan
Al sol del pensamiento,
Ni absurdos dogmas la razón empañan
Como al limpio cristal impuro aliento!
No había aún los falsos sacerdotes
Que la conciencia oprimen,
Que dando formas de virtud al vicio
De Dios invocan el sagrado nombre!
Y bendicen el crimen,
Entonces aún no había
Intermediarios entre Dios y el hombre!

El pensamiento humano
Va siempre en busca de un ideal divino;
Tiene la vasta inmensidad por rumbo,
La tierra por camino!
Es una tempestad de tempestades,
Donde se agitan férvidos anhelos,
Y su vida á través de las edades
Una ascención sin término á los cielos!

Lanzado á la conquista del espacio
Su marcha en las naciones
Es primavera fúlgida de gloria,
Su triste alejamiento es un invierno
Moral. Los grandes hechos de su historia,
Son las jornadas de su viaje eterno!

La India con sus espléndidas llanuras
Y sus altas cadenas de montañas
De colosal vegetación cubiertas,
Turbando el polvo de las razas muertas
Lo sintió circular por sus entrañas!

Buscando un nuevo y apartado asilo
Se lanza hacia el Egipto misterioso,
Páramo inmenso que fecunda el Nilo!
Vasto oásis, isla de verdura,
Que sobre el mar de arenas del desierto
A los rayos del sol duerme cubierto
Con la pompa oriental de su hermosura!
Dejó su nombre escrito

Allí con portentosos monumentos!
Esfinges y obeliscos de granito
Cuyos rotos fragmentos,
Despojos del naufragio de una raza
En el inquieto mar de las edades,
En tristes y calladas soledades,
De arenas sobre estériles colinas,
Parecen hoy cubiertos por la yedra,
Que del mudo poema de las ruinas
Son colosales páginas de piedra!

Solo quedan de pie como guardianes
Del tiempo en esos anchos horizontes,
En altos conos que parecen montes
De apagados volcanes!
Las sombrías pirámides
Que la grandeza humana y la existencia
De las razas que han muerto,
Proclaman en presencia
De la grandeza eterna del desierto!

Hijo de las regiones de la aurora
Siempre con rumbo al Occidente avanza,
Y de la sombra en dirección se lanza
Para ahuyentar la noche aterradora
Cual otro sol que como el sol camina
Del Oriente al Ocaso, (1)
Y detuvo su marcha peregrina
Cuando de Grecia en la región divina

---

(1) Es digna de meditarse la coincidencia de que la civilización, avanzando de Oriente á Occidente, ha seguido una marcha paralela á la del sol, en su curso diario.

Una patria feliz halló á su paso!
Dejando en ella espléndidos vestigios,
Y haciendo de sus obras monumentos,
En cada esfuerzo realizó prodigios
Y á cada idea ejecutó portentos!
En una lengua por el arte amada
De dulce ritmo y celestiales voces,
A cantar destinada
La gloria de los héroes y los dioses,
Inspira en melodioso balbuceo,
De su existencia en el primer período,
La Teogonía mística de Hesiodo
Y los sagrados cánticos de Orfeo!
Después levanta á su cenit glorioso
Al astro Inteligencia,
Y una inmortal constelación de genios,
Del Arte y de la Ciencia
El firmamento espléndido corona,
Cuando en pasmoso y acabado estilo
Canta en Homero, en Píndaro y Esquilo
Y en Platon y Aristóteles razona.
Con el Homero del cincel, con Fidias
El gigantesco Partenon eleva,
Esa Iliada de mármol,
Y á las inquietas turbas populares
Con la voz de Demóstenes subleva
Como subleva el huracán los mares!

Enamorado de ese suelo hermoso
Donde la eterna Venus palpitaba,

De ese suelo que Flora embellecía
Y Céres fecundaba,
El errante viajero de los siglos
Deslumbrado por mágicos colores,
Entre embriagueces lánguidas yacía
Aprisionado por la red de flores
Que el génio de la Fábula tejía!
En dulce adoración de la belleza,
La verdad descuidaba,
Que es de su ruta el anhelado extremo,
Y en su culto á la gran Naturaleza
Ciego olvidaba al Hacedor Supremo!
Hasta que en medio á las alegres voces
Sócrates hizo oír su voz severa,
A cuyo acento retembló en la esfera
El viejo Olimpo y sus caducos dioses!

Es que las nubes del error ya eclipsan
Al sol del pensamiento,
Y absurdos dogmas la razón empañan
Como al limpio cristal impuro aliento;
Había ya los falsos sacerdotes
Que la conciencia oprimen,
Que dando formas de virtud al vicio
De Dios invocan el sagrado nombre
Y bendicen el crimen;
Es que entonces ya había
Intermediarios entre Dios y el hombre!

Ellos, los que al filósofo de Atenas
Dieron la copa de cicuta; ellos

Que en su arrogancia vana
Creen que se mata la conciencia humana
Porque un campeón en su defensa muera,
Ellos darán mañana
La cruz á Cristo y á Juan Hus la hoguera!

La marcha del espíritu en los tiempos
Es como una Odisea de la historia:
Ulises es el símbolo, el emblema
De sus rudos contrastes y su gloria!
El pensamiento humano,
Que abate tronos como el héroe griego
Y se alza vencedor entre rüinas
Hollando sangre y destrucción y fuego,
También por las borrascas combatido,
Náufrago á veces se le mira errante
Vagar por entre escollos, perseguido
De enemigas deidades;
¡Rey destronado que de zona en zona
Navega por el mar de las edades
En busca de su patria y su corona!

Después se lanza á otra feliz ribera,
Y en pos de Grecia, la nación artista,
Levanta á Roma, la nación guerrera
Destinada del orbe á la conquista.
Su trono asienta en el vergel latino
Que el Tíber baña en abundante riego,
Allí donde alza al éter cristalino
Su cúpula de nieve el Apenino
Y el Vesubio su cúpula de fuego!

Como la diosa Palas, ese pueblo
Nació armado á la vida
Para arrojarse con ardor fecundo
A la ciclópea lucha sostenida
Durante doce siglos contra el mundo!
Probando contra Aníbal su constancia
Se alzó más grande al borde del abismo
Y en la Iberia domó con su heroismo
El épico heroismo de Numancia!
Extendiendo hacia el Africa abrasada
Su cuerpo giganteo
Fué en sus brazos Cartago sofocada
Como en los brazos de Hércules, Anteo!
En tanto que la gloria conducía
Sus vencedoras águilas; en tanto,
Que de sus armas el fragor hacía
Trémulo el orbe enmudecer de espanto;
Mientras de la señora de los pueblos,
Sobre la regia frente, que de Marte
Los rayos coronaban,
Sus vates con amor entrelazaban
Al guerrero laurel, flores del arte!
Mientras hacían resonar el viento
De la epopeya con la nota grave,
Con el lírico acento
De la oda entusiasta y la süave
Cadencia del idilio
En deliciosos sáficos, Horacio,
Y en sublimes exámetros, Virgilio,
Roma se apoderaba del espacio!

Pero el espacio hambriento que devora
Lo que en sus negros ámbitos se abisma,
La hunde agobiada bajo el peso enorme
De su grandeza misma!
En vano por instantes se incorpora,
En vano asirse á la extensión desea;
Vacila y cae, y la extensión la absorbe,
Haciendo en pavoroso desconcierto
Despertar á las razas del desierto
Y en su ancha base estremecer al orbe!

Así volcado en rápido hundimiento
Cae el mundo romano
Como vieja montaña desquiciada;
Pero se salva el pensamiento humano!
Porque su vago y misterioso efluvio
Flota sobre los grandes cataclismos,
Como en las vastas aguas del diluvio,
Sobrenadaba el Arca en los abismos!
Y viendo entonces por doquier rüina
Fué del sagrado Gólgota á la cumbre,
Buscando un foco en que avivar la lumbre,
Con que el orbe ilumina.

Ya en posesión de la verdad divina
Sale al encuentro de esas nuevas razas
Hijas de una región desconocida
Que vomita el desierto,
Y hallando el mundo á su expansión abierto
En busca de la luz van á la vida!

Sale á su encuentro y las detiene, y hace
Cuando la enseña de la cruz levanta,
Que se arrodillen con fervor profundo,
Ellas, á cuya planta
Se arrodillara con temor el mundo!
Después las alza con la frente ungida
Por el bautismo de la nueva idea,
Y entre el caos de los feudales tiempos
Donde la edad moderna se elabora
Sobre la noche universal pasea
El alma de Jesús como una aurora!

Siglos y siglos se escuchó en la tierra
El hurrah de las razas vencedoras
Que en el futuro su poder distinguen
Mezclado al largo, incógnito y perdido
Sollozo de las razas que se extinguen
Rodando hacia el silencio y el olvido!
Dios preside en el alto firmamento,
Y preside el espíritu en la tierra
De una inmutable ley al cumplimiento,
Ley que el progreso universal encierra
Y hace que en pos de cien transformaciones
Se conviertan, dejando eternos rastros,
Las nebulosas pálidas en astros,
Y las razas errantes en naciones!

Nacen y mueren pueblos en la Italia;
Los Francos herederos de su gloria
Celebran el festín de la victoria

Sobre la tumba de la antigua Galia!
De la que solo queda entre rüinas
Cubiertas por el manto de la yedra,
Las sombras de las druídicas encinas
Sobre las grandes dólmenes de piedra.

La abrupta cima de las altas rocas
Teniendo por asiento,
Y dominando en torno la campiña,
Se alzaban el castillo y el convento
Como nidos de aves de rapiña!
Del pueblo se hacen el sangriento azote
Cuando instituyen como santo fuero,
La servidumbre física, el guerrero,
La esclavitud moral, el sacerdote!

Dos poderes al mundo esclavizaban
Dictándole sus leyes:
Los reyes á los pueblos dominaban
Los papas á los pueblos y á los reyes!
La injusta guerra por doquier ardía,
El pueblo soportaba los horrores
Y obediente la Europa á sus señores
Oraba y combatía!
La Iglesia omnipotente
Alzando aquí un cadalzo, allí una hoguera,
Tiraniza el espíritu, le oprime
Y castiga con bárbaro escarmiento
El delito sublime
De pensar en su propio pensamiento!

La noble España, émula de Roma,
La que á la sombra del pendón guerrero
Dando á las artes venturoso asilo,
Tuvo en Cervantes un rival de Homero
Y en el gran Calderón un nuevo Esquilo,
La nación que abarcando
Mayor espacio en la terrestre esfera
Hizo retroceder los horizontes;
Pueblo que en medio de los pueblos era
Lo que el monte Himalaya entre los montes!
Volcánico cometa que á su paso
Dejó un reguero fúlgido en la historia
Y fué á caer en silencioso ocaso
Desde el cenit del cielo de la gloria!
Es que en hondo sopor aletargado,
Fué al peso agobiador del fanatismo;
Coloso que rodó despedazado
Con pavoroso estrépito al abismo.

Desmintiendo su voz con sus ejemplos,
El clero oraba hipócrita de día,
Y de noche, á espaldas de los templos,
En bacanales lúbricas reía!
Reía; en tanto el pueblo,
La inmensa masa anónima que vive
Entre la pena de infortunios viejos
Y la congoja súbita que asombra,
Sollozaba allá lejos,
En las profundidades de la sombra!

¡El pueblo, eterno mártir olvidado,
Que espirante en la tienda de campaña,
En el taller hambriento y fatigado,
Y hambriento y desvalido en la cabaña,
Exhala su lamento,
Ese largo gemido sin respuesta
Que los monarcas en su alegre fiesta
No saben donde se lo lleva el viento!
Aunque caen silenciosas,
Las lágrimas del pueblo no se pierden!
Son riego de simientes misteriosas!
Los hondos, tristes y llorosos ayes
Que lanzan las dolientes multitudes,
Como el vapor que brota de los valles
Del trópico en las altas latitudes,
Primero es una masa que invisible
Se extiende, y luego se condensa y sube
Hasta formar la nube,
En donde el rayo estallará terrible!

Hierve la tempestad en los abismos
Haciendo que un rumor profundo y grave,
Retumbe sordo y pavoroso ruede
Del globo en las entrañas silenciosas;
Es la inquietud inmensa que precede
Al cumplimiento de las grandes cosas!

Por el cáncer del vicio corroida,
La Iglesia vacilaba en desconcierto
De Jesús con la túnica arropada;

Era un cadáver fétido cubierto
Con un manto de púrpura sagrada!
El grande, el inmortal Savonarola
Sacerdote y tribuno,
Apóstol de la ley del evangelio
Y el noble pensador Giordano Bruno,
Mártir del evangelio de la ciencia,
En la hoguera espiraron
Para los redentores encendida
Porque con mano intrépida arrancaron
Algo del velo de esa fe mentida;
Hasta que ardiendo en entusiasmo santo
Lútero apareció como un mesías,
Y en medio al estupor de las naciones
Hizo pedazos ese impuro manto
Y la tierra barrió con sus jirones!
Ese hondo tabernáculo de vicios
Así del todo abierto,
Así desnudo el ídolo del todo,
Mostró á la Europa atónita lo que era
La Iglesia: brillo y esplendor por fuera;
Por dentro, sangre y podredumbre y lodo!

Lutero, este Jesús del Occidente
Que restituye al hombre la conciencia
Y Gutemberg, cuyo sublime genio,
Presta á la inteligencia
Las alas fulgurantes del relámpago,
Socavan el cimiento
Del Vaticano y con pujanza altiva,

Ponen en libertad al pensamiento
Como se suelta un águila cautiva!

Cuando el humano espíritu alborea
Después de largo eclipse,
Los primeros fulgores de la idea
Del genio brillan en la excelsa frente,
Como al alzarse el sol en el Oriente
Lo que primero dora, son las cumbres!
Los genios son los grandes emisarios
Que Dios al mundo envía,
Los que alzando sus índices gigantes
Del progreso y la luz muestran la vía!
Galileo y Colón con noble audacia,
Y con el torpe fanatismo en guerra
Hallaron como premio á sus anhelos,
El uno nuevos mundos en la tierra
El otro nuevos astros en el cielo!

El hombre un tiempo en su soberbia dijo:
«Los cielos y la tierra
Se han hecho para mí; yo soy el hijo
Predilecto de Dios; yo soy su imagen!
La mansion de mi vida
Alumbra el sol desde el inmenso espacio
Como perenne lámpara encendida
En la bóveda inmensa de un palacio!
Prendiendo el manto azul del firmamento
Con diamantinos broches,
Los ángeles suspenden las estrellas

Para que en el misterio de las noches
Mi vista ociosa se deleite en ellas!»
¡Sueños de vanidad! Con mente osada
Copérnico adivina el movimiento
De la gigante máquina del mundo,
Y vé la triste humanidad inquieta
El puesto humilde que en los cielos tiene
Nuestro pobre planeta;
Y débil humillada
Siente el hondo pesar del que despierta
Bajo el duro rigor de áspero dueño
Y en profundo abandono,
Despues de creerse en la ilusion de un sueño
De pie en el alto pedestal de un trono!

Mirando todo bajo un plan diverso
Al que su necia presunción forjara,
La vasta inmensidad del universo
Con su humillante pequeñez compara;
Pero Kepler se expande
En portentosos cálculos, mostrando
Que en esa pequeñez hay algo grande,
Puesto que él desde el polvo de la tierra,
Mísera habitación de los mortales,
Atomo leve en la extension perdido,
Se eleva á los espacios siderales
En alas de su espíritu atrevido;
En frente allí de la creacion inmensa
Rásgase ante él de la verdad el manto,
Tiene sublimes éxtasis; y piensa

Pensamientos de Dios!
Mas ay! en tanto
Que audaz el genio humano
De la tierra exploraba el hondo abismo
Y audaz por los espacios discurria,
La esencia de su ser desconocia,
Se ignoraba á sí mismo!
Pero Descartes penetró del alma
En el mundo invisible, cuyo imperio
Estaba como un bosque primitivo
Poblado de tinieblas y misterio!
Al entrar derribó viejos errores
Y abrió nuevos senderos,
Como el valiente leñador que avanza
Y se interna en la lóbrega espesura,
Lós troncos bate de árboles antiguos
Y abre camino en una selva oscura!

Haley, ese profeta de la ciencia,
Sublime indagador del infinito,
Con quien tuvo su espíritu gigante
Largas horas de muda confidencia,
Dice al cometa errante:
«Tal dia brillarás en nuestro cielo,»
Pasa un siglo, y á la hora prefijada
Un nuevo astro con triunfante vuelo
Se presenta en la bóveda azulada!

Franklin la mira en dias de tormenta,
Pero su mente á las alturas sube

Y en el aire extendiendo
El brazo de metal del pararayo
Roba su chispa eléctrica á la nube!
¡Franklin ya tiene en su poder el rayo,
El arma de los dioses!
Y al valeroso Washington la entrega
Cuando en su patria llega
De la esperada libertad la hora,
Para que sea en sus robustas manos
La espada redentora
Con que arrebate el cetro á los tiranos!

¡Instantes de suprema espectativa!
Oscura nube espesa,
Fatídica se cierne en los espacios
Y en tanto en la mansion de los palacios
Nunca el rumor de los festines cesa!
El vicio entre la púrpura se engríe,
Algo en el seno de las sombras lucha;
La voz de los filósofos se escucha,
El pueblo lee y medita; Voltaire ríe!
El horizonte lóbrego y profundo
Fulgura al brillo de lejanas teas;
La atmósfera es de fuego, las ideas
Cruzan como relámpagos el mundo!
Armado avanza el pensamiento humano
Sin que nada en su senda lo desvíe;
Por grados la contienda recrudece,
Rousseau los corazones enardece
Diderot argumenta y Voltaire ríe!

Y en esa risa irónica y potente
Hay un vago estertor de multitudes,
Un rumor sordo de cadenas rotas
Que hace temblar la mitra y la diadema;
Esa risa sublime tiene notas
De burla, de sollozo y de anatema!

La descreida humanidad se hundía
En torpe y sibarítico marasmo;
Ya no la conmovía
La virtud, ni la fe, ni el entusiasmo;
Fué entonces que Voltaire con mano airada
Le azotaba la faz desvergonzada
Sirviéndole de látigo el sarcasmo!

Fué su implacable sátira el terrible
Demoledor ariete á cuyos golpes
Temblaron con su pompa y con sus leyes,
El trono envilecido de los Papas
Y el trono ensangrentado de los resyes!
¡Papado, Monarquía!
¡Nuevas Babeles del orgullo humano
Que levantara audaz el despotismo,
Que tiene por cimiento la ignorancia
Y por cúpula inmensa el fanatismo!
Para que brille el día
Despues de las tristezas de esa larga
Noche de pavorosa tiranía
Que fué del mundo horror y vilipendio,
No de los astros el fulgor bastaba;

Esa noche moral necesitaba
La llama abrasadora del incendio!

Y el incendio estalló, y ardió en la tierra;
Se levantó como un titán el pueblo,
Y cetros y coronas
Echando al fuego de sangrientas piras,
Hizo al salir de su mortal desmayo,
Ministro de sus cóleras al rayo
Y al trueno heraldo de sus justas iras!

Como un mar azotado por los vientos
La muchedumbre ruge,
Y al estallar su contenido encono,
Se agita, se abalanza, y á su empuje
Deshechos ruedan el altar y el trono!
La Francia en honda convulsión lanzaba
Grito de libertad tan alto y fuerte
Que, para siempre sonará en la historia;
Fué un volcan en fusión que vomitaba
Lava de muerte en erupción de gloria!

Siempre en pos de los grandes cataclismos
En que se agita el mar ó los volcanes,
Soplan los tempestuosos huracanes,
Esa respiración de los abismos!
Poderoso huracan que en su carrera
Arrebata ciudades;
Que las selvas deshoja, hincha los rios,
Traspasa las calladas soledades,

Trepa á la cima de los Alpes fríos,
Desciende de sus altos
Picos de nieve perennal cubiertos,
Se ensancha, crece, el horizonte llena,
Cruza los mares, vuela á los desiertos
Y se revuelca en la caldeada arena;
Surcado de relámpagos
Su torbellino denso,
Los potentes obstáculos arrasa;
Pero derrama por do quier que pasa
Pólen fecundo en el espacio inmenso;
Eso fué Bonaparte!
Rayo de genio y huracán de gloria,
Que el rojo brillo de incendiarias teas
El polen esparció de las ideas
Con que Francia iluminó la historia!

Después que desató esas tempestades
¿Por qué cruza de nuevo el oceano,
El viajero inmortal de las edades,
El pensamiento humano?

Es que más altas cimas
Quiere para brillar; es que anhelando
Espacios más profundos,
Busca como Colón ignotos climas
Y encuentra nuevos mundos!

Quiere encender el faro de su lumbre
Donde le dé la libertad su amparo,

Y halla para columna de ese faro
Del Chimborazo la soberbia cumbre!
Su brillo se dilata
Por la vasta extensión de un continente
Y se refleja fúlgido y potente,
En el espejo colosal del Plata.

La voz del heroísmo
Lanza su grito enérgico de alerta
Y en los antros sin luz del fanatismo
El alma de la América despierta;
San Martín y Bolívar, los titanes
De las patrias contiendas
Que serán el Alcides y el Teseo
De futuras leyendas,
Libre entregaron á la raza humana
Inmenso campo para obrar prodigios;
El Plata, el Marañón y el Amazonas
Conservan de su paso los vestigios;
Y todo, todo en las extensas zonas
Que en triunfo recorrieron
Su genio y sus proezas atestigua;
Son en el nuevo mundo lo que fueron
Los semidioses de la edad antigua!
Para librar naciones
Sus pobres pero intrépidas legiones
Atravesaron páramos sombríos;
Tiñieron con su sangre de leones
Las pampas y las selvas y los ríos;
Treparon las mesetas de los Andes,

Y pueblo alguno ni época en la historia
Hombres y hazañas contempló tan grandes
Sobre tan alto pedestal de gloria!
Al pie de esas gigantes cordilleras
Que hacen la tierra aproximar al cielo
Y bañarla en su luz; en las riberas
De ríos dilatados como mares,
De llanuras sin fin sobre la alfombra
Y bajo el ancho pabellón de sombra
De inexplorados bosques seculares,
Su trono asienta el pensamiento humano,
Rey del orbe moderno,
Y en el vergel del argentino llano
Detiene el curso de su viaje eterno!
¡Y aquí demorará siglos y siglos,
Que al fin encuentra en esta tierra virgen
En donde el sol de porvenir asoma,
Una patria más bella que la Grecia,
Más potente que Roma!
La patria americana,
En cuyo suelo espléndido y fecundo
Vendrá por fin á realizar el mundo
La libertad de la conciencia humana!

Es nuestra hermosa América un oásis
A donde en pos de las jornadas rudas
Por áridos desiertos,
La peregrina humanidad acampa;
Aquí la mente y la palabra vuela
Libre como los vientos de la pampa;

Sávia primaveral nutre la vida,
Rumbo de oriente las ideas toman,
Se abaten viejos ídolos, y altares
Caducos se desploman!
Y el hombre fuerte de la edad presente
Que corta istmos para unir los mares,
En este mundo joven mira y siente
Perforación de montes,
Cumbres que invitan á gigantes vuelos,
Vastos ensanchamientos de horizontes,
Inmensa sed de espacio, hambre de cielos!

En vano los eternos rezagados
En la marcha ascendente del progreso
Que dan la espalda al sol que se levanta,
Sobre el fango de tiempos ya pasados
Quieren hacernos resbalar la planta;
No lo conseguirán. Se puede al águila
Aprisionar, más sólo cuando inerme
Sobre las grietas duras
Herida cae ó descuidada duerme,
Mas no cuando se cierne en las alturas!
Y hoy dueño del espacio
El pensamiento es águila de lumbre
Que vuela por los ámbitos profundos
De la insondable selva de los mundos
Hasta posarse en Dios, excelsa cumbre!

No es una ciencia atea,
Un futuro sin Dios, lo que predican

Los defensores de la nueva idea;
Son los fuertes obreros que edifican
El nuevo santuario de las almas.
Son los profetas que en su ardor fecundo
Anuncian entre víctores y palmas
La religión del porvenir, al mundo!
Es el templo en escuela convertido,
Y el culto inmaterial de la conciencia
Lo que en su ardiente prédica reclaman;
No es la ciencia sin Dios lo que proclaman,
Sino á Dios revelado por la ciencia!

¡Alma del infinito,
Desconocido espíritu sin nombre
Cuya grandeza por doquier contemplo,
La tierra es tu ara, la creación tu templo,
Y el sacerdote de ese templo, el hombre!

EL BORRACHO

Ya van tres noches de festín. En ellas,
Avido el corazón de un algo inmenso,
Toda una vida en el placer condenso
Y aún tengo hambre de placer y amor!
Quiero beber mi juventud de un sorbo
Del goce en la frenética locura,
Como en el ansia de la sed se apura
Una copa repleta de licor!

Afluye á mi cerebro en onda cálida
La sangre haciendo estremecer el pulso,
Y vacilante, trémulo, convulso,
Con nerviosa inquietud,
Siento que el aire á mis pulmones falta;
Mi pecho en sorda agitación palpita
Y el golpe seco al retumbar imita
Del martillo clavando el ataúd!

Corra el deleite para mí á raudales;
Mas que la tempestad, temo la calma;
Tormentas de placer sacudan mi alma
Que harto conoce ya las del pesar!
Dadme el ardor de las pasiones locas,
Dadme un eden de tropicales flores;
Quiero aturdirme en frenesí de amores
Y en un salvaje vértigo gozar!

Yo antes amé la vida del desierto
A donde libre el corazón se expande,
A donde el hombre, inculto pero grande,
Parece dominar la inmensidad;
¡Ah! yo envidiaba al hijo de la Pampa,
Al rey de la llanura primitiva
Cuando tenía en su extensión nativa
Por único rival la tempestad!

Hoy busco las ciudades; hoy prefiero
La sucia fonda que con luz mezquina
Amarillenta lámpara ilumina,

A un paisaje bellísimo con sol;
La taberna es mi hogar; en este sitio
Donde se goza porque en él se olvida
Vengo á tomar venganza de la vida
Usando como un arma el alcohol!

Aqui llegan los náufragos del mundo;
Aquí en la pobre y mísera taberna
El pueblo alivia la tristeza eterna
De un dolor cuyo fondo nadie vé;
Este es el sitio, la fatal guarida
En donde á unos la miseria lanza,
A otros un amor sin esperanza
Y á muchos como á mí... yo no sé qué!

Es como esas honduras que en los montes
Doran apenas pálidas vislumbres;
A veces lo que rueda de las cumbres
Es allí donde cae;
Sordas borrascas su interior conmueven,
Estallan silenciosos cataclismos
Y tiene, como todos los abismos,
El misterioso vértigo que atrae!

Irresistible vértigo... conozco
Un hombre de alto ingenio allí perdido;
Ebrios los padres de su padre han sido,
Su padre y sus hermanos ebrios son;
Los tristes frutos de su amor, los rasgos
De esa fatal herencia llevan fijos,

Y ebrios serán los hijos de sus hijos
¡Ay! hasta la postrer generación!

Yo he visto en frente á una taberna el cuerpo
De un jóven bello de elegante talle
Que un día sobre el cieno de la calle
Entre un charco de sangre amaneció;
Nadie sabe su historia ni su nombre,
No tuvo quien lo asista moribundo;
Su último y doloroso ¡adios! al mundo
Nadie en el mundo oyó!

Eso me espera á mí... pero bebamos!
Adentro, mis gozosos camaradas
Bailando con mujeres alquiladas
Se agitan al compás de un acordeón.
Allí en un charco de licor un ebrio
Resbala y cae con palmoteo y mofa
Y caïdo en el suelo filosofa....
Hé ahí al hombre, al rey de la creación!

De un organillo que en la calle suena
Mezclan al vago acorde, sus ronquidos,
Los que chorreando baba allí tendidos
Duermen en el sopor de la ebriedad;
Al fin se tiñe este grotesco cuadro
Con la luz virginal de la mañana;
Yo me acerco á mirar de una ventana
El lento despertar de la ciudad,

La vista de la aurora me trasporta
A un mundo y á una época lejana;
Es la hora del toque de la diana
Y en distante cuartel suena un clarin.
¡Lo escucho en una orgía, y es el mismo
Que allá en los tiempos de la patria, grandes,
Retumbó en las quebradas de los Andes
Y en los campos de Máipo y de Junín!

¡Oh patria, yo, que hasta de Dios blasfemo
Y desprecio los ídolos del hombre,
Yo me arrodillo al pronunciar tu nombre;
Tú eres mi única fé, mi último amor!
¡Cuanto envidio á los mártires sin gloria
Que con la sangre ardiente de sus venas
Mojaron del desierto las arenas,
Su vida dando por guardar tu honor!

¡Quién fuera de esos héroes ignorados
Que cuando caen, á tu bandera fieles,
Reclinan su cabeza sin laureles
En sepulcros sin flores ni inscripción;
¡Ah, pero ahora en vez de noble sangre
Inmundo barro nuestro suelo alfombra!
Ni siquiera morir bajo la sombra
Se puede de tu amado pabellón!

Almas de ardiente inspiración bañadas,
Jóvenes bardos de la patria mía,
No olvidéis que la grande poësía

Es hija de la santa libertad!
¡Cantáis brisas y flores, cuando al pueblo
Hay manos que sacrílegas lo oprimen!
¡Escarneced al criminal y al crimen,
O el cobarde laúd despedazad!

Para marcar el rostro de los siervos
O al amo imbécil fustigar con ira,
Con las cuerdas de bronce de la lira,
Poetas, es ya tiempo de imitar,
Al gaucho noble, al payador valiente
Que arranca una bordona á su guitarra
Y al extremo de un látigo la amarra
Cuando precisa herir al azotar!

¡Oh patria, al ver que tu destino entregas
A estúpidos mandones, me parece
Que de cólera el Plata se estremece,
Y pienso en los delirios de mi fe,
Que hasta las piedras de las calles sienten
Ira y vergüenza de que pisen ellos
Donde en los días de tu gloria, bellos,
Próceres y héroes han sentado el pie!

¡Ciudad de Mayo, que en un tiempo has sido
La joya de la América latina,
Pueblo de Juan Chasaing y Adolfo Alsina,
No, tú no eres el que viendo estoy!
Has perdido el vigor; tus ciudadanos
Se han hecho más cobardes que mujeres

Y una turba ruin de mercaderes
Depositaria de tu suerte es hoy!

¡Comprendes el oprobio y lo soportas,
Envilecida estás, y estás contenta!
Te has puesto abajo de la misma afrenta
Impávida gozando en tu abyección!
Yo degradado en joven, soy tu imagen;
Pero así en tu desgracia, patria mía,
Yo te amo y tus ultrajes lavaría
Con sangre de mi propio corazón!

. . . .

Aquí, desde este sitio y á esta hora
Voy el mundo á mirar á la manera
Que solitario en árida ribera
Contempla el pobre náufrago en la mar,
Las tablas sueltas de la rota nave
Donde viajaba á los deseados puertos,
Y mira, de otros náufragos los yertos
Cadáveres flotar!

Allí para un bautismo han madrugado
Y á un niño envuelto con pañales finos,
Le ponen entre el cura y los padrinos
El sello de la santa religión,
Como en la fiesta de la *yerra* ponen
Una señal al infeliz ternero
Cuyo destino es ir al matadero
O á tirar el arado en la opresión!

Cruza después un fúnebre cortejo;
Con pompa en él la vanidad disputa
Los homenajes que el dolor tributa;
¡Hoy cuántos llorarán al que murió!
Y antes que el cuerpo frágil se disuelva
Bajo la triste lápida mortuoria
Tal vez se habrá borrado su memoria
Entre los seres que en el mundo amó!

Después el cuadro cambia, y de una boda
El grupo alegre desde aquí contemplo;
Se agolpan los curiosos hacia el templo,
Y en los delirios de su eterno afán,
Los novios sueñan que al edén caminan,
Sin pensar en su férvido alborozo
Que marchan ciegos de pasión y gozo
Y los ciegos no saben donde van!

No saben que el amor como la muerte
Nos lleva en dirección desconocida;
Toma al azar las almas en la vida,
Les hace un cielo próximo entrever,
Y las arrastra al vértigo y la noche;
Yo hallé un calvario al fin de ese camino;
Implacable al herir es el destino
Cuando tiene por arma á la mujer!

Yo quise á una... La adoraba tanto
Como si la pasión de muchas vidas
Estuvieran en mi alma refundidas;

¡Era un amor salvaje y tropical!
Pero fría y tenaz calculadora
Me inmoló sin piedad á su egoismo;
Por su culpa me arrastro en un abismo,
Por ella soy borracho y criminal!

¡Y ella vive triunfante, y yo caído,
Y aún siento que de allá desde su altura,
Me tiene como atado á su hermosura
Pendiente en el dogal de mi dolor:
Así un árbol hermoso en campo ameno
Gentil se ostenta sobre verde alfombra
Sosteniendo un cadáver que á su sombra
Lívido cuelga de una rama en flor!

Me traicionaron cuando yo tenía
Sed de emociones y hambre de placeres;
¿Pero á qué maldecir á las mujeres?
No son todas así;
Muchas saben amar; y lo que arroja
Mas hiel y luto en mi existencia triste,
Es que yo veo que el amor existe
Y sé que ya no existe para mí!

¡Yo necesito emborrachar el alma!
Y anhelo, que á mi ocaso sin fulgores
Le presten arrebol con sus colores
Las rosas más lozanas del jardín;
Quiero unir la alegría de las rosas
Al horror de los túmulos abiertos

Y que me sirva el cráneo de los muertos
De copa en un sacrílego festín!

¡Oh tú, joven beldad, hija del pueblo,
Que tras del mostrador de esta taberna
Te han condenado en una orgía eterna
A que marchites tu mejor edad:
Ven y deshoja flores en mi vaso;
Juntemos mi dolor con tu tristeza;
Joya en el barro, pierdes la pureza,
Y aún guardas, pobre niña, tu bondad!

Entre el horror de la embriaguez y el juego
Estallando en salvaje paroxismo,
Te ví, rayo de luz en este abismo,
Oleadas de furor apaciguar;
Si el dolor de los grandes infortunios
Arranca el llanto de tus ojos bellos,
Alma piadosa, llora por aquellos
Que como yo, no pueden ni llorar!

El extraño poder que rige al orbe,
Sin consultarme, sin que yo lo pida,
Me hizo el presente griego de la vida
Que no puedo en verdad agradecer;
Al mundo me lanzó como en la noche
Arroja el mar un náufrago á la playa;
De este destierro cuando al fin me vaya
¿Dónde irá lo que hay de íntimo en mi ser?

A la nada, al infierno, á cualquier parte.
Que sea lejos, lejos de este mundo,
Astro maldito, globo moribundo,
Que nutre á la podrida humanidad,
Donde abriendo la muerte á cada paso
A nuestros pies alguna tumba nueva,
Una mitad del corazón nos lleva
Y nos deja á sufrir la otra mitad!

Los trovadores que con pulcro estilo
Hacen gemir sus liras enlutadas,
Comparan con las rosas deshojadas
Una vida infeliz;
La mía es cual las yerbas de un camino
Que al sol y á la intemperie se marchitan
Y el casco de las bestias que transitan
Las seca y las arranca de raíz.

Es malo ser poeta, pero á veces
Es grata de los versos la armonía;
El pueblo siempre amó la poesía
Y yo amo todo lo que vibra en él;
Tengo delirio por las arpas de oro
De Méndez, Rivarola y Obligado
Que en la sien de la patria han enlazado
Flores del arte al bélico laurel!

Yo solo á falta del amor ó el vino
O cuando el vino ó el amor me hastía,
Llamo á las musas que invocar solía,

Y siempre acude á mí la del dolor;
Ella con ronca voz me dicta cantos
Sin el ritmo feliz de la belleza;
Francos y rudos, tienen la aspereza
De la tosca canción del payador!

Es que en la selva que asoló el incendio
No anidan ya los pájaros cantores;
El árbol del desierto no dá flores
Y cuando dá, las seca el huracán.
No tiene rosas, ni verdor, ni tiene
Blandas ondulaciones de colina
La roca agreste de una cumbre andina
Cráter tal vez de incógnito volcán!

....

Pero ya escucho que de lo alto suena,
Llamando á la oración de la mañana,
En la vecina iglesia la campana
Con metálica y lenta vibración.
Allí gentes del pueblo se encaminan
A elevar sus plegarias á los cielos;
El mundo de los últimos consuelos
Para las almas es la religión.

Yo ayer al templo fuí donde mi madre
A misa en otro tiempo me llevaba,
Y al pie del mismo altar en que ella oraba
Con profunda emoción me arrodillé.
Desde que ella murió, yo me hice incrédulo;

Ya no pisaba las iglesias nunca;
Quise rezar; la Salve medio trunca
Fué la única oración que recordé.

Al hallarme, después de larga ausencia,
Bajo esas naves donde tantas veces
Mi pobre madre levantó sus preces
A Dios, por mis hermanos y por mí;
Al mirar las imágenes que objeto
Eran de su piedad, me parecía
Que aún algo de ella en el recinto había,
Y como una mujer me enternecí.

Yo en mi cansado espíritu sentía
Lo que debe sentir el peregrino
Si lo llevan las vueltas del camino
A un sitio en que antes disfrutó de paz;
Y allí descansa y piensa entristecido
Que tiene que seguir su marcha errante,
Más penosa después de aquel instante
De reposo fugaz.

Mi pasado evoqué... Cuando la mente
En volver al pasado se encapricha,
¡Ay, los recuerdos de la muerta dicha
Vienen en ronda fúnebre á vagar
Por las sombras del alma, como dicen
Que en la alta noche de misterios llena,
Salen las tristes ánimas en pena
El sueño de los vivos á turbar!

Se elevan como pálidos espectros
Desde el limbo interior de mi memoria
Los falsos espejismos de la gloria,
Las vanas sombras del perdido bien!
Remonto el curso de mis bellos días
Hasta la dulce edad de los amores,
Y hallo el tendal de las marchitas flores
Que me hicieron soñar con un edén!

La imagen ¡ay! de mi primer afecto,
Unico que gocé sin desengaños,
De mi casta pasión de quince años
Dulce idilio de amor primaveral,
Trae á mi mente los contornos vagos
De una figura angelical y tierna
Cuya memoria en mi alma será eterna
Si el alma, como espero, es inmortal!

¡Después, reminiscencias de la infancia...
Y la escuela y sus juegos inocentes,
Y los seres queridos, hoy ausentes,
Que antes poblaban mi desierto hogar!
Cuando el pálido sol de esos recuerdos
De mi hondo hastío derritió la calma,
Sentí de lo recóndito del alma
Que porfiaba una lágrima en brotar!

¡Ella subió por último á mis ojos!
Al fin como la onda contenida,
Al fin iba á encontrar una salida

Tanto dolor que á solas devoré;
Yo no sé desahogarme, ignoro el llanto;
Pero en esa ocasión, aglomeradas,
Todas mis amarguras no lloradas
En la lágrima aquella condensé.

¡Y cuando iba á verterla, en el instante
En que brotaba ya, con torpe ejemplo
Un fraile vino y me arrancó del templo
Como se arroja un perro de un salón!
Salí á la calle y regresé á la orgía;
De entonces como en lóbrega caverna
Gotea el agua en filtración interna,
Me cae el llanto aquel al corazón!

¡Ay! desde entonces con afán profundo,
De mi fría existencia en la aridez,
Para olvidarme y olvidar el mundo
Busco el aturdimiento en la embriaguez.

En la sorda ansiedad que me devora,
Yo de mi propio ser preciso huir;
Duda el que piensa, y el que siente, llora;
Vale más no pensar y no sentir.

Vale más en un torpe desenfreno
Matarse en el suicidio del placer;
El alcohol es el mejor veneno;
El mejor, exceptuando la mujer!

Hiel en el fondo y néctar en el borde
Es de la vida el vaso engañador;
Música alegre en el primer acorde
Y al fin sollozo de mortal dolor!

Cuando en la orgía estúpida me abismo
No bebo por el gusto de beber;
Bebo porque en el fondo de mi mismo
Tengo algo que matar ó adormecer!

¡Y el hombre es un mendigo de placeres,
El mundo es una orgía en confusión,
Y en la escala infinita de los seres,
Borrachos todos en la vida son!

Los dandys y coquetas cuando exhiben
En los teatros, las plazas y las calles
Vistosos trajes y elegantes talles,
Ebrios, los pobres, van de vanidad!
Muñecos bien vestidos con que juega
En su existencia frívola y ociosa
Esa niña voluble y caprichosa
Que llaman sociedad!

La guerra es noble y su venganza justa
Si va en defensa de una santa idea,
Pero nunca, jamás cuando se emplea
Con un bastardo afan.
Para mi esos laureados asesinos
Que logran por sus crímenes un solio,

Las gradas al trepar del Capitolio
Ebrios de sangre van!

El tribuno inspirado cuyo acento
Escucha el pueblo con asombro y pasmo
Y á quien la turba en férvido entusiasmo
Lleva en marcha triunfal por la ciudad,
Entre las muchedumbres que lo aclaman
En el día feliz de la victoria,
Ebrio de gloria vá, porque la gloria
Es también una rápida ebriedad!

La pareja gentil de adolescentes,
Que bebiéndose el alma en las miradas,
Con las trémulas manos enlazadas
Se encienden por instantes en rubor,
Y por instantes, con ardiente rapto,
En dulces, largos, resonantes besos,
Unen sus labios abrasados... esos
Están ebrios de amor!

Las plantas se emborrachan con rocío;
Vaso de rica esencia son las flores
Donde van los insectos zumbadores
Y alegres liban su licor de miel.
Hasta el cóndor andino, cuando al alba
Vuela y se posa sobre una alta cumbre,
Bebe rayos de sol, y ebrio de lumbre
Se lanza al éter á reinar en él!

El artista en sus noches de delirio,
Cuando frente á la gran naturaleza,
Buscando el ideal de la belleza
Le brinda inspiración la soledad,
Ebrio de ideas el cerebro siente
Y es de su alma en la celeste orgía,
Su divino licor la poesía,
Y su vaso la azul inmensidad!

¡Ah, yo también en las contadas horas
Que en esta vida disfruté de calma,
Gozé de esa embriaguez que siente el alma
Cuando se tiene inspiración y amor;
Hoy que yo mismo agoto mi existencia
En la agonía de un suicidio lento,
Siento un constante vértigo, me siento
Borracho de dolor!

Todo se bambolea en torno mio;
Todo á mi oído fúnebre retumba;
Y ebria la humanidad hacia la tumba
Marcha en carnavalesca procesión;
El hombre errante y huérfano en la tierra,
La tierra errante y huérfana en el cielo,
Y en un sollozo universal de duelo
Refundida la voz de la creación!

El aire está impregnado de sollozos,
Estériles los campos y sombríos,
Crecen con sangre y lágrimas los ríos

Llevando sangre y lágrimas al mar!
Como fiera en acecho está el abismo,
Y en la naturaleza y en el alma
Torva domina esa siniestra calma
Que suele las borrascas presagiar!

¡Todo es noche y dolor! Allá en la tarde
Ebrio se acuesta el sol en el ocaso
Y las estrellas con incierto paso
Ebrias caminan de su disco en pos!
¡La tierra es un sepulcro de que el cielo
Es la lápida inmensa y triste y muda;
¡Todo es noche y dolor!...Ebrio sin duda
Cuando hizo el universo estaba Dios!

¡Amigos, maldición sobre la vida!
Cuando yo caiga á vuestro lado, inerte,
Con una orgía festejad mi muerte
Y al campo mi cadáver arrojad.
Haced como en las islas magallánicas
Las tribus de sus páramos incultos,
Donde dicen que entregan insepultos
Los muertos á la vasta soledad!

¡Qué espléndido ataúd el de un paisaje
Que baña en luz la bóveda celeste,
O el alta cima de un peñón agreste
Siempre batido por el ronco mar!
Antes que me devoren los gusanos,
Bajo un montón de piedras bien cubierto,

Con mi cuerpo á las aves del desierto
Un salvaje banquete quiero dar!

Ellas son más benignas que los hombres;
Solo devorarán mi carne fría,
Mientras lo grande que en mi ser había,
El mundo lo desgarra sin piedad!
¡Compañeros, un bríndis á la muerte!
Si quereis nuestra fiesta interrumpamos
Para clavarnos un puñal, y vamos
A continuarla allá en la eternidad!

¡Y que claro, que espléndido está el día!
¡Como brilla la luz, la luz sagrada,
Que en la grande, en la excelsa obra creada
Fué la hija primogénita de Dios!
¡Si alguien, amigos, en la tierra os ama,
Mandadle vuestra triste despedida;
Yo en la hora fatal de la partida
No tengo á quien enviar mi último adiós!

Resto viviente del antiguo caos,
Náufrago de un inmenso cataclismo,
Nací de las tinieblas del abismo
Y aún laten sus borrascas en mi ser;
Cuando descienda al mundo de las sombras
Con mi dolor se agrandará el infierno,
Y mi alma errante en el espacio eterno
Hará la noche universal crecer!

FANTASIA POÉTICA

Bajo un manto de sombras yace el mundo,
Como un sepulcro bajo negra lápida,
Y del vacío en la región sin límite,
Y sobre el vasto imperio de las aguas,
Sobre los valles
Y las montañas
Tiende en silencio el ángel de la noche
Entre la densa oscuridad sus alas.

Tenue vapor de blanquecina niebla.
Sobre las altas cumbres se derrama,
Y como un faro, en playa tenebrosa,
La luna clara en el oriente se alza,
Entre celajes
De nubes pálidas,
Como una virgen cuya frente ciñe
Blanco cendal de transparentes gasas.

Tibios destellos de su luz serena
Un vasto campamento iluminaban,
Y el centinela, mientras todos duermen,
La voz de alerta de hora en hora lanza,
Y las hogueras
Medio apagadas
Brillan apenas, como fuegos fatuos,
Sobre un antiguo campo de batalla.

Bajo la fría bóveda del cielo
Y sobre un duro lecho sin almohada,
Reposaban los hijos de la guerra
De sus afanes y fatigas diarias;
Y bajo un árbol
De espesas ramas,
Dormía un jóven y soñó durmiendo,
Que en sus nativos campos se encontraba.

Soñó que al otro lado de los mares,
Sobre un sangriento campo de matanza,
Sobre un montón de ruinas y de escombros,
Había un trono, y sobre el trono estaba
El león terrible
De las Españas,
Desgarrando el costado de una virgen,
Que yacía á sus pies encadenada.

Duerme el guerrero y en su sueño escucha
El eco sin rumor de unas pisadas,
Y luego un ruido como un ruido seco,
De pesadas cadenas que se arrastran;
Y ante sus ojos,
Inmóvil, pálida,
Velada en nieblas, vió surgir la sombra
De una mujer con vestiduras blancas.

Era su aspecto el majestuoso aspecto
De una gloriosa reina destronada,
Cuando convoca á todos sus guerreros
Para un día de gloria y de venganza.

Sus ojos negros
Chispas lanzaban,
Y de una herida abierta en su costado,
Gota á gota la sangre derramaba.

La virgen de las blancas vestiduras
Que entre nieblas surgió como un fantasma
Habló así al guerrero que dormía
Y era su voz la voz de una plegaria,
Habló y le dijo
Estas palabras:
¡Oh, tu duermes el sueño del reposo,
En la noche de luto de la patria!

Atiende las palabras de mi boca,
Escucha á Dios que por mis labios te habla,
Y recuerda que el libro del destino
Escrito tiene en sus eternas páginas,
Que nadie puede,
Que nadie alcanza
Entrar al templo de la gloria, si antes
No recibe el bautismo de las lágrimas.

Si robusteces con tu ayuda al déspota
Que hace tres siglos oprimió á tu patria,
Tendrás en premio para solo un día
Coronas de oro á su capricho fiadas,
Muchas riquezas
Poder y fama;
Fama, poder, coronas y riquezas
Que por el suelo rodarán mañana.

Mas si quieres sufrir las amarguras,
Las congojas del pueblo y sus desgracias,
Luchar al lado del que heroico lucha
Para salvarle de opresión extraña,
Y si á ceñirte
Te resignaras
La corona de espinas del martirio
Que para el genio la calumnia labra,

Entonces te daría en mis altares
Una corona de laurel y palma;
Mas envidiable que el dosel de un príncipe,
Mas gloriosa que el cetro de un monarca;
Fúlgida aureola,
Simple guirnalda,
Que brille hasta el fin de las edades,
Que resplandezca como un sol sin mancha.

«Yo soy el dulce hechizo de tus sueños,
La inolvidable cuna de tu infancia;
Soy la futura gloria de tu nombre,
Soy la infeliz América tu patria.
Oye mi acento,
Despierta y marcha
Donde luchan mis hijos, tus hermanos,
Para ser libres como Dios los criara.

Calló la blanca aparición y súbito
Resplandeció su rostro en lumbre clara,
Fúlgida aureola iluminó su frente,
Y entre la densa oscuridad velada,

Se perdió luego
Cual sombra rápida;
Pero su voz como lejana música,
Quedó vibrando en los espacios, mágica.

Oye su acento San Martín, y al soplo
Del patriotismo retemplando su alma,
Atravesó el Océano y sus linderos
Desafiando el furor de las borrascas;
Hasta que un día
Llegó á su patria,
Jurando perseguir á los tiranos......
Hasta que el mismo Dios le diga « basta ».

Sobre los montes de nevada cima,
Sobre los llanos de la inmensa Pampa,
Sobre las ondas del inquieto Océano,
Sobre las rocas de extranjeras playas,
Luchando siempre,
Venció á la España,
Y sobre rica alfombra de despojos,
Trono de gloria levantó á su patria.

Un continente atravesó llevando
La victoria á su carro encadenada;
Sobre su frente el sol de la justicia,
Y en su horizonte el sol de la esperanza;
Sol cuya lumbre
El hombre empaña
Con sus miserias. Pero Dios lo mira
Y lo vuelve á encender con su mirada.

Arrebatando el rayo á las tormentas,
Se cierne como el Dios de las batallas,
Y anuncia sobre el pedestal de un mundo
Con poderosa voz que retumbaba
Como el estruendo
De muchas aguas,
Que el mundo es libre, y derribado yace
De los tiranos el soberbio alcázar.

Para fortificar en Dios su espíritu,
Para pedirle inspiraciones santas,
Sobre las nubes donde nace el rayo
Alzó su vuelo, semejante al águila;
Trepó á la cumbre
De las montañas,
Donde tocando con su frente el cielo
El mundo todo contempló á sus plantas.

Negros borrones arrojó la envidia
De su alta gloria en las brillantes páginas,
Y el héroe, el salvador de tres naciones
No tuvo sobre el suelo de la patria
Ni un pobre rancho
Para morir en calma!
¡Siempre el apostol de una gran idea
Ha sido el mártir de su propia causa!

En las amargas horas del destierro....
En la noche fatal de sus desgracias
Y hasta en el polvo de la tumba fría,
Han insultado su virtud sin mancha,

Pero su gloria
Y sus hazañas.
Tras larga noche hoy brillan más fulgentes
Como el sol, ya pasada la borrasca.

Delicia del Edén de nuestra tierra,
Castas y hermosas virgenes del Plata
Tejed coronas de laurel de gloria
Para el campeón que el universo aclama;
Entonad himnos
En su alabanza,
Himnos guerreros que á los hombres digan
¡La voluntad del pueblo es soberana!

Pero no alcemos cantos de alegría
En las noches de luto de la patria;
Porque una fiesta y sus lujosas pompas,
Si al pueblo sus derechos arrebatan,
Son como flores
Y ricas galas,
Con las que adornan una pobre víctima
Para arrancarle luego las entrañas.

LA LEYENDA ARGENTINA

Cuando los dioses con su rayo hirieron
De Prometeo la cerviz erguida,
Los buitres hasta el Cáucaso subieron
Olfateando la sangre de su herida;

Y al mirarlo amarrado en las montañas
Rugiendo en sus sollozos formidables,
Se lanzan insaciables
Á roerle con furia las entrañas.

Así fué como en época lejana,
Trás el descubrimiento, la conquista
Vino sobre la tierra americana,
Y su inmenso vergel se abrió á la vista
De la hambre de oro y la ambición hispana.

Turbas de aventureros se lanzaron,
Y en busca de riqueza ponderada
Los rincones de América escarbaron
Con la cruz en el puño de la espada,
Y la espada homicida
Por el fraile canalla bendecida.

Y ruinas sobre ruinas hacinando
Forman una pirámide de escombros,
En cuyo enorme vértice clavando,
Su negro pabellón en sangre tinto
Y con las fuerzas de un titán alzando
Esa inmensa pirámide en sus hombros,
La arrojan á los pies de Carlos Quinto.

Con vivientes despojos
De pueblos que oprimían,
Mientras cantaba el sacerdocio en coro,
Los vencedores un festín hacían;
Sacrílego festín, donde servían
Sangre por vino y por manjar el oro.

Cortés, para guiar á sus legiones,
Sus naves quema, y la rojiza hoguera
Del incendio enarbola por bandera,
Y avanza con el trueno en los cañones
Sobre desconocidos hemisferios,
Para morir ó conquistar imperios.

En tanto que Pizarro
Soñando en hechos como su alma grande,
Quebró de la conquista bajo el carro
El cristal de la nieve de los Andes,
Y en el nombre maldito
Del Dios de los católicos hería,
Y el nombre de ese Dios leer no sabía
Sobre la uña de Atahualpa escrito.
....

El despotismo vencedor convierte
Los pueblos en rebaños,
Y su diluvio universal de muerte
A la América entera dejó inerte
Por el espacio de trescientos años.

Era un mar de dolores la existencia
Donde ese pueblo estaba sumergido;
El cuerpo por los hierros oprimido,
Por el fraile oprimida la conciencia.

En sus desiertos campos,
Sólo con llanto de amargura llenos,

Las madres á sus hijos bautizaban,
Que desde el pecho maternal pasaban
De la más negra esclavitud al seno.

Fué el continente entero un calabozo,
Tumba inmensa sin lápida mortuoria,
Y un prolongado, universal sollozo
Que tres siglos duró—¡hé ahí su historia!

¡Sierva de la fortuna era la gloria
Y cómplice del crimen la fortuna!

¡Tierra elegida para ser la cuna
Del nuevo Cristo que en su ardor fecundo
Salvando pueblos, formará naciones!
Provincia de Misiones,
Yapeyú, Nazaret del nuevo mundo,
Pídele al cielo nubes de tormenta,
Y á la tormenta el huracán, el trueno,
Que andando el tiempo engendrará en tu seno
El rayo vengador de tanta afrenta.

¡América infeliz! Reina vencida
Y en tu propio palacio encarcelada,
Que restañas la sangre de tu herida,
Con una astilla de tu rota espada!
Virgen guerrera de las armas de oro,
De tu antiguo esplendor como un emblema,
Ciñe á tu frente la real diadema
Y empuña tu arco y tu carcaj sonoro;
Llama á la tempestad carro de bronce,

Y haz que lo arrastre el torbellino ciego,
Donde el ronco clarín del trueno se halla,
El iris, arco inmenso de batalla
Y el rayo, dardo espléndido de fuego!...
. . . .
Pasó el tiempo y los pueblos despertaron,
En torno la mirada dirigieron,
Y cuando en tanta esclavitud se vieron
Sin Dios, sin patria y sin hogar se hallaron!

Y aunque al salir de su mortal desmayo
Están desnudos, pobres é indefensos,
Lanzan de su alma electrizada el rayo,
Y hace erupción de luz el sol de Mayo,
Y la defiende en ámbitos inmensos!

Del cielo y de las cúspides nevadas
Su pabellón en el color tiñendo
Piden su ronca voz á las cascadas,
Á las tormentas su furor; y espadas
De sus cadenas con el hierro haciendo,
Sofocan en la cuna, como Alcides,
Del torpe despotismo las serpientes
Y cuerpo á cuerpo en sanguinosas lides,
Se lanzan con la raza de los Cides,
En campo abierto á combatir valientes!
¡Titánica contienda, duelo á muerte
Del pueblo niño y la nación pujante,
Que ante el mundo renueva de esta suerte
La lucha de David con el gigante!

Como un astro que lleva vagabundo
Un globo en formación en sus entrañas,
Ellos, de su alma en el afán profundo,
Llevando el porvenir de todo un mundo
Se dieron cita al pie de las montañas!

Y las montañas hasta el cielo alzaban
Sus blancas cumbres por el rayo heridas,
Cuyas enormes moles extendidas
Por todo un horizonte, semejaban
Un fantasma coloso, que llevando
En su cuerpo armadura de granito,
Y la nieve en su frente
Como casco de plata refulgente,
Para impedir la entrada al infinito
Se levanta en las sombras impotente!

Precipicios y abismos se ocultaban
Entre las selvas vírgenes y grandes;
Los Andes sobre el mundo se elevaban
Y el Tupungato audaz sobre los Andes!
Montaña adusta, que en las sombras vela,
Y una armada legión viendo que avanza,
Voces de alerta con el trueno lanza.
Porque es el centinela
Que á su vanguardia colocó sombrío,
La Cordillera, ejército de montes,
Para espiar los lejanos horizontes
En las mudas fronteras del vacío!

Allí la inmensa soledad encierra
Las tempestades, el alud, los vientos;
Una continua agitación la tierra
Y un desorden sin fin, los elementos!
Allí el suelo al pisarlo se estremece,
Y á cada paso alguna cima abierta
Tan honda se distingue, que parece
De un mundo subterráneo la ancha puerta;
Precipicios sin fin en cuyas bocas
Se oye en la noche con terrible estruendo,
Que de las altas cimas van cayendo
Masas de nieve y árboles y rocas!

Al pálido lucir de un sol de otoño
Que chispea en las lanzas y en los cascos,
Entre el estruendo del alud que rueda
Descuajando peñascos,
El fragor de las armas
Y el áspero rugir de los torrentes
Que caen de las laderas,
Van las haces guerreras
Trepando las pendientes!
La tierra absorta las miró con pasmo
Que por sus flancos la montaña asaltan,
Sin pararse á contar en su entusiasmo,
Cuantos tiranos que vencer les quedan
Ni cuantos pueblos que librar les faltan!
En vano las gigantes
Y enormes cordilleras,
Su muro inmenso de granito oponen,

Que casi va del uno al otro polo;
Ellos, las rocas áridas que solo
Los astros y las águilas trasponen,
Pasan y siguen su triunfante marcha;
Aunque la lluvia en nieve se condensa
Superponiendo á la montaña inmensa
Otra montaña colosal de escarcha!

Y cuando un día en la mitad se hallaron
De esa selva de montes colosales,
A medirse en su altura se pararon;
Mas luego que miraron
El vuelo de las águilas reales,
Diciendo: «¡Subiremos donde subes!»
Subieron como el águila á las nubes.

Monarca alado de las altas cimas,
Contempla el cóndor asombrado y mudo,
Esos seres extraños de otros climas,
Posado al borde de un peñasco agudo,
Para verlos mejor, de cumbre en cumbre
Alza el vuelo, trazando
Su curva inmensa sobre un mar de lumbre,
Las rocas con sus alas azotando;
Y dice, hablando así consigo mismo:
«¿Serán hijos tal vez de las llanuras?
¿O genios que arrojados del abismo
Pretenden escalar estas alturas?
¿Han descendido, acaso,
Desde el carro del Sol, cuando en la tarde

Sobre la nieve de las cumbres arde
Con las pálidas tintas del ocaso?»

Tiembla y eriza su plumaje entonces,
Con profundo rumor, al sentir luego,
Los cañones rodar, monstruos de bronce
Con un ojo de fuego!
Hasta las tribus bárbaras salieron
Del fondo del desierto y se acercaron,
Y cuando el rumbo de su marcha vieron
De nuevo al fondo del desierto huyeron
Después que un grito de estupor lanzaron!

Dios, que á los héroes el honor dispensa,
Quiere de tanto arrojo en recompensa,
Que pasen bajo un pórtico de gloria
Los que á la muerte van ó á la victoria;
Y el iris ante el sol, su curva inmensa
Extiende sobre pálidas neblinas;
¡Arco de triunfo, pórtico infinito,
Cuyas altas columnas de granito
Son las gigantes cúspides andinas!

Y al tocar esas cúspides nevadas,
Al compás de la música salvaje
Que forman en las peñas las cascadas
Y el viento en el ramaje,
El himno nacional cantan en coro;
Salmo y oda magnífica, imponente,
Que hubieran, sí, podido dignamente

Cantarla sin desdoro
Los inmortales con sus arpas de oro
Entre el estruendo de un millón de voces,
Cuando en los cielos terminó la guerra
Gigante de los dioses
Con los titanes, hijos de la tierra.

. . . .

La Libertad es un edén soñado,
Una especie de América escondida,
Que es preciso arrancar con heroísmo
De entre las sombras de un profundo abismo
Y al través de los mares de la vida!

¡A tí, el Colón de tan sublime empresa,
A tí, el caudillo de una gran cruzada,
Hoy te proclama, San Martín, la historia
El nuevo Aquiles de una nueva Iliada!
¡Héroe que á la inmortal obra de Cristo
Prestas el brazo y el valor de Marte,
Con la imagen del sol en tu estandarte
Trémulo el orbe de estupor te ha visto!
Tú, cuyo genio brilla
Como antorcha de luz para los pueblos,
Para los opresores como tea,
Mártir apóstol, redentor, soldado,
Que te presentas en la lucha armado
Mas bien que de una espada, de una idea,
Antes que al llanto tus soldados lleves,
Como en un nuevo Sinaí bendito,
Te paras sobre un trono de granito

En la región de las eternas nieves!
  Allí en tus huestes el valor exaltas,
Y lanzas, montado en tu corcel de guerra,
El mas bello estandarte de la tierra
Del planeta en las cúspides más altas!

  La diosa Libertad entre sus manos
Lo toma y dice: ¡Ved aquí el emblema
De vuestra redención, americanos,
Seguidlo al campo de la lid suprema!

  Y el planeta á su vez como un navío
Que el mar del infinito surca errante,
    Va paseando triunfante,
Del espacio en los vastos horizontes
Nuestro glorioso pabellón sagrado,
    Que flota enarbolado
En sus gigantes mástiles, los montes!

  Lavalle y Necochea
Como cachorros de león hambrientos,
Ganosos de probarse en la pelea,
Para abrirse camino
La ruda escarcha con sus sables rajan,
Y á modo de rugiente torbellino,
La áspera cuesta los primeros bajan.
  Por vez primera y sin perder sus bríos
Nuestro hermoso corcel, hijo del llano,
Bebió en los manantiales de los ríos
Que corren á morir al grande océano.

Al metálico estruendo de las armas
Y al marcial clamoreo de las huestes,
Los ecos de los valles respondían
Con la voz de los roncos huracanes
Y á su paso encendían
Sus rojas llamaradas los volcanes,
Cuyo brillo en la noche semejaba,
Iluminando su camino incierto,
La columna de fuego que guiaba
A los hijos de Israel en el desierto!

Después de rudo y áspero descenso
Hallan el enemigo, la batalla,
El triunfo ó el martirio; y cuando estalla
La voz del bronce y el primer disparo
De soledad en soledad retumba,
Su bronco trueno despertó en la tumba
La sombra de Lautaro
Que en medio al humo del combate denso
En forma de relámpago se lanza
Y repitiendo sin cesar venganza,
Cruza terrible en el espacio inmenso!
Afilado en las rocas de la cumbre
El hierro lleva, que á través de rios
De bosques y de páramos sombrios,
Trazó brillantes círculos de lumbre
Desde el Plata á los Andes
Y hasta el alto Perú, tierra encantada
Que baña el Amazonas con sus brazos;
Bajo sus golpes se rompió en pedazos

De Zaragoza y de Bailén la espada!
Y desgarrando el estandarte ibero,
Lo hizo con sus legiones
Por el polvo arrastrar, ¡roto en girones!

Esa espada que un tiempo
Desastillando cetros de opresores,
Hizo que ante ella con terror profundo
Se inclinen los altivos vencedores
De Bonaparte—¡vencedor del mundo!
Esa espada relámpago que hería
En las batallas al compás del trueno,
Era el gigante espíritu,
El pensamiento que surgió del seno
De la inmortal revolución de Mayo,
Cuando en brillante acero de pelea
Y en verbo alado se encarnó su idea,
¡Como el fluido eléctrico en el rayo!
Los soldados del ideal sublime,
Los voluntarios de la gran cruzada
Que los destinos de la patria amada
De la ominosa esclavitud redime,
Teniendo ante su vista
Por campo de batalla un continente,
Van coronados de laurel la frente
De un mundo á la conquista,
Cuando á ser libres ó á morir resueltos
Descienden á los llanos
A volcar tronos y á domar tiranos!
Como gigantes de otra edad, que envueltos,

Según cuentan las viejas tradiciones,
De alguna fiera con la piel diforme,
Iban armados de su maza enorme
A rendir monstruos y amansar leones!

. . . .

La grandeza de Dios no cantan solo
De la inmensa creación los esplendores
Con sus auroras fúlgidas del polo
Que en la nieve reflejan sus colores,
El eterno suspiro de la brisa,
Sus nubes de oro, y la perpetua risa
De la luz en las ondas y en las flores!
¡No! Que también en la gigante esfera
Donde piensa el mortal, obra y se agita,
La grandeza infinita
Del Creador de los orbes reverbera!
Porque dejando luminosos rastros
Al par revelan su poder fecundo,
En el cielo los astros,
Y las grandes acciones en el mundo!

En tanto que sostiene el equilibrio
Del universo y sus gigantes moles
Y sus menores átomos gobierna,
Cruza invisible en la extensión eterna,
Formando mundos y eclipsando soles,
Para fertilizar los continentes.
Y unir los pueblos y acercar las zonas,
Repletas las vertientes

Del Plata, el Marañón y el Amazonas!
Y en la revelación de las ideas
Y el soplo de las grandes intuiciones,
Comunica su espíritu á los pueblos
Y empuja á su destino á las naciones.
Por eso al campo de la lucha él mismo
Lanzó nuestras legiones,
Como una catarata de heroismo
Que revuelta y veloz, turbia, sombria,
Desde la cumbre descendió al abismo!
Y al sol de un nuevo día,
Con blancos copos que doró su lumbre
Desde el abismo salpicó á la cumbre!
¡Catarata del río de la historia
Que en torbellinos rápidos se alzaba
Y en cuya nube líquida brillaba
El inmenso arco iris de la gloria!

¡De nuestros héroes el torrente humano,
Que en Chacabuco y en Maipú rompiendo
La barrera fatal de tiranía
Con que de un pueblo hermano
La expansión de la vida se impedía,
Van á la lucha atroz y al sacrificio
Para que el sol alumbre,
Cuando los rayos de su disco vibre
Sobre cada región del continente,
Un pueblo independiente
En una tierra libre!
¡Para que sea como el mar y el viento

Amplia su acción en la terrestre esfera
Y libre y grande en la creación entera
Como el aire y la luz, su pensamiento!

¡Dejando á su memoria
Por monumento colosal los Andes,
Buscan espacios y órbitas mas grandes
Donde giren los astros de su gloria!
¡El mar los llama y sobre el mar se lanzan;
De la escuadra argentina
En la vasta extensión las naves flotan,
Y sus velas azotan
Vientos de Maratón y Salamina!

¡Van del estrecho á las ardientes zonas
Dando á los pueblos libertad y leyes,
Y desde el ancho Plata al Amazonas
Rompiendo de los reyes las coronas
Sobre la misma frente de los reyes!

¡Y hallan al fin de su triunfal carrera,
De una lucha inmortal cumplido el plazo,
Que el sol diadema de sus glorias era,
Y el asta colosal de su bandera
El monte Chimborazo!

Y ese tiempo pasó. ¡Los argentinos,
Entre la sangre, el polvo y la humareda
Que en pos de los combates siempre queda,

Pierden de vista el sol que sus destinos
Marcó en sus frentes con la luz de Mayo,
Y en lucha fratricida se ensangrienta
Un pueblo cuya vida es la tormenta
Y cuyo ardiente espíritu es el rayo!
¡Le trae de nuevo la ambición tiranos,
Toda una tempestad lleva en el alma,
Y sus coronas de laurel y palma
Mancha con sangre que sus propias manos
Vierten en guerra injusta contra hermanos!

¡La hiel del odio y el profundo encono
Que iban dejando tantas servidumbres
Entre las ignorantes muchedumbres
Que en triste llanto y mísero abandono
Yacian antes á los pies de un trono,
Subieron hasta el cielo, como sube
El vapor impalpable de la tierra
Que condensado formará la nube
Donde el rayo se encierra;
Nube de tempestad, de cuyo seno
Caerá como de una urna, del vacío,
Sobre los oprimidos, el rocío,
Sobre la sien del opresor, el trueno!

. . . .

Terminada que fué la heroica guerra,
Vuelven los hijos de la pampa un día
Al pobre rancho que su hogar encierra,
Y en premio á tanta hazaña

Los redentores de una tierra extraña
Se hallan esclavos en su propia tierra!

Siempre proscriptos en la triste zona
Del dolor, de la muerte y el olvido,
Se junta y eslabona
De su errante existencia en el destierro,
Al trabajo sin fin la eterna pena,
Como del prisionero en la cadena
Una argolla de bronce á otra de hierro!

¡Soñando en las grandezas del pasado,
Mi vida solitaria
Lleva el gaucho argentino, relegado
A la infamante condición del paria!
¡Pero al sentir que encuentra en su delirio
De paz, de dicha y libertad y gloria,
En la lucha el martirio
Y el desprecio después de la victoria,
Empuñando otra vez su vieja espada
Y el hacha del obrero
Dejando al tronco de un ombú clavada,
Huyó á los llanos donde su alma expande
Libre como el pampero,
Como el desierto grande!
¡Convertido en salvaje montonero
Del desierto volvió; volvió más tarde
A vengarse del amo que insolente
Lanzó un puñado de iras á su frente,
Le escupió el rostro y le llamó cobarde!

Su odio entonces esa raza esclava
En un rapto de cólera desborda,
Como el Océano una tormenta sorda,
Como el volcán su contenida lava,
Cuando en noche serena
Como incendio que alumbra el horizonte
Por la espalda del monte
Suelta en rizos de fuego su melena!

. . . .

Cada época del mundo
Tiene su eterna encarnación viviente,
Y un fiel emblema de su edad sin calma
Fué Rosas—ese espíritu fecundo
En sus instintos para el mal, y el alma
Salvaje pero grande de Facundo!
Carácter de héroe y corazón de fiera,
Que con sangre escribiendo en nuestra historia
Ingratos triunfos sin laurel ni gloria,
Semejaba en su rápida carrera
Astro incendiado que se lanza ciego
A seguir una inmensa trayectoria
Dando á las nubes un color de fuego!

Trás la revolución viene el tumulto,
Y arrebatada por pasión salvaje
La clase pobre, el elemento inculto,
Lanzado en el turbión del caudillaje,
Sigue á sus corifeos exaltados,
Angeles vangadores de los pueblos

Y apóstoles armados
De vagos ideales,
De confusos instintos que los llaman
Con rumbo á sus destinos inmortales,
Pero que haciendo de los pueblos mismos
Una horda inquieta y un sangriento bando,
Les iban con las lanzas señalando
Lejanos rumbos al través de abismos.
Y en ellos se lanzaron inexpertos.
Entonces, ¡ay! la Libertad sagrada
Que tiene eclipses como el sol, se ausenta,
Habla en la soledad de los desiertos
De nuestros padres con las sombras grandes,
Y arrastrando su túnica enlutada
Con ira santa, va á romper su espada
Contra las rocas de los altos Andes!

De allí sólo desciende
A vagar en las selvas correntinas,
O en la escondida soledad se pierde
De Yapeyú buscando las ruinas!
O á veces se lamenta al pie sentada
Del laurel que ha brotado siempre verde,
Sobre la tumba de Berón de Astrada;
Otra, en bosque de apartado valle,
Puesta en un campamento solitario,
La bandera argentina por sudario
Al cadáver de un mártir, de Lavalle!
¡El martirio es también una victoria
Si un noble ejemplo para el mundo queda!

Por eso al contemplar de Avellaneda
La cabeza insepulta, ensangrentada,
Sobre un madero en Tucumán clavada,
Posa en su frente su postrera lumbre,
Como al ponerse el sol, manda á la cumbre,
El destello de su última mirada!
O cual cóndor herido
Que va á posarse en lánguido desmayo
Sobre enorme peñasco carcomido,
Fragmento de montaña desprendido
De una cumbre gigante, por el rayo!

La errante libertad busca un asilo
De los proscriptos en el alma ardiente,
A quienes pudo el déspota inclemente
Segarlos de su espada bajo el filo,
Antes que hacerles doblegar la frente!
Sobre el arpa inmortal de Echeverría
Gime una larga y fúnebre elegía;
Y de Rivera Indarte con la pluma,
En las Tablas de sangre,
Pone del opresor ante la vista
De sus salvajes crímenes la lista.

Con la inspirada voz de los poetas
Canta al pasado y el presente llora,
Y á las turbas inquietas
Les muestra el porvenir, cielo que dora
De una lejana redención la aurora!

Toma de Mármol la robusta lira
Y de sus cuerdas sobre el bronce herido
Arranca un hondo y colosal gemido,
Trueno de indignación, pampero de ira,
Que va de boca en boca
Repetido en el mundo americano,
Como el rayo, al saltar de roca en roca,
A estrellarse en la frente del tirano!

Sin esas nobles luchas
Donde tu inquieto corazón te guía,
Donde tu altivo espíritu se expande
¡Gloriosa patria mía!
Hoy tu destino con la paz sería
Más venturoso, pero no más grande!
De esos desordenados elementos
De entre las ruinas de un caos salidos,
Juntando los fragmentos
Desechos y esparcidos,
Formó la Libertad, la nación nueva
Que al salir de una obscura nebulosa,
Como inmortal constelación, gloriosa,
En el cielo de América, se eleva.

Pueblo á la vez libertador y mártir,
Que en pocos años condensó en su historia
Siglos de luto y décadas de gloria,
Y en su marcha al progreso recorriendo,
De la vida en los ámbitos profundos,
La órbita universal en donde giran

Los hombres, las naciones y los mundos,
Y en su senda mezclando á la ventura
Huellas de sangre y brilladores rastros,
Tiene como los astros
¡Una faz luminosa y otra obscura!

Su lucha y redención es en la vida
De Hércules al martirio semejante,
Cuando después de la salvaje guerra,
En los bosques del mundo primitivo,
Domó los mónstruos que en la edad pasada
Infestaban la tierra.

Y una noche, vistiendo emponzoñada
La túnica fatal de Deyanira
Tinta en la sangre del centauro Neso,
Un fuego extraño por sus venas cunde,
Y del labio arrojando espuma blanca,
Del sufrimiento en el primer acceso,
Por arrancarla de su cuerpo, arranca
Sus carnes que caen hechas pedazos
Y con la fiebre intensa
De horrible paroxismo,
Hunde peñascos con sus fuertes brazos,
Arboles saca de raíz, y él mismo
Muriendo de dolor, convulso de ira,
En la cumbre de un monte
Forma una grande pira
Donde purificado por el fuego
Sobre brillante y tempestuosa nube

A la morada del Empíreo sube
¡Y en la vida eternal revive luego!
Al festín de los dioses convidado
Y ceñida la sien de una guirnalda,
Se reclina, inmortal, transfigurado,
¡De una diosa gentil sobre la falda!
Es de la eterna Juventud la diosa,
Que de las Musas entre el dulce coro,
Le brinda, sonriendo cariñosa,
El néctar celestial en copa de oro.
¡Nación de Mayo, estás ya de regreso
Sobre la senda de tu gran destino
Y de la vida en el festín divino
Te embriagas en el néctar del progreso!
A los pueblos hermanos
El llamamiento de tu voz invita,
Para que en signo de una eterna alianza,
Con la oliva pacífica en las manos,
Vengan á devolverte la visita
Que allá en gloriosos tiempos les hiciste
Cuando del suelo de su misma patria
La plena y grande posesión les diste!
Y alza la inteligencia soberana
Un nuevo templo en que el mortal encierra
Sobre tu suelo, ¡oh patria americana!
Los nobles frutos de la industria humana
Junto á los frutos de la madre tierra!
Y este hermoso y magnífico inventario,
Solemne exhibición de los portentos
Del arte y de la ciencia,

Es del trabajo el inmortal santuario
Y el templo de la paz por excelencia,
Ante el cual se derrumba
La pagoda, la iglesia y la mezquita
Que no son templos donde Dios habita
Sino de muertas religiones tumbas!
Allí, en ese espléndido torneo
Donde la oliva de la paz sagrada
Con la palma del triunfo entrelazada
Obtiene el vencedor como un trofeo,
Allí se mira en estupor profundo
Que el hombre el cetro á la natura arranca;
Allí se ostenta el esplendor fecundo
Del pensamiento humano, esa palanca
Con que se puede levantar el mundo!

Allí en noble y pacífica contienda
Van los soldados del combate diario
Del trabajo, á dejar sobre el santuario
Más digna y pura ofrenda
Que esos guerreros de la edad pasada,
Que de sangre cubiertos,
Colgaban de una encina consagrada
Despojos y armas de enemigos muertos!

Nuestra madre, la América bendita
Reina de los oceanos,
Toma, para acudir á nuestra cita,
La urna de la riqueza entre las manos
Y la vuelca abundosa

En los altares de esa fiesta hermosa!
Y asombra al mundo con la rica ofrenda
De los tesoros que su seno mana
Como odalisca de oriental leyenda
Que al hacer su tocado en la mañana,
Por recrearse en el rumor sonoro
Y verla duplicarse en el reflejo,
Sobre un bruñido espejo
De sus joyas volcaba el cofre de oro!

El sol en nuestro cielo reverbera
Y su imagen de fuego se retrata
Sobre las ondas límpidas del Plata
Y entre los pliegues de la azul bandera!
De la bandera azul que se levanta
Como un tiempo en la cumbre de los montes,
En el recinto de esa fiesta santa,
Para mostrarnos nuevos horizontes;
Horizontes sin límite,
Campos del porvenir, donde se expande
Tu espíritu inmortal, patria querida,
Pueblo nacido ayer y hoy ya tan grande!
Espléndida es el alba á cuya lumbre
Principias tu ascensión; anchas las sendas,
Y un día llegarás hasta la cumbre,
Y será el día en que tu marcha emprendas
Por todos los caminos de la vida
A tu fecunda actividad abiertos,
Cuando, para estupor de las edades,
Puebles de monumentos tus ciudades

Y de inmensas ciudades tus desiertos,
Lanzando á todos rumbos
La audaz locomotora,
Ese Alejandro de la edad moderna
Que el espacio devora,
Y al pensamiento humano
Lleva del orbe á la conquista eterna!
Que uniendo pueblos, transformando imperios,
Pasa bosques, llanuras, arenales,
Y estrecha los distantes hemisferios
Con sus brazos de hierro colosales!
Como la blanca enseña que una nave,
Cuando las ondas hiende
Entre el horror de tempestad sombría,
Para que sirva al náufrago de guía,
De los más altos mástiles suspende!
Así, ¡oh patria! tu espléndida bandera,
De la existencia sobre el mar profundo,
Llama á todos los náufragos del mundo
Para brindarles tu natal ribera!
Y es ella y todo el suelo americano
Como un regazo maternal abierto,
Donde esa parte del linaje humano
En la miseria y el dolor caída,
Con ansia, al orientar su rumbo incierto,
Puede encontrar la tierra prometida
Tras el viaje angustioso en el desierto!

¡Pueblo argentino, trono reservado
Para que reine un porvenir sin nombre,

Dios á la humanidad tu suelo ha dado
Y en tí encuentra una patria el desterrado,
El alma un culto y un hogar el hombre!

Su poder soberano,
Regio homenaje á tu beldad suprema,
Puso el rayo al alcance de tu mano,
Como alfombra á tus piés, el oceano,
Sobre tu frente el sol, como diadema!

De un profético sueño en las visiones
Ves que en el cielo, tu destino escrito,
Dice, que al frente irás de las naciones
A alzar en la creación nuevas creaciones
Y á tomar posesión del infinito!

ENRIQUE E. RIVAROLA

LA VUELTA DEL HÉROE

Á JOSÉ DE SAN MARTIN

De pie,—sobre la arena
Que acarician las olas que derrama
El turbulento Plata, en su carrera
De león, agitando su melena,—
Un pueblo entero, San Martín, te espera,
Un pueblo entero, San Martín, te aclama
Vencedor del olvido. De tu fama
Alza el laurel que conquistaste un día,
Cuando diste el relámpago á tu espada,
Que abatiera en la tierra esclavizada,
La frente de la vieja tiranía.
Alza el laurel guerrero,
Que vió el mundo caído en el proscripto,
Caído sí, pero jamás marchito.

Un día,—triste día—
Nuestro gran río,—murmurando á solas,
Bajo el casco de hierro
Con que la nave el oleaje hendía—
Lloraba en el gemido de las olas
El adiós del destierro.
Y eras tú el desterrado. Hecho pedazos

Debió caer, coloso de la guerra,
Tu corazón al extender los brazos
En el supremo adiós! Dejar la tierra
En que tanto sufriste;
La tierra en que naciste;
La tierra en que veías libertada,
A Yapeyú, la cuna en que tu infancia
Meciόse con risueñas alegrías,
Aspirando en sus bosques la fragancia
Derramada en sus flores;
La tierra redimida
En que atraviesa el Andes—el proscenio
En que lanzó sus vivos resplandores
La aureola de tu genio
El Andes con sus riscos y quebradas,
Y llanos que te dieron sus laureles,
Cuando fueron alzando tus corceles
Polvo de redención con sus pisadas!

San Lorenzo ¡Allí! Fué en las riberas
Que baña el Paraná, do incendió el rayo
El sable de tus huestes granaderas;
Do, desplegando al viento
El pabellón de Mayo,—
Retó á los opresores,—fué el aliento
Del soldado de América; el acento
De un himno que exitaba á la pelea;
El grito del combate furibundo;
La forma de una idea:
La libertad de un mundo!

Confuso vió el verdugo
El valor de la víctima, que, alzándose,
En su frente opresora quebró el yugo...
Y al primer eslabón de la cadena,
Que caía en pedazos,—la victoria
Sobre el pueblo argentino abrió las alas,
Sobre el héroe inmortal abrió la gloria!
Así pasaste el Andes!
Como inmensa avalancha
Que desprendida de la cumbre enhiesta,
En la corriente rápida se ensancha,—
Así la erguida cuesta
Tus soldados bajaban,
Los pueblos que esperaban
Les vieron descender como la lava
Que se desborda del volcán hirviente,
Y por el valle corre y serpentea...
Y rompió sus cadenas Chile, esclava;
Y entre las garras del león potente
Irguióse en la pelea.

Les vieron descender,—como desciende
Desde la nube, vengador el rayo,
Y luchar sin desmayo;
Les vieron vencedores
En la cuesta inmortal de Chacabuco;
Levantarse en Maipú con la victoria
De dos pueblos hermanos,
Y libertar la patria de los Incas
Cansada de ser trono de tiranos!

Vuelve! Vuelve! La América te espera!
Vuelve! Vuelve! á la patria que tu brazo—
Arma del genio—levantó en la historia!
Vuelve, y reposa envuelto en la bandera
Que desde el Plata al alto Chimborazo
Paseaste en la victoria!

Vuelve! y si nuestro aliento
En los días de lucha; que tu nombre
Revele tu grandeza al pensamiento;
Que el hombre en tus cenizas
Pueda animar sus fuerzas; que tu ejemplo,
De todos, San Martín, ejemplo sea;
Y cuando el pueblo lea
Bajo la augusta bóveda del templo
En letras de oro tu renombre escrito,
Medite con el alma con movida
Y recuerde—agitado
Del patrio amor que el corazón expande,—
Al héroe en el soldado,
Y en el proscripto al grande!

25 de Mayo de 1880.

PRIMAVERA LÚGUBRE (*)

Primavera gentil, al mundo tornas;
Vida, luz, esplendor sobre él derramas;

* Se publicó en el «Sud Americano», en el núm. 7, del 20 de Octubre de 1888, pág. 126.

De hojas, flores y pájaros adornas
Las antes secas y desnudas ramas.

Las leves alas fúlgidas abiertas,
Tocas los llanos y las altas cimas;
Te acercas á la flor y la despiertas,
Te avecinas al sol y lo reanimas.

Pasas sobre los campos y levantas
El débil tallo, las menudas hierbas;
En el murmullo de las aguas cantas
Y la bravura de la ola enervas.

Nido la golondrina hace en tu manto,
Y, del hogar bajo el tranquilo techo,
Resuena el canto, el armonioso canto
Que alegra el alma y que conforta el pecho.

Doquier vas el júbilo te espera,
Perfume al aire das, música al viento,
Y parece que el mundo recibiera
En tus cálidos besos el sustento.

Yo, solo en mis tristezas, Primavera,
Ciego para tu luz, sordo á tu arrullo,
Ni hallo en tu cielo el sol que el alma espera,
Ni músicas encuentro en tu murmullo.

Ya no me atrae el campo silencioso,
Ni á su plácida sombra la arboleda,
Ni el turbio arroyo, manso y perezoso,
Que en ondas grietas por el llano rueda.

Ni tus puestas de sol, ni tus auroras,
Dicen nada á mi espíritu sin bríos;
Ni es mi delicia ya pasar las horas
Jugando en la corriente de los ríos.

¿Por qué? Porque estoy solo sin alientos,
Y lejos de volar, que antes solía,
Entrega á los caprichos de los vientos
Sus alas rotas la esperanza mía.

Porque la enamorada compañera
Que encanto fué de mis mejores días,
Ya no puede como antes, Primavera,
Conmigo compartir tus alegrías.

Y aunque el retoño vigoroso rompa,
Por asomar al día, la corteza,
Y vista el mundo deslumbrante pompa,
Y prodiguen los cielos su belleza;

En la honda pena en que sin fuerzas yace
Envuelto en noche triste, en noche negra,
Sólo mi corazón ya no renace,
Sólo mi corazón ya no se alegra!

EN LAS OLAS

Sobre el barranco que festona el río,
Donde las olas en tumulto espiran,
Asído el brazo, con el pecho trémulo,
Mudos llegamos.

Ansia de vida y libertad salvaje
Arder sentía el corazón ahogado;
Ansia de amar, como amarán las libres
Aves del bosque.
Caía el sol, enrojeciendo el cielo,
Y envuelta en fuego, la ciudad tranquila,
Sobre las aguas proyectaba tenue,
Plácida sombra.
Pronto en la onda nos meció la barca,
Doblando el junco en la ribera fértil;
Y como un ave de la mar, las olas
Cortó ligera.
¿Hacia que playa? Hacia la playa extensa
Do el horizonte los abismo toca;
Á respirar del infinito al borde
Cálidas brisas!
Á amar en dulce y silencioso olvido,
Lejos del mundo y su miseria eterna;
Cerca del astro que elevó su erguida
Frente en la noche!
Ella mis manos oprimió en las suyas;
El arco alzó de sus pestañas negras;
Y fué, á su sombra, su mirada triste
Vasto crepúsculo!
¡Ah! yo sentía el despertar de un mundo
Al rayo azul de su primer mañana;
Rumor de selvas y cantar de pájaros,
Brisas y flores!
Fija en su rostro la mirada ansiosa,
La contemplé, cual si temiese verla

Súbita huir, como otras veces víla,
Luz en mis sueños!
Dije á los astros: «Recoged dos almas
Del infinito en la dorada puerta,
Y descubrid á su ansiedad el fúlgido
Cielo sin límites!»
Dije á las olas: «En la espuma móvil,
Lejos llevad nuestro primer suspiro;
Dad á la vida del amor el vasto
Piélago inmenso!»
Dije á su amor: «De mi existencia rápida,
Soplo de un día, pasajero sueño,
Toma las horas, y en corriente dulce,
Haz que se pierdan!»

SOLEDAD

De la verde alameda al fresco abrigo
Llevar mi amor á disfrutar quisiera,
Si pudiese tu amor venir conmigo.
Pasearíamos juntos la ribera;
Tú arrancarías las esbeltas flores
Que hace abrir la naciente primavera;
Yo encontraría en tu pupila inquieta
La flor de los ensueños del poeta;
Y apartados de un mundo de dolores,
Solos los dos, bajo ese cielo en calma,
Dejaríamos trémula en el alma

Desbordarse la luz de los amores!
  Aquí, bajo la sombra, donde pasa
Atravesando las tupidas ramas
El rayo tibio de la luz escasa,
Tú me dirías, sí, cuanto me amas!...
Me dirías tus sueños, tus secretos,
Que de vivir en tí viven inquietos;
Y en un exceso de pasión vehemente,
Darías con el soplo de un «te adoro»
Lluvia de perlas á mis sueños de oro,
Fresco rocío al corazón ardiente!
  Fieles testigos del amor sincero,
Entre las hojas las alegres aves
Traducirían en sus coros suaves
La frase balbuciente del «te quiero»...
Ellas verían nuestro amor gigante
Temblando en el suspiro que se exhala,
Y cruzar el espacio como un ala
Revoloteando por el cielo errante;
Y en tanto que vagásemos perdidos
Con incansable afán nos seguirían,
Y al par de nuestras almas alzarían
El canto del amor, sobre sus nidos!
  Árbol á cuya sombra llevo el paso;
Flor que te inclinas si te besa el viento;
De las cascadas lánguido lamento;
Sol de fuego que ruedas al ocaso;
Primavera que naces este día;
Y tú, callado cielo, muda calma,
Veríais como un soplo de armonía,

Cruzando el valle, atravesando el monte,
Ir dos cuerpos soñando con un alma;
Buscando en lo infinito su horizonte!...

Á ORILLAS DEL PLATA

Me place con el pampero
Esa tu lidia gigante,
Y el incansable hervidero
De tus olas á mis pies.

Esteban Echeverría.

Antes que el sol deslumbrador del día,
Desate, por la esfera
Desbordante de aromas y armonía,
Las hebras de oro de su luz primera,—
Yo desciendo á tus márgenes amadas,
Voy en busca de tí, gigante río,
Para escuchar las músicas que entonas,
Y respirar la brisa, el soplo frío
De tus olas, que ruedan agitadas
Como grupo de ondinas juguetonas.

Voy á admirar tus olas sin reposo
En continuo vaivén rizando espumas,
Y á contemplar los vastos horizontes
En que flotan inmóviles las brumas
Remedando las crestas de los montes
Do quiebra el sol su rayo cariñoso.

Sobre las toscas húmedas, verdosas,
Que salpican las olas plañideras
Al apagar sus voces bulliciosas
En la muda extensión de las riberas,
Caminando al azar, feliz me siento
Porque mío es el aire que respiro,
Y puedo levantar el pensamiento
En alto, libre y turbulento giro,
Sobre el confuso batallar del viento!

Emir, mi perro fiel,—el compañero,
Que, porque no traduce su alegría
En importuno palabreo, escojo,—
En la onda bravía
Se sumerge, valiente y altanero,
En busca de las piedras que le arrojo;
Y ofreciendo su pecho á la espumosa
Y rápida corriente,
Se vuelve hacia la playa silenciosa,
Y en el césped mojado
Deposita á mis pies, en cariñosa
Actitud reverente,
El objeto á las ondas entregado.

Así paso mis horas,
Horas de libertad, horas de vida,
Lejos del mundo y su luchar constante,
Entregando á las olas bullidoras
La nave de mis sueños, combatida
Sin tregua de un instante!

Así también, con ímpetu violento,
Deseos de gritar á veces siento!...
¡Tantas ansias ahogadas,
Guarda mi joven corazón amante!
¡Tantas aspiraciones olvidadas!

Y cuando el sol naciente,
Asomando en las nubes del Oriente,
Extiende sobre el río
Ancha faja de fuego que arrebola
Y hace chispear un rayo en cada ola;
Cuando á paso tardío,
O bajando un barranco con presteza,
Llega la lavandera con su lío
De ropa en la cabeza;
Y la locomotora,
Pesada y humeante, sobre el puente
Camina, rechinando, atronadora;
Y á lo lejos se escucha
El bullicio confuso de la vida
Con que despierta la ciudad dormida;—
Suspendo mi paseo
Y vuelvo lentamente,
Mientras oprimo el corazón, que siente
De ser puro y amar nuevo deseo!

Octubre de 1881.

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA *

> El descubrimiento de América es un segundo génesis: la creación de un nuevo mundo por el pensamiento del hombre.

I

A la orilla del mar el genio ardiente
Como la visión del porvenir á solas,
Revolvía los sueños en su frente
Y hundía su mirada entre las olas.

Era Colón. Su pensamiento inquieto
Con sed de fuego, con pasión salvaje,
Luchaba, disputando su secreto
Al confuso rodar del oleaje;
Luchaba, como el pájaro viajero,
A quien el mar al revolverse azota,
Mientras á impulso valeroso y fiero,
Abierta el ala infatigable flota.

De trono en trono errante,
Por una nave, cuya abierta lona
Cruce el inmenso mar, rauda y triunfante,
Ha mendigado al cetro y la corona.

* Premiada en los Juegos Florales celebrados por el Centro Gallego en Buenos Aires, el 12 de Octubre de 1882.

Ya,—la proa hácia el rumbo solitario,
Flotando altivas sobre el mar profundo,
Están las naves de inmortal memoria,
Colón! Colón! Ahí tienes tu calvario!
Ve á redimir con tu martirio un mundo!...
Isabel de Castilla, he ahí tu gloria!!

II

Allá van!... Allá van las carabelas,
En el airado mar cortando espumas;
La brisa palpitante hincha sus velas,
Y parecen, perdiéndose en las brumas,
Tres aves gigantescas que se alejan,
Y que en las olas agitadas dejan
Bañar sus blancas y rizadas plumas.

¿Hacia que playa ignota
Se dirigen las proas altaneras?...
El mar se yergue y ruge y las azota;
Doquier el horizonte sin riberas
Huye y se aleja la visión que flota
Por la sed del espíritu evocada;
Y las olas sucédense revueltas,
Cual si cayesen al abismo, envueltas
En rápida cascada!

Cielo y mar!... Por doquiera
La inmensidad en la azulada esfera,
Con las móviles ondas confundida!...

A veces, suspendida
Sobre las aguas, la lejana bruma
Quiebra el rayo de sol, bello y fecundo;
Y bañada de luz, blanca de espuma,
Deja soñar la aparición de un mundo!

El genio lo ha soñado!... Delirante,
En las noches azules y serenas,
Lo ha visto levantarse, palpitante,
Del lecho de coral de las sirenas.
Ha escuchado en los ecos los acentos
De sus selvas espesas y sombrías,
Pobladas de rumores y armonías—
Arpa en que juegan los ligeros vientos.
Ha visto el horizonte enrojecido
Por el volcán que en sus entrañas arde;
Y en las horas serenas de la tarde,
Cuando el mundo universo entra en reposo,
Ha soñado á sus pies al mar dormido,
Rodando su oleaje silencioso,
Sobre las mustias playas extendido!

III

Una rama, flotante en la corriente,
Una nave errante atravesando el cielo,
Y Colón, impaciente,
Asomando á sus ojos mudo anhelo,
Y sondeando, sibila misteriosa,
La franja gris que en el confín reposa,

Esperanza que nace y crece y brilla.
Duda que el alma en su esperanza hiere.
Horizontes huyendo ante la quilla.
Una ilusión que nace—Otra que muere.

Después... La inmensidad con su misterio.
El mar y el genio disputando á solas.
La sombra, siempre en perdurable imperio.
Rodando sin cesar, las turbias olas.
Visiones que se van. Duda que aterra.
Caos negro, profundo...
Un grito de expansión. Otro de ¡Tierra!
Colón, dueño de un mundo!

IV

América feliz! Tú que rompiendo
La onda movediza de los mares
Surgiste como Vénus de las aguas,
Con tus montes, tus selvas seculares,
Y sus voces, que el viento rumoroso
Lleva en ecos inciertos
A arrullar con su canto misterioso
La muda soledad de tus desiertos;
Tú—que—al sentir, vibrando en el abismo,
El genio de Colón que te evocaba,—
Sacudiste la frente adormecida,
Y sacaste del fondo, roto el velo,
El seno que en silencio palpitaba,
Para aspirar el soplo de la vida

Y contemplar la irradiación del cielo,—
Tú marchas adelante,—hacia el progreso!
Marchas al porvenir,—hacia la cumbre!
Y el sol al verte, con amante beso,
Te dió el calor de su encendida lumbre!

V

He visto, atronadora,
Cruzar el llano, atravesar el puente,
La audaz locomotora,
En cuyo seno hirviente
Se estremece la savia bullidora
Que da á los pueblos rebosante vida;
Y con roncos acentos,
Despertar á la selva adormecida,
En honda soledad; mas que á los vientos
Veloz vertiginosa en la carrera,
Sacudiendo en el aire estremecida
El haz de su revuelta cabellera!

He visto sobre el Plata,
En el vasto horizonte de las olas
Ruedan de blanca espuma coronadas,
Con velas desplegadas,
Avanzando la nave vogadora,—
Avanzando con raudo movimiento,
Como una ave que parte sobre el viento,
A saludar el rayo de la aurora!
La he visto, portadora—

En sus crugientes flancos, azotados
Por olas y huracán, viento y marea—
De cuanto el hombre crea
En su asidua labor; de cuanto admira
La ciencia audaz que en descubrir se afana,
Y el arte, vibración de eterna lira,
Relámpago de fuego de la idea,
Gloriosa antorcha de la estirpe humana!

Todo marcha adelante!
La muchedumbre, enjambre alborotado,
Marcha soñando al porvenir risueño
Y sin volver los ojos al pasado!
Tal el torrente rápido desciende
De la alta cima el erizado monte;
Tal, sobre duras rocas serpentea,
Buscando en la extensión del horizonte
La vasta inmensidad de la llanura;
Sus arbustos, sus sombras, sus rumores,
Donde pueda rodar su linfa pura
Sobre lecho de céspedes y flores!

VI

Ya no asola la horda del salvaje,—
Corcel sin freno,—al campo y las ciudades,
Ni marca, con el robo y el pillaje,
Su huella en las inmensas soledades.
No avanza con las iras de la ola,
Que á la enriscada playa empuja el viento,

Ni gime la «Cautiva»
Con un ¡ay! melancólico y ahogado
Llevando por las pampas, fugitiva
El cuerpo sin aliento de su amado!...
Hoy, de la noche en el sopor profundo
Se vé por la tiniebla, el paso incierto,
La silueta del indio vagabundo
Huir despavorido en el desierto!

VII

El mundo de Colón así despierta!
Así con sus victorias se levanta!
Y hoy, si la Musa su pupila incierta
Clava en el porvenir, se inspira y canta!
Allí está su misión. Allí la aurora
De un nuevo sol al despuntar chispea,
Y la alta cumbre de sus glorias dora.
Investiga la ciencia, el arte crea,
Y un pasado de errores se evapora
Ante ese sol del porvenir: la idea!

VIII

América, al trabajo! Altiva y fiera,
La selva tiembla: el tronco al hacha espera
Y al minero el tesoro en la montaña.
El monstruo del vapor, en su carrera,
No al sol brillante con su aliento empaña.

Mas recio que sus olas espumosas,
Al borde de tus ríos, tus ciudades,
Arrojan de sus masas populosas
Rumor de tempestad á las edades;
Rumor que lleva presuroso el viento,
De polo á polo inquieto y anhelante,
Y que hoy repite con viril acento:
América, adelante!

Buenos Aires, Setiembre de 1882.

LEOPOLDO DÍAZ

PATRIA

Patria es la tierra donde se ha sufrido,
Patria es la tierra donde se ha soñado,
Patria es la tierra donde se ha luchado,
Patria es la tierra donde se ha vencido,

Patria, es la selva, es el obscuro nido,
La cruz del cementerio abandonado,
La voz de los clarines, que ha rasgado
Con su flecha de bronce nuestro oído.

Patria es la errante barca del marino,
Que en el enorme piélago sonoro
Deja una blanca estela en su camino.

Y patria es el airón de la bandera
Que ciñe con relámpago de oro
El sol, como á una virgen cabellera.

LA LENGUA CASTELLANA

Lengua de mis abuelos, lengua mía,
Nada iguala tu música sonora
Ni tu dulce cadencia, donde mora,
Cual en Castalia fuente, la armonía.

De soberbios cambiantes, como el día,
Infinitas riquezas atesora
Tu voz cuando maldice ó cuando implora,
En la duda, en el triunfo, en la alegría.

Tienes acentos de clarin lejano,
Rumores de torrente americano,
Quejas de viola, arrullos de salterio:

En la lira de bronce del poeta,
Unes, al huracan la brisa inquieta,
Y al claro sol, penumbras de misterio.

EL SONETO CASTELLANO

Lope divino consagró el soneto:
Orna su yelmo con penacho de oro,
Y de su ritmo en el andar sonoro
Une la gracia y el reir discreto.

El gran Cervantes le ofrendó en secreto
De Aladino las gemas, el tesoro,
Y con el fasto de un califa moro
Dió el entrambote al último terceto.

Los Argensola, con murmullo suave,
Quevedo, en alto pensamiento grave,
Góngora y Tirso, con fulgor de luna.

Cincelaron el vaso de armonía,
Anfora rebosante de ambrosía.
Y le dieron su nombre y su fortuna.

EL POETA QUE VENDRÁ

Vendrá el poeta que tus glorias cante,
Madre inmortal, América latina,
Bardo de excelsa inspiración divina
Que monumento á tu esplendor levante.

La lira falta del Aeda errante
Que oiga el poema de la cumbre andina,
El rumor de la Pampa sibilina
Y la solemne voz del mar Atlante;

Que pinte la opulencia de tus ríos,
De tus bosques hirsutos y bravíos,
Donde el sol tropical su luz derrama;

Y orientando al futuro el pensamiento.
En toda obscuridad ponga una llama,
Lance una profecía en cada viento!

LAS CARABELAS

Monge humilde, gallardo caballero,
Orgulloso mendigo que se baña
En el oro del sol, grande de España
Vagabundo, soldado, vil pechero.

El que agita la cruz ó blande acero,
Capaz de abnegación ó heroica hazaña,
Todo el que sienta en varonil entraña
Latir un corazón de aventurero:

Ceñid el férreo casco y la armadura;
Allá, tras de la ignota mar obscura
Resplandecen Atlántidas sin dueño;

Y al rumor del alisio entre las velas,
Cruzarán la extensión las carabelas,
Las raudas carabelas del Ensueño!

JESÚS

El viejo paganismo dirigía
Mirada ansiosa al porvenir distante,
Cuando Jesús, aurora fulgurante,
En la noche del mundo amanecía.

Amaba el infortunio... Se nutría
De paz y de verdad con fe gigante,
Y por los montes de Judea, errante,
Nueva luz en las almas encendía.

Humilla al poderoso, al altanero,
Siembra la caridad en su camino,
Abre su corazón al pordiosero.

La víctima expiatoria del destino;
Y más grande que Sócrates severo
Expira bendiciendo á su asesino.

SATAN

A Joaquín V. González.

Mudo, de pie, sobre el peñón erguido
Se agita en la tiniebla el condenado;
La cólera divina aun no ha doblado
La indómita cabeza del vencido.

Su rostro por el rayo ennegrecido
De nuevo yergue el inmortal forzado,
Y como Prometeo encadenado
Crece el orgullo de Satán caído.

Es el primer rebelde, el primer grito,
La más altiva imprecación lanzada
Ante la augusta faz del infinito.

La primera ambición desenfrenada
Y la horrible serpiente del delito
Que entre la sombra se retuerce airada.

VÉRTIGO

Cuando tiende la noche en torno mío
De sus sombras la túnica enlutada,
Abre en la azul inmensidad callada
Sus fauces tenebrosas el vacío.

De lo insondable y misterioso el frío
Me llega al corazón, y me anonada
Esa atracción siniestra de la nada,
Y de mi pobre pequeñez me río.

Si el vértigo sufriste y la locura
Del insondable afán que no me calma,
¡Oh Tántalo! me explico tu amargura!

Y en los terrores infinitos creo
De aquel que mira el interior de su alma
Y no encontrando á Dios, se siente ateo!

BYRON

Heredero de Milton el coloso,
Nació del norte en la región sombría
Cual entre brumas aparece el día
Destacando su seno luminoso.

Espíritu gigante y tempestuoso
Preñado de tormentas y armonía,
El corcel de los siglos detenía
Unciéndolo á su carro victorioso.

Soñador inmortal, cóndor britano,
Desterrado de Albión cruza tranquilo
Las olas turbulentas del oceano.

Grecia le brinda su sagrado asilo
Y vuela á combatir como espartano
Por las tumbas de Leonidas y Esquilo!

HOMERO

Ruedan los siglos á la oscura nada,
Mientras el nombre del divino Homero,
Su luz esparce sobre el mundo entero
Que repite los cantos de la Iliada.

Cuando la humanidad desesperada
Marche al azar por lóbrego sendero,
Y el rumor de su grito lastimero
Vibre en la inmensa bóveda enlutada:

Como un astro gigante de la altura
Proyectará tu genio soberano
Raudal de luz sobre la edad futura.

Y rasgando las sombras del arcano
Tu gloria, Homero, brillará más pura,
En la avalancha del turbión humano!

SAN MARTIN

Desplegaron los cóndores el vuelo,
Himno vibrante el mar alzó á su paso,
Cuando iba, como un sol hacia su ocaso,
A hundirse entre las sombras de su duelo.

Ahogar la esclavitud era su anhelo,
Y libre, un mundo, levantó su brazo;
E irguióse á saludarlo el Chimborazo,
Agitando su túnica de hielo.

Inspirada sibila del futuro,
América es más grande en la memoria
De los que fueron su invencible muro

Su refulgente triángulo de gloria:
Bolivar inmortal, Washingtón puro
Y San Martín, gigante de la historia.

EDAD DE PIEDRA

El hombre antiguo, rey de la espesura,
Con las formas de un Hércules salvaje
Sintió de las miserias el ultraje,
Del dolor y del hambre la tortura.

Vence al león en su caverna oscura,
Su piel le sirve de impotente traje,
Del mar escucha el férvido oleaje
Y á Dios presiente en la infinita altura.

Forja el hacha de Silex brilladora,
Y del sol á los rayos centellea
En su carcaj, la flecha silbadora.

Cruza el torrente, el ámbito sondea,
Y en su espíritu audaz, dominadora,
La viva luz de la razón clarea.

EDAD DE BRONCE

Es la edad de la Iliada y la Odiséa.
En su lira de bronce Homero canta,
Fidias, el regio Portenón levanta,
Y la estrofa de Esquilo centellea.

Brilla la inspiración; el Arte crea.
Y Roma, que en el triunfo se agiganta,
El orbe antiguo encadenó á su planta
Y se embriagó con sangre en la pelea.

Cruza los mares fúnebre alarido,
Que de pavor helando al navegante,
De ola en ola se aleja repetido.

Y del ocaso al resplandor incierto,
La voz del paganismo agonizante,
Dice al mundo que Júpiter ha muerto.

EDAD DE HIERRO

La noche medioval. Hondo lamento
Anuncia el fin del mundo esclavizado,
Y en el heroico pecho del cruzado
Vibra del fanatismo el rudo acento.

Enmudece el altivo pensamiento,
Y símbolo vetusto del pasado,
De trepadoras hiedras coronado,
Frente al muro feudal, se alza el convento.

La negra sombra de la duda avanza,
Ruge la libertad en lontonanza,
Y es la ciencia crepúsculo indeciso.

Agonizan los dogmas seculares,
Y en el alma del hombre, los pesares,
Anublan la visión del Paraíso.

EDAD DE ORO

Pasó la noche. Resplandece el día.
Audaz surcando el piélago profundo,
Colón, sorprende el despertar de un mundo
Que en misteriosa oscuridad dormía.

Képler indaga en la extensión vacía
La ignota ley del astro vagabundo,
Y Gutenberg, innovador fecundo,
Abre á la ciencia esplendorosa vía.

Brilla en la frente del linaje humano;
Con resplandores de inmortal diadema,
La luz del pensamiento soberano.

Lutero agita la razón por lema,
Y el fanatismo se retuerce en vano
Ante el fulgor de la verdad suprema.

LEOPOLDO LUGONES

PREFACIO

Lector, este ramillete
Que mi candor te destina,
Con permiso de tu usina
Y perdón de tu bufete;

No significa en ninguna
Forma, un anárquico juego,
O un desordenado apego
Por las cosas de la luna.

Pasatiempo singular
Tal vez, aunque harto inocente,
Como escupir desde un puente
O hacerse crucificar;

Epopeya baladí
Que, por lógico resorte,
Quizá sirva á tu consorte
Para su five o'clock tea...

Perdóname las cadenas
De amor, que me llagan vivo;
Nadie disputa al cautivo
La libertad de sus penas.

Mi flaqueza vencedora
Lleva consigo el desquite,
Si al mismo mar se le admite
El sonrojo de la aurora.

Mas yo sudé mi sudor
En mi parte de labranza,
Y el verde de mi esperanza
Es primicia de labor.

Obrero cuya tarea
Va sin grimas ni resabios,
Mientras á flor de sus labios
Un aria vagabundea...

1905.

CISNES NEGROS

A Mariano de Vedia.

La tarde en muelle lasitud declina
Ligeramente enferma, y el ambiente
Está suave como una muselina
Habitual, cuyo roce no se siente.

Abrúmase el estanque; entre los juncos
Una vieja piragua se desfonda,
Quizá arrastrando los recuerdos truncos
De algun drama de amor sobre la onda...

Para que el kiosco en su cristal se marque
Con la trivial fidelidad de un calco,
Reposa el agua; el nemoroso parque
Tiene una majestad de catafalco.

Hay una estatua entre la fronda obscura;
Abstracto albor su desnudez aviva,
¡Y como impone al bosque la mesura
De su castidad grave y pensativa!

Adquiere la alameda encanto agreste—
Su ámbito, diluyendo las siluetas,
Acaba en una infinitud celeste
Que la tarde sembró de violetas.

Duerme el estanque en su matiz de plomo;
Mas, fina rama ó invisible vuelo,
Rizan su frágil superficie como
Una felpa frisada á contrapelo.

Y esa fugaz tremulación del agua
Fuera la única inquietud acaso,
Si no surgieran junto á la piragua
Tres enlutadas de indolente paso.

Casi niñas las tres, sus brazos flojos
Con prematuro afán siegan quimeras,
Y asombra lo profundo de sus ojos
Y la devastación de sus ojeras.

Como un temple sutil vibra el linaje
En sus nervios; un áspero pregusto

De voluntad, aun bajo del encaje
Dá al mórbido mentón algo de adusto.

Sabrán sufrir y odiar, pero se augura
Que ya agobiadas de ancestral flaqueza,
Su odio es más ironía que amargura
Y su mal es esplín más que trisetza.

Su palidez ya casi luminosa
Las vuelve mas esbeltas y mas leves,
Como evocando la asunción gloriosa
De un diáfano crepúsculo en las nieves.

Y sus cabellos de fragancia queda
Que artístico alfiler prende y alhaja,
Hacen pensar en la excesiva seda
De un insecto anormal que se amortaja.

Una se yergue con aciago hastío,
Y en la obsesión fatal que la acomete,
Presenta á la pasión en desvarío
La atracción inquietante de un florete,

El Deber como un ayo antiguo y lerdo,
Fastidia su inconciencia soñadora
Regañando al pasar (¡ah, qué recuerdo
De un pecado mortal me asalta ahora!)

Sus ojos miran cual los de una ciega,
Sin expresión, sin rumbo, sin visiones,
Y la estupefacción que los anega
Anticipa espontáneas perversiones.

Son sus labios capullo en que rebosa
Sangre de esclavos por nutricio jugo,
Fatigándose en ellos la golosa
Beatitud de un ídolo verdugo.

La otra tiene por todo distintivo
Un menudo lunar junto á su cuello,
De cuando en cuando un ademán cursivo
Como el céfiro, alisa su cabello.

Bagatela jovial, sólo en la liza
De algun fútil amor sufrió quebranto,
Y ese lunar que la individualiza
Como el tilde á la *forma su encanto*.

Adora las baladas «A la Luna»—
Sabe un poco de Schummann, no muy triste,
Y corona superflua como una
Cinta, el viejo blasón que ya no existe.

Pero la estirpe, de altivez dechado,
La agobia en su magnífico decoro.
(¡Oh prima á quien pudiera haber amado
Cuando tenía un corazón de oro!)

Sellando la piedad lúgubre y rica
De su luto, con fiel recogimiento,
La tercera en el agua se duplica
Como un joven ciprés ya macilento.

Sugiere en la quietud casi nocturna,
La ilusión de un cariño que se yerma

En la melancolía taciturna
De amar sin esperanzas á una enferma.

(Las nobles fuentes que el jardín decoran,
Gimen en la abismada lejanía,
Con esos balbuceos que ya lloran
Y que no son palabras todavía).

Sueña quizá las acuitadas trovas
De amadores heridos de pesares,
Por quienes en sus ríspidas alcobas
Plañeron Berenguelas y Guiomares;

O en el novio ideal, mancebo blondo
Entrevisto por la íntima persiana,
Que á la tarde pasó, miró muy hondo,
Y que no volverá á pasar mañana...

La noche da á las tres aire de esfinge;
Y el negro traje al agravar la duda,
Con la caricia de sus curvas finge
Líquida ondulación que las desnuda.

Cuando de pronto, con ligero arranque,
En su blancura casi refulgente.
El solitario cisne del estanque
Boga hacie ellas armoniosamente...

PARADISIACA

Cabe una rama en flor busqué tu arrimo.
La dorada serpiente de mis males
Circuló por tus púdicos cendales
Con la invasora suavidad de un mimo.

Sutil vapor alzábase del limo
Sulfurando las tintas otoñales
Del Poniente, y brillaba en los parrales
La transparencia ustoria del racimo.

Sintiendo que al azul nos impelía
Algo de Dios, tu boca con la mía
Se unieron en la tarde luminosa,

Bajo el caduco sátiro de yeso,
Y como de una cinta milagrosa
Ascendí suspendido de tu beso.

HOLOCAUSTO

Llenábanse de noche las montañas,
Y á la vera del bosque aparecía
La estridente carreta que volvía
De un viaje espectral por las campañas.

Compungíase el viento entre las cañas,
Y asumiendo la astral melancolía,
Las horas prolongaban su agonía
Paso á paso á través de tus pestañas.

La sombra pecadora á cuyo intenso
Influjo, arde tu amor como el incienso
En apacible combustión de aromas,

Miró desde los sauces lastimeros,
En mi alma un extravío de corderos
Y en tu seno un degüello de palomas.

AMAPOLA

Con su saya de viejos brocateles
Iba Clori sabrosa hacia la trilla,
Y al verla entre las mieses amarillas
Inflaban sus riñones los donceles.

Evocaban fandagos y rondeles
En las medias punzó sus pantorrillas,
Y la sangre pintaba en sus mejillas,
Como una dehiscencia de claveles.

Sonó un beso...Los vahos del rastrojo
Se fatigaban en la ardiente brisa;
Y mientras Clori con fingido enojo

Sonreía, ajustando su camisa,
Brotó un menudo pececito rojo
Del trémulo coral de su sonrisa.

EL SOLTERON

I

Largas brumas violetas
Flotan sobre el río gris,
Y allá en las dársenas quietas
Sueñan obscuras goletas
Con un lejano país

El arrabal solitario
Tiene la noche á sus pies,
Y tiembla su campanario
En el vapor visionario
De ese paisaje holandés.

El crepúsculo perplejo
Entra á una alcoba glacial,
En cuyo empañado espejo
Con soslayado reflejo
Turba el agua del cristal.

El lecho blanco se hiela
Junto al siniestro baúl,
Y en su herrumbrada tachuela
Envejece una acuarela
Cuadrada de felpa azul.

En la percha del testero,
El crucificado frac
Exhala un fenol severo,
Y sobre el vasto tintero
Piensa un busto de Balzac.

La brisa de las campañas,
Con su aliento de clavel,
Agita las telarañas
Que son inmensas pestañas
Del desusado cancel.

Allá por las nubes rosas
Las golondrinas, en pos
De invisibles mariposas,
Trazan letras misteriosas
Como escribiendo un adiós.

En la alcoba solitaria,
Sobre un raído sofá
De cretona centenaria,
Junto á su estufa precaria
Meditando un hombre está.

Tendido en postura inerte
Masca su pipa de boj,
Y en aquella calma advierte
¡Qué cercana está la muerte
Del silencio del reloj!

En su garganta reseca
Gruñe una biliosa hez,

Y bajo su frente hueca
La verdinegra jaqueca
Maniobra un largo ajedrez.

¡Ni un gorjeo de alegrías!
¡Ni un clamor de tempestad!
Como en las cuevas sombrías,
En el fondo de sus días
Bosteza la soledad.

Y con vértigos extraños,
En su confusa visión
De insípidos desengaños,
Ve llegar los grandes años
Con sus cargas de algodón.

II

A inverosímil distancia
Se acongoja un violín,
Resucitando en la estancia
Como una ancestral fragancia
Del humo de aquel esplín.

Y el hombre piensa. Su vista
Recuerda las rosas té
De un sombrero de modista...
El pañuelo de batista...
Las peinetas... el corsé....

Y el duelo en la playa sola:
Uno ... dos ... tres ... Y el lucir
De la montada pistola...
Y el son grave de la ola
Convidando á bien morir.

Y al dar á la niña inquieta.
La reconquistada flor
En la persiana discreta,
Sintióse héroe y poeta
Por la gracia del amor.

Epitalamios de flores
La dicha escribió á sus piés,
Y las tardes de colores
Supieron de esos amores
Celestiales... Y después...

Ahora, una vaga espina
Le punza en el corazón,
Si su coqueta vecina
Saca la breve botina
Por los hierros del balcón;

Y si con voz pura y tersa,
La niña del arrabal
En su malicia perversa,
Temas picantes conversa
Con el canario jovial;

Surge aquel triste percance
De tragedia baladí;

La novia... la flor... el lance
Veinte años cuenta el romance,
Turguenef tiene uno así.

¡Cuan triste era su mirada,
Cuán luminosa su fe
Y cuán leve su pisada!
¿Por qué la dejó olvidada?...
¡Si ya no sabe por qué!

III

En el desolado río
Se agrisa el tono punzó
Del crepúsculo sombrío,
Como un imperial hastío
Sobre un otoño de gró.

Y el hombre medita. Es ella
La visión triste que en un
Remoto nimbo descuella;
Es una ajada doncella
Que le está aguardando aún.

Vago pavor le amilana,
Y va á escribirla por fin
Desde su informe nirvana...
La carta saldrá mañana
Y en la carta irá un jazmín.

La pluma en sus dedos juega;
Ya el peligro tiene el doblez;
Y su alma en lo azul navega.
A los veinte años de brega
Va á escribir *tuyo* otra vez.

No será trunca ni ambigua
Su confidencia de amor
Sobre la vitela exigua.
¡Si esa carta es muy antigua!...
Ya está turbio el borrador.

Tendrá su deleite loco,
Blancas sedas de amistad
Para esconder su ígneo foco.
La gente reirá un poco
De estos novios de otra edad.

Ella, la anciana, en su leve
Candor de virgen senil,
Será un alabrastro breve.
Su aristocracia de nieve
Nevará un tardío abril.

Sus canas, en paz suprema,
A la alcoba sororal
Darán olor de alhucema,
Y estará en la suave yema
Del fino dedo el dedal.

Cuchicheará á ras del suelo
Su enagua un vago frú-frú,

¡Y con qué afable consuelo
Acogerá el terciopelo
Su elegancia de bambú!...

Así está el hombre soñando
En el aposento aquel,
Y su sueño es dulce y blando;
Mas la noche va llegando
Y aun está blanco el papel.

Sobre su visión de aurora,
Un tenebroso crespón
Los contornos descolora,
Pues la noche vencedora
Se le ha entrado al corazón.

Y como enturbiada espuma,
Una idea triste va
Emergiendo de su bruma:
¡Qué mohosa está la pluma!
¡La pluma no escribe ya!

ROMÁNTICA

A Amado Nervo (de México)

Tu recuerdo es como un olor de rosas,
A cuya sugestión mi pecho siente,
Esa melancolía de las cosas
Que guarda el aposento de un ausente.

La última tarde, como el viento fuera
Un poco más cordial que en estos días,
Llegó esa exhalación de primavera
Al huerto de mis breves alegrías.

La glorieta con su ámbito desierto
Evocaba tus largos peinadores,
Y dorado de otoño hacía el huerto
La caridad de sus postreras flores.

En el lago espectral, la clara luna
Que da el insomnio del amor aciago,
Regaba sus fulgores como una
Camelia deshojada sobre el lago.

Alguno refería en la enramada
La historia de un amor, ahora yermo,
Con la voz temerosa y mesurada
Como en consulta sobre un niño enfermo.

Y tu nombre surgió de aquella obscura
Narración, avivando ignotas huellas;
Y al eco de tu nombre en la espesura,
Toda mi noche se nevó de estrellas.

Y te ví como en esa hora distante,
Cuando al efluvio de amistad que deja
Tu falda, me sentí un poco gigante,
Y bueno como un ángel ó una oveja;

Como en ese crepúsculo sombrío,
Cuando ante el duelo de las hojas mudas,

Nuestras almas vistiéndose de hastío,
Se parecían como dos viudas...

En esa tarde y ésta, iguales miedos;
Igual tristeza en el follaje inerte;
Y tú á mi lado y en tus finos dedos
Una sutil insinuación de muerte.

Mi huérfano dolor, como un ropaje
Demasiado magnífico, te abruma;
Mientras tu fantasía, en un miraje
De arborescencia capilar se esfuma.

Y ese miraje cuya sombra arranca
Toda su luz á tu mirada fija,
Está flotando en la tiniebla blanca
Del ópalo que adorna tu sortija.

Con languidez de plenilunio boya
En descompuesta carnación de almendra,
El ánima fluída de la joya
Que en gota de coñac su luz acendra.

A su influjo despiertan mis cautivas
Penas, renace mi abatido encanto,
Y me acojo á tus manos evasivas
Para que el pecho no me duela tanto.

Son pobre lenitivo á mi amargura,
La aquiescencia trivial de tu elegante
Sombrilla, y la etiqueta un poco dura
Que autoriza la punta de tu guante.

Tu carne se congela en alabastro,
Y mi palabra, en tí, solo despierta
Una vaga sonrisa, como el rastro
De una hoja seca sobre el agua muerta.

Fúnebre es tu candor adolescente
Que la luna sonámbula histeriza,
Y el perfume de nardo decadente
En que tu alma pueril se exterioriza.

Fría en el mármol cruel de tu inocencia,
A la hosca fiera que en mi amor te brama,
Sonríe tu romántica indolencia
Rebuscando actitudes de gran dama.

La fiera se deslumbra en el destello
Que tu collar adamantino arroja,
Y la apacientas con tu fino cuello
Que en su agua de iris el diamante moja.

Pero hay algo de tí, caricia leda
Que en mi revive; tu perfume acaso,
Que como una sutil cinta de seda
A tí me arrastra, y me insinúa al paso.

Que tus ojeras lánguidas no mienten.
Y mientras desde la pradera obscura,
Las azucenas pálidas asienten
Al galante cariz de la aventura;

Mientras á mi hábil asechanza esquiva,
Fuga en sus pliegues ágiles tu falda,

Y con escalofríos de piel viva
Se ajusta el raso á tu armoniosa espalda;

Mientras junto á la náyade oportuna,
Finge tu cuerpo, en abandono blando,
Esas melancolías que son una
Pereza triste de seguir amando;

Aquel ingenuo amor de los serenos
Días, á nuestras ansias siempre tardos,
Ha empezado á placerse entre tus senos,
Como abeja dichosa entre los nardos.

Tu boca elude aún la impía falta
De mi beso, en que tu alma padecía;
Mas ya tus ojos que el recuerdo exalta,
Se entenebrecen llenos de la mía.

La tibia seda que en tus rizos toco,
Mórbido aroma en mis entrañas vierte,
Y siento que me invaden, poco á poco,
Ideas de mi madre y de la muerte.

Y recuerdo los versos de otros días;
Aquellos seres místicos y raros,
Que en su estricto lenguaje de armonías
Traducen incurables desamparos;

Y el epígrama en que, con hábil tino,
La ironía, en epítetos de mofa,
Vibra como una flecha de oro fino
Sobre el arco de acero de la estrofa;

Y los cantares que mi amor te expresan
—Estrofas agradables á tu oído—
En que las rimas dóciles se besan
Tal como las palomas en un nido.

Pues todas las canciones en que flota
Algo mío, alegrías ó dolores,
Están en tí como en la misma gota
De miel, los jugos de diversas flores.

En las sombrías noches de ventura
Guían con clara luz tus mismas huellas,
Porque cuando el amor te transfigura,
No tienes sombra como las estrellas.

Renueva aquí, bajo el follaje espeso,
La inquietud de los tálamos viudos,
Y te parecerá que á cada beso
Brota una flor entre tus labios mudos.

Cosecharemos flores; mi opulento
Jardín, te brindará filtros extraños;
Y como el dulce ruiseñor del cuento,
Te encantaré en mi amor trescientos años.

EL MAL INEFABLE

Allá sobre el oleaje macilento
Su última lividez consume el día,
Y el tenebroso azul del firmamento
Se abisma en sideral melancolía.

Olas y nubes, dunas y pinares,
En bloque colosal la noche integra,
Al dilatar por montes y por mares
La inmensidad de su mirada negra.

En trivial situación de Paraíso
Mi corazón exalta tu hiperdulia,
Mientras que del salón llega, indeciso,
Un rumor de Chopín y de tertulia.

Lozanas de canícula las rosas,
Bajo la brisa litoral que arrecia,
Inspiran como damas voluptuosas
Una aromática embriaguez de especia.

La amable luna en su postrera fase
Algo casi fatal pone en tu ceño,
Y en tu alma, joya de primera clase,
Brota á su luz congénere el ensueño.

Sobre el mínimo seno tu franela
Pectoral, de enfermiza, te asesina;
En tu grácil albor se aterciopela
La ternura infantil de la eglantina.

Pulida como el agua, en tu pureza
Hay el frío de un alba sin sonrojos,
Y el cielo se duplica en la franqueza
Perseverante de tus grandes ojos.

En cita que consagra mi fortuna,
Mi transporte se vuelve un poco necio

Ante tu honor, y fútil como una
Mariposa, es tu ósculo sin precio.

Inmoviliza en tumba de mosaico
El palaciego estanque su fastidio,
Mientras le evoca el plenilunio arcaico
Familiares ideas de suicidio.

Desde el balcón divinizarse deja
Tu mirada su lánguido apogeo,
Y la luna suspende de tu reja
La quimérica escala de Romeo.

A la amorosa sugestión del astro
La ninfa del jardín sus gracias une,
Y su blanca ceguera de alabastro
Ampara nuestra soledad impune.

La certidumbre de tu amor lejano,
Que á fúnebres azares se encomienda,
Trocó á mi corazón, trivial Fulano,
En un excelso prócer de leyenda.

Paladín que muriéndose en la llama
De deleitoso mal con que le aflijes,
Es, á pesar de su valiente fama,
Fruslería *keepsake* entre tus dijes...

Esta noche, la luna que agoniza,
Tu fichú bajo el cual se angustia el asma,
El mar meciendo apenas su baliza—
Tienen no sé qué encanto de fantasma.

La brisa insomne, desde su retiro
Bajo lúgubres árboles suspenso,
Comunica en romántico suspiro
Su honda palpitación al parque inmenso.

El último estribillo de un romance
Agranda el bloque de silencio inerte,
Y nuestro amor, en desolado trance,
Se prepara al olvido y á la muerte.

AVE MIA GRATIA PLENA

Abre la flor su tímido capullo
A las temperies del ambiente amigo,
Y la tórtola agreste con su arrullo
Anuncia ya la madurez del trigo.

El paisaje, algo adusto en su atonía,
De nuestro grave amor forma el emblema;
Los crepúsculos visten todavía
Un raso gris de distinción suprema.

Ese tono angustiosamente vago,
Ahonda una tristeza nada ingrata;
El agua serenísima del lago,
Sensible como un cutis, se amorata.

Tras del sauzal desnudo que se encorva
Sobre ella, el cielo diáfano clarea

Su azul de frialdad un poco torva
Como las castidades de una fea.

Y la invernal beatitud se obstina
En dar, con su mutismo visionario,
A tu aquiescente luto de sobrina,
Una solemnidad de aniversario.

Mas la otra tarde, á la hora en que se esconde
El sol, y como en vísperas de ausencia
Las manos se unen más, no sé de donde
Nos llegó una floral evanescencia.

Elucidando tu ideal sin norma,
Su soplo, con tibiezas mortecinas,
Fué el invisible cuerpo que dió forma
Al flotante guipur de las cortinas.

En la umbrosa avenida que se aleja
Hacia quien sabe que misterio eclógico,
Evocaste la clásica pareja
De algún amable infierno psicológico.

Avanzaban los dos en la vislumbre,
Profundizando la íntima ternura
De tu piedad, con una certidumbre
Tan dulce de morir, que era ventura.

Y te dije—«¿te acuerdas?...» Y tus ojos
Me dijeron—«¿te acuerdas?»... Y un reproche
En que había más lástimas que enojos,
En nuestra alcoba anticipó la noche.

¿Te acuerdas?... El salón vasto y seguro...
La estufa en que mermaban los tizones...
Lucían en el pecho casi oscuro
Su anodino esplendor los artesones.

Bajo las rigideces laceradas
Del severo brocado en desaliño,
Con la espontaneidad de las granadas
Maduras, se entreabría tu corpiño.

O bien tus manos, para dar, calmantes
Como el silencio, su beleño ambiguo,
Mecían, torturadas de diamantes,
El alma de algún músico ya antiguo.

Y soñábamos góndolas discretas...
O en gárrulo sainete de amoríos,
Pompones, bandolines y caretas
Preludiando corteses desafíos.

(La espada que á tu prez vidas tributa,
Y émula de Tizona y de Altaclara,
Vibra al acometer, fina y enjuta,
Su alegre desnudez que el sol aclara).

O decíamos versos lentamente...
Cual lánguida doncella que investiga
El dilema de amor correspondiente
En la flor que deshoja con fatiga.

El noble vino de tu amor me diste;
Y en horas de abandono y de infortunio,

Si fué mi noche tu mirada triste,
Fué tu blancura astral mi plenilunio.

Por presagios insólitos opresos,
Sombreamos de dolor nuestra delicia;
Y cuando ya el cansancio de los besos
Desazonaba la voraz caricia;

En cadencia obsesora te nombraba,
Para seguir, con mis arbitrios sabios,
Besándote en tu nombre que pasaba
En miel diminutiva por mis labios.

Y no me amaste más; en vano alcance
Perseguí tus quimeras, y aquel drama
Fué sencillo y veraz como el percance
De un vaso que rompe y se derrama.

Ese recuerdo, endecha de infinita
Tristura, ante las pálidas praderas
Que extasía la tarde, resucita
Con su remordimiento tus ojeras.

Tu faz se anega en lágrimas sencillas
Como los manantiales y el rocío;
Y el indulgente amor, en tus mejillas
Esclarece un crepúsculo tardío.

Sacuden su sopor viejas pasiones,
Como fieras magníficas y lerdas,
Y es la calma de nuestros corazones
Frágil silencio de estiradas cuerdas.

La noche, en la angustiosa lontananza,
A su tocado azur prende una estrella;
Tus manos, eficaces de esperanza,
Vacilan en rendirse á mi querella.

Y con la gran quietud, pone tu luto
Una inefable angustia en su poesía,
Porque en la indecisión de ese minuto
Pasa la eternidad, amada mía.

ARIA DE MEDIA NOCHE

Luna, son las doce.
Con feliz auspicio,
Deja que te goce
Mi encanto novicio.

En mi astral vigilia
Que tu amor se digne,
Darme la honra insigne
De hablarte en familia.

Permite que inciense
Tu faz de magnesia,
Mi amor ateniense
Postrado en tu iglesia.

Mi fiel sacerdocio,
Por tu azul parroquia,

Rima y soliloquia
Los versos del ocio;

Que al pálido tedio
De tu luz inútil,
Dan por intermedio
Su músical fútil.

Cuando en mi ventana
La honda madreselva
El rostro te envuelva
Como á una sultana;

Y tu prez excelsa
Me entregues por premio,
Cual lánguida Elsa
De mi amor bohemio;

Captaré la clave
De tu eterna magia
Que el amor presagia
Con beleño suave.

Con ojeras lilas
Tu hondo sortilegio
Turba á las pupilas
Del casto colegio.

La precoz alumna
Quel amor desvela,
Tu disco recela
Trás de una columna.

Sé buena y otorga
Tu gracia á su empeño
Como astral pandorga
Remonta su ensueño.

Que asaz te recuerde
Sobre el clavicordio,
En lírico exordio
Con su pisaverde.

Que haciendo á tu imagen
Religiosa venia,
Sus manos no cuajen
En luna y gardenia.

Y cuando sucumba
Su virtud indemne,
La noche solemne
Cávale por tumba.

Plenitud oblonga
De deidad adulta,
Tu esplendor prolonga
Con virtud oculta.

Cuando ancha y sanguínea
Surges del abismo,
Trama un cataclismo
Tu mágica línea.

El funesto buho
Desde su ramaje

Con lúgubre duo
Divulga tu ultraje.

La temprana alondra,
Con pueril festejo,
En tu claro espejo,
Vibra y se atolondra;

Y en el lago, donde
La cigueña ayuna,
El cisne es *Vizconde*
De la Blanca Luna.

Tu presencia obtiene,
Deslumbrante y sola,
Como una gran bola
La risa del nene.

Vuelve el arte eximia
Su vasta liturgia
Con la noble alquimia
De tu metalurgia.

Y al mísero burgo
Con su oca y su cabra,
El jaspe lo labra
Tu oro taumaturgo.

Tu misericordia
Seráfica, absorbe
En igual concordia
Los pueblos del orbe.

Su cuño no cambia
Tu libra esterlina,
Ya sea en la China
O en la Senegambia.

Cuando en tu alta empresa
Mi orgullo se esponje,
Yo seré tu monje.
Si tú mi abadesa.

Por eso ante el vulgo
Que te hace ludibrio
Tu valor promulgo
Con justo equilibrio.

Con versos sonoros
Deja, pues, que adorne,
Tu cuarto bicorne,
Tu cabal as de oro.

Luna, ya es la una,
Sopla tu candil,
Escuálida luna,
Mi luna de abril.

QUIMERA LUNAR

Apaciguando el gran río
Con una gracia enfermiza,
La luna espiritualiza
Un crepúsculo de estío.

Desde el profundo diván
Gusta uno su dulce opio,
Y se despide algo propio
En las velas que se van.

Aquel cuarto de pensión
Da á un paisaje de suburbio,
Que va poniéndose turbio
A la par del corazón.

La fantasía detalla
En el ramaje más tosco,
Leves caprichos de kiosco
Bajo un cielo de pantalla.

Y en la irresoluta luz,
Bellos crisántemos dobles,
Mecen blanduras de nobles
Abanicos de avestruz;

Ocurrencia baladí
Que concibo, grave y tierno,
Hojeando un viejo cuaderno
De modas, perdido allí...

Una tristeza olvidada
Llena el personal recinto
Con el afecto distinto
De una hermana ya casada.

Dolorosamente pura,
El alma, de tal manera,

Se reduce en su quimera
Como una fuente en su hondura.

Y ante ese ilusorio abismo,
Con inclementes resabios,
La clausura de los labios
Su amarga de fatalismo.

En el rincón inmediato
Donde el bufete se esquiva,
La sombra meditativa
Tiene un silencio de gato.

Llega un lejano compás
De polka; en el confidente
Florece excesivamente
Todo un jardín de lampás.

En el cristal que atormenta
Su heráldica contorsión.
Moldea un áureo dragón
Mi copa más violenta.

Abajo, el ama legisla
Su honor de sartén y escoba,
Mientras defiende mi alcoba,
Su soledad, como una isla.

Hay tertulia; su rumor
Comenta el lujo mediano
De la sala; en el piano
Recita la hija menor.

Mima su pequeño modo
Y cecea su falacia
Versos de amor, con la gracia
De fingir que ignora todo.

Muere la tarde estival,
Y entre sus dulces fatigas,
La charla de las amigas
Llega cortada y trivial.

Concíbese su semblanza,
Trazando bajo las gorras
Con remilgos de cotorras
Reglas de buena crianza.

Entre raudos delantales,
Sobre la mesa ya puesta,
Anticipará la fiesta
Sus brindis en los cristales.

Y en tanto ¡qué placidez
En mi aislamiento profundo!
No hay quietud en este mundo
Más dulce que ella tal vez.

En el tiempo transcurrido
Silencia cada hora muerta
Su lapso, como una puerta
Que se ha cerrado sin ruido.

Tendiendo sus graves paños,
La sombra apaga el reflejo

De un melancólico espejo
Palidecido de antaños.

Y en las joyas cristalinas
Del lavabo, un pomo exótico,
Promete sutil narcótico
De ponzoñas florentinas.

Con un leve roce obscuro
De sensación indolente,
Pasa el sueño por la frente
Como un gato sobre un muro.

Entonces brotando inciertas
En suave resurrección,
A la muda habitación
Llegan las ternuras muertas.

Criaturas del azul
Que envuelve un frágil misterio,
Tailleur Luis XV, Imperio...
Primores de encaje y tul.

Dulcifican más la calma
Sus atónitas pupilas
Que son las gotas tranquilas
En que les desborda el alma.

Y sus besos de pasión,
Tanto corazón revelan,
Que sus labios se modelan
En forma de corazón

Tiembla el alma en sus regazos
Como un niñito maltrecho
Que defiende mal su pecho
Cruzando sobre él los brazos.

Entre todas hay alguna
Tan leve, que es casi nada,
Enteramente flotada
En ondas de gasa y luna.

En lo irreal de su tez
Tiene su hermosura hermética
Como una noche poética
Por luna su palidez.

Y percibo que quizás
Me revela su presencia
Un amor de adolescencia
Que no definí jamás.

Pero ¿amé acaso? ¿Fuí yo
Aquel mismo?... Cuanto diera
Por averiguar siquiera
Si alguna vez existió.

Con dolorosa ventura
El corazón á ella unido,
Sangra como un fruto herido
Que aumenta así su dulzura.

Tornándolo menos grave
En aquel absurdo amor,

Un suspiro es al dolor
Lo que el vuelo para el ave.

¡Ah, quimeras del azul
En vuestro frágil misterio!
Tailleur, Luis XV, Imperio...
Primores de encaje y tul.

Así brota un ideal
En los internos jardines,
De hojear viejos figurines
Una tarde pasional.

ODELETA Á COLOMBINA

A tu punzante sorna
De aventurera avispa,
La luna en loca chispa
De tus ojos, se torna.

Tu gracia superfina
De un insinuante tufo
Al cefirillo bufo
Que infla tu crinolina.

Arlequín mequetrefe,
Con mano afable y luenga,
Te subraya su arenga
Finchado como un jefe.

Pierrot borracho y sucio
De vino y de berrinche,
Ante el feliz compinche
Se araña el occipucio.

Esbozan sus afanes
Mímicas morondangas
Que amplían en sus mangas
Alados ademanes.

Su pantomima es queja
Que en necio mixtifori,
Gime, y te llama Clori
Plagiando una oda vieja.

El lúgubre jengibre
De su embriaguez acerba
Pone en su muda verba
Loas de gran calibre.

Como á hermana de Euterpe,
Por musa te idolatra;
O te sueña Cleopatra
Para tornarse sierpe.

Y su amor, poco ducho
Del poético ripio,
Se arde desde el principio
Con su último cartucho.

En tiránica sede
Frusta su ojo lascivo

Tu escarpín evasivo
Provocándole adrede.

O en huracán de cintas,
Súbitamente loca,
Con tu pintada boca
Los pómulos le pintas;

Bien que en el mismo elogio
De ese fugaz almagre,
El percibe el vinagre
De su martirologio.

Mas ya en celosa angurria
Traba Arlequín los ojos,
Y líricos enojos
Te rasca en su bandurria.

Y el gran Polichinela,
Rojo como una antorcha
A tu salud descorcha
Su frasco de mistela.

Como un hechizo corre
Su erótico menjurje
Y su joroba surge
Bella como una torre,

Que asiéndote á su cuello
Con audacias modernas,
Le oprimes en tus piernas
Como á un feliz camello.

Cuando el licor te raspe
La lengua, á tu capricho
La luna alzará un nicho
Con su pálido jaspe;

Y en amoroso indulto
Querrás *(in vino véritas)*
Que con gracias pretéritas
Pierrot te rinda culto.

Pero á tu amor, en tanto,
Polichinela inculca
Pavores de trifulca
Con celoso quebranto.

Sospechando de befa
La esclavitud que le unce,
El entrecejo frunce
Cual lóbrega cenefa;

Y Arlequín, con remedos
De militar sainete,
Para un lance á florete
Se ensortija los dedos.

Los dos gruñen tan malos,
Que quizá en el destrozo,
Tu mudo y blanco mozo
Lleva tras cuernos palos.

Mas tu ira les espera
Su mortífera pulla

En el grito de grulla
Con fragua tu corneta;

Y acabando la intriga
Con amoroso ahinco,
Te escapas en un brinco
Que hace brillar tu liga.

Para un dulce misterio,
De aventura española,
De capa, estoque y viola,
Pierrot te aguarda en serio.

Mientras fiel al destino
Te suspiraba en vela,
Trocó á la luna en muela
Del clásico molino.

La noche fué la tolva,
Las estrellas el grano
Con cuya harina, ufano
De su invención, se empolva.

Con su molino espúreo,
La luna, en noble hallazgo,
Os prepara el hartazgo
De un almuerzo epicúreo.

Cuando la roa el cuarto
Menguante, en otro esfuerzo
Variaréis ese almuerzo
Con un nuevo reparto.

En la sombra infinita
Donde su luz se extingue,
La luna echará un pringue
Vivaz, de carpa frita;

Y amargará la hartura,
Cuando en torno á esa carpa,
Trinando como un arpa
Pulule la fritura.

Solo la luna nueva
Finge á tus ambiciones
Las gratas tentaciones
Que ama toda hija de Eva.

Mientras el novilunio
La cierra como á una ostra,
Tu pobre amante arrostra
Durmiendo, su infortunio.

A los deberes sorda,
Ostenta con astucia,
Tu petulante argucia,
Tu pantorrilla gorda

Y mientras Pierrot yace
Como un blancuzco espárrago,
Dile en risueño fárrago
Su *requiescat in pace.*

Vibren tus lentejuelas,
Vuelen tus escarpines,

En busca de Arlequines
Y de Polichinelas.

Vuelve á correr la tuna,
Déjate hacer la corte,
Y pon á tu consorte
Los cuernos... de la luna.

LUNOFILIA

En la tarde suave y cálida,
Desde el diván carmesí,
Alzas fielmente hasta mí
Tus lentos ojos de pálida.

Con la espectral ilusión
De la hora que te importuna,
Un vago pavor de luna
Te acerca á mi corazón.

Por el cielo angelical
Se ahonda en místico ascenso
La soledad de un inmenso
Plenilunio inmaterial;

Que encantando los jardines
Viene casi lastimero,
Delirado en un ligero
Frenesí de violines.

En escena baladí
Te infunde su poesía
Tan dulce melancolía,
Que quieres morir así.

Con el mimo de estar triste
Buscas mi arrullo más blando,
Y te sorprendes llorando
Lágrimas que no sentiste.

Pides, tan sola en la vida,
Diminutivos de infancia,
Y tu tímida constancia
Quiere ser compadecida.

Con alteración ardiente,
En tu insaciable interés
De preguntarme «quién es
Tu...» (1) eternamente;

Quisieras huir conmigo
Hacia un país de quimera,
Donde no se conociera
La voz del mundo enemigo.

Algo eleva nuestro ser,
Y la calma de la luna,
Nos embarca como una
Blanca nave... á no volver

(1) Aquí el lector debe poner el nombre amado.

DE LAS «ODAS SECULARES»

1910

A Buenos Aires.

Primogénita ilustre del Plata,
En solar apertura hacia el Este,
Donde atado á tu cinta celeste
Va el gran río color de león;
Bella sangre de prósperas razas
Esclarece tu altivo linaje,
Y en la antigua doncella salvaje
Pinta en oro su noble sazón.

Arca fuerte de nuestra esperanza,
Fuste insigne de nuestro derecho,
Como el bronce leal sobre el pecho
Asegura al país tu honra fiel.
La genial Libertad, en tu cielo
Fino manto á la patria blasona,
Y eres tú quien le porta en corona
El decoro natal del laurel.

En tu frente, magnífica torre
De la estirpe, tranquila campea
Como amable paloma la idea
De ser grata á los hombres de paz.

Su esperanza la impulsa y parece
Cuando así su remonte acaudalas,
Que de cielo le empluma las alas
Aquel soplo pujante y audaz.

Joya humana del mundo dichoso
Que te exalta á su bien venidero,
Como el alba anticipa al lucero
Aun dormida en su pálido tul.
Cada vez que otro día dorado
Te aproxima á la nueva ventura,
Se diría que el sol te inaugura
Sobre abismos más hondos de azul.

Certidumbre de días mejores
La igualdad de los hombres te inicia,
En un vasto esplendor de justicia
Sin iglesia, sin sable y sin ley.
Gajo vil de ignorancia y miseria
Todavía espinando retoña,
Sobre la áspera Cruz de Borgoña
Que trozaste en los tiempos del rey.

Tenga el agua veraz de tu fuente
Cada labio sin sed por testigo,
Y el honesto vigor de tu trigo
Cada buen corazón por raíz.
Y en el lícito patio de todos,
Al encanto social de tu alianza,
Como el gusto del pan la confianza
Sea el goce del día feliz.

Simpatiza á los dioses que trae
Con sus penas la gente confiada,
Como al pobre que llega, en la grada
Presta el mármol su tabla imparcial.
Y tu clara ilusión de concordia,
Dirimiendo los cultos precarios,
Sustituya á sus negros Calvarios
Una gran caridad de ideal.

Sér la *Villa de Plata* que tiene
La franqueza por llave sonora
Y por puerta de calle la aurora
En visión de solícito Edén;
Dar á todos los tristes consuelo,
Sin dejar de ser noble y ser bella,
Como no se aminora la estrella
Porque haya ojos que amantes la ven:

Esa es la misión que el destino
En la patria futura te asigna,
Como ayer por valiente y por digna
Fué la gloria tu prenda de honor.
Para ser la feliz y la justa,
Que tu propia esperanza nos debe,
Haz que sean el amo y la plebe
Miés pareja de buen sembrador.

Que en la misma igualdad de justicia
Se confundan la plebe y el amo,
Cual la flor y la espina en el ramo

Que vincula olorosa virtud.
Lo que pena en tu siglo naciente,
Es dichoso dolor, ansia tierna,
Con que la honda delicia materna
Fructifica en triunfal juventud.

No relegues por vana quimera
La esperanza que en tí puso el triste,
Es más árduo ser libre y lo fuiste
Al tajar de la espada veloz.
Tu labor de ideal odia al hierro,
Mas no olvide su noble fatiga,
Que el lozano vigor de la espiga
Necesita buen filo en la hoz.

Mientras llega á ese triunfo la hora
De cantarlo el poeta futuro,
Y el capuz de su germen obscuro
Tu simiente de luz rompe al fin,
Cobre el timbre filial de mi canto
Precedente elocuencia en tus bronces,
Y el Pampero le preste hasta entonces
Valeroso y ufano clarín.

PEDRO PALACIOS

JESÚS

I

!Como brota del charco sombrío
Y á conjuros de luz meridiana,—
Yo no sé por qué afán de lo triste,—
Gracioso nenúfar de flores de nácar:
La presión secular exprimiendo
De la fétida chusma, la entraña,
Conjuró de aqnel barro de sangre
La noble azucena doliente de su alma!

II

¡Gota pura del bien absoluto
De la estirpe mortal, destilada;
Prodigioso perfil de la errante
Visión de justicia que sueña la raza;
Profundísimo beso errabundo
Que al rozar tus dolores, estalla:
Perdurable tristeza divina
Cubriendo las viles tristezas humanas!

III

¡Celestial mensajero que siente,—
Mientras cruza los orbes y baja,—
La precisa intuición espantable
Del hondo vacío voraz que lo traga!
¡Femenina zozobra que al mundo,

Como palio de lágrimas, guarda;
Gemebunda torcaz valerosa
Que al prófugo crimen le tiende las alas!

IV

¡Corazón matinal, todo blanco,
Cuyo fuego de hoguera ofrendaria,
Con efluvios de mirra, perfuma,
De Job la rabiosa, la trágica sarna!
¡Corazón, cuyo amor intangible
Sin buscar otro amor, se dilata,
Como estuvo en el caos el Eterno,
Sin peso, ni forma, ni rumbos, ni vallas!

V

¡Cual se tuercen y escurren flexibles,
Sin lograr abatir la muralla,
Ya tenaces, ya febles, ya locos,
Bramando y silbando, los vientos que pasan:
La invasora legión de cariños
Que á la vida real nos amarra,
No logró reducirle, siquiera,
Ni el sacro materno dogal de la patria!

VI

¡Nebulosa de amor: de amor mismo;
Sin la paz del hogar, que coarta,
Ni la fiel amistad, que suprime,
Ni aquel inefable deleite, que sacia!
¡No asirás, hombre fórmula y ergo,
Su inasible figura esfumada:

Como polvo de aurora, difuso,
Difuso en la vida su espíritu vaga!

VII

¡ Proyectó sugestiones de nimbo
Su perpetua niñez inspirada:
Rechazó lo carnal de sus carnes,
Cual cisne jocundo que hiende las aguas,
No sufrió lobregueces de ocaso
Su fulgor de lucero del alba:
Blanco César triunfal de lo puro,
Querube incorpóreo que preña las almas!

VIII

¡ Como diestros, por sí, se detienen
Los caudales del mar en la playa;
Cual germina, y retoña, y produce,
Silvestre, salvaje, libérrima planta:
Ni el saber, ni el sofisma turbaron
Su sagaz, pensativa ignorancia:
Floración cerebral; tierra virgen;
Flamígero foco del Verbo, que irradia!

IX

¡ Como aquel predilecto que siente,
Por geniales virtudes innatas,
La nación de las notas que surgen,
Y ondean y ríen, cual ninfas hermanas:
Pudo aquel predilecto admirable,
Como disco luciente de plata
Reflejar, en la noche futura,
La eterna, la sola verdad soberana!

X

¡Formidable saber que redujo,
Como á loca jauría, en su alma,
Cual recoges el cielo en tus ojos,
Y el mar, y la selva, y el río, y la pampa!
¡Formidable saber que sanciona
Que tu bien y tu mal son palabras;
Resonantes palabras vacías!
¡Cilicio de púas internas que arrastran!

XI

¡Porque luz, y calor, y sonido
Sólo son cerebrales fantasmas,
Mientras vibran espacios y soles
Sumidos en mudas tinieblas heladas!
¡Y así toda su ciencia y la mía;
Nada más que impresión comparada;
Nada más que ilusiones eternas
Que aloja en nosotros el caos que no acaba!

XII

¡Pues si aquel escozor de la herida
Que produjo, en tu carne, la daga,
Ni le sufre tu músculo roto
Ni aquel cincelado prodigio que mata:
La estupenda, la simple, la hermosa,
La cabal creación que proclamas
Con la misma inconciencia que vives,
Debajo del cráneo, vil necio, la fraguas!

XIII

¡Allí está el Universo! ¡Allí mismo
Puso Dios su taller y su patria!
¡Desde aquella ruin madriguera
Colora el vacío y esculpe la nada!
¡Y esos lampos de luz que fulguras,
Su divino cincel los arranca!
¡Y esos torpes impulsos que sigues,
No son más que alientos de Dios que trabaja!

XIV

Puesto que, si el bacterio más breve,
Breves horas, apenas, pensara,
Llenaría cual tú, su conciencia
De leyes, y dudas, y luces, y manchas.
¡Porque cada cerebro es el nudo
De la misma labor que le arrancan,
Como el triste gusano cautivo
Del frágil capullo de seda que labra!

XV

Puesto que, de infinito á infinito,
Lo que es—no su aspecto: su masa;—
Te conquista, te absorbe, te agota,
Cual Eva incansable que nunca se sacia;
Mientras tú, viejo Adán de la vida,
Poseído en la sombra, le amas,
Con la inerte caricia profunda
Del joven dormido que violan las hadas

XVI

Y esto quiso Jesús, en tu abono,
Cuando puso en la jerga que hablas
Su perdón ilegal ¡que ha vencido!
Y es esa que gozas, legal tolerancia!
Tolerancia que va paulatina,
Como crece la fruta en la rama,
Laborando en tu ley, el derecho
De abrir su capullo del todo las almas!

XVII

Y esto quiso Jesús, en tu abono,
Cuando echó, por tu bien, á su espalda,
No la cruz de tus culpas, que dicen:
¡La cruz de la imbécil sapiencia pasada!
Y esto quiso Jesús, en tu abono,
Fugitiva miseria de paja,
Diminuto vibrión que conduces
Del plan del Eterno, los hilos de llamas!

XVIII

Ni redujo su amor á linderos,
Pues no fué su egoismo el que amaba;
Ni alcanzó la virtud, con ser ella,
De aquel soberano de mínima gracia;
Ni logró la mujer ablandarle,
Nada más que cubierta de faltas
Y á sus pies, en la cruz, retorcióse,
De celos del crimen, su madre sagrada.

XIX

Convirtió su fracaso en victoria;
Y en reflejos de solio, su infamia;
Y á la cruz de su muerte, en el signo
Que besan y besan las hordas que pasan!
Se abrazó de lo vil ¡con sus brazos!
Le sentó junto á Dios, que callaba,
Y abrazados asi, te sonrien,
Cual dos refulgentes deidades hermanas!

XX

Circuló su criterio de madre
Por el haz de la recua postrada,
Como ruedan, filtrando la nube,
Jirones de luna por sobre la piara:
Y un gemir de titanes vencidos,
Y un hedor de sudores y llagas,
Y un bramar de reptiles rebeldes,
Subieron cual roja, fugaz llamarada!

XXI

Y lo mismo que al paso de Febò,
Por el aire sutil, se dilatan
Resplandores difusos que corren
Por valles y cumbres y fuentes y charcas;
La primera, la sola caricia,
De su pecho fluyó sobrehumana,
Como el mar, como el sol, como el éter,
Cual todos los besos de amor que sonaran!

XXII

¡Si, la fiera de ayer languidece!
¡Solo es puro el amor que no ama!
¡No son más que resortes que crujen.
Los padres, los hijos, la aldea y la raza!
Como ya construidos los arcos,
Las inútiles cimbras arrancas,
Sobrará mucho barro de bestia
La vez que desplieguez del todo tu talla!

XXIII

Se vislumbra en la historia su mole,
Como azul eminencia lejana,
Cuyos flancos enormes conquistan
Los pueblos que crecen, á luengas jornadas!
Migración á la cumbre del Cosmos,
Cuyas níveas regiones más altas,
Cruzarás, si no abdicas, tan puro
Cual cándida tropa de lirios con alas!

XXIV

Como el tierno capullo de loto,
Con su lívida frente de nácar,
Sobre charcos malditos, preside
La prófuga serie de soles que bajan;
Su perfil soñador de azucenas,
Rematando la cúpula humana,
Como luz hecha flor, simboliza
La fúlgida serie de soles que avanzan!

DIOS TE SALVE....

I

Cuando se haga en ti la sombra,
Cuando apagues tus estrellas;
Cuando abismes en el fango más hediondo, más infecto,
Más maligno, más innoble, más macabro,—más de muerte,
Más de bestia, más de cárcel,—
Tu divina majestad:
No has caído, todavía,
No has rodado á lo más hondo....
Si en la cueva de tu pecho más ignara, más remota,
Más secreta, más arcana, más obscura, más vacía,
Más ruïn, más secundaria
Canta salmos la Tristeza,
Muerde angustias el Despecho,
Vibra un punto, gime un ángel, pía un nido de sonrojos,
Se hace un nudo de ansiedad.

II

Los que nacen tenebrosos;
Los que son y serán larvas;
Los estorbo, los peligro, los contagio, los Satanes,
Los malditos, los que nunca,—nunca en seco, nunca siempre,
Nunca mismo, nunca nunca,—
Se podrán regenerar:
No se auscultan en sus noches,
No se lloran á sí propios...

Se producen imperantes, satisfechos,—como normas,
Como moldes, como pernos, como pesas controlarias,
Como básicos puntales,—
Y no sienten el deseo
De lo Sano y de lo Puro
Ni siquiera un vil momento, ni siquiera un vil instante
De su arcano cerebral.

III

Al que tasca sus tinieblas;
Al que ambula taciturno;
Al que aguanta en sus dos lomos,—como el peso indeclinable,
Como el peso punitorio de cien urbes, de cien siglos;
De cien razas delincuentes,—
Su tenaz obcecación;
Al que sufre noche y dia,—
Y en la noche hasta durmiendo,—
Como el roce de un cilicio, como un hueso en la garganta,
Como un clavo en el cerebro, como un ruido en los oídos,
Como un callo apostemado
La noción de sus miserias,
La gran cruz de su pasión:
Yo le agacho mi cabeza; yo le doblo mis rodillas;
Yo le beso las dos plantas; yo le digo: Dios te salve....
¡Cristo negro, santo hediondo, Job por dentro,
Vaso infame del Dolor!

INDICE